Trío

JOHANNA HEDMAN

gatopardo ediciones

Trío

JOHANNA HEDMAN

gatopardo ediciones

Trío

Trío

JOHANNA HEDMAN

Traducción de Gemma Pecharromán Miguel

gatopardo ediciones

Título original: *Trion* © Johanna Hedman

First published by Norstedts, Sweden, in 2021
Published by agreement with Norstedts Agency
and Casanovas & Lynch Literary Agency

© de la traducción: Gemma Pecharromán, 2021
© de esta edición: Gatopardo ediciones S.L.U., 2022
Rambla de Catalunya, 131, 1º-1ª
08008 Barcelona (España) info@gatopardoediciones.es
www.gatopardoediciones.es Primera edición: marzo de 2022

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó Imagen de la cubierta: Marcin Maciejowski, *Uncover (Dorota)* (2008), óleo sobre lienzo, cortesía del artista y de la Anthony Wilkinson Gallery Imagen de la solapa: © Elvira Glänte eISBN: 978-84-124869-1-9

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Portada

Presentación

PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE
Hugo
Thora
Hugo
Thora
Hugo
Thora
Hugo
Thora
Hugo
Thora
Hugo
Thora
Hugo
Thora
Hugo
Thora
Hugo

TERCERA PARTE

Johanna Hedman

Otros títulos publicados en Gatopardo

PRIMERA PARTE

Frances llama un día a finales de abril y le pregunta si puede pasarse por ahí la próxima semana. Lo dice así —pasarse por ahí— como si se tratara de pasar a tomar un café por la tarde, a pesar de que se encuentran cada uno a un lado del Atlántico. Habla agitada y él casi puede imaginársela: las mejillas enrojecidas, el pelo alborotado por el viento, probablemente con una cazadora vaquera demasiado fina. Ha encontrado billetes baratos a Nueva York y recalca que es un vuelo directo, como si él debiera felicitarla por el hallazgo. No la ha visto desde hace mucho tiempo y le dice que será bienvenida, por supuesto. Le pregunta si quiere quedarse a dormir en su casa, pero Frances contesta que se va a alojar en casa de unos amigos. Se hace un silencio. Él comprende que ella no ha llamado solo para quedar a tomar un café.

—Hay una cosa de la que me gustaría hablar contigo —dice ella.

—¿Ah, sí? —pregunta él—. ¿De qué?

—De mi madre.

—Frances —dice él, pero no continúa, espera que ella repare en la pesada pronunciación de su nombre.

—Lo sé, lo sé —contesta ella—. Por eso no quiero hablarlo por teléfono.

Puede oír por el tono de voz que ella levanta la mano y la separa un poco del cuerpo, como si estuviera agarrando en el aire algo invisible. Siempre se ha preguntado si ese es un gesto que aprendió de niña en las escuelas privadas de Francia, parece demasiado afectado para haber sido inspirado por el temperamento frío de Estocolmo.

—¿Se está muriendo? —pregunta con sarcasmo.

—No.

—¿Enferma?

—No.

—Pues ya está —corta él—. Te recibiré con mucho gusto cuando estés aquí, pero no quiero hablar de Thora.

—Estoy preocupada por ella.

—Probablemente no querrá que hables conmigo de ella.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

Aunque Frances no puede verlo, él niega con la cabeza. El ordenador está encendido encima del escritorio, pero la pantalla se ha apagado. Toca el panel táctil con el dedo, aparece un documento vacío y lo mira unos segundos antes de bajar la pantalla.

—Tú la conoces —dice Frances.

—La *conocí*.

Oye la respiración de Frances y el ruido del tráfico al fondo. Intenta imaginársela en algún lugar del centro de Estocolmo, pero ya no está seguro de si esos lugares existen o si no son más que una amalgama de recuerdos de una ciudad bajo una extraña luz azul, como en las antiguas postales.

—No vendrás aquí para eso, ¿verdad? —pregunta él.

—No —responde ella.

—¿Estás enfadada conmigo ahora?

—No cruzo el Atlántico para hablar contigo de mi madre.

—Está bien.

—¿Todavía quieres verme?

—Sí, claro que sí.

—Nunca se sabe.

No le gusta que ella diga eso, pero no protesta.

—Llámame cuando estés aquí —dice él antes de colgar.

Han pasado varios años desde que Frances llamó a su puerta por primera vez. Él abrió y Frances dijo:

—Hola.

Y luego:

—Creo que tú conociste a mi papá.

Él no preguntó quién era su padre. No hacía falta. La dejó entrar.

Frances era estudiante de intercambio ese año. Al principio se alojó en casa de unos primos de Thora, luego se mudó a una residencia de estudiantes en el Upper West Side. Le contó que no conocía a nadie en Nueva York excepto a los primos de Thora. Estaba sola.

Él se acostumbró a la presencia de Frances en su vida. Por las tardes, ella tomaba el metro hasta su casa y se sentaba en la sala de estar o en la cocina y estudiaba hasta la noche. Le dijo que se concentraba mejor en su casa que en la residencia de estudiantes. Él le

dio una llave de su apartamento. Le gustaba llegar a casa después del trabajo y encontrarla en el sofá o en la mesa de la cocina rodeada de libros de texto, cuadernos y rotuladores. Por la noche solía pagarle el taxi de vuelta a la residencia. Los domingos la invitaba a cenar en un restaurante y entonces ella engullía como si no hubiera probado un plato de comida de verdad en toda la semana. La joven le hacía preguntas sobre August y él trataba de responderlas lo mejor que podía, pero hacía muchos años que no hablaba de August y tenía la sensación de que sus respuestas no eran tan exhaustivas como Frances esperaba. No se atrevía a preguntar nada acerca de Thora. Por lo que Frances dijo de pasada entendió que estaba casada con un francés con el que tenía dos hijos. Seguía viviendo en Estocolmo.

Presentó a Frances a sus amigos y la invitaba a casa cuando organizaba cenas. Cuando le hacían preguntas sobre Frances, él solía responder honestamente que era hija de unos viejos amigos de su época de estudiante, pero no dio más detalles y ellos quedaron satisfechos con la escueta respuesta. Sus amigos eran de fuera, algunos de ellos de otros países, y no tenían por costumbre preguntarse unos a otros por su vida anterior. En esa época, él vivía en un pequeño apartamento donde el tablero de la mesa se asentaba sobre unas patas desvencijadas, lo cual hacía que cada comida se convirtiera en un acto de equilibrismo, pero a sus amigos les gustaba reunirse en su casa porque el lugar era un punto de encuentro donde confluían las diferentes líneas de metro de todos ellos. Al final de la noche solían trepar desde las ventanas hasta la escalera de incendios para fumar mientras hablaban, divertidos, de mudarse a algún lugar donde los edificios parecieran menos casas de cartón a punto de derrumbarse. Él prohibió a sus amigos que invitaran a Frances a fumar maría o cigarrillos. A ella le gustaba sentarse a un extremo de la mesa y escuchar los chismes de los amigos acerca de sus compañeros y jefes. Cuando él la miraba desde el otro lado de la mesa, a veces le daba un vuelco el corazón, era como girar un caleidoscopio con imágenes que recordaba, hasta que las figuras se fusionaban y él se topaba con la continuación de algo que creía que había dejado atrás hacía años.

Cuando terminó el curso escolar de Frances, él la ayudó a dejar la residencia de estudiantes. La llevó al aeropuerto, con el maletero lleno a rebosar, y ella volvió de nuevo a Europa. Él pensó entonces que todo volvería a la normalidad, algo que de alguna manera también ocurrió,

aunque la chica dejó tras de sí un nuevo tipo de silencio en el apartamento.

Frances trabaja ahora de periodista, aunque se ven muy pocas veces. Ella lo llama con frecuencia para hablarle de los artículos que va a escribir, de los que quiere escribir y de los que no consigue publicar. Cuando escribe en sueco, a veces le lee párrafos enteros y al terminar, le pregunta: ¿Está bien escrito? ¿Se puede decir así en sueco? Le resulta gracioso que se lo pregunte esta niña trilingüe, que cambia de idioma con una facilidad pasmosa, más o menos como si se quitara la ropa a toda velocidad, se pusiera el nuevo jersey del revés y no se diera cuenta hasta no haber salido por la puerta. Él le suele responder que no es la persona adecuada a la que debe preguntar, que ella es una de las pocas personas con las que él aún habla sueco. Si ella, aun así, insiste, él intenta decir la frase en silencio, para sí mismo, tratando de detectar si hay errores, aunque ya no pueda percibir instintivamente fallos en el uso de las preposiciones o errores de sentido. Responder a las preguntas de Frances es como tratar de recuperar la movilidad en una mano entumecida. Nunca le da a entender lo incómodo que se siente.

Una vez, de camino al trabajo vio a Thora. O al menos pensó que era ella la que estaba en el metro, en el andén contrario: abrigo rojo, cabello suelto, absorta mirando en el móvil, con una mano apoyada en el bolso colgado del hombro. Con el rabillo del ojo vio que se movían ratas gordas y grises por las vías del metro mientras intentaba verla mejor entre las traviesas que separaban los andenes del metro. ¿Era ella? Comenzó a tener sudores fríos, el corazón se le aceleró en el pecho, pero el resto del cuerpo se le quedó paralizado. Se le había olvidado cómo se podía sentir o, mejor dicho, si se podía sentir algo.

No era ella.

Era ella.

Estuvo esperando a que ella levantara la vista, solo necesitaba vislumbrar su rostro para estar seguro. Luego, un convoy entró estruendosamente en la estación y cuando arrancó de nuevo la mujer del abrigo rojo ya no estaba. Durante los días que siguieron la buscó entre la multitud, en el ajetreo de las horas punta, levantaba la mirada por encima de las cabezas tratando de encontrar un ápice de algo rojo, algo que hiciera que su corazón palpitase. Pero no volvió a verla.

Por la calle puede pasar al lado de la gente y captar fragmentos de conversaciones en sueco y, durante unos segundos, llegar a preguntarse qué idioma es, antes de darse cuenta de que es *su* idioma. Algunas veces se sienta en bares y restaurantes junto a personas que hablan en sueco y los escucha en silencio con gesto impasible. Todo el mundo da por hecho que es norteamericano, y él piensa que, después de todo, nunca ha estado a la altura del estereotipo de un escandinavo. A veces ocurre que cuando los estadounidenses descubren de dónde es, arrugan la nariz como si fuera a aparecer algo claramente nórdico con tan solo abrir y cerrar los ojos. Entonces él suele añadir que su abuela paterna era americana, y, por alguna razón, esa información suscita un «ajá», como si esa ascendencia viniera a confirmar algún tipo de carencia en él.

Frances le envía un mensaje cuando llega a Nueva York y quedan en verse durante el fin de semana. Están al final del semestre de primavera y él ya no tiene clases ni seminarios, pero los estudiantes llaman de vez en cuando o aparecen en la puerta de su despacho para hacer preguntas sobre el examen y las calificaciones. El viernes por la tarde, siguiendo la tradición, se organiza la fiesta de fin de curso en la que el personal del departamento y todos los estudiantes se reúnen en un edificio de ladrillos rojos cerca de Washington Square Park. Oficialmente solo beben té y café, pero casi todos están ya colocados o ligeramente borrachos al comienzo de la velada. Él está sentado en las escaleras de la entrada, rodeado de estudiantes y colegas. Alguien le acaricia el brazo, no ve de quién es la mano, ni le importa. Piensa que si extendiera las manos, sus palmas tocarían algún material invisible que lo separa de los demás.

Durante la madrugada del sábado, le despierta la tensión muscular en los hombros que lo mantiene despierto durante varias horas. Conoce bien ese dolor, siempre se comporta de la misma manera: comienza como un hormigueo en el hombro derecho que se va intensificando, se extiende al hombro izquierdo y se irradia hacia arriba a lo largo del cuello hasta las mandíbulas, donde el dolor penetra con mayor intensidad hacia dentro. Al final se levanta de la cama y va a la cocina a preparar un té. Mientras hierve el agua, se tumba en el suelo y mira al techo. No se toma el té, sino que se sirve un vaso de whisky y se da una ducha. Dirige el chorro de agua caliente al punto de dolor en

el hombro derecho mientras abre la boca lanzando gritos silenciosos. Luego se tumba en la cama, desnudo y mojado, y no sabe si finalmente se queda dormido de puro agotamiento. Cuando se despierta por la mañana, todo es como de costumbre, como si el campo de batalla del cuerpo se estuviera limpiando temporalmente, barriendo de nuevo los rastros que ha dejado, y haciendo como si no hubiera pasado nada.

En la encimera de la cocina, la taza de té reposa intacta.

Una noche Thora le susurró al oído un fragmento de un poema de Seidel. Ella se quejó de que no podía conciliar el sueño y él le dijo que recitara algo, cualquier cosa. No pensó que ella se iba a tomar en serio el reto y permaneció en silencio durante mucho tiempo, tanto que él pensó que finalmente se había quedado dormida, pero luego se volvió hacia él, y entonces llegaron las palabras, cálidas y húmedas, contra su piel... Eran unos versos que le había oído repetir varias veces antes, como una canción que tenía en la mente desde que se compró la colección de poemas en una librería de París: «*I read my way across The awe I wrote That you are reading now. I can't believe that you are there Except you are*».[1] Qué extraño que el inglés pudiera sonar tan hermoso. En los labios de una chica de la clase alta de Estocolmo.

El sábado por la tarde, Frances llama a la puerta de su casa. Fuera hace calor y la joven entra en el pasillo con aire acondicionado con la cara reluciente de sudor.

—¡Es increíble que pueda hacer tanto calor aquí! —exclama mientras se quita los zapatos—. No me digas que te quedas en la ciudad durante el verano.

—No si puedo evitarlo.

—Mis amigos dicen que es terrible aquí entonces.

—*Es* terrible.

Se miran el uno al otro. Frances es más alta que su madre y no tiene que ponerse de puntillas para abrazarlo. Entran en la cocina que está unida a la sala de estar formando una L alrededor del largo y estrecho vestíbulo. La joven comenta que había una gotera en el techo del andén del metro de la estación de Greenpoint. Él le sirve un vaso de agua con cubitos de hielo. Mientras pone la cafetera, ella desaparece en la sala de estar y le pregunta si vive solo.

—La mayor parte del tiempo —responde él.

—¿No es demasiado grande?

—Probablemente. Me lo alquila la universidad.

—Debes de tener un salario muy alto para poder vivir así —dice Frances cuando vuelve a la cocina.

—¿Necesitas dinero?

—¿Qué? No.

—Creía que los estudiantes recién licenciados siempre necesitaban dinero.

—No necesito tu dinero. —Frances se sienta a la mesa de la cocina, entrelaza las manos y las apoya sobre la mesa—. Sé que piensas que soy una niña mimada.

—No es para tanto —dice él, y añade con una sonrisa—: Podrías haber acabado realmente mal.

Cuando piensa en Thora y Frances, las ve como protegidas por una fina red que amortigua cada caída. Por lo general, los hilos son invisibles, pero a veces brillan en forma de problemas o errores que, en cualquier caso, nunca llegarán a rozarlas. Eso siempre ha sido una provocación para él, al mismo tiempo que desea que permanezcan seguras, arropadas por una capa de dinero que les permite ser libres.

Frances le habla del viaje a Nueva York —largo e incómodo—, del apartamento en Greenpoint donde viven sus amigos, ajado pero agradable, de sus hermanos pequeños: uno está estudiando en París y se acaba de enamorar, el otro vive en Estocolmo y es actor de teatro. No habla de su madre, él espera que lo haga, piensa irritado que es mejor acabar con ello de una vez porque sabe que Frances empezará a hablar de Thora, como si su negativa anterior careciera de validez porque fue transmitida por teléfono, y quizá pueda persuadirlo ahora hablando cara a cara, él sabe que ella razona así. Pero Frances no dice nada de su madre. Habla, en cambio, de su mudanza a Copenhague, de cómo es Copenhague en comparación con Estocolmo, enumera diligentemente las palabras danesas que ha aprendido, como si estuviera colocando en fila pequeños tesoros hallados durante una excursión.

Luego lo mira seria por encima del borde de la taza de café y le pregunta:

—¿No piensas volver nunca a Estocolmo?

—No lo creo.

—Pero es tu casa.

—Ya no.

—¿Entonces piensas quedarte aquí?

Él sonríe ante el ceño fruncido que se dibuja en la frente de Frances. Podría decir que él nunca ha amado Estocolmo como Thora y August, pero sabe que ella también siente mucho apego a su ciudad natal. Se tomaría su relación ambivalente con Estocolmo como un insulto personal, así que se encoge de hombros por toda respuesta, como si el tema no le interesara.

—Seducido por *the Big Apple* —dice ella—. Creía que estabas por encima de esos clichés.

—No, eres tú quien lo está —dice él—. ¿Le has dicho a Thora que vienes a verme?

—Sí.

—¿Habla alguna vez de mí?

—Directamente, no.

—¿Pero?

—Pero nada: ella no habla de ti.

Consigue contenerse antes de preguntarle si Thora todavía piensa en él. ¿Cómo podría saberlo Frances?

La última vez que vio a Thora en Estocolmo fue en un café cerca del parque Vasaparken, donde los árboles acababan de florecer. Se ha repetido tantas veces la conversación que esa escena está plegada en su interior y en cualquier momento puede desplegarla, como un panorama estático sobre el que deja que se deslice su mirada sin saber qué es lo que busca.

Estaban sentados cada uno a un lado de una mesita destartalada, él tomaba café y ella comía una ensalada. *A posteriori* pensó que probablemente fue una elección estratégica por su parte; podía concentrarse en la comida, cortar con cuidado las verduras y las hojas de lechuga en trozos pequeños, masticar despacio, secarse las comisuras de los labios con la servilleta. Las pocas veces que miró hacia arriba, su mirada se deslizó sobre el rostro de él como si no hubiera nada a lo que aferrarse. Con todo, él permaneció sentado frente a ella intentando en vano encontrar su mirada. Observó las pestañas bajadas contra la piel pecosa, los lóbulos de las orejas con pequeños pendientes de oro, la raya en el medio, muy recta. Todo a su alrededor parecía desmoronarse, desplomarse. El café pasaba parpadeando en vertical, desde el techo hasta el suelo, igual que las franjas horizontales del

paisaje que se ven desde las ventanillas del tren.

—Dime qué quieres que diga —dijo al fin.

—No puede ser. No funciona así —contestó ella.

En inglés, se reinventó a sí mismo de nuevo. Desmontó un yo que estaba demasiado maltrecho por todo lo que él no podía controlar y montó un nuevo yo en el que el inglés impersonal no podía penetrar. No sentía el mundo tan apremiante en inglés. No hay una relación directa entre los sentimientos y las palabras inglesas que los nombran, solo rodeos.

Cuando Frances estuvo estudiando en Nueva York, él aún no había empezado a trabajar en la universidad. Todavía trabajaba para la gran organización internacional y se pasaba la jornada laboral metido en una cabina gris, en una oficina cuyo techo bajo solo quedaba parcialmente compensado con la vista de los rascacielos. Le contó a Frances que llevaban horas de negociaciones por una sola palabra, de negociaciones presupuestarias y recortes, pero Frances no escuchaba, o sencillamente no quería oírlo. No era receptiva a las descripciones de la realidad que sugerían que la vida adulta consistía más en repeticiones y rutinas, conformadas por una extraña mezcla de estrés y aburrimiento, y menos en emoción y aventura. Suponía que ella no se había perdido la ocasión de informar a sus compañeros de que conocía a alguien que trabajaba en la sede de la ONU. Le explicó que él no podía conseguirle un puesto en prácticas y se lo repitió una vez más cuando le preguntó si podía dejarla entrar y mostrarle el interior.

—Todo el mundo puede entrar —le dijo—. Solo tiene que reservar la entrada.

—Pero la cosa cambia si conoces a alguien —contestó ella.

Pensó que Frances era demasiado joven para comprender de una manera tan brusca la diferencia entre los distintos tipos de acceso. Luego pensó en los clubes privados a los que su abuelo materno la llevaba cuando la visitaba, en las casas con suelos de mármol y porteros donde vivían los compañeros de estudios de Frances, en su forma de hablar de las ciudades europeas como si el mundo fuera un barrio frondoso. Así que no protestó, porque Frances tenía razón; *había* una diferencia, la cosa cambiaba.

Una mañana se colocó con Frances, los turistas y las clases de

escolares en la cola que se formaba todos los días junto a la alta valla y los mástiles con las banderas. Mostró su documento de identidad y su tarjeta de acceso a los guardias y esperó a que Frances pasara el control de seguridad. Lo recuerda como un día soleado de otoño, y fue un mal día para deshinchar el optimismo de Frances. La joven estaba radiante cuando pasaron a través de las puertas giratorias, y sujetaba las correas de la mochila, como una versión prolongada de una colegiala con uniforme. Él le mostró las comisiones, las pinturas y esculturas que más le gustaban, la pequeña cafetería sin ventanas de la planta baja donde los diplomáticos mantenían conversaciones discretas, los lujosos salones decorados por los ricos países petroleros, el bar del segundo piso donde la gente con tarjeta de acceso se reunía los viernes por la tarde y bebía vino en la terraza. Era un mundo con el que Frances estaba familiarizada, por lo que no se comportaba como alguien que espera que un guardia de seguridad la puede sacar de allí en cualquier momento. Cuando ella bromeó con los ascensoristas y saltó al tejo sobre el suelo de baldosas en un pasillo vacío, él comprendió que Frances pertenecía al mundo de Thora, no al de August, a pesar de que sus zapatos gastados, su mochila y sus vaqueros dieran la apariencia de otra cosa. Se parecía a August, pero hablaba y se movía como Thora. Eso resultaba desconcertante.

Dan un paseo. En la calle todos se mueven lentamente, como si el calor convirtiera el aire en un objeto físico que hay que empujar para poder avanzar. La humedad presiona la piel y se adhiere como una película brillante, lo cual le hace pensar en los protectores de plástico en las pantallas de los nuevos dispositivos electrónicos, y se frota un brazo como si buscara la pestaña para quitar la humedad. Desde las iglesias que bordean las avenidas sale en tropel gente acicalada que parpadea, como si estuviera mareada, bajo el fuerte sol en las calles, donde hay terrazas abiertas al aire libre, junto al tráfico.

Frances le pregunta si quiere ir a un museo. Él tiene trabajos que corregir, pero ya sabe que no podrá concentrarse en ellos y dice que sí. Toman el metro en Union Square y pasean unas manzanas hasta llegar al museo. Las escaleras están llenas de turistas que posan frente al edificio. Se ha remangado las mangas de la camisa y lleva la chaqueta en el brazo. En el vestíbulo, Frances toma un mapa y lo examina al detalle mientras hacen cola para pagar la entrada. La mujer de la caja

pregunta si quieren comprar entradas para la gran exposición conmemorativa con motivo de la pandemia.

—Se inauguró en el vigésimo aniversario —aclara la mujer haciendo un gesto hacia las cajas con mascarillas que hay en el mostrador—. Todos los que la visiten tienen que llevarlas puestas.

Parece tener la misma edad que Frances; probablemente demasiado joven para recordarlo. Él responde inmediatamente que no, consciente de repente del silencio compacto de Frances, que está detrás de él.

Mientras suben las escaleras, lejos de los visitantes que llevan mascarillas con el logotipo del museo, Frances sostiene el mapa delante de ella como si los guiara por una ciudad desconocida. Se encamina directamente al ala norteamericana, cruzan varias salas y pasillos hasta que se detiene frente a unos retratos de Sargent y allí se queda parada, en silencio. Él la observa mientras ella permanece de pie, cruzada de brazos, con las manos en los codos, como si el retrato mantuviera una conversación a la que no sabe si puede unirse.

—Mamá dice que a papá le encantaban estos cuadros —dice ella —. Mira.

Él mira, pero no dice nada. Le parece que puede sentir el calor primaveral afuera, como un animal que resopla golpeando la cabeza contra el edificio.

Frances le lanza una mirada.

—¿Te gustan?

Él reconoce el retrato de la mujer pálida con un vestido negro. August tenía un póster de ese cuadro en su apartamento de estudiante. Una gota de sudor se desliza por su cuello. Le gustaría poder deshacerse de la chaqueta, ¿por qué se la ha traído?

—Demasiado tradicional —contesta.

—¿*Tradicional*?

Él sonríe y camina hacia la sala contigua. Cuando se da la vuelta la mira a través de la puerta; ella ha vuelto a estudiar los retratos.

Luego pasean por el parque. La vegetación crepita y los rascacielos se elevan detrás de los árboles como cordilleras artificiales con cumbres de cristal que reflejan la luz del sol. En el estanque redondo cerca de la Quinta Avenida, los niños juegan con veleros realizados a escala.

Tras caminar un rato en silencio, Frances le pregunta:

—¿Dirías que eres feliz?
—Frances, por favor.
—¿Qué?
Él niega con la cabeza.
—No puedes preguntar algo así sin más.
—¿Por qué no?
—¿Eres *tú* feliz?
Frances levanta la mano para cubrirse el rostro mientras lo mira.
—A veces lo soy.

Cuando consiguió su primer trabajo en una oficina donde era obligatorio llevar traje, pensaba, todas las mañanas, con cierta ironía que se estaba disfrazando. Era un juego por el pan de cada día en el que todos debían participar. Convertirse en adulto es venderse, pero mientras no haya nadie que comprenda la ironía de esa participación, resulta más fácil mantener algún tipo de respeto hacia uno mismo. Que él sepa, ya no tiene a nadie a su alrededor que comprenda esa ironía, y sospecha que ahora se comunica en una longitud de onda a la que nadie más es receptivo. Sabe que por fuera se ha fusionado con la chaqueta y la corbata, no hay espacio por donde pueda penetrar la ironía, y da la imagen incierta de un hombre de mediana edad medianamente satisfecho. Se pregunta si los estudiantes lo miran y ven a un hipócrita, ¿tal vez? Thora y August se hubieran reído de ello.

Al principio no le gustó Nueva York. No le había disgustado del todo, pero no entendía por qué la gente volvía a Europa con una mirada chispeante, como si hubiera quedado deslumbrada por una luz brillante. Solo era una ciudad. Con casas altas, calles anchas y un metro anticuado. Luego, por las tardes, comenzó a dar largos paseos. Le gustaba caminar sin rumbo fijo, dando vueltas por los barrios hasta darse cuenta de que no tenía ni idea de dónde estaba. Cenaba en pequeños restaurantes a los que rara vez volvía porque había olvidado cómo había llegado hasta allí. No miraba ningún mapa y de madrugada paraba un taxi. Por los números de las calles, comprendía que tardaría horas en volver a casa caminando. Con los pies doloridos, se hundía profundamente en el asiento trasero del taxi mientras pasaban anuncios publicitarios por la pantalla del televisor colocada en el asiento delantero. Apoyaba la cabeza contra la ventanilla, miraba a la

gente, las tiendas, los restaurantes, las cafeterías, las obras, los parques y las paradas de autobús, y entonces le invadía una extraña sensación de sosiego, una especie de cansancio y saturación de impresiones que le hacían sentirse fundido, como si la frontera entre él y la ciudad se hubiera diluido temporalmente. No era nadie y era todo al mismo tiempo. Esas noches siempre dormía profundamente.

Van a una cafetería en la avenida Amsterdam, cerca del parque. Él se pone en la cola y pide café y bollos mientras Frances se apresura a ocupar una mesa vacía en el interior del local. Le hace una señal con la mano cuando él ha pagado.

—Solía venir aquí todo el tiempo cuando estaba estudiando —dice.

—Lo sé —dice él, y le recuerda que solía llevar bollos para el café en cajitas de cartón cuando iba a estudiar a su casa antes de algún examen; hojaldres crujientes que al menor toque se desmigajaban, y cuyas migas quedaban atrapadas entre las tablas del suelo y atraían a los ratones por la noche.

El café está caliente, quema en la boca. Él lo bebe despacio mientras Frances come. Tan pronto como el plato de postre está vacío, lo aparta, junta las manos sobre la mesa y lo mira seriamente, como si todo lo que habían hecho durante el día fuera algo con lo que tenían que acabar de una vez.

—Estoy preocupada por mi madre —dice.

—¿Sí?

—Ha empezado a deshacerse de cosas. Piensa vender el piso de Lärkstaden.

—¿Dónde va a vivir entonces?

—No lo sé. No cuenta lo que está planeando. Vi el anuncio en una inmobiliaria por casualidad, de lo contrario ni siquiera me habría enterado de que iba a venderlo. Mi madre adora ese piso.

—A lo mejor piensa que es demasiado grande.

—Pero ¿no te parece extraño que decida vender la casa de su infancia?

—No lo sé. —Piensa en cómo era estar de pie en el pasillo que atravesaba el piso y ver la luz del sol que se filtraba en formas rectangulares a través de las puertas, las franjas en sombras y el sol en el parqué de espiga—. Tal vez.

—Solo dice que quiere ser *libre*. —Frances pronuncia la última palabra como si la idea de la libertad en un adulto le pareciera risible, ridícula, de manera que el deseo de libertad en un joven no tiene por qué serlo.

—Si crees que yo puedo evitar que la venda…

—No. No lo creo. Solo pensé que deberías saberlo.

Lo mira con insistencia como si todavía esperara una intervención decisiva por su parte. Él la mira con dulzura. Se pregunta por qué cree la joven que los negocios inmobiliarios de Thora sean algo que le incumba a él, pero no hace la pregunta en voz alta. Le parece como estar hablando de una persona mítica que alguna vez pudo existir pero que ahora carece de contornos. Él ya no puede imaginar la vida cotidiana de Thora: qué desayuna, cómo se viste, qué piensa antes de quedarse dormida. En alguna ocasión puede tener una idea de lo que hubiera opinado ella de alguien o de algo, pero esto suele ser en ocasiones absolutamente triviales, como cuando tiene una reunión con algún colega y lo único que se le ocurre es que Thora notaría el corte demasiado holgado de los pantalones del colega, que la camisa es demasiado larga y los zapatos demasiado informales para una oficina.

—Dice que ya no la necesitamos, porque ahora somos adultos y tenemos nuestras propias vidas. A veces temo que desaparezca —continúa Frances—. Que se largue.

—Como hice yo —dice él al entender lo implícito en su abrupto final.

—Sí —dice ella—. Como tú.

Él pasa la mano por la mesa, haciendo un montoncito con las migas. Evita la mirada de Frances.

—Me gustaría haber conocido a papá.

—Es normal que lo desees —dice tratando de sonar suave, pero se da cuenta de que la formulación se vuelve involuntariamente dura en sueco, indolente, de una manera que en su cabeza la respuesta no suena en inglés.

Frances cambia de postura y se endereza, como para adaptarse al cambio de forma y de rumbo que va tomando la conversación.

—Puede resultar difícil hablar contigo, ¿lo sabías? —pregunta.

—No.

—Se te da bien hablar de cosas triviales, como a todos aquí, pero también puedes ser algo reservado cuando intento hablarte de cosas

que importan.

—¿Reservado?

—Sí, entonces te ocultas.

—El hecho de que tú quieras hablar de algo conmigo no significa que yo lo quiera —contesta él.

Frances le mira a los ojos desde el otro lado de la mesa y él piensa que es como si lo estuviera mirando desde un lugar lejano, y no sabe si es ella quien se está alejando de él o si es él quien se está alejando de ella.

—Solo soy una pálida copia de ellos, ¿verdad? —pregunta.

—Me los recuerdas.

—Cuando me miras, los ves a ellos.

—También te veo a ti, Frances.

—¿La quieres?

Se da cuenta de que actualmente Frances es la única persona que podría hacerle esa pregunta. A nadie más se le ocurriría la idea de hablar del amor con él más que como un concepto teórico. «*Love is a social construct*», dijo una vez uno de sus estudiantes durante un seminario, y por un instante sopesa utilizar esa definición.

—Los quiero a los dos —dice en cambio, sin saber qué tiempo verbal usar.

Frances parece sorprendida, tal vez no esperaba esa respuesta. Se relaja y él se siente extrañamente satisfecho, como si la hubiera convencido. Permanecen un rato en silencio, él come su cruasán mientras Frances busca algo en su bolso. Saca una libreta y un bolígrafo, arranca una hoja y, con la tapa del bolígrafo entre los labios, escribe algo apoyándose en la rodilla. Luego guarda de nuevo la libreta y el bolígrafo en el bolso y se vuelve de nuevo hacia él.

—Nunca es demasiado tarde —dice deslizando la nota hacia él, animándolo.

Él mira el número de teléfono, reconoce el código de Suecia. Puede que sea lo más infantil que le haya oído decir en su vida, pero recoge la nota sin protestar.

—¿Nos vamos?

Él asiente.

Después de andar unas pocas manzanas, se separan en un cruce. Él quiere seguir paseando, ella ha quedado con unos amigos en la otra parte de la ciudad. La ve cruzar la calle, a través del vaho de las arquetas

del alcantarillado, y desaparecer al bajar las escaleras del metro. La nota que le ha entregado le quema en el bolsillo.

Cuando llega a casa y abre la puerta, piensa que Frances está sentada en el suelo de la sala de estar, inclinada sobre libros de texto y cuadernos. El tiempo es la cuarta dimensión. Pero Frances no está en la sala de estar, como tampoco Thora está en el estudio escribiendo un trabajo ni August está sentado a la mesa de la cocina tomando café. El apartamento está vacío y oscuro. Va de habitación en habitación encendiendo las lámparas del techo. Saca la nota y la coloca en la mesa de la cocina. Las sillas donde Frances y él estuvieron sentados ese mismo día todavía están descolocadas, como si acabaran de levantarse de allí. Da la vuelta a la nota y vuelve a leer el número de teléfono de Thora. Coge el ordenador y se sienta a escribir, tal vez a ella, no está seguro. Cuando termina, despunta el alba detrás de las cisternas de agua de los tejados. Será otro día de calor.

1. Poema «Invisible Dark Matter» de Frederick Seidel, de su obra *The Cosmos Trilogy. (N. de la T.)*

SEGUNDA PARTE

Hugo La primera vez que vi juntos **a Thora** y **August** fue **en una cena en** la casa **de** los padres **de Thora**. **Había oído** mencionar **el nombre de August antes**, **de** pasada, **pero no nos conocíamos**, y mis **conversaciones con Thora** se **habían** limitado **a** breves **intercambios de** palabras. **Cuando estaba en** la misma **habitación** que **Thora**, **ella** solía **ignorarme o** mirarme **como** si **estuviera tratando de ahuyentarme con** la mirada, y **cuando** me miraba **de esa** manera, yo me quedaba más **tiempo del necesario**. **Durante** la **cena**, **noté** que las manos **de Thora** y **August** se buscaban. **No** supe **por qué esos gestos discretos me impresionaron**, quizá **por el contraste entre** su **facilidad** para **hablar con** los **demás alrededor de** la mesa y **la fragilidad** que **revelaban** las **caricias en** sus manos. **Cuando** miré **por encima de** la mesa, **me encontré con** la mirada **de August** y me **sentí tan** violento **como** si **hubiera alargado el** brazo y **hubiera** volcado las botellas **de** vino. **August** sonrió. **Cuando** miró **hacia otro** lado, **evitó el contacto** visual **sin esfuerzo**. Yo permanecí sentado mirándolo **con** los ojos **doloridos**, **como cuando** miras **al** sol **durante demasiado tiempo**.

Después de esa vez, empecé a ver a Thora y a August en Estocolmo: en el césped fuera de la Biblioteca Nacional, en las terrazas de las cafeterías del barrio de Södermalm, en la cola de la discoteca bajo el puente Skanstullsbron. Siempre estaban a una distancia lo suficientemente alejada como para que yo no me sintiera obligado a saludar. No estaba seguro de si Thora me devolvería el saludo y no quería arriesgarme a hacer el ridículo delante de ellos. Una semana después de la cena, August me envió una solicitud de amistad en Facebook, algo que me sorprendió y me azoró al mismo tiempo. Me pregunté si por equivocación le había dado un me gusta a alguna foto de August o de Thora y revisé mi historial de navegación para asegurarme de no haber dejado rastros tan torpes. Thora nunca me envió una solicitud de amistad, pero también curioseé su perfil. Habían

seleccionado cuidadosamente las fotos de sus perfiles, pero ninguno de ellos las actualizaba con demasiada frecuencia. Acepté la petición de August y miré la pantalla como si fuera a ocurrir algo, algo que fuera a reestructurar mi existencia. No pasó nada. Vi que August y yo teníamos varios amigos comunes y me pregunté si August sería de ese tipo de personas que añadía indiscriminadamente a todas las personas que conocía. Por alguna razón, fue una idea decepcionante.

Un día los vi en el cruce entre las calles Sveavägen y Odengatan. El autobús estaba parado en un semáforo en rojo y cuando miré por la ventanilla vi a Thora y a August ante un establecimiento de comida rápida. Thora estaba de pie buscando algo en el bolsillo de la chaqueta mientras August hablaba y gesticulaba como si intentara convencerla de alguna cosa. Al final, Thora sacó unas gafas de sol, pero no se las puso, las sostuvo en la mano y miró divertida a August. August dejó de hablar, como si se hubiera quedado en mitad de una frase, se inclinó y la besó en la frente antes de quitarse la visera y ponérsela a ella en la cabeza. Entonces sopló una ráfaga de viento y ella levantó la mano para sujetar la visera. Cuando el semáforo se puso en verde, Thora miró hacia la calle, reía sujetando la visera con una mano y apartándose con la otra el cabello que con el viento le tapaba la cara, y por un instante miró directamente a través de la ventanilla del autobús. No estaba seguro de que me hubiera reconocido, pero en medio de las risas frunció el entrecejo. Resistí el impulso de agacharme. Unos segundos después, el autobús había avanzado y permanecí rígido en mi asiento con la desagradable sensación de haber sido sorprendido observando algo que pertenecía a la intimidad.

Llevaba unas semanas viviendo en casa de Aron y Laura, los padres de Thora, cuando aparecieron publicadas en todos los grandes periódicos de la mañana y de la tarde reseñas del libro sobre el Grupo Stiller. Aquel interés irritó tanto a los miembros de la familia que se reunieron varios días seguidos para discutir los artículos y arremeter contra los periodistas que habían escrito sobre ellos. Era pleno verano y pensé que nada parecía tener importancia. Karla, la madre de Laura, y los hermanos de Laura vagaban por el piso durante el fin de semana, y a mí me costaba mucho distinguirlos. Entraban temprano en el vestíbulo, sin llamar a la puerta, se quitaban los zapatos y continuaban hacia la sala de estar: el centro de deliberaciones de la familia. Yo no entendía por qué habían elegido la casa de Aron y de Laura como punto de encuentro, porque los anfitriones eran los menos afectados por la publicación del libro. A diferencia de sus familiares, tenían poco que decir y no tomaban capturas de pantalla de párrafos de artículos para poder leérselos en voz alta a los demás. A veces observé miradas entre ellos, como si intercambiaran mensajes secretos cuyo contenido solo ellos sabían.

Yo solía tomar mi café de la mañana en el balcón que estaba al lado de la sala de estar, y tanto Aron como Laura insistieron en que siguiera haciéndolo durante el fin de semana. Me pregunté si aprovechaban mi presencia para marcar distancia con el revuelo que se había formado, pero, si este era el caso, no pude decidir por quién lo hacían: ¿por mí o por la familia?

Durante esos días, la cafetera pitaba incesantemente en la cocina y las tazas se amontonaban unas encima de otras mientras la leche se agriaba en las pequeñas jarritas porque nadie se molestaba en ponerlas en el frigorífico. Los periódicos estaban esparcidos por las mesas y cuando llegaba la tarde se doblaban y se convertían en abanicos o literalmente en mazos en las conversaciones. A Jacob Stiller, en particular, le gustaba dar un golpe en la mesa del comedor con un

periódico enrollado para subrayar sus declaraciones; un gesto deliberadamente torpe que hacía que sus hermanos pusieran los ojos en blanco.

Por la mañana, cuando bebía mi café, Aron solía sentarse a mi lado con el brazo en la barandilla y los dedos al aire, como si tratara de agarrar algo al viento. Las copas de los árboles se alzaban como capas verdes en las calles de Lärkstaden. Si hubiéramos estirado el brazo desde la barandilla del balcón, podríamos haber acariciado las hojas con la punta de los dedos.

Aron me explicó que los dos hermanos mayores de Laura, Jacob y Charlotte, ocupaban cargos en las empresas y fundaciones que pertenecían al grupo, mientras que ni Laura ni Philip, los hermanos menores, desempeñaban cargos formales en el ámbito empresarial de la familia. Laura era profesora de Historia del Arte y Philip el redactor jefe de una revista.

—Puentes con la vida cultural —dijo Aron.

Le pregunté si Laura y Philip poseían acciones en el grupo y Aron me sonrió con ironía, como si yo hubiera hecho la pregunta para fastidiar.

Los hermanos de Laura me saludaron de pasada, pero Karla se tomó la molestia de darme la mano. Me preguntó brevemente mi nombre, edad y ocupación. Luego me preguntó si hablaba alemán —yo me acababa de mudar de Berlín a Estocolmo para estudiar en la universidad—, y cuando le dije que sí asintió con una especie de aprobación.

Los hermanos ocupaban siempre los mismos lugares en la sala de estar y pensé que parecía como si estuvieran posando para un extraño retrato. Jacob y Charlotte se sentaban uno frente al otro, cada uno en su sofá, Philip estaba de pie apoyado en las estanterías y Laura se sentaba en el sillón al lado del de Aron con las piernas cruzadas delante de ella. Karla era la única que no tenía un lugar definido; se detenía junto a la repisa de la chimenea, daba vueltas de un lado a otro alrededor de los distintos sofás, se sentaba para poco después volver a ponerse de pie. Los hermanos miraban a veces a Karla como para endosarle el rumbo de la conversación, pero ella apenas se fijaba en ello.

Después de los artículos publicados el primer día, reparé en que la familia Stiller, en realidad, disfrutaba al verse envuelta en una crisis prefabricada, en medio del ambiente indolente del mes de julio que

adormecía las calles de Estocolmo con cálida placidez.

—A lo que tenemos que dedicarnos es a controlar los daños que pueden habernos causado.

—Jacob, tú has asistido a unos cuantos cursos de gestión.

—No podemos mostrarnos débiles.

—No dicen casi nada nuevo. Es una recopilación de información estratégicamente empaquetada que ha estado disponible durante décadas.

—La gran pregunta es si vamos a dejar que nos entrevisten.

—No. Nosotros no somos una familia mediática.

—Pero ahora lo somos, ¿no? Los medios hablan de nosotros.

—Déjalos que hablen *de nosotros*. Pero nosotros no hablamos *con ellos*.

—*¿Entonces no vamos a hacer nada?*

—Si no nos pronunciamos, corremos el riesgo de que se nos acuse de pertenecer a las élites alejadas de la realidad.

—¿Y acaso no es así? —preguntó Philip.

—En cualquier caso, no es algo que los ciudadanos suecos tengan que saber —dijo Charlotte.

—Cada vez está más claro que toda la agitación se basa en especulaciones entretejidas que han dado lugar a este montaje —Jacob hizo un gesto amplio con las manos—, a este escándalo exagerado, pero completamente manipulado. Que además es viejo.

—¿Viejo? —dijo Philip soltando una carcajada—. Solo han pasado tres años desde que empezasteis a coquetear con dictadores.

La palabra elegida hizo que Jacob y Charlotte se estremecieran. Miraron a su hermano pequeño con gesto de fría compasión, como si hubiera dicho una estupidez de la que él mismo no era consciente. Philip miró a Aron y a Laura como si buscara apoyo.

—No fue hace mucho —dijo Laura.

Jacob se aclaró la garganta.

—Es la falta de noticias. Los medios optan por sacar esto ahora porque no saben qué escribir en pleno verano.

Guardó en silencio unos segundos y durante la pausa escénica repartió sonrisas entre todos los asistentes.

—Los periodistas se ceban con las tragedias ajenas. En eso podremos estar todos de acuerdo.

—Seguramente no hay que ir tan lejos para presentar al tercer

poder del Estado como nuestro enemigo —dijo Karla, pero con una sonrisa dirigida a Jacob.

Si salía para ir a algún sitio, podía detenerme en la puerta y mirarlos, y entonces me encontraba con la mirada de Aron a través del murmullo de voces. Aron tenía los ojos oscuros y hundidos, y la montura de las gafas seguía la forma de las cejas. Cuando sonreía, mostraba las arrugas alrededor de los ojos, una pequeña red de líneas, y las cejas se alzaban por encima de la montura, realzando su sonrisa. Era como si me estuviera animando a reírme del revuelo. No me reí, pero asentí antes de darme la vuelta y salir a la escalera. Desde las ventanas que daban al patio interior, la luz caía a raudales por la escalera de mármol.

Cuando los primos de Thora vinieron más tarde, saludaron primero a Karla, luego a Aron y a los hermanos de sus padres antes de reunirse en la cocina. Allí se apiñaron alrededor de la mesa y tomaron fruta y galletas que mojaban en el café. Parecía un reflejo a menor escala de la escena de la sala de estar, y las voces de tono elevado de los primos, como las de sus padres, resonaban por los pasillos, lo cual hacía que yo pudiera escuchar fragmentos de su conversación.

—Creo que están exagerando.

—Yo estoy con la abuela.

—Tú siempre estás de acuerdo con la abuela.

—Es nuestro apellido el que está en juego.

—¿Qué opinan realmente Aron y Laura? No dicen casi nada.

—¿Quién sabe? —dijo Thora—. No sé más que vosotros.

Los primos se callaron cuando me vieron. Thora estaba sentada con las piernas flexionadas y la barbilla apoyada en las rodillas, mientras hacía girar el móvil entre los dedos. La pantalla negra reflejaba la luz que entraba desde las altas ventanas y los reflejos del sol bailaban sobre su rostro inexpresivo.

—Es uno de los huéspedes de mis padres —explicó Thora con voz molesta a sus primos, que siguieron hablando mientras yo ponía mi taza de café en el lavavajillas.

Nadie dijo nada cuando salí de allí.

Aron y Laura tenían huéspedes desde hacía varios años. Por lo general, estudiantes o profesores jóvenes que tenían dificultades para encontrar alojamiento en Estocolmo y que se ponían en contacto con ellos a

través de amigos, colegas o conocidos. A mí me ofrecieron una habitación porque Aron y mis padres se conocían desde su época de estudiantes en Lund. Mi madre me había dado el número de móvil de Aron cuando le hablé de mis planes de mudarme a Estocolmo.

En la habitación contigua a la mía vivía un joven estudiante de doctorado que se llamaba Tigran, y la primera vez que nos vimos me contó que en principio odiaba todo el arte abstracto. Tigran trató de averiguar cuáles eran mis opiniones sobre el panorama artístico en Berlín y cuando le dije que no tenía una opinión formada al respecto, pareció relajarse y comenzó a hablarme de su tesis sobre el simbolismo en las artes visuales. Los días laborales, Tigran se iba a escribir a la Biblioteca Nacional, pero los domingos, cuando la biblioteca estaba cerrada, daba largos paseos por las bahías de Riddarfjärden y Årstaviken, y a veces yo lo acompañaba. Por las noches, él solía poner a Sidney Bechet o Janis Joplin, y cuando «*Summertime*» o «*Me and Bobby McGee*» atravesaba la pared entre nuestras habitaciones, me invadía una extraña calma, pero nunca le dije a Tigran lo mucho que me gustaba la música que él escuchaba.

Me habían dado un dormitorio cerca de la cocina al que se accedía por una modesta entrada que antes utilizaba el personal de servicio. Tigran y yo compartíamos un pequeño baño en el pasillo. Nuestras habitaciones estaban aisladas del resto del piso, lo que facilitaba las entradas y salidas sin que llamáramos la atención. Mi habitación estaba amueblada de forma sencilla: una cama, un armario, un escritorio y un lavabo con un espejo. En cuanto coloqué mi pequeña colección de libros en el escritorio, me sentí como en casa. Compré sábanas y toallas, también algunas cajas de almacenamiento que metí debajo de la cama donde mi maleta negra yacía como un enorme pulmón perforado. Pensé que era agradable no tener que comprar muebles, no quería tener más cosas de las necesarias, y me encantaba la idea de poder meter sin problemas todo lo que tenía en una maleta.

Las opiniones de Tigran sobre el arte abstracto hacían que discutiera a menudo con la tercera inquilina, Vera, que era artista. Vera pintaba «arte abstracto», algo que me contó la primera vez que nos vimos, levantando las manos y trazando las comillas en el aire, con la mirada fija en Tigran, que meneó la cabeza y miró hacia el techo. A diferencia de Tigran y yo, Vera no vivía en la casa de Aron y Laura, sino que acudía a pintar en un ático que se había convertido en estudio. Solo

si perdía el último metro de vuelta a casa, se quedaba a dormir en un sofá que había junto a la puerta del estudio.

Vera y Tigran habían sido alumnos de Laura. Tigran era estudiante de doctorado en el departamento de Laura, y Vera había tenido a Laura como supervisora unos años antes, cuando escribió su tesis de licenciatura. A pesar de sus diferentes puntos de vista sobre lo que era arte bueno o malo, Vera y Tigran podían intercambiar miradas o referirse a alguna conferencia compartida que hacía que el otro asintiera de entusiasmo. Me contaron que cada vez que conocían a alguien que había estudiado Historia del Arte en Estocolmo, el nombre de Laura salía a relucir. Cuando le pregunté por qué Laura se había vuelto tan popular, Tigran me miró como preguntándose si estábamos hablando de dos personas diferentes. Pero solo me respondió escuetamente:

—Es buena.

Laura confirmó mis prejuicios sobre cómo se vestía la gente acomodada de Estocolmo. Siempre iba bien vestida, con pantalones de traje, blusas blancas, sencillos vestidos camiseros, y encarnaba todo lo que a mi círculo de amistades de Berlín le encantaba despreciar: la burguesía del norte de Europa con sus sutiles expresiones de opulencia. Aun así, había una especie de intensidad serena en los ojos de Laura que, combinada con su voz grave y ligeramente ronca, hizo que yo pudiera intuir su magnetismo como profesora. Era agradable, pero no gastaba palabras innecesariamente, y había algo reservado en su forma de mirarme que hacía que me sintiera observado con el fin de detectar mis debilidades y poder hacerse una idea de mí. Eso no me gustaba porque yo mismo no tenía ni idea de cómo llegar a comprenderla a ella. Al mismo tiempo, me preguntaba qué pensaba ella de mí.

Pasado un tiempo, me di cuenta de que Laura rara vez sonreía para que los demás se sintieran cómodos. No utilizaba sonrisas para llenar silencios ni para reafirmar a la persona con la que estaba hablando. Lo comprendí la primera vez que vi su rostro abrirse en una sonrisa sincera y la oí estallar en carcajadas. Uno quería estar cerca de esa sonrisa y de esas carcajadas, y, sobre todo, quería ser el motivo, y pensé que era eso lo que Vera y Tigran buscaban cuando estaban con ella.

Thora era la única hija de Aron y Laura. Había estado viviendo en París

poco más de un año y había regresado a Estocolmo la semana después de que yo me mudara al piso de Lärkstaden. Aron dijo que iba a empezar la carrera de derecho en la universidad. Aunque Tigran nunca había conocido a Thora, cuando hablaba de su regreso a Estocolmo surgía una especie de ensoñación en su mirada, quizá porque creyó que iba a encontrar en ella una mezcla de lo mejor de Aron y Laura, pero Thora no había estado a la altura de sus expectativas. Llegó del aeropuerto una mañana temprano, a principios de julio. Cuando Tigran y yo nos despertamos, el vestíbulo estaba lleno de maletas, y la pequeña familia se hallaba reunida en la sala de estar. Cuando Thora se dio la vuelta para mirarnos, un gesto en su semblante puso en evidencia que nos consideraba unos intrusos. Se levantó y nos saludó, se disculpó por haber dejado las maletas en medio del paso y preguntó si nos había despertado, pero yo tuve la impresión de que nos habría ignorado si sus padres no hubieran estado allí también. Me miró sin verme, indiferente, igual que miraban sus familiares.

Poco tiempo después, Tigran constató:

—No es como Laura.

Sin embargo, hizo varios intentos para acercarse a ella, llamaba a la puerta de su dormitorio y le preguntaba si quería comer con nosotros, pero ella siempre decía que no sin dar explicaciones. Eso molestaba a Tigran, que regresaba a la cocina decepcionado, porque ni siquiera se tomaba la molestia de mentir y decir que no tenía hambre. Así que dejó de intentar conocerla mejor.

Yo tampoco tenía mucho contacto con Thora. A veces nos cruzábamos en el pasillo. Ella no me sonreía ni me saludaba, me miraba como si fuéramos dos extraños en un tren de cercanías abarrotado. Casi nunca hablábamos.

A veces, Vera nos invitaba a Tigran y a mí a su estudio, y nos reunimos allí una vez semanas después de que Thora hubiera regresado a Estocolmo. Vera ya conocía a Thora y a August, los había tratado en varias ocasiones. Le caía bien August, pero no tragaba a Thora.

—Es extraño, ¿no? Que alguien con unos padres como Aron y Laura sea así.

—¿Y cómo es? —pregunté.

—¿Aún no lo has notado? Es una malcriada. Una pija.

—Supongo que serán Aron y Laura quienes la malcriaron —dije

yo.

—Seguro que es un rasgo propio de familia —añadió Tigran—. Las familias de Östermalm son así, no hay que darle más vueltas.

Vera se echó a reír:

—¿Las familias de Östermalm?

Tigran hizo un gesto vehemente con la mano.

—*La clase alta*.

En el ático se filtraban las corrientes de aire y, aunque era verano, nos habíamos envuelto cada uno en nuestra manta. Estábamos sentados en el suelo sobre alfombras de jarapa, alrededor de vasos, tazas de café, una cafetera de émbolo, una botella de vino y un platito en el que apagábamos los cigarrillos. Los disolventes de las pinturas al óleo de Vera desprendían un olor muy fuerte, y yo me sentía un poco mareado. El cielo brillaba rosáceo a través de los tragaluces resaltando los tonos rosa y azul de las alfombras. Las rayas me hicieron pensar en las olas del mar, y pasé los dedos por los hilos rugosos. Cuando se acabó el café y el vino, salimos. Los amigos de Vera tenían una noche de lectura en la conocida tienda de antigüedades de la calle Birger Jarlsgatan y caminamos hasta allí mientras compartíamos el último cigarrillo que le quedaba a Tigran. Nos sentamos en sillas plegables desvencijadas durante la lectura y escuchamos a los estudiantes que leían los textos que habían escrito durante un curso de escritura en una universidad popular. Todos parecían haber escrito textos de prosa poética en los que ellos mismos eran protagonistas. Se sirvió un vino tibio en pequeños vasos de plástico, y cuando todos terminaron de leer, nos apiñamos en la acera a fumar, algunos cruzaron la calle en dirección al súper para comprar *snus*[2] y perritos calientes. Los amigos de Tigran y Vera hablaron de la situación de la vivienda en Estocolmo, compararon las condiciones de sus contratos de segunda mano y airearon planes para mudarse a Malmö, donde todo era mucho más barato. Todos los que participaron en la conversación agregaron al unísono:

—Y además está cerca de Copenhague y del continente.

Pero nadie parecía tener planes serios de mudarse realmente.

A mí me agradaba estar en una situación en la que nadie me conocía muy bien. Desde que tengo memoria, he preferido no mezclar a personas cuyo único nexo de unión fuera yo, y por eso había creado una especie de zigzag entre las diferentes partes de mi vida que solo yo

podía enlazar. Ya de niño me había dado cuenta con una claridad sorprendente de que era muchas personas a la vez; que la persona que yo era con mi madre era distinta de la que yo era cuando estaba con mi padre, que era una persona distinta a la que yo era con mis amigos e incluso, con mis amigos, era varias personas diferentes. Pequeños matices significativos que me proporcionaban una especie de seguridad. Nadie podía describir mi vida en su totalidad y yo consideraba eso como una prueba de libertad. Al mismo tiempo, existían profundas grietas entre las diferentes partes, y, a veces, la idea de que alguien lo descubriera y pudiera hurgar en los puntos débiles, palpar las contradicciones y tirar por tierra el edificio, me causaba mucha ansiedad.

2. Mezcla de tabaco finamente picado, agua y sal, que se consume por vía oral. *(N. de la T.)*

Los artículos sobre el Grupo Stiller fueron disminuyendo semana tras semana, el flujo de opiniones parecía reducirse cada vez más a falta de nuevos puntos de vista. Y al final cesó. Con ello, la madre de Laura, los hermanos y sobrinos también dejaron de aparecer y el ritmo de la casa se volvió diferente. Nunca oí a Thora decir una palabra de lo que pensaba, no estaba seguro siquiera de que tuviera una opinión al respecto. En el desayuno, echaba un vistazo a los artículos en los que salía su apellido en los titulares antes de seguir hojeando el periódico.

Conseguí unas horas de trabajo temporal en un restaurante cerca del parque Humlegården, donde me llamaban para hacer algunos turnos. Los días que no me llamaban los pasé vagando por Estocolmo. Acabé entendiendo cómo estaban conectados las islas y los barrios. Aprendí dónde debía colocarme en el andén para salir del metro cerca de la salida correcta. Me sentaba en terrazas a tomar un café o una cerveza mientras veía pasar a la gente. Solicité una tarjeta en la biblioteca y sacaba de allí películas antiguas que veía durante las claras noches de verano cuando no podía conciliar el sueño. Un día, después del trabajo, fui a la librería de la plaza Stureplan y al pasar por la sección de novedades de narrativa vi una pila de libros titulados *El triángulo de hierro: El imperio Stiller contraataca*. Cogí un ejemplar, pero cuando vi el precio en la contracubierta, lo volví a dejar. En cualquier caso, no pensaba que la familia Stiller tuviera nada que ver conmigo. En lugar de eso, fui a las estanterías de literatura y compré un libro de bolsillo que me llevé a las escaleras, fuera de la Biblioteca Nacional, y allí me senté apoyado contra la pared del edificio e incliné la cara hacia el sol de la tarde.

Un día fui a la universidad para ver dónde tenía que acudir a finales de agosto cuando comenzara el semestre. La zona estaba desierta y los edificios de la universidad parecían piezas gastadas de Lego arrojadas sobre un campo verde junto a una autopista. La desolación y el contraste entre el cielo azul brillante y los pálidos

edificios me deprimieron, y, tras dar una pequeña vuelta hasta el edificio principal, tomé el metro de regreso al centro de la ciudad. Me encontré con Tigran en un antro de la calle Hornsgatan, y mientras explicaba por qué se había quedado atascado en su tesis doctoral, traté de ignorar la recurrente sensación de vacío. Me costaba entender por qué alguien dedicaba varios años de su vida a un trabajo académico que solo leería un puñado de personas. Me di cuenta de que sería una falta de tacto decir lo que realmente pensaba, así que le dije a Tigran que abandonara el texto unos días y tratara de pensar en otra cosa. Al mismo tiempo, hice todo lo posible para cruzar la mirada con las chicas que estaban sentadas unas mesas más allá, todas vestidas de negro y con una bolsa de tela colgando en el respaldo de la silla, pero ninguna de ellas miró en nuestra dirección y yo no tuve ganas de levantarme y acercarme a ellas.

En el autobús de vuelta a casa, Tigran buscó las pinturas de Eugène Jansson en el móvil. Mientras se desplazaba por el archivo de imágenes, afirmó que Jansson era el artista que mejor había captado la paleta de colores azules de Estocolmo. Miré por la ventana del autobús tratando de comparar el azul de las fotografías con el azul inmenso fuera del autobús, y me pareció ver a August caminando por el muelle, pero dudé de si eran imaginaciones mías.

Laura y Aron salían de casa temprano por la mañana y regresaban avanzada ya la tarde. Traían comida preparada para la cena y se la comían en la sala de estar o en la cocina ante el ordenador o un libro. A menudo los veía sentados uno al lado del otro, cada uno con su ordenador sobre las rodillas, con los rostros iluminados por el resplandor blanco de las pantallas y el cielo crepuscular de fondo al otro lado de las ventanas.

Durante los fines de semana organizaban cenas que parecían no tener fin. A veces, pasadas unas horas, me acercaba al comedor y allí me hacían un hueco y me ofrecían un plato con lo que había sobrado de la cena y el postre. Los amigos de Aron y Laura siempre se presentaban por su nombre y profesión, como si la profesión fuera su apellido. Karolina, crítica de arte; Samir, catedrático; Maggie, periodista; Joel, abogado.

Durante esas cenas era cuando más veía a Thora. Cuando asistía, solía enfrascarse en conversaciones con Aron y Samir, que parecía ser

su favorito entre los amigos de sus padres. Thora apenas hablaba con Maggie. En una ocasión, la vi mirando a Laura por encima de la mesa, que estaba sentada en uno de los extremos junto a Karolina y Maggie. Maggie tenía un brazo apoyado en el hombro de Laura mientras escuchaban atentamente algo que les estaba contando Karolina. No se percataron de que Thora las estaba observando con una expresión en la mirada que no supe definir —¿celos?, ¿irritación?, y, con el jersey negro y la oscuridad del pasillo a sus espaldas, su rostro parecía un pálido relieve, como si perteneciera más a la oscuridad que al grupo de personas que estaban sentadas a la luz de las lámparas de aceite que había en la mesa.

Cuando August asistía a las cenas, Thora se relajaba. Recurría con naturalidad al mismo tipo de lenguaje que empleaban los amigos de sus padres entre ellos. Joel habló sobre la futura carrera de Thora como abogada y dijo de ella que solo se esperaba grandes logros cuando terminara sus estudios. No sabría decir si estaba bromeando. Thora lo miró y respondió con indiferencia:

—Espero decepcionarte.

A mí no me pareció muy gracioso pero los demás se rieron. August apoyó el brazo en el respaldo de la silla de Thora y la observó de perfil. Ella, sin inmutarse, añadió que aún estaba esperando oír los grandes logros de Joel, y él respondió que ella sería «*the first to know*». Lo dijo lanzando una mirada divertida a Maggie, que era estadounidense y por ello, la diana de todas las palabras y frases en inglés que se lanzaban en las conversaciones. Maggie recibía esos lanzamientos con animada calma.

August y Vera habían ido al mismo instituto, ella un curso por encima de él, y en su extremo de la mesa hablaban de amigos y conocidos comunes. Thora intervenía aportando detalles y observé que Vera la miraba de mala gana. Ni Tigran ni yo éramos de Estocolmo, pero, a diferencia de lo que me ocurría a mí, Tigran estaba fascinado por los círculos de amistad que se entretejían en las escuelas del centro de la ciudad y que perduraban mucho más allá de ellas, como telarañas flotando en el aire. Tigran preguntó por las diferencias que había entre las escuelas, qué distinguía a los alumnos de cada una, y recibió respuestas tan detalladas como si estuvieran describiendo culturas intrincadas de profundas raíces históricas. Yo estaba sentado al lado de Tigran y no dije apenas nada. Sentía una aversión instintiva hacia el

mundo del que estaban hablando, una aversión que me habría gustado incitar con algo más que el hecho de haberme acostumbrado a despreciar todo lo que era propio de Estocolmo.

Más tarde, por la noche, subimos al estudio de Vera. Thora se quedó en el comedor. La observé mientras nos poníamos los zapatos en el pasillo, seguí la silueta de su cabeza, cuello y hombros, del cabello que resplandecía a la luz de las velas. Aparté la mirada cuando reparé en que Vera me estaba observando con cara de curiosidad. August se apoyó en mí para ponerse los zapatos y yo me quedé quieto.

—Gracias —dijo mientras se enderezaba.

En el estudio, Vera abrió los tragaluces para ventilar el olor a pintura antes de sacar algunos lienzos para mostrárselos a August. Habló de sus proyectos artísticos, de lo que estaban haciendo los otros estudiantes de arte, y Tigran se quejó de lo aburrido que era el videoarte. Yo permanecí en silencio porque no se me ocurría nada que añadir. El cigarrillo me mantuvo ocupado, pero August me miraba como si adivinara mis intenciones.

—A mi hermano le encanta este tipo de cuadros —le dijo a Vera—. Seguramente podrías venderle alguno.

—Tigran es escéptico —dijo Vera divertida mirando a Tigran, que se había hundido en el sofá.

—Realmente no es mi estilo —dijo él.

—Pero mejores que el videoarte —dijo Vera.

Estaba lloviendo y no me había dado cuenta del calor que tenía hasta que sentí el frescor de las gotas de agua que caían por la ventana abierta. Apagué el cigarrillo y me subí a un taburete para mirar afuera. Un paisaje de oscuras cumbreras de tejados, relucientes por la lluvia, se extendió ante mí. Cerré los ojos. Podía oír las voces de los demás, aunque a lo lejos. Tenía la cara empapada cuando me bajé del taburete. Vera me lanzó una toalla, pero estaba llena de pintura y no la usé.

—Vas a agarrarte un resfriado —dijo Tigran cuando me senté a su lado en el sofá.

Me sequé con la manga del jersey.

—Hace mucho calor —dije.

Me sentía relajado, satisfecho, como si por primera vez desde que llegué a Estocolmo estuviera exactamente donde tenía que estar.

Vera se sentó en el suelo con las piernas flexionadas, juntando las plantas de los pies. August aceptó el cigarrillo que le ofreció Tigran.

—*Sin ofender* a tu hermano —dijo Vera—. Pero me cuesta ver mis cosas colgadas en un apartamento de lujo en Londres.

—Es dinero, Vera —dijo Tigran—. A quién le importa.

—A mí me importa —respondió Vera.

—Yo no dejo que mi hermano compre mi obra artística —dijo August—. Pero es solo porque compraría los cuadros por compasión. Los tuyos los compraría porque cree que son buenos.

—¿Eres tan malo? —pregunté.

—Tal vez lo sea —contestó August, algo desafiante en el tono de voz.

—No, no lo eres —dijo Vera—. No hay nadie en Estocolmo que pinte como tú.

August sonrió burlón.

—No sé si ese es un criterio particularmente bueno.

—August.

Volvimos la cabeza. Thora estaba en la puerta. Aunque todos la miramos, ella solo miró a August, como si ignorándonos y con suficiente fuerza de voluntad pudiera hacernos desaparecer. Vi con el rabillo del ojo que Vera y Tigran se retorcían. Todo permaneció en silencio unos segundos, luego August asintió con la cabeza mirando a Thora. Se levantó, le devolvióel cigarrillo a Tigran y le dio las gracias a Vera por haberle dejado ver sus cuadros. Hizo una pausa, con la vista puesta en mí, y parecía estar pensando qué decirme para dispensarme la misma atención que a Tigran y a Vera. Durante la breve pausa, me preocupó que se hubiera olvidado de mi nombre. Me puso una mano en el hombro, la apretó con fuerza y dijo:

—Hasta pronto, Hugo.

No tuve tiempo de mirarlo a los ojos antes de que pasara por delante de mí. Lo seguimos con la mirada y sonreímos.

Thora ya estaba de vuelta en la escalera.

Cuando Vera contó más tarde lo que sabía de Thora y August, me esforcé por no parecer demasiado interesado. Dejé que Tigran hiciera las preguntas y fingí concentrarme en echar la ceniza del cigarrillo en el plato. Vera dijo que Thora y August eran amigos de la infancia, que se conocían más o menos de toda la vida, asistieron a la misma clase durante el segundo y el tercer ciclo de la escuela básica.

—¿Entonces son como hermanos? —insinuó Tigran.

—No —dijo Vera—. Han estado juntos. Hace mucho tiempo. En el

instituto.

Traté de no imaginármelos en la cama.

Tigran suspiró, pensativo.

—Pero Thora es una pija —dijo Vera.

—O simplemente tímida —objetó Tigran.

Vera frunció los labios.

—Nunca se sabe —añadió Tigran apresuradamente.

—Creo que Vera tiene razón —apostillé aplastando el cigarrillo en el plato y sacudiéndome las manos—. Thora es una pija.

Vera le guiñó un ojo a Tigran, como si mi apoyo diera por zanjado el asunto.

El último día de agosto me dirigí a la universidad para matricularme. Había solicitado cursos sin tener una idea clara de lo que quería hacer y, cuando llegó la confirmación de la plaza, sorprendido por haber entrado, acepté un curso a tiempo completo y uno de tarde. Salí a dar un paseo y me pregunté si había elegido una salida fácil al volver a Suecia. No acababa de entender *de qué* trataba de huir con la mudanza, pero pensé en lo fácil que sería dejarse acunar en una falsa sensación de seguridad, actuar como si el mundo fuera comprensible y organizado, con números de espera en las colas, burocracia eficiente y clasificación de residuos. Así era como se interpretaba una mudanza a Suecia entre mis amigos de Berlín —como una caída en la comodidad a la que uno podía oponerse estética o políticamente, pero a la que no estaba dispuesto a renunciar por completo—. Los escandinavos en Berlín no habíamos sido capaces de explicar lo paradójico de nuestra postura hacia nuestros países a otros europeos, y mucho menos a inmigrantes no europeos, lo que había dado lugar a una vergüenza común por el hecho de sentirse atraídos por la ordenada forma de vida de la clase media en las ciudades escandinavas y, al mismo tiempo, renegar de ella. Como puestos de avanzadilla, inconscientes de esa comodidad, la gente estaba sentada en las terrazas de las cafeterías con cochecitos de bebé y ordenadores portátiles almorzando y tomando café recién molido. Supuse que con el tiempo me convertiría en uno de ellos. Las filas de zapatillas deportivas impolutas debajo de las mesas y las prendas de color negro, blanco y azul oscuro me recordaron imágenes de los suburbios de los Estados Unidos en los años cincuenta, con céspedes bien cortados y coches relucientes en las entradas de las

casas.

En Slussen tomé el metro. Cada vez que este se detenía, sopesaba la idea de bajarme y pasar de matricularme. Podía volver a Berlín. Podría volver al día siguiente si quisiera. Los vagones avanzaban traqueteando en la oscuridad. Era uno de esos metros viejos que hacía tanto ruido que era imposible hablar en un tono de conversación normal. Unos pocos asientos más atrás, iban sentadas dos mujeres gritándose la una a la otra. Me bajé en la estación de la universidad. El andén estaba lleno de estudiantes que formaban dos filas por las empinadas escaleras mecánicas hasta acceder a la salida. Se llamaba a los alumnos en un auditorio sin ventanas. Así me convertí en universitario. Después fui a la librería de la universidad y compré algunos libros de segunda mano para el curso de ciencias políticas. Y así fue como comenzó mi desestructurada vida universitaria.

(Más tarde volvería a pensar en ese corto trayecto en metro hacia la universidad. En las puertas que se abrían y se cerraban detrás de mí, en las luces de los túneles. Y cada vez que pensaba en ese recorrido me preguntaba: ¿quién habría sido yo si me hubiera bajado del metro en T-Centralen, si hubiera vuelto a Berlín? Después dejé de pensar en ello porque se volvió demasiado difícil imaginar a esa persona, la versión hipotética de mí mismo.)

Cuando llegué a casa por la tarde, me topé con Thora en el pasillo. Estaba sentada en el suelo atándose unos zapatos. Me miró cuando aparecí por la puerta.

—Papá me ha pedido que os dijera a Tigran y a ti que hay comida en el frigorífico para vosotros —dijo—. Ellos han salido.

—Ya he comido —respondí, colgando mi cazadora—. ¿Adónde vas?

Thora se levantó, se puso una gabardina ligera y se ató el cinturón alrededor de la cintura. Hizo como si no hubiera oído mi pregunta. Se levantó el pelo que se le había quedado metido en el cuello de la gabardina. La observé por detrás mientras estaba mirándose en el espejo y ella también me miró. Sonrió.

—¿Crees que debería pintarme los labios?

—¿Qué?

Se pasó un dedo por los labios.

—¿Pintalabios rojo?

Oí que Tigran estaba en la cocina y me pregunté si podía oírnos en

medio del golpeteo de cacharros.

—Claro —respondí apartando la mirada del espejo—. Rojo.

Me sentí estúpido, como si Thora me hubiera tomado el pelo en algo de lo que yo no tenía la menor idea. Me di la vuelta y me fui sin esperar respuesta. Cuando oí que cerraba la puerta de golpe, no pude dejar de preguntarme si se habría puesto pintalabios rojo.

Thora

Supe que Hugo iba a caerme mal desde el mismo instante en que nos conocimos. Nunca me caían bien los *protegidos de mis padres*. August decía que se debía a la desafortunada combinación de ser hija única y tener tendencia a ser celosa. Pero yo acababa de regresar a Estocolmo y quería que todo me perteneciera. Me percaté de que Hugo le cayó bien a August enseguida, pero a August siempre le agradaban las nuevas amistades, así que no me molesté en señalar que Hugo era un cliché personificado, con sus deportivas roídas, su cazadora vaquera que apestaba a tabaco y sus camisetas desgastadas con dibujos ridículos que seguramente había comprado en tiendas de segunda mano en Berlín Este.

Durante ese verano, August y yo solíamos ir en bici por las mañanas al parque de Djurgården, donde las aparcábamos junto a un árbol y extendíamos nuestras toallas cerca del agua. Nos bañábamos, tomábamos el sol y leíamos. Yo llevaba café en un termo y August preparaba bocadillos con ensaladilla de atún envueltos en papel de aluminio. Cuando nos habíamos comido los bocadillos, el envoltorio de papel de aluminio centelleaba a la luz del sol. Yo me quedaba tumbada boca abajo viendo la luz plateada con los ojos entrecerrados. August se ocupaba de tirar la basura en una papelera y, si no había ninguna alrededor, la metía en la bolsa de plástico en la que habíamos traído aquel tentempié, lo cual me hacía gracia a la vez que me irritaba.

Fue un verano caluroso. El sol había amarilleado los árboles, como si hubiese lijado las capas más vivas de color. Flotaba sobre Estocolmo una neblina que suavizaba las siluetas y emborronaba las fachadas. Desde los puentes y las colinas, la ciudad tomaba la apariencia de un espejismo.

Para mí, el verano siempre había sido sinónimo de archipiélago, y el viaje en barco desde Estocolmo marcaba el comienzo de las

vacaciones de verano, de esa pequeña eternidad. Pasé mis primeros veranos en una isla. Vivíamos en una casa roja con terraza acristalada que Aron y Laura habían comprado de recién casados. Cuando me hice más mayor comencé a acompañar a Laura en sus viajes por Europa, mientras Aron —que detestaba las grandes ciudades en los meses de verano— se quedaba en el archipiélago. Durante esos viajes me di cuenta de que, para la mayoría de la gente, Estocolmo era una ciudad lejana, en un remoto rincón al norte del mundo, y desde entonces me imaginaba siempre una ciudad ubicada en la cumbre de una montaña cubierta de nieve. Aron sonrió cuando se lo conté. Él se había criado cerca de la frontera con Noruega y decía que yo no sabía nada de montañas ni de nieve. En Viena acompañé a Laura a la Ópera Estatal y a antiguos cafés donde siempre me pedía una tarta *Sacher con nata. En Londres, los amigos de Laura hacían cola para hablar conmigo, a pesar de que yo aún no dominaba el inglés y tan solo los miraba con una expresión plácida e indulgente que les* provocaba risa. En París, me esforcé por seguirle el paso a Laura por los bulevares y aprendí a saludar besando en las mejillas. Con Aron, lejos de las metrópolis europeas, iba en bicicleta por caminos de grava, me bañaba en el agua fría, me hacía rozaduras en las rodillas con las piedras, me echaba siestas en rocas lisas, me rascaba las picaduras de los mosquitos hasta hacerme sangre, pasaba de cepillarme el pelo y me brotaban pecas por toda la cara. Cuando Laura llegaba a la casa de verano traía consigo un aire de las ciudades europeas, lo cual me provocaba una vertiginosa alegría no exenta de melancolía, que hubiera querido describir si hubiera sabido qué palabras usar.

Cuando julio daba paso a agosto, cambiaba el ambiente en Estocolmo. Una especie de temblor en el aire. Los pequeños comercios y los cafés abrían de nuevo. Los coches y las bicicletas se multiplicaban. Las noches se volvían de un azul más oscuro e intenso, un presagio de la oscuridad que descendería sobre nosotros en unos meses. Todos regresaban de sus casas de veraneo y de sus viajes al extranjero bronceados de un modo más o menos uniforme. Yo quedaba con amigos en bares que elegíamos según su selección de cavas y hablábamos de nuestros planes para el otoño y para el futuro con pésimas expectativas.

Me esforzaba por no mostrar lo aburrida que me sentía.

Me guiaba por una lista de amigos a los que llevaba mucho tiempo sin ver y descubrí con creciente malestar, a medida que iba tachando los nombres, que me sentía desconectada de personas con las que antes me encontraba a gusto. No lograba determinar si el problema era mío o de los demás. Me oía a mí misma hablar del año en París con indiferencia. De las copas de vino pequeñas y redondas que había en los bares, de los estadounidenses que *todavía* seguían yendo a París para encontrarse a sí mismos, de cómo hombres vestidos de traje se agarraban cariñosamente de los brazos y repartían besos en las mejillas, de las alas vacías del Louvre, de las conversaciones en las mesas de los cafés y los susurros de hombres sin nombre (o quizá dijeran su nombre, yo siempre lo olvidaba). Después me sentía decaída y pegajosa. No sabía cómo explicar que me había sentido libre de una manera que quizá solo se pueda resumir en el hecho de que había podido cometer un error tras otro, y ninguno de ellos había tenido importancia, porque no me pesaban. En Estocolmo no había el mismo margen de error. Todo lo que hacía parecía concentrarse a mi alrededor, como anillos de crecimiento inscritos en las aceras, revelando éxitos y equivocaciones.

La ciudad era testigo de todos mis fracasos.

Lo había experimentado a menudo de niña, y aún me despertaba por las mañanas con una especie de espanto. ¿Por qué había nacido yo en este cuerpo, en esta vida, con estas personas? Repetía mi nombre despacio, rápido, cambiando el énfasis cada vez, hasta que el nombre se convertía en una palabra desconocida de un idioma extraño, e intentaba desesperadamente que las sílabas y las letras encajaran conmigo.

Al final del verano, August se mudó a un nuevo apartamento con unos amigos. Hacía mucho tiempo que yo ya había perdido la cuenta de cuántas veces se había mudado. Como a él le parecía innecesario cambiar oficialmente su dirección tras cada mudanza, todavía estaba empadronado en la casa de su abuela en la calle Folkungagatan. Los fines de semana iba allí a recoger su correspondencia y ella, entonces, solía invitarlo a cenar. Yo a veces lo acompañaba. Al final de la cena servía *maräng*s*viss* con el café, un postre elaborado a base de trozos de merengue, nata y sirope de chocolate, y Alma pretendía que lo bebiéramos del platito que acompañaba a la taza. Se reía de nosotros cuando el café salpicaba nuestro regazo.

Me gustaban las cenas en casa de Alma, sentarnos a la mesa de la estrecha cocina mirando las farolas que se mecían con el viento y hablando de cosas sencillas. Era como encontrarse en una cálida torre de luz, protegidos de la oscuridad y del frío del exterior, con la cazuela de las patatas encima de la placa de la cocina y los restos de guisantes desenvainados sobre la tabla de cortar. Me sentía a gusto en presencia de August y también de Alma, juntos conseguían que me sintiera parte de una pequeña comunidad que no exigía nada de mí. En otras ocasiones solía estar ocupada tratando de *comprender* en qué tipo de persona me convertía si me gustaba algo o no, si me quedaba callada o si argumentaba a favor o en contra de algo, pero en compañía de Alma y August me olvidaba de todas esas cosas. Alma hacía que me sintiera insignificante de una manera agradable y con August ya no merecía la pena intentar cambiar la percepción que tenía de mí, era demasiado tarde.

El piso al que se mudó August estaba en la plaza Mariatorget. Yo estaba más entusiasmada que él con la mudanza, porque prefería estar en el centro de la ciudad. Él había vivido durante un año en Högdalen en un piso de segunda mano deslucido y ahumado, con papeles pintados amarillentos y un hueco de escalera de color verde menta que

olía a basura. De día, el barrio resultaba vulgar y descolorido, como si las fachadas se hubieran ido destiñendo a lo largo de las décadas, pero me gustaba cuando oscurecía y las luces se encendían en las ventanas de los edificios. Desde la ventana de la cocina de August se podía divisar a la gente en el andén como pequeñas figuras, y yo solía saludarlo con la mano cuando me bajaba del metro. August había alquilado el piso a un señor mayor que vivía en España, pero sus nietos iban a mudarse a Estocolmo, razón por la que August había pasado toda la primavera en busca de una nueva vivienda. El piso en Mariatorget formaba parte de la herencia que había dejado un familiar de Christian, un amigo de August, y les habían dado permiso para vivir allí mientras los parientes discutían qué hacer con el inmueble. Christian le había explicado alegremente a August que el conflicto podría alargarse durante meses.

Ayudé a mudarse a August y a sus amigos, ya que yo, a diferencia de ellos, tenía carné de conducir. Cargamos cajas de mudanza en el pequeño ascensor y subimos de la planta baja al piso, bajamos y volvimos a subir una y otra vez. Pasé por encima de las cajas de August y miré por la ventana a los niños que correteaban alrededor de la fuente donde Thor alzaba su martillo contra la Serpiente de Midgård.[3] Las copas de los árboles del parque estaban suavemente redondeadas y parecían flotar sobre el suelo, sin troncos ni raíces. Me senté en el alféizar de la ventana y observé a August mientras colocaba sus cosas. Le di consejos sobre cómo amueblar la habitación, él alzó la mirada y me sonrió.

—No voy a vivir aquí mucho tiempo —dijo—. No tiene sentido que me asiente demasiado.

Me encogí de hombros y pasé un dedo sobre el marco blanco de la ventana. Cuando los amigos de August entraron en la habitación me sacudí el polvo de la yema del dedo.

—Hemos subido las últimas cosas —dijo Christian—. El remolque lo podemos devolver mañana.

—Es una locura que vayamos a vivir aquí —dijo Elif.

—Se trata solo unos meses —dijo Brita.

—Pero... ¿os dais cuenta de que voy a poder *ir caminando* desde aquí al trabajo? —dijo Elif—. Ya no tendré que levantarme a las cinco y media.

—Seguro que los inspectores te echarán de menos —dijo August.

—Tú eres demasiado respetuoso con las leyes.

—Thora se niega a ir conmigo si me cuelo.

—Eres tan embaucador que podrías escaquearte de las multas —dijo Elif.

—Sois tan ridículos —dije yo desde mi asiento junto a la ventana —. Os quejáis de los que evaden impuestos, pero ni siquiera pagáis vuestros propios viajes en autobús.

—No lo pillas —dijo Christian sacudiendo la cabeza.

Por la tarde fuimos a un bar en la calle Bellmansgatan. August y sus amigos brindaban por ser vecinos durante un tiempo, del barrio de Södermalm. Se conocían desde el bachillerato y Brita reparó en lo extraño que resultaba estar de vuelta en el viejo barrio del instituto, en medio de los cafés que frecuentaban durante los recreos. Nunca me habían caído bien los compañeros de clase de August y sabía que yo tampoco les caía bien a ellos. Era como si al fin se hubieran puesto de acuerdo en considerarme una mera curiosidad en la vida de August. «La típica amiga de la infancia», oí que le decía una vez Elif a Brita. Desde la época de bachillerato habíamos desarrollado una forma sofisticada de hablar entre nosotros que dictaba la dramaturgia en nuestras conversaciones. A menudo nos enzarzábamos en discusiones políticas en las que yo voluntariamente hacía el papel de la Burguesía mientras que los otros hacían el de la Izquierda. Las discusiones me entretenían, no porque yo tuviera firmes convicciones políticas que me posicionaran a un lado o a otro, sino porque veía en los amigos de August a los adversarios políticos que mis tíos y algunos de mis primos solían describir cuando hablaban de «la prensa de izquierdas». August nos llamaba a todos *bourgeois* (pronunciando el francés mal adrede) y enseguida alguien comentaba algo sobre el privilegio de poder ser apolítico. De aquella manera se repetían las discusiones, cada vez en una nueva versión, pero siempre dentro del mismo marco. La previsibilidad era particularmente placentera, como fijar el mundo, amarrarlo como un animal enjaulado para que fuera más fácil estudiarlo y relacionarse con él.

Cuando la tarde dio paso a la noche no cayó la oscuridad, la luz solo se tornó de un azul más oscuro, como si le hubieran dado la vuelta al cielo para que se aireara unas horas. August y yo paseamos por el parque Ivar Los mientras los demás regresaron al piso. Nos sentamos en la cuesta. A nuestro alrededor, la gente estaba sentada de dos en dos

sobre mantas y cazadoras, contemplando el crepúsculo sobre el puente Västerbron. August se tumbó en el suelo con las manos sobre su regazo. Lo miré. Tamborileaba con los dedos sobre su cinturón.

—Ayer me llamó Samuel —dijo.

—¿Qué quería?

—Me preguntó qué pensaba hacer este otoño.

—O sea, el informe semestral.

August suspiró. Presionó un dedo contra mi cadera. Le aparté la mano.

—Para —le dije—. No puedes ponerte de mal humor por que te llame tu hermano.

—Yo no le llamo a él para saber cuáles son *sus* planes para el otoño.

—No seas infantil.

—Eso mismo dice Samuel.

Flexioné las piernas contra el pecho y coloqué los brazos alrededor de las rodillas.

—Bueno, ¿y qué le dijiste que vas a hacer este otoño?

—Le conté las cosas como son. Que voy a ir a una escuela de publicidad. Le pareció bien. Mejor que una escuela de arte. De hecho, creo que buscó el nombre de mi programa de estudios mientras estábamos hablando. Dijo que si me convierto en un *art director* por lo menos ganaré dinero. —August pronunció las palabras inglesas con desdén, tal y como él y sus amigos pronunciaban siempre las palabras inglesas.

—¡Menudo horror! Ganar dinero, y encima por hacer anuncios. ¿Qué dirán de ello tus amigos activistas?

August me lanzó una patada al aire. Yo le acaricié el pelo.

—En defensa de tu oficio siempre podrás decir que vas a luchar por una mayor diversidad en el ámbito de la publicidad —dije yo—. Aunque te conviertas en un engranaje del sistema capitalista.

August me agarró de las muñecas y tiró de mí.

—Eres tan… —murmuró.

—¿Tan qué?

—*Frustrante*.

En el camino de vuelta al piso nos detuvimos en un supermercado de la calle Hornsgatan, y August compró leche, yogur, café, pan y crema de cacahuete. Yo añadí un ramo de flores al carro. Pasamos el

resto de la noche en su habitación, rodeados de cajas de mudanza y bolsas de papel cartón. August enchufó una lámpara con pantalla redonda de papel y la colocó en el suelo de forma que el círculo de luz amarilla alcanzaba justo hasta el colchón. Hacía frío en la habitación. Me acurruqué contra August y él me estrechó en sus brazos.

—Tienes los pies fríos —dijo él.

—Tienes que comprar un radiador —dije yo—. Antes de que llegue el invierno.

—Ajá.

Su mano acariciaba mis brazos, trazando invisibles líneas de calor.

Me desperté temprano por la mañana. No me pude volver a dormir y me quedé mirando la luz que penetraba por la rendija que había entre la ventana y las persianas. Pensé en la Serpiente de Midgård con su pose eternamente congelada en la fuente, abajo en la plaza. Me vestí y besé a August en la frente antes de salir al vestíbulo y ponerme los zapatos. Los amigos de August todavía estaban durmiendo. Fuera, el sol resplandecía con intensidad. Las calles estaban desiertas a excepción de algún que otro turista madrugador que sacaba fotos a los edificios del casco antiguo. Cuando llegué a casa me di una ducha y bajo la luz intensa del cuarto de baño pasé mis dedos por los surcos blancos y plateados de mis caderas. Pensé, ensimismada, en las noches de mi adolescencia cuando había llorado hasta quedarme dormida a causa de las estrías, mientras August trataba de convencerme de que no tenían importancia. Durante unos cuantos veranos busqué el mismo tipo de estrías en el cuerpo de Laura, pero nunca pude encontrar ninguna.

Después de la ducha, corrí las cortinas de mi habitación y me acosté en la cama envuelta en la toalla y con el pelo mojado extendido sobre la almohada. Oí cómo los demás preparaban el desayuno en la cocina. Dormí hasta bien entrada la tarde.

3. Conocida también con el nombre Jörmundgander, se trata de una enorme serpiente que habita en el mar que rodea Midgård, uno de los nueve mundos que constituyen el universo según la mitología nórdica. *(N. de la T.)*

En París estuve saliendo una breve temporada con un estudiante de filosofía que aprovechaba la mínima ocasión para hablar de Rancière. Yo no conseguía seguir sus razonamientos y, al final, me compré unos ejemplares de la obra de Rancière en una de las librerías de segunda mano del boulevard Saint-Michel. Cuando terminaban mis clases de la tarde, tenía por costumbre sentarme en el Jardín de Luxemburgo y lidiar con el texto en francés. Quería arrancar a Rancière de las garras del estudiante de filosofía. Cuando pensaba que había descubierto un lapso en la lógica de los argumentos en su trabajo de fin de curso, lo sentía como una victoria infantil, como si le hubiera ganado varias partidas seguidas al parchís. Él se tomó muy a pecho mi advertencia sobre un posible error de lógica y puso fin a la amistad, y después de aquello no volví a ponerme en contacto con él. Se lo conté a August y dramaticé la sucesión de los hechos como si fueran una especie de farsa. Él me preguntó si estaba triste y, decididamente, le dije que no. Más tarde le comenté a August —y me gustaba repetírselo— que gracias al estudiante francés de filosofía había descubierto el placer de lidiar con razonamientos abstractos en compañía de alguien. Resultaba excitante enzarzarme en un pulso intelectual con otra persona. Me di cuenta, con una claridad relampagueante, como cuando un destello del sol se filtraba por las copas de los árboles y me cegaba, de que los libros representaban los pensamientos de otra persona, tan tortuosos como los míos. Intenté explicar esta intuición, pero fracasé; de mi boca salió algo insustancial. Comencé a preguntarme si la única forma de comunicarse profundamente con otras personas era por escrito. También con August sentía que expresaba mejor mis pensamientos cuando le escribía un correo electrónico o chateábamos que cuando estaba sentada frente a él. Y cuando August me escribía experimentaba una sensación de vértigo ante sus pensamientos, como si me encontrara al borde del precipicio donde terminaba yo y observaba la zona fronteriza donde comenzaba la consciencia de otra persona.

Por las tardes, durante la primavera en París, había frecuentado a menudo la librería del boulevard Saint-Michel. Compraba ediciones del mismo libro en inglés y en francés para estar segura de comprenderlo. Subrayé y traduje párrafos de *Mémoires d'une jeune fille rangée (Memorias de una joven formal)*, *Le plaisir du texte (El placer del texto)* y *L'Homme révolté (El hombre rebelde)*. Repetía las oraciones en francés para mis adentros hasta que ya no me tropezaba con las vocales y las consonantes; era como una retahíla que me sumía en un estado de concentración plena. La oscuridad descendía a mi alrededor en el parque, y el bullicio de los jubilados jugando a la petanca se difuminaba. Al final, los silbatos de los vigilantes me devolvían a la realidad, y recogía mis cosas. Con una sensación recién despertada en el cuerpo, salía por la verja, cruzaba la calle y atravesaba la place Saint-Sulpice, y los olores y los sonidos y las personas parecían haber adquirido de repente unos perfiles más definidos.

Cuando abrieron el plazo de solicitudes para la Universidad de Estocolmo me apunté a un curso de literatura en horario de tarde. Añadí el curso a mi programa de grado en derecho, como una nota al pie de página. No le comenté a nadie que me había matriculado en ese curso y casi lo había olvidado cuando recibí un correo electrónico del departamento comunicándome la fecha y la hora del inicio del curso en septiembre.

Cuando pasaron lista yo estaba sentada en la parte delantera del auditorio. El profesor leía los nombres con voz de salmodia y haciendo breves pausas para dar tiempo a que los nombrados levantaran la mano. Yo estaba jugueteando con el móvil, pero levanté la mirada cuando llamaron a un tal Hugo. De repente, sentí el peso del móvil en la palma de la mano. Me di la vuelta para ver mejor a mis compañeros de clase, pero no vi ninguna mano levantada. Hugo no estaba allí. No estaba segura de cómo se apellidaba Hugo, y al fin y al cabo era un nombre bastante corriente. Yo había ido a la misma escuela que varios Hugos con los que ahora me solía encontrar en el barrio de la Escuela de Economía de Estocolmo, vestidos con pantalones chinos de color beis y chalecos acolchados. Pero no sería propio de ninguno de ellos apuntarse a un curso de literatura por la tarde. Los estudiantes de humanidades no se ponían chalecos acolchados.

Al salir del auditorio constaté que no veía a Hugo por ninguna

parte. No le pregunté a August si sabía cómo se apellidaba Hugo.

Las clases de tarde tenían lugar dos veces por semana. No era obligatorio asistir a las clases de teoría, pero sí en cambio a los seminarios. Dos semanas después de comenzar el curso, Hugo se presentó al primer seminario. Cuando nos vimos, él me miró expectante, como si tratara de averiguar cómo quería yo que él se comportara. Sonreí con indiferencia a la clase, en la sala de seminarios. Para mi sorpresa, Hugo venía bien preparado, había leído los textos, y cuando decía algo hojeaba los libros hasta dar con la página que buscaba. La sala de seminarios era bastante más pequeña que el auditorio, y las mesas estaban colocadas formando una U, con la mesa del profesor al frente junto a la pizarra. Yo estaba sentada en una esquina, en un ángulo que solo me permitía ver a Hugo si me volvía en su dirección. Mientras él hablaba, yo buscaba un argumento con el que poder rebatirle —pensamientos o ideas que pudiera diseccionar en silencio y para mis adentros hasta que las partes de sus argumentos colapsaran bajo su propia presión—, pero no encontré ninguno válido.

Cuando llegué a casa aquella noche sopesé enviar un correo electrónico al coordinador del curso en el departamento para pedirle que me cambiara de grupo. Permanecí sentada, en pijama, frente al escritorio de mi dormitorio, con las manos sobre el teclado. Estiré los dedos y tonteé con la Q y la Å, que estaban algo sueltas. El gran roble del patio interior todavía estaba verde e iluminado por la luz de la luna. Al final apagué el ordenador y me fui a la cama.

Cuando los estudiantes nos reuníamos después de las clases para tomar un café o una cerveza, yo me aseguraba de sentarme lejos de Hugo. Me sentía ridícula y podía imaginarme a August riéndose de mí; esa risa imaginaria se fue volviendo más real porque tenía la sensación de que Hugo y August se encontraban en la ciudad, tal y como uno siempre se encuentra en Estocolmo con personas que frecuentan los mismos círculos.

Al poco tiempo, Hugo comenzó a asistir no solo a los seminarios, sino también a las clases. Oí que le contaba a Ella, una chica en nuestro grupo, que había conseguido que le cambiaran sus horas de trabajo para que no coincidieran con las clases. Ambos se sentaban un par de filas detrás de mí y por eso yo miraba fijamente la pizarra, esforzándome por fingir que no oía su conversación. Sabía que Ella

tenía un aro en la nariz que solía toquetear mientras pensaba qué decir. Hablaba *skånska*, el dialecto del sur, y yo no podía evitar preguntarme si enfatizaba tanto esa pronunciación cansina para marcar la diferencia entre ella y los demás.

Las tardes todavía eran cálidas, y durante las pausas los alumnos nos reuníamos fuera, en las escaleras de la entrada. Algunos se acercaban hasta los pequeños establecimientos que había junto a la estación de metro para comprar café y plátanos.

Una tarde estaba sentada en el descansillo más alto de las escaleras enfrascada en una discusión sobre la cantidad de textos que tendríamos que leer para la segunda parte del curso. Alguien había hecho un recuento del número total de páginas y se empezaron a levantar murmullos dentro del grupo. Hugo estaba de pie unos peldaños más abajo, centrado en otra conversación. Noté que cuando yo decía algo, él me miraba de soslayo como si quisiera enterarse de lo que estaba diciendo. Lo miré y él subió un par de escalones y se apoyó contra la fachada. Sonrió, tanteando, como si estuviera a punto de lanzarme algo delicado y antes quisiera medir la distancia y asegurarse de que yo fuera a cogerlo.

Extendió la mano hacia mí.

—Hugo.

Arqueé las cejas, pero sostuve el cigarrillo en la comisura de los labios un par de segundos y estreché su mano.

—Tú quieres realmente caerle bien a todo el mundo —dije expulsando el humo.

—Todo el mundo quiere caer bien, ¿no? —dijo él.

—Sí, pero rara vez quieren que los conozcan.

Me lanzó una mirada extraña. Lo cierto es que no la supe interpretar. Miró al suelo y movió ligeramente el pie, como si estuviera apagando un cigarrillo imaginario con la suela del zapato.

—Creía que ibas a ser jurista —dijo cuando volvió a levantar la mirada.

Ahora estaba un escalón por debajo de mí, lo cual hacía que estuviera a la altura de mis ojos.

—Y lo seré —respondí.

—Pero sentías que la carrera de derecho no te ocupaba demasiado, ¿o qué?

—¿Te molesta que esté aquí?

Me sorprendió la dureza de mi propia voz. August decía a veces que yo estaba demasiado a la defensiva y era arrogante. Una vez me había pasado el enlace de un artículo que se titulaba: «¿Te haces daño a ti mismo estando a la defensiva?». Se suponía que era una broma, pero aun así no contesté a ese mensaje.

—No —dijo Hugo.

Lo observé y traté de pensar en algo que pudiera limar las asperezas tras lo dicho y, de aquella manera, poder establecer una relación más despreocupada entre nosotros, pero se acabó la pausa y los demás volvieron a entrar en el edificio. Hugo se unió a la pandilla con la que había estado hablando antes. Su amiga Ella le dijo algo y él se agachó para escucharla. No me miró al entrar en el aula.

Cuando me senté en mi asiento sentí que se había producido un cierto traspaso de poder y eso no me gustaba.

Descubrí que se me daba bien el lenguaje jurídico. Me gustaba la manera en que la realidad crepitaba cuando se filtrada a través de los códigos legales con la ayuda del *método jurídico*. Era como dar con la lógica tras un código secreto, a pesar de que los textos fueran aburridos y los casos rara vez me interesaran. En la escuela primaria me había costado hacer cosas que no me interesaban, y dedicaba mucho tiempo a chinchar a mis compañeros de clase y a llevar la contraria a los profesores, quienes al final me enviaban a una sala aparte donde me sentaba sola a resolver ejercicios que me parecían demasiado fáciles. Una vez, un profesor se puso en cuclillas delante de mí y me explicó que la vida me resultaría muy dura si seguía siendo tan provocadora. Le miré a los ojos y pensé que yo era mejor que él. También sucedieron escenas similares fuera del aula: con profesores de ballet, profesores de piano y monitores de actividades extraescolares. Permanecí decidida a no llorar porque sospechaba que eso era exactamente lo que los adultos querían que hiciera; romper a llorar, pedir perdón y restablecer el equilibrio mediante mi sumisión. Solo respetaba y obedecía a mis padres, y a algunos de sus amigos más cercanos. Mis padres se aprovechaban de ello y con gusto me reñían en las cenas, ante sus invitados, y entonces yo me quedaba sentada a la mesa ruborizada de vergüenza. Luego crecí y aprendí a ser más diplomática y a caerle bien a las figuras de autoridad. Pero mi tendencia pendenciera parecía agradarles a varios de los profesores de derecho, y a mí me parecía

divertido que alguien que sabía más que yo examinara mis argumentos jurídicos. Además, me gustaban los halagos que recibía de la gente de mi alrededor cuando les contaba que estaba estudiando derecho. Era como si me impulsaran hacia el futuro, como si unas manos firmes me respaldaran guiándome delicadamente hacia un lugar —y aquí siempre intentaba hallar una palabra que no fuera *seguro*— prometedor.

Laura era la excepción. De mi madre no recibía ninguna muestra de aprobación. Un día estábamos almorzando en uno de los restaurantes de la zona universitaria y pude observar que Laura obviaba mi explicación sobre las primeras semanas como estudiante de derecho: sonreía con indiferencia, asentía lentamente y evitaba decir cualquier comentario que pudiera contribuir a profundizar o desarrollar el tema de la conversación. Era un recurso sutil de poder que había visto emplear a Laura muchas veces. Me irritaba porque resultaba difícil ponerlo en evidencia sin arriesgarse a que te acusaran de ser una exagerada. Laura escuchaba. Pero no le daba importancia a lo que estaba escuchando, y era difícil exigir pruebas de un interés que no existía. Sabía que Laura en realidad no tenía nada en contra de mis estudios, sencillamente no le interesaba el derecho, y, si la hubiera presionado, habría resumido mi elección en una palabra: aburrida. Aburrida en el sentido de que era predecible y poco estimulante.

Al despedirnos, finalizada la comida, me acarició la mejilla y me colocó unos mechones de pelo detrás de la oreja.

—¿Quién se habría imaginado que yo iba a criar a una picapleitos? —dijo con una sonrisa.

Luego la miré mientras atravesaba el campus. El viento tiraba de su trenca beis como si fuera un niño inquieto. Sobre ella caían las hojas de los árboles, hojas amarillas de otoño que brillaban al sol.

Esa misma noche vino a cenar uno de los compañeros de Laura. Aron cocinaba. Yo me senté en la encimera mientras miraba cómo él freía verduras en una sartén. Le conté que la primera cuestión que se había lanzado en el aula durante el turno de preguntas había sido cuánto dinero ganaba de media un abogado.

—¿Y tú preguntaste algo? —dijo Aron.

—Pregunté cuántos de los matriculados en derecho habían solicitado como primera opción la Escuela de Economía de Estocolmo.

Aron removió las verduras en la sartén. El aceite de oliva salpicó

sobre la placa. Yo balanceaba las piernas en el aire.

—Thora —dijo Aron—, no te pelees con todos nada más empezar.

Al igual que August, Aron solía usar mi nombre cuando quería comunicarme algún tipo de desagrado. Pronunciaba con fuerza la T, y yo me imaginaba que el trazo horizontal oprimía al vertical, que rebotaba, desafiante, como un muelle.

Cuando era pequeña me gustaban las cenas con invitados. A estas alturas, mi sentimiento hacia ellas era una tolerancia constreñida. El esplendor de las cenas se había extinguido cuando me di cuenta de cuánto disfrutaban Aron y Laura de toda esa atención. La combinación de la dramaturgia estudiada, el recurrente repertorio de temas de conversación, y la tendencia de mis padres a ajustar sus opiniones según los invitados que estaban sentados a la mesa aquella noche había ido minando la admiración que antaño solía sentir ante su capacidad para hacer que cualquier persona se sintiera relajada con ellos.

August fue el primero en hacer la observación. Cuando nos habíamos quedado solos tras una de esas cenas me dijo que Aron y Laura no tenían convicciones políticas propias. Yo protesté y alegué que estaba exagerando porque ellos no compartían las opiniones de August. Pero a partir de entonces no pude dejar de percibir los cambios de posicionamiento que tenían lugar. Una noche reprobaron las inversiones de la UE para mantener a los migrantes fuera de las fronteras europeas y criticaron el uso que el presidente americano hacía de drones armados. Sin embargo, otra noche alabaron las mejoras en los controles de las fronteras de la UE y defendieron la entrega del Premio Nobel de la Paz al presidente americano. No era una casualidad que los más radicales de los amigos artistas de mi madre y los más conservadores de los colegas diplomáticos de mi padre nunca estuvieran invitados a las mismas cenas. Si se hubieran sentado juntos a la mesa se habrían quedado desconcertados al ver que los anfitriones estaban a favor y en contra de algo al mismo tiempo. Una vez saqué el tema con Samir y él asintió con la cabeza, con una calma que me irritó.

—No se puede cambiar de opinión de esa manera —dije—. Hay que elegir.

—Es una suerte que no aspires a hacer una carrera diplomática —dijo Samir, añadiendo que había una diferencia entre cambiar de perspectiva y cambiar de opinión.

No me pareció una respuesta satisfactoria. Cuando le conté a

August lo que había dicho Samir, él asintió y sonrió. Dijo, no sin sarcasmo, que tenía sentido, y luego se encogió de hombros. Sabía que a August no le caían bien mis padres, y sabía que él tampoco les caía bien a ellos. Nunca lo habían dicho, y jamás lo dirían en voz alta. No era un rechazo absoluto, sino más bien era como estar en una corriente de aire frío del que nadie quería darse cuenta, y que nadie quería remediar.

El colega que vino esa noche estaba escribiendo un libro sobre arte soviético. Llevaba gafas con monturas gruesas y un aro en la oreja. Mis padres lo entretuvieron con anécdotas de sus viajes a San Petersburgo. Me dio la impresión de que el colega estaba enamorado de Laura porque se reía ampliamente de lo que ella decía, aunque no hiciera gracia. Tigran habló sobre la iconografía de la Iglesia Ortodoxa de Rusia. Hugo no dijo mucho. Quizá no supiera nada ni de arte soviético ni de iconografía de la Iglesia Ortodoxa rusa. Me pregunté cuál sería su opinión sobre Aron y Laura. No parecía tan maravillado como Tigran, pero era difícil descifrar qué pensaba de ellos. A veces vislumbraba una sombra de escepticismo sobre sus cejas, como si se estuviera esforzando para no poner los ojos en blanco. Tal vez hubiera oído a August llamar a mis padres bohemios burgueses y estuviera de acuerdo con esa calificación.

—¿Creéis que Rusia tratará de conquistar Gotland? —pregunté en voz alta mientras estábamos comiendo el postre.

Los demás se callaron. Las cucharillas de plata brillaban a la luz de las lámparas de queroseno y las velas. Hugo me miró, pero no pensaba encontrarse con mi mirada porque rápidamente bajó la vista a su plato. Nadie respondió a mi pregunta. En su lugar, discutieron las ambiciones literarias de algunos funcionarios en el Ministerio de Asuntos Exteriores y una novela recién publicada que les encantaba a mis padres, y querían convencer a todos para que la leyeran. El colega prometió hacerlo. Hugo y Tigran asintieron.

Yo permanecí callada.

Por cuestión de principios, adoptaba una postura crítica ante los artistas y escritores que les gustaban a Aron y a Laura. De pequeña nunca me había podido relajar durante los conciertos y obras de teatro a los que me llevaban porque había estado concentrada interpretando su lenguaje corporal —cómo respiraban, cómo empleaban las manos, si estaban recostados en sus asientos o inclinados hacia delante— para

poder averiguar qué opinaban. De adolescente me había hartado tanto de todo eso que determiné que todo lo que a ellos les gustaba en realidad era detestable, y todo lo que no les gustaba era excelente. Era capaz de defender obstinadamente la calidad de una obra de teatro que Aron había aborrecido solo por eso, y él dejaba que me explayara un rato antes de reírse y llamarme su niña recalcitrante. Después firmábamos oficialmente la paz, aunque yo alimentaba en secreto mi ira provocada porque no aceptaban criterios que no fueran los suyos. A veces, la ira emergía en un momento de descuido, y entonces Aron y Laura me miraban como si fuera alguien que no conocían, una extraña en el cuerpo de su hija. Y, tal vez, en realidad fuera una extraña.

Hugo

Una tarde al volver a casa me encontré con Thora y August en la cocina. Para ser septiembre, el día fue inusualmente caluroso. Había caminado hasta casa con la cazadora en el brazo, los parques estaban llenos de gente que cenaba sobre mantas y brindaba con vasos de plástico bajo las bóvedas de las copas de los árboles, que aún no habían empezado a cambiar de color. Las flores y las hojas impregnaban el aire de un aroma dulce.

Thora y August estaban bebiendo vino en la mesa de la cocina. En un taburete junto a la ventana había un ordenador que reproducía una lista de canciones que Thora ya había puesto antes en varias ocasiones. Thora tenía las piernas flexionadas contra el pecho y los dedos de los pies sobresalían del borde de la silla. Tenía las piernas al aire y llevaba puesto un jersey encima de un vestido de verano. August estaba sentado de espaldas a la puerta y el humo de su cigarrillo se elevaba lentamente hacia el techo alto y salía serpenteando hacia la noche a través de la ventana abierta. Me quedé en la puerta. Thora me vio y se enderezó, como si mi presencia requiriera una postura más erguida. August pareció notar un cambio en la actitud de ella y se dio la vuelta.

Me sonrió.

—Hola —saludé y, como no sabía qué más decir, añadí—: ¿Dónde está Tigran?

—No lo sé —contestó Thora con un tono de voz que dejaba claro que le parecía una pregunta tonta.

—¿Vienes del trabajo? —preguntó August haciendo un gesto como para invitarme a entrar en la cocina.

—Sí.

Saqué una cazuela de la despensa, la llené de agua hasta la mitad y la coloqué en la placa.

—¿Qué tal te ha ido?

—Bien —dije yo.

Eché pasta en el agua y saqué un bote de pesto ya preparado del frigorífico. Podía sentir el peso de las miradas de Thora y August en la espalda. Cuando terminé los preparativos, me volví hacia ellos.

—¿Cuánto tiempo has pensado quedarte a vivir aquí? —preguntó Thora.

—No lo sé realmente —contesté fingiendo que no entendía el significado implícito de la pregunta—. Espero tener pronto una habitación para estudiantes.

—No la conseguirás.

—¿Qué?

—No la conseguirás —repitió Thora—. Es tu primer semestre en Estocolmo, ¿no? Llevas muy pocos días en lista de espera.

—Entonces tendré que pensar en otra solución.

—El mercado inmobiliario en Estocolmo es un infierno —dijo August—. Aron y Laura dejarán que te quedes todo el tiempo que quieras. De todos modos, acogerán a un nuevo inquilino tan pronto como te mudes.

Thora lo fulminó con la mirada.

August continuó con una sonrisa:

—Te puedes quedar con la habitación de Thora cuando ella se mude.

—¿Te vas a mudar? —pregunté.

—Sí —respondió ella escuetamente, como si fuera algo que yo debería haber sabido. Se volvió hacia August—. Deberíamos irnos.

August me miró.

—¿Quieres venir con nosotros?

Esperé unos segundos antes de contestar porque creí que Thora iba a protestar, pero no dijo nada. Simplemente deslizó el dedo por el borde de la copa de vino y frotó el labio superior contra el inferior, como si quisiera asegurarse de que el pintalabios estuviera uniformemente repartido.

—¿Adónde vais? —pregunté.

—Vamos a… —dijo August vacilante, mirando a Thora.

—A una fiesta —dijo ella—. En Djurgården.

—Pensábamos ir allí en bici —dijo August.

—Él no tiene bici —dijo Thora.

—¿No tienes una bici? —preguntó August.

—No —respondí sin preguntar cómo podía saberlo Thora.

—No importa —dijo August—. Puedes sentarte en el portaequipajes de la mía.

Ellos recogieron sus cosas y yo apagué la placa. Thora fue a buscar un bolso a su habitación mientras August y yo nos poníamos los zapatos. Cuando Thora volvió con el bolso al hombro, se había quitado el jersey y sonrió a August como si fuera la primera vez que lo veía ese día. Él le ofreció el brazo para que se apoyara mientras se ponía las sandalias y se ajustaba las tiras de cuero alrededor de los talones. Nos apretujamos en el ascensor y August cerró la puerta enrejada. Thora y yo nos arrimamos a la pared para dejar espacio a August.

—¿Has ido al *Systemet*? [4] —preguntó Thora mientras el ascensor bajaba traqueteando. Su aliento dejó vaho en el espejo.

August levantó su mochila y la agitó ligeramente. Tintineó.

—Tú solo me utilizas —dijo él.

—Sí —afirmó ella con tranquilidad—. Mira, no eres más que una reliquia del tiempo en que no podía entrar en el Systemet.

August se inclinó y besó a Thora en el hombro. Ella apartó la cara, vi en el espejo que estaba sonriendo. August dejó una marca roja en el hombro de ella, que se desvaneció. Resistí el impulso de tocarla.

—Puedes beber de nuestra bebida —me dijo August.

Le di las gracias y por alguna razón eso le hizo reír a Thora. Pude oler el suave aroma de su perfume cuando movió la cabeza. Al atravesar el portal, August me miró como si yo fuera la causa del humor hilarante. Mientras desbloqueaban sus bicicletas, discutieron qué camino era mejor. Thora dijo con ímpetu que la calle Karlavägen era más bonita que la calle de Valhallavägen, como si eso zanjara el asunto, tal como sucedió al final. La bicicleta de August era vieja y estaba oxidada. Me explicó que se le olvidó guardarla en el trastero durante el invierno. Me dijo que me agarrara bien a él.

El cielo del atardecer era de un azul intenso. Aún no había oscurecido. Recordaría ese paseo en bicicleta, me di cuenta de ello tan pronto como August comenzó a pedalear. Me olvidaría de la jornada de trabajo, de la pasta apenas cocida, tal vez incluso de la marca roja en el hombro de Thora, pero no olvidaría la suave camisa de algodón de August entre mis dedos, el olor a detergente y a humo de cigarrillo, el sol de la tarde mezclándose entre el pelo suelto de Thora, la luz que jugaba en las copas de los árboles de las avenidas, las cuatro estatuas

del puente de Djurgården que se alzaban como promesa de algo, algo tan esquivo como la espuma reluciente en las estelas de agua de los barcos.

La fiesta se celebraba en una casa grande situada en el extremo más oriental de la isla. Se hizo de noche durante el trayecto y los faros de las bicicletas proyectaban senderos de luz sobre el asfalto. Los árboles estaban muy juntos, silenciosos y negros a lo largo de la carretera, no se movía nada en las zonas boscosas que atravesamos. No nos cruzamos con nadie. Yo no había estado antes tan lejos en Djurgården y pensé que si a Thora y August les diera por dejarme al margen de la carretera, no era seguro que supiera encontrar el camino de vuelta al puente.

Pudimos oír la fiesta antes de verla. No había luces encendidas en las casas vecinas, las calles estaban vacías. En un alto vi después cuadros de luz entre árboles y arbustos y Thora señaló un camino de grava por el que nos desviamos. Se trataba más bien de una casa solariega, y entonces me di cuenta de que llevaba la misma camiseta y los mismos vaqueros con los que había estado trabajando durante el día. Las ventanas y las puertas estaban abiertas al jardín. Thora no llamó a la puerta, simplemente entró, y August y yo la seguimos.

La gente se tambaleaba entre las habitaciones con copas de vino o latas de cerveza en la mano. La música rugía desde los altavoces de la sala de estar. Alrededor de una mesa alargada del comedor se jugaba al ping-pong giratorio, a veces la bola blanca rebotaba contra la araña de cristal del techo, y cuando lo hacía, todos los que estaban en el comedor se quedaban en silencio mientras observaban los pequeños cristales temblorosos con una mezcla de espanto y deleite. August me explicó que la casa era de los padres de un antiguo compañero de clase de Thora. Los padres no solían estar en casa. Thora dijo que hacía mucho tiempo que no veía a sus antiguos compañeros de clase. Se lo dijo a August, no a mí.

—Cuando se vuelva aburrido, nos vamos a dar un baño —dijo August.

—*Si* se vuelve aburrido —precisó Thora.

Enseguida se vio rodeada por un grupo de personas que manifestaron a voz en cuello que querían saberlo *todo* sobre su año en París. August y yo observamos cómo se dejaba llevar.

Mientras caminábamos por las habitaciones de la planta baja,

August saludaba con un gesto de la cabeza a los invitados, a veces se ocultaba detrás de mí para evitar saludar a alguien, y yo me preguntaba hasta qué punto conocía al resto de los invitados a la fiesta. Como si adivinara mis pensamientos, comenzó a señalar en voz baja a algunos de ellos.

—Hijo de un ministro —dijo de un chico que pasó a nuestro lado —. Y allí están las hijas de algunos de los hombres más ricos de Suecia.

—¿Cómo sabes eso? —pregunté.

—Ni idea, pero lo sé. Conocimiento involuntario —dijo August con un deje de cansancio en el tono de voz.

—¿Entonces no son tus amigos? —pregunté.

—No —contestó August mirando a su alrededor antes de inclinarse hacia mí—. Honestamente, tampoco sé si son amigos de Thora.

—¿Por qué habéis venido si no os gustan? —pregunté.

—A Thora le gustan.

—¿De verdad?

—Intenta que le gusten en cualquier caso. Sobre todo, *ella* seguramente quiere gustarles a *ellos*.

Tomé un sorbo de cerveza tibia.

—Creo que no le caigo bien a Thora.

—¿Quieres gustarle a Thora? —preguntó August con una sinceridad que me sorprendió.

—No. No sé.

—A Thora nadie le cae bien al principio. No es nada personal.

—¿Estáis juntos Thora y tú?

—¿Por qué lo preguntas? ¿Estás interesado?

Nos habíamos parado en la entrada del comedor. August apoyó la cabeza contra el marco de la puerta y yo apreté los dedos contra el grabado de la marca de cerveza que había en la botella de vidrio mientras miraba a August, sin estar seguro de si la pregunta iba en serio y a cuál de ellos se refería.

—No —contesté.

—Salimos juntos cuando éramos adolescentes —aclaró August—. Encajamos mejor como amigos.

—Os comportáis como una pareja.

—¿Somos tan aburridos?

Sonreí burlón, pero por la mirada de August pude ver que quería

una respuesta. No me gustó la idea de que pudiera contarle a Thora nuestra conversación. Deslicé la mirada hacia el comedor, la pelota de ping-pong rebotaba de un lado a otro en la mesa oscura.

—No. Sois aceptables —dije yo.

August me sonrió, como si tratara de contener la risa. Me miré los dedos, el grabado me había dejado marcas rojas en la piel.

Jugamos una partida de tenis de mesa. August parecía apuntar con la pelota a la araña de cristal, tuve la impresión de que le hubiera gustado ver caer la lámpara sobre la mesa; sonreía cada vez que un murmullo recorría la habitación. Me pregunté si alguna de las personas que rodeaban la mesa era también hijo de algún parlamentario, de algún famoso o de algún pez gordo del mundo empresarial. Cuando August y yo fuimos a la cocina a buscar más cerveza, había un tipo con pajarita delante del frigorífico explicando cómo había que colocar las botellas para que ocuparan menos espacio. Se apartó cuando vio a August y alargó tanto las vocales en su *hola* que sonó como si estuviera a punto de empezar a cantar. August nos presentó. El chico de la pajarita se llamaba Carl, era un antiguo compañero de clase de Thora y, añadió August con ironía, *nuestro anfitrión*. Carl nos miró a August y a mí como si August estuviera explicando un complicado cálculo matemático, y solo cuando August dijo que yo vivía en casa de Aron y Laura, apareció un destello de aprobación en el rostro de Carl y empezó a asentir con entusiasmo.

—Siempre pensamos que Laura parecía sacada directamente de una película de Hitchcock —dijo, sin aclarar quiénes eran los que pensaban eso—. Y Thora promete. ¿Sabéis cuál es el problema de las personas pecosas?

—Tienen más probabilidades de padecer cáncer de piel —respondí.

—Se *derrumban* cuando envejecen. —Carl hizo un gesto con la mano sobre su rostro.

—Se lo transmitiré a Thora —dijo August con frialdad.

Carl lo miró sin comprender.

—Venid —dijo—. Os enseñaré la casa.

Ni August ni yo dijimos que ya nos habíamos dado una vuelta. Carl empezó a hacerme una serie de preguntas: quería saber de dónde era, por qué me había trasladado a Estocolmo, en qué trabajaban mis padres, cómo había conocido a Aron y Laura. August iba detrás de

nosotros. Cuando lo miré, inseguro por no saber con qué nivel de detalle debería responder a las preguntas de Carl, me lanzó una sonrisa, pero tuve la sensación de que esta desapareció en el momento en que yo aparté la mirada.

Nos detuvimos frente a las puertas abatibles del porche. Carl nos presentó a su novia con el mismo tono de voz que había utilizado al señalar los cuadros de las paredes, los libros de las estanterías y los objetos de las vitrinas.

—¿Qué tal? —preguntó Carl.

—Estoy enferma —dijo Jill.

—Sí, yo también —dijo el chico que estaba junto a ella.

—¿*Estás enfermo*? —le preguntó Carl.

—Sí. No —contestó él.

August y yo nos miramos de reojo. Tuve que apartar la mirada para no estallar en carcajadas. Sentí una complicidad con August que no recordaba haber tenido con nadie desde hacía mucho tiempo.

—Toma un paracetamol —le dijo Carl a Jill.

—No se debe tomar paracetamol cuando estás bebiendo alcohol —respondió ella irritada levantando la copa de vino.

Carl se volvió hacia nosotros como si se le hubiera ocurrido algo.

—Pero ¿dónde *está* Thora?

—¿Está aquí? No sabía que ya había vuelto a Estocolmo —dijo Jill enderezándose.

—No sé dónde está —dijo August.

—¿No la controlas? —preguntó el chico que no estaba enfermo, y me tendió la mano.

—No te he visto antes. Me llamo Casper.

Me presenté.

—Encantado, encantado.

Se produjo una breve pausa. Sus ojos brumosos me recordaban a una cámara rota que no puede enfocar correctamente.

En una *chaise longue* estaban sentadas dos chicas con las piernas cruzadas. Una de ellas dijo en voz alta:

—Bueno, mi nombre va bien con todos los apellidos. Será fácil para mí casarme. Da bastante seguridad saberlo.

—Qué suerte tienes —dijo la otra chica.

—Intenta encontrar un apellido que no case.

Vi que August miró hacia el techo y cerró los ojos. Sin saber por

qué apoyé una mano en su espalda durante unos segundos. La tela de su camisa contra mi mano me pareció más real que Carl y Casper, que habían empezado a discutir el valor de varias acciones, y que Jill, que a veces hacía algún comentario mientras tarareaba la música y movía la cabeza hacia delante y hacia atrás. August no dijo ni hizo nada que indicara que se había percatado del fugaz contacto.

—¡August! —exclamó Casper dándose una palmada en la frente —. A propósito, joder. Me encontré con tu hermano en Londres la semana pasada; parece que le va bien. Me dio saludos para ti.

—¿No vas a seguir los pasos de tu hermano? —preguntó Carl.

—No —dijo August—. Creo que no tengo capacidad para eso.

—Tendrías que oír lo que dice mi padre de Samuel —dijo Casper —. Y eso que a mi padre casi nunca le impresiona nadie.

—Tendrías que oír lo que dice mi padre de Samuel —dijo August.

Vi de soslayo lo tensa que tenía la línea de la mandíbula, como si su sonrisa estuviera suspendida de una estructura temporal esperando a ser desmantelada.

Las chicas de la *chaise longue* se habían quedado en silencio. Mi mirada se cruzó con la de una de ellas y me sonrió. El vello rubio de sus piernas estaba iluminado por las luces del porche.

Poco después encontramos a Thora en el jardín. Estaba sentada en una silla de mimbre con las piernas cruzadas, con una copa de vino en una mano y un cigarrillo en la otra. Hablaba despacio, con pausas cuidadosamente estudiadas. Me pregunté si no se daba cuenta de que ninguno de sus oyentes parecía seguir su explicación, o si no le importaba. Ellos seguían con ojos vidriosos los movimientos de las manos de ella.

August se sentó en el reposabrazos de la silla de Thora. Le quitó el cigarrillo de la mano y dio una calada.

Tras un momento de silencio, como si hiciera falta tiempo para digerir lo que Thora había contado, una chica preguntó vacilante:

—¿Así que te fue bien en París?

—Sí, Selma —dijo Thora—. Me fue *bien* en París.

—¿Hablas ahora francés con fluidez?

—No —dijo Thora sacando la barbilla mientras August la miraba divertido—. Pero lo hablo mucho mejor.

Me senté en una de las alfombras persas que habían arrastrado hasta el césped. Había varias personas tumbadas boca arriba que

señalaban constelaciones a pesar de que no se veía ninguna estrella. Selma me ofreció un porro a medio fumar y yo lo acepté y miré a Thora y a August a través del humo. Thora había abandonado a su público y hablaba en voz baja con August. Estaban sentados tan cerca el uno del otro que sus frentes casi se rozaban. A mi lado, en la alfombra, un chico que estaba tumbado le decía a una chica sentada con las piernas flexionadas y las palmas de los pies juntas:

—Bueno, entiendo la idea del posmodernismo, *la teoría* que hay detrás, pero cuando veo un palo inclinado contra una pared me pregunto simplemente: ¿dónde está la gracia?

Pasaron las horas. Perdí de vista a Thora y a August. Di vueltas por el jardín y por las habitaciones de la planta baja, vi a Carl y a Jill bailando en la sala de estar, oí que algunos hablaban de bajar al agua y darse un baño. Me sentí agradablemente distanciado de lo que sucedía a mi alrededor. Los antiguos compañeros de clase de Thora no significaban nada para mí. Normalmente, me imaginaba que las miradas de quienes me rodeaban en las fiestas, discotecas y bares zumbaban a mi alrededor, como si me moviera a través de una masa blanda de opiniones basadas en lo bien que me las arreglaba para fingir que no me importaba. Me preocupaba perder el control de cómo me percibían los demás, lo cual requería una atención constante, aunque ciertos deslices se pudieran achacar al alcohol y las drogas. «Estaba tan colocado, estaba tan borracho», podía decir para suavizar el significado de las cosas que había dicho, a pesar de que no hubiera estado tan borracho o colocado. Las pocas veces que había salido solo en Berlín, por desasosiego, aburrimiento o ansiedad, había experimentado una inusual sensación de libertad en las discotecas y salas de conciertos. El anonimato era un refugio de *mí mismo*. Y en la fiesta me sentía más como un espectador que como participante. No pertenecía a ese mundo, cualquiera podía verlo. No me parecía a ellos, no me vestía como ellos, y cuando hablaba se oía claramente que no era de Estocolmo.

En la cola de uno de los baños del piso de arriba me encontré con la chica cuyo nombre casaba con todos los apellidos. Me miró como si ella también me reconociera. Extendió una mano y me acercó hacia sí —probablemente un gesto aprendido de alguna película o serie de televisión estadounidense— y me besó hasta que llegó su turno de entrar en el baño. Desapareció antes de que yo tuviera tiempo de

preguntarle cuál era su nombre, me pregunté si existía realmente un nombre que casara con todos los apellidos. Sentí que me pesaba la cabeza, como si estuviera torcida y fuera un objeto que necesitaba sostener en su sitio con las manos. Me pregunté cómo iba a volver a casa. Bajé a la sala de estar y me dejé apretujar entre los demás cuerpos en la pista de baile. Después de un rato sentí una mano alrededor de mi muñeca y levanté la vista, enfoqué la mirada y vi a August. Tenía el pelo mojado, unas gotas de agua le corrían por la cara, y tenía la camisa mojada. En la puerta estaba Thora, también con el pelo mojado.

—¿Os habéis bañado? —pregunté acercándome a August para asegurarme de que me oyera por encima del volumen de la música.

—Sí. El agua estaba helada. —August me agarró con más fuerza como si temiera que yo me largara—. Ven. Hemos pensado volver a casa ahora.

Lo seguí.

Mientras iba sentado sobre el portaequipajes de la bicicleta de August, de vez en cuando apoyaba la frente contra su espalda y cerraba los ojos. Me preguntaba si estaba a punto de empezar a llorar, no sabía por qué me palpitaba la parte posterior de los ojos. La camisa mojada de August estaba fresca y hacía que me sintiera menos mareado. Sentía cómo los músculos del cuerpo de August impulsaban la bicicleta hacia delante y traté de acompasar mi respiración al ritmo de la suya.

Una ligera niebla otoñal cubría el canal. Las calles acababan de despertarse, la luz del amanecer acariciaba el asfalto como para advertir de que pronto empezaría el ajetreo de la mañana. La avenida de Karlavägen estaba vacía. Thora y August pedaleaban el uno al lado del otro. Cuando se detuvieron en un semáforo, Thora se volvió hacia August y luego, como si su mirada se deslizara hacia atrás, me miró a mí. Era la primera vez que me miraba sin una nota de escepticismo, pero no pude determinar si había sido su intención que yo viera esa mirada insondable; había algo indefenso en ella, como un pie descalzo fuera del borde de una cama.

4. Systemet, abreviatura de la palabra *Systembolaget*: el monopolio estatal de establecimientos para la venta de bebidas alcohólicas en Suecia. *(N. de la T.)*

Después de esa fiesta, August y yo empezamos a vernos con frecuencia. Primero vacilantes, luego con una naturalidad tal que me costaba imaginarme la rutina diaria en Estocolmo sin él. Al hablar con él, descubrí que yo tenía opiniones y pensaba cosas que no me había molestado en articular ni siquiera para mí mismo. A veces me preocupaba que él me viera como un pasatiempo y buscaba indicios de que se estaba cansando de mi compañía. Al no percibir ninguna de esas señales, me sentí aliviado por un tiempo. Me costó quitarme de encima la sensación de que había engañado a August haciéndole creer que yo era alguien que no era, y temía que me descubriera. Era como si me hubieran confiado un objeto frágil y temiera dejarlo caer y ver cómo se rompía contra el asfalto.

August alquilaba un estudio cerca de la iglesia de San Johannes y empecé a ir allí por las tardes, cuando mis clases habían terminado y cerraban las bibliotecas y los bares. August solía estar haciendo los ejercicios de sus estudios de publicidad, pero apartaba el cuaderno y el ordenador cuando yo cruzaba la puerta, como si mi presencia lo liberara de ellos. No dedicaba mucho tiempo a los estudios, decía que la publicidad destruía el alma y era inmoral. Cada vez que decía eso, se quedaba en silencio después, como si le molestara algo de lo que él mismo acababa de decir, y después se encogía de hombros y decía que, de todos modos, era una forma de ganar dinero. Pasado un tiempo comprendí que pensaba mucho en el dinero, en cómo iba a *mantenerse* en el futuro: esa era la expresión que empleaba normalmente. Estaba ocupado en encontrar una profesión con la que pudiera mantenerse, pero que no le mermara la energía. A veces decía con acritud que eso era algo que Thora no entendía, que ella no quería hablar ni de dinero ni de sustento.

—Pero ella tampoco ha tenido que preocuparse nunca de eso —añadía.

De camino al estudio, compraba comida rápida en la sección de

congelados de una de las tiendas de la calle Sveavägen. Calentábamos la comida en el microondas del estudio y nos la comíamos directamente de los envases. Cuando salíamos del estudio, a August le gustaba entrar un rato en la iglesia antes de ir paseando hasta la estación de metro. Yo lo acompañaba, aunque al principio dudaba del entusiasmo de August por la visita a la iglesia. Le pregunté si procedía de una familia religiosa; cuando se lo pregunté se echó a reír a modo de respuesta.

—Pero ¿eres creyente? —le pregunté.

—No sé. Quizá. A veces lo intento —dijo August—. Supongo que no lo hago bien. Si hubiera habido una sinagoga o una mezquita aquí, también habría entrado.

La iglesia estaba en un alto y subimos las escaleras casi trepando hasta la puerta. Cuando llegamos al último rellano, me di la vuelta casi sin resuello y contemplé los tejados y el cementerio a nuestros pies. El lugar era silencioso a pesar de que estaba rodeado de carreteras con mucho tráfico, edificios altos de oficinas y centros comerciales. Con August descubrí partes de Estocolmo en las que no había estado antes. Me enseñó paseos, parques, cafés y bares en algunas callejuelas. Las noches de los días laborales solíamos acabar en un pequeño bar de jazz de la calle Brunnsgatan, donde las paredes estaban cubiertas de fotografías en blanco y negro y las ventanas se empañaban durante los conciertos. August había trabajado en el bar y el dueño nos dejaba quedarnos después de cerrar y ponía ceniceros en las mesas, como para marcar el cambio de bar público a sala de estar privada. August me llevó a casa de su abuela materna y ella me describió con gran entusiasmo los antiguos barrios de Klara. August podía hablar de Estocolmo con una extraña muestra de ternura y desprecio, no muy diferente del modo en que alguien podría hablar de un hermano pequeño pesado. Aun así, parecía importarle que a mí me gustara la ciudad, y me gustaba, sobre todo cuando estaba con él.

La primera vez que conocí a los amigos con los que vivía August, la conversación enseguida se deslizó hacia Thora y la familia Stiller. Era como si entre los amigos de August hubiera una necesidad constante de hablar de Thora y su familia. Estábamos sentados en la cocina del piso de la plaza de Mariatorget, debajo de una lámpara sobre la que alguien había echado un pañuelo rojo, y la luz resaltaba las sombras de

todos los rostros y los endurecía. Brita me miró y me preguntó si era *amigo* de Thora. Noté el retintín en su tono de voz y miré a August para ver cómo reaccionaba. Hizo como si no hubiera oído la pregunta y me sacó una lata de cerveza del frigorífico. Le respondí que no creía que Thora me llamara amigo, lo cual hizo que los amigos de August se rieran.

—A Brita no le cae bien Thora —dijo August, tranquilo—. Es algo recíproco.

—Ella no lo reconocería —dijo Brita.

—No delante de ti.

—¿Por qué no os caéis bien? —pregunté.

—Diferencias culturales —contestó Christian riendo.

—Niños del centro y niños de las afueras —aclaró August.

—Eso es un tópico —dijo Elif—. Algunos barrios de las afueras son tan finos para crecer en ellos como el centro.

—Los barrios con edificios altos, quieres decir.

—Sí.

—Thora es una niña del centro —me explicó August.

—Probablemente no ha viajado en su vida en la línea azul del metro —dijo Elif.

—La cuestión es si ha viajado alguna vez en el transporte público —dijo August.

—August, deja de hacerte el tonto —respondió Elif.

—Estás acomplejada porque eres estudiante de arte —le dijo Christian a Brita—. Crees que tienes que hacerte valer.

—Ahora somos parte de la élite. Pertenecemos a la élite cultural —dijo Elif.

—¡Dios! ¡Cómo odio ese concepto! —exclamó Brita—. Thora y su familia tienen poder real. Poder *económico*. ¿A quién le importa mi cerámica?

—Ella no ha elegido a su familia —dijo August.

—Pronto diréis que no hay clases sociales —dijo Brita mirando al chico que estaba sentado enfrente de ella, el único que aún no había dicho nada.

—Martin, ¿por qué estás tan callado? Eres el proletario de Norrland entre nosotros. Representas la perspectiva de clase rural en este grupo.

Brita me miró y me explicó: —Martin es el novio de Elif.

—Hay un extraño aquí. Tienes que tener cuidado con lo que dices —dijo Martin.

—Es cierto, nunca se sabe a qué gente trae August aquí —dijo Elif, dirigiéndole una mirada tierna a August.

—Después de todo, se codea con las capas más altas de la sociedad.

—Tendrías que haber visto a August cuando era el portero del teatro Dramaten —me dijo Elif—. Las señoras de la cultura lo adoraban.

—Las rojas, las verdes y las azules.

—¿En qué se diferencian? —pregunté.

—Las burguesas llevan collares de perlas y moño. Las ecologistas llevan ropa holgada. Las socialistas... —August hizo una pausa y reflexionó—, las socialistas pueden ir de cualquier manera, pero casi nunca vestidas de gala.

—Pronto descubrirán el potencial de August —dijo Christian—. Pueden usarlo como el seductor del norte en sus viajes de negocios.

—*Gigolo* para los dictadores —dijo Brita.

—Eso es realmente repugnante —dijo Elif.

—¿Habéis leído lo último? —preguntó Martin.

—¿Sobre la visita de Estado? Sí.

—Con la realeza.

—Y un Stiller. Claro está.

—Os comportáis como si fuerais muy *superiores* —dijo August.

—¿Acaso no lo somos? Moralmente hablando, claro.

—En cualquier caso, desde el punto de vista económico somos inferiores.

Se hizo un silencio. Los amigos de August se miraron como para ponerse de acuerdo en cómo seguir adelante con la conversación.

—Pero Laura es una buena profesora de todos modos —dijo Brita finalmente.

Todos, menos August, estuvieron de acuerdo. Cuando busqué su mirada, él pareció darse cuenta de cómo lo intentaba y movió ligeramente las comisuras de los labios. Se volvió a hacer un silencio. Más tarde recordaría ese silencio, que parecía como un tumor palpitante que solo podía abrirse cambiando el tema de conversación. El tumor abierto emitía un olor a cerrado que todos fingieron no sentir. Y yo me acostumbré a ese olor: volvería a notarlo en otras ocasiones, en contextos totalmente diferentes.

Nunca había sentido que la política tuviera algo que ver conmigo. Cuando mi madre me llevaba a las reuniones de asociaciones en diferentes sótanos alrededor de Malmö y de Lund, de niño escuchaba con interés las discusiones, pero no las relacionaba con algo más grande que el espacio de tiempo que llevaba tomarse el café, el refresco y comerse los bollos de canela que se servían en cada reunión. Cuando estaba sentado a la mesa bajo la luz roja de la lámpara con August y sus amigos, me di cuenta de que eso, en la práctica, significaba que había adoptado la postura de mi padre: que la política, en el fondo, era el resultado de las simplificaciones de la masa colectiva y, por lo tanto, nada interesante de lo que ocuparse. Me sentía incómodo al comprenderlo, como si hubiera visto mi propia imagen reflejada en el espejo desde un ángulo poco usual. Deseaba poder discutirlo con August, pero no sabía cómo sacar el tema y temía que él sencillamente se alejara de mí.

Thora

Cuando August y yo nos acostábamos juntos me gustaba tumbarme como una equis, con las piernas y los brazos extendidos sobre la cama, cerrar los ojos y dejarle que me besara donde quisiera. No hacía eso con nadie más, jamás me habría mostrado tan vulnerable, pero con él sentía una especie de cosquilleo al cerrar los ojos hundiéndome en las sábanas y cuando su boca se desplazaba sobre mi cuerpo. Era como si no solo me entregara a August, sino a algo más grande que nosotros dos. Nunca preveía en qué orden y por cuánto tiempo me iba a besar los pies, los muslos, el vientre, los pechos. Cerraba los ojos, escuchaba su respiración, que solía volverse más intensa, y cuando me penetraba a menudo lo hacía con una fuerza tan repentina que me agarraba con las manos al colchón. Y entonces yo abría los ojos.

Podían pasar largos periodos sin que nos acostáramos. No hablábamos de ello, normalmente se debía a que uno de los dos, o ambos, estaba saliendo con otro o sencillamente no teníamos ganas en ese momento. Pero durante ese otoño August frecuentemente quería que tuviéramos relaciones sexuales. Me escribía por las noches y preguntaba si quería ir a su casa, y yo atravesaba la ciudad en bici con la sensación de estar al borde de algo nuevo y desconocido. Había añorado las caricias de August cuando estuve viviendo en París y no tenía ningún problema con que retornara la excitación de nuestra adolescencia. Nos percatamos de nuevas formas de besarse y acariciarse, nuevas posturas preferidas, era como si estuviéramos rastreando y catalogando a cada uno de nuestros amantes respectivos, y nos preguntábamos entre risas quién nos había enseñado a hacer esto o aquello. No comenté que este nuevo periodo —breve, pero intenso— coincidía con la reciente amistad entre August y Hugo, aunque lo pensé varias veces.

Se me había puesto difícil evitar a Hugo. August se lo presentó a

sus amigos y parecía que a ellos les caía bien. Hugo se sentaba con ellos en fiestas y en bares, de repente era un miembro incuestionable del grupo de August. Hugo llegaba a mirarme como si él hubiera hecho una pregunta que yo había ignorado. No me gustaba su forma de mirarme al otro lado de la mesa, a través de las habitaciones, taladrando las conversaciones a nuestro alrededor con preguntas sin pronunciar que sugerían que había algo entre nosotros flotando sobre el ruido. A veces tenía la sensación de que nosotros dos nos encontrábamos al margen de los demás, mientras que August estaba en el centro, rodeado de sus amigos. La mirada de Hugo era tan osada que me sentía obligada a esquivarla.

No sabía si Hugo y August hablaban de mí cuando estaban a solas. No se lo pregunté a August.

Una noche a mediados de octubre nos encontramos todos en la misma fiesta en un piso en Kungsholmen donde vivía un conocido mío y de August. Hugo y August llegaron tarde, acompañados de Ella, una chica de nuestra clase de literatura. August me contó al oído que Hugo estaba saliendo con ella. Me molestó que él se sintiera impulsado a informarme de esto y contesté secamente que Ella parecía ser el tipo de Hugo —gesticulé haciendo círculos hacia mi nariz—, y August alzó su copa en un brindis.

Les di la espalda y me fui a otra habitación a hablar con un chico que estaba en el tercer año de la carrera de derecho. Me había topado con él en la biblioteca universitaria y lo reconocí enseguida. Se llamaba Simon, y, a la vez que me mostraba cómo abrir un botellín con la tapa de una caja de *snus*, me habló de todos los cursos y profesores que había tenido a lo largo de los semestres, como una especie de inventario sobre un pasado que yo heredaría de él. No le dije que ya sabía cómo usar la tapa de una caja de *snus* para abrir un botellín. La puerta del diminuto balcón estaba abierta y observé a las personas que estaban apretujadas allí fuera. Las puntas de sus cigarrillos ardían en la oscuridad. El patio interior, dividido en franjas alargadas por setos y vallas, estaba vacío y en silencio, cubierto de hojas húmedas de otoño. En el piso hacía calor. Alguien se había puesto a freír huevos en la cocina y anunciaba los condimentos para los huevos recién preparados como si se tratara de una subasta. El olor a fritanga me dio náuseas.

Simon me preguntó en qué quería trabajar tras terminar la carrera y yo le respondí que no lo sabía. Vi a Hugo y a Ella saliendo de la cocina

cada uno con un plato de tortilla francesa. Me acerqué a Simon y procuré concentrarme en lo que estaba diciendo sobre un bufete en el que quería trabajar. Observé su boca y él se inclinó y me besó, primero inseguro y con cautela, como si estuviera dejando caer una pregunta sobre mis labios. Me apreté contra él. Su boca sabía a pan crujiente. En un instante se separó de mí, como si le hubiera parecido que yo avanzaba demasiado rápido, lo cual, por algún motivo, me dio risa. Me froté los labios con el dorso de la mano, contuve las ganas de preguntar si le gustaba el pan crujiente, y luego mi mirada se entrelazó con la de Hugo. Él estaba apoyado contra el marco de la puerta. Ella estaba sentada en cuclillas junto al sofá hablando con alguien que yo no conocía. Tardé unos segundos en percatarme de algo que se asemejaba a una acusación en los ojos de Hugo. Simon me tomó de la mano y trató de sacarme al balcón para fumar, pero yo me resistí y me solté. Me quedé al lado de la estantería que estaba llena de libros de bolsillo organizados por colores y tuve curiosidad a la vez que me sentía expuesta. Me crucé de brazos cuando Hugo se me acercó.

—August y yo no somos pareja —dije después de que él me saludara.

—Lo sé. Me lo ha dicho.

—¿O sea que se lo has preguntado?

Hugo me sonrió.

—Eso a ti no te incumbe —dije.

—No. Lo sé.

Levantó la mano que tenía libre y se frotó la nuca.

Yo eché un vistazo al hombro de Ella y luego le miré a los ojos. No estaba segura de qué estaba transmitiendo con mi mirada.

—¿No te cae bien? —preguntó él.

—¿Tiene alguna importancia mi opinión?

—No. Supongo que no.

Me pareció una respuesta extraña y dejé mi copa de vino en un espacio libre en la estantería. Le dije que saludara a Ella de mi parte. Él arqueó las cejas, como si estuviera deseando otra ronda de réplicas serpenteantes, pero yo me di la vuelta y me fui al recibidor.

Me marché de la fiesta sin despedirme de nadie. Fuera, el cielo oscuro formaba una bóveda sobre los tejados de las casas y las farolas se mecían en el viento. Me sentí inexplicablemente dolorida, como si Hugo hubiera apretado con sus dedos unos cardenales invisibles que

tenía en mis piernas y brazos.

Al día siguiente llamé a August y hablamos sobre la fiesta. Él no me preguntó por qué me había marchado tan pronto y yo no dije nada sobre mi conversación con Hugo. Sin embargo, traté de usar un tono burlón y quejumbroso, como si la amistad de August y Hugo fuera una irritante mosca en mi campo de visión, que August tenía la responsabilidad de espantar.

—*No* me cae nada bien.

—No lo conoces, Thora —dijo August con paciencia—. De hecho, creo que a él le gustaría conocerte mejor...

—Tú siempre quieres que me caigan bien todas las personas que te caen bien a ti.

—Tú te apresuras demasiado en juzgar.

—Y tú no juzgas lo suficiente.

Me parecía poder oír cómo August sonreía al otro lado del teléfono. Suspiré.

—Bueno, olvídalo.

—¿Quieres venir aquí? Los demás no están en casa. Podemos ver una película.

Fui en autobús a casa de August y me acurruqué en el sofá con una manta encima. August preparó té, cortó dos naranjas, llenó un cuenco de nueces cubiertas de chocolate y lo llevó todo al salón en una bandeja. Vimos dos películas en el ordenador, reposé mi cabeza en el regazo de August mientras él me acariciaba el pelo.

—¿Te vas a enamorar de él? —pregunté cuando empezaron a pasar los créditos de la película italiana.

Sus dedos se detuvieron por unos segundos en mi pelo antes de que continuara con sus caricias.

—¿Y si ya estoy enamorado? —dijo él.

Me di la vuelta y apoyé mi cabeza contra el reposabrazos. Nos miramos. Yo sonreí. Él se levantó y se desnudó, luego esperó a que yo hiciera lo mismo antes de tumbarse encima de mí. Colocó todo su peso sobre mí. Cuando me había penetrado profundamente acercó sus labios a mi oído y dijo:

—Creo que eres tú quien se va a enamorar.

Los armarios de la cocina de la casa de Karla no tenían tiradores. Para abrirlos era necesario presionar el punto adecuado y esperar a que se abriera una rendija donde se podían introducir las puntas de los dedos para tirar de la puerta. Karla vivía en un edificio antiguo, pero había decorado su piso en un estilo moderno. En el centro del cuarto de estar había una *chaise longue* de cuero negro, como un único signo de exclamación en negrita. Sobre la *chaise longue* se erguía una lámpara de pie con una pantalla que me recordaba a los antiguos secadores de casco.

De alguna manera, Karla se había enterado de que yo había pedido un préstamo para financiar mis estudios, lo cual no lo encajó demasiado bien. Ella tenía por costumbre criticar cualquier cosa que hicieran sus familiares sin consultarle previamente a ella. August le había puesto el mote de «la matriarca de Humlegården» y predecía que en el futuro yo me entrometería en las vidas de mis hijos y de mis nietos al igual que Karla.

—Quiero tener mi propio dinero —dije.

—No es tu dinero, es dinero del Estado, que te lo está prestando.

Mi espalda ni siquiera rozaba el respaldo de la silla. Entrelacé mis dedos sobre la mesa.

—Lo pagaré cuando acabe la carrera.

—Si de verdad quieres tener tu propio dinero, deberías tener un trabajo en paralelo a tus estudios.

Asentí con la cabeza, aunque no tenía ninguna idea de buscar un trabajo a media jornada. En tal caso, apenas me hubiera sobrado tiempo para el curso de literatura, pero Karla no sabía nada de eso. Era consciente de que me resultaría imposible explicarle a Karla que la literatura era un espacio en el que podía entrar, en el que todos los ruidos externos se disipaban.

La luz del sol otoñal emanaba por las ventanas de la cocina. Yo había comprado unos cruasanes en la panadería que había en la calle y

las migas caían como confeti marrón sobre la mesa blanca. Karla estaba vuelta hacia el sol, inclinó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos un momento. Llevaba puestos una camisa blanca de seda y unos pantalones holgados de color beis. La ropa realzaba su bronceado uniforme; había pasado la mayor parte del verano en el sur de Francia. Karla siempre me había parecido hermosa. Su cara tenía rasgos finos y unos ojos grandes que podían cautivar a cualquiera. Solía llevar su cabello gris en un moño que dejaba la nuca al descubierto. Tenía un aspecto inusualmente vulnerable con los ojos cerrados. Podía ver cómo el movimiento de los ojos hacía temblar los párpados. Una mosca estaba zumbando junto a la ventana. Sorbí lo poco que quedaba en mi taza de café. Karla abrió los ojos.

—A Agnes le han dado una beca que cubre sus gastos durante toda la carrera —dijo.

Agnes era la hija de Charlotte, y la nieta favorita de Karla.

—Lo sé —dije—. Pero ella está estudiando en Estados Unidos.

Karla pasó la mano sobre la mesa para recoger todas las migas en un montoncito. Brillaban los anillos que llevaba en sus dedos.

—¿Aron y Laura siguen teniendo a sus inquilinos? —preguntó.

—¿Hugo y Tigran? Sí, ellos siguen allí.

—Tienen unas ocurrencias… —dijo Karla, hablando más bien consigo misma—. Y ahora que te mudas igual acogen a otro más.

—No sé —dije—. No lo creo.

Me disgustaba la idea de que un desconocido se instalara en mi vieja habitación.

—Nunca se sabe —dijo Karla.

Me aparté de la ventana para que no me cegara el sol. La cocina y el cuarto de estar se veían separados por dos puertas de cristal que estaban abiertas. Al fondo, en un rincón del cuarto de estar, había un sillón granate con un respaldo suavemente redondeado. Poco después de graduarme del bachillerato había estado de visita en casa de Karla con algunas primas. Entonces Karla había estado sentada en aquel sillón, elevada sobre nosotros en su trono, explicando que el mundo era mucho más peligroso para las chicas que para los chicos. El tema salió a raíz de que Harriet, una de las primas de mi edad, iba a viajar por Asia aquel verano.

—Hay una diferencia —dijo Karla impasiblemente— entre chicas y chicos. Para vosotras no es igual que para ellos. Vosotras *tenéis que* ser

prudentes.

El sermón me había crispado. Pensé en cómo, en la familia, se animaba a los hijos a descubrir y conquistar el mundo, mientras que las hijas apenas lográbamos mojar los dedos de los pies antes de que nos advirtieran que el mundo nos haría daño si no éramos precavidas. Más tarde le conté a August lo que había dicho Karla. Se quedó un rato en silencio y luego dijo delicadamente:

—Pero es la verdad. Aunque a ti no te guste.

Karla me dio las llaves del piso de la calle Styrmansgatan. Yo iba a vivir allí con Harriet e Iris. Eran las dos hijas de Philip. El piso pertenecía a Karla y había servido de hogar universitario para muchos de la familia. Había tres dormitorios, un baño, cuarto de estar y cocina. Los dormitorios eran estrechos y alargados, pero el techo alto hacía que parecieran más amplios de lo que eran. A mí me tocó la habitación del medio; las hermanas no querían compartir pared.

Yo estudiaba derecho, Harriet medicina e Iris magisterio; en broma, nos llamábamos los tres pilares de la sociedad.

—Deberíamos ponerlo en una nota en nuestro buzón —dije—. «*Aquí viven tres pilares de la sociedad*.»

—*Futuros* pilares de la sociedad —dijo Harriet.

La noche que nos mudamos cenamos en el suelo del cuarto de estar. Cocimos espaguetis, picamos tomates cherry y aceitunas, cortamos *mozzarella* y mezclamos aceite de oliva y sal en un pequeño cuenco para mojar el pan. Bebimos vino tinto y agua con cubitos de hielo. Harriet dijo que le habría gustado beber whisky de postre. Iris, que era la más romántica de las tres, colocó algunas velas en botellas de vino vacías.

Organizamos una fiesta de mudanza ese fin de semana. August se divirtió tratando de identificar qué invitados estudiaban la carrera de derecho, de medicina o de magisterio. Me susurraba sus hipótesis al oído. Luego dio una vuelta presentándose a los invitados y charlando, y regresó con las respuestas correctas. Había acertado con una frecuencia sorprendente.

—Es mi mirada artística —dijo él.

—¿O sea que tengo pinta de ser una futura estudiante de derecho? —pregunté.

—No. Tú solo tienes pinta de ser tú —dijo él—. Tú estás en una

categoría aparte.

Hugo y Tigran también acudieron a la fiesta. Les había invitado August, pero llegaron más tarde, justo cuando yo había empezado a pensar que quizá se hubieran quedado en casa. Tigran me trajo un ramo de tulipanes rojos.

—Ha sido idea de Hugo —dijo, como si se quisiera excusar de antemano y dividir la culpa—. Pero Hugo no tuvo tiempo de comprarlos antes de ir a trabajar.

—Gracias —dije—. Qué amable por vuestra parte.

El plástico en el que estaban envueltos los tulipanes crujía en mis manos. No sabía qué decir. Cuando apareció August con dos copas de vino para los recién llegados los dejé y me fui a la cocina con el pretexto de poner los tulipanes en un jarrón. Dejé que el agua fría chorreara sobre mis muñecas unos segundos antes de llenar la mitad de un jarrón redondo. Quité el plástico y coloqué los tulipanes de uno en uno en el jarrón. Las hojas verdes se desplegaron como leves suspiros. Al terminar, me detuve a observar el ramo. Era pequeño y ya estaba algo marchito, el tipo de ramo de tulipanes que se podía comprar en supermercados por toda la ciudad.

—Tigran sugirió que compráramos azucenas, pero pensé que tal vez no te guste su olor.

Me di la vuelta. Hugo estaba en la puerta mirándome. Me pregunté cuánto tiempo llevaba allí.

—Solo quería coger un vaso de agua —dijo.

—Está bien —dije, y me aparté del fregadero con el jarrón en las manos.

—Es un piso bonito —dijo Hugo mientras se servía el agua.

—Sí, pero un poco pequeño.

Hugo se apoyó en la encimera.

—Seguramente que eso depende de a lo que estés acostumbrado.

—Supongo que sí —dije, y puse el jarrón encima de la mesa de la cocina—. Creo que este es su sitio.

Desplacé el jarrón hasta el centro de la mesa. Hugo asintió con la cabeza, señalando que no tenía objeción alguna contra mi decisión. Me resultó difícil contener la risa.

—Por cierto, tienes razón —dije al salir de la cocina—. Me parece que las azucenas tienen un olor muy fuerte.

El cuarto de estar estaba oscuro. Solo había una lámpara de pie y

una guirnalda con las luces encendidas. En el alféizar de la ventana estaban las botellas de Iris con sus velas. Varias pantallas de móviles estaban encendidas, pequeños rectángulos de luz blanca aislados. Junto al ordenador de Harriet había un pelotón de invitados que quería meter canciones en la lista de reproducción. August estaba sentado en el reposabrazos del sofá hablando con unas compañeras de carrera de Iris. Observé su cara y los gestos que acompañaban a las palabras que yo no podía escuchar. Él era una especie de fuente de luz que los demás se volvían para ver y que les dejaba absortos. Pensé que no era yo quien estaba en una categoría aparte, sino August. Interrumpió su explicación cuando me vio y me sonrió desde el otro lado de la habitación. Yo le respondí con otra sonrisa. Luego me di cuenta de que Hugo estaba detrás de mí y que August nos estaba sonriendo a los dos. Aparté la mirada y fui a sentarme con Harriet y sus amigos.

También Iris y Harriet habían recibido flores y regalos de mudanza. Algunos de los regalos estaban dirigidos a las tres. Cuando se acabó la fiesta y todos los invitados se habían ido a casa, yo me detuve junto a la mesa donde habíamos amontonado los regalos. Flores, cajas de bombones y botellas de alcohol. Me fijé en un libro que estaba boca abajo y en la brillante tarjeta de regalo que había adherida a la contracubierta. Y que rezaba: «*¡Por el futuro de los Stiller!*», escrito con letras grandes en cursiva.

Cogí el libro y le di la vuelta para ver la portada.

Luego arrojé el libro y la tarjeta a la papelera y até la bolsa con varios nudos prietos. Salí descalza al descansillo y tiré la bolsa por el hueco de la basura. Cayó a través del edificio hasta llegar al cuarto de la basura, pude oír aquel último golpe sordo. Cerré la trampilla. El suelo de piedra se sentía frío bajo las plantas de los pies. Fuera caían copos de nieve que aterrizaban sobre las calles heladas. No mencioné el libro a Harriet ni a Iris.

Hugo

August no solía hablar conmigo de Thora, y cuando la mencionaba yo no me atrevía a hacer ninguna pregunta porque me preocupaba que pensara que yo tenía demasiada curiosidad. Me hubiera gustado que August me hubiera explicado qué relación mantenían, pero nunca hizo el menor intento. Cuando nombraba a Thora era de pasada, con una obviedad que dejaba claro que ella era una parte tan importante de su vida que la idea de ponerlo en tela de juicio sería como cuestionar la importancia de un familiar cercano. En una ocasión, cuando él me hizo preguntas sobre Ella y yo, y finalmente admití que no estaba seguro de si había estado realmente enamorado alguna vez, me preguntó:

—¿Qué significa eso?

Sonreí para amortiguar el efecto de lo que dije:

—¿Que nunca he amado a nadie?

—¿Me lo preguntas a mí?

—No sé —dije—. ¿No es eso lo que significa el amor?

August me observó seriamente, como si me estuviera calibrando, y después dijo:

—Realmente amo a Thora. Siempre lo haré.

Parpadeé. No entendí por qué me dijo eso.

—De acuerdo —dije yo.

August sonrió.

Y yo pensé que había revelado algo sobre mí mismo —la confirmación de una especie de sospecha que le había surgido a August — que no podía retirar, negar o refutar, puesto que no sabía en qué consistía esa sospecha. Me sentí frustrado y, por ello, tentado a mentir sobre grandes amores que nunca había tenido. Habría sido fácil inventar historias de amor de mis años en Berlín, había realmente material para empezar, pero sabía que no podría alcanzar ese tipo de claridad en la voz, sin una pizca de ironía, que August había mostrado

cuando dijo que él amaba a Thora.

Thora levantaba a menudo la mano durante las clases y seminarios. Respondía preguntas, las formulaba, percibía los matices y el significado profundo mejor que cualquiera. Había una silenciosa falta de respeto en la forma en que se acercaba a un libro: no se andaba con miramientos con respecto al canon literario y no dejaba en el aire oraciones sin terminar esperando a que otra persona siguiera hilando sus razonamientos. Me gustaba escucharla, no porque siempre estuviera de acuerdo con ella, sino porque me fascinaba que pudiera estar sentada allí, en mitad de la clase, y ofrecer tranquilamente un análisis de una obra yendo directamente a lo esencial. Cuando terminaba, deseaba que me mirara. Nunca lo hizo.

A diferencia de Thora, a mí me parecía que era difícil hablar sobre la literatura que leíamos. No estaba acostumbrado en absoluto a hablar de libros. Me costaba mucho liberarme de la sensación de que el resto de nosotros nos basábamos en teorías e investigaciones previas para evitar expresar algo propio, como si lanzáramos miradas cautelosas por encima del hombro para ver cómo reaccionaba un público invisible. Thora, en cambio, echaba mano de las teorías como palancas para sus propias conclusiones, sin preocuparse por si las palancas se rompían cuando las usaba. Los profesores parecían a veces divertidos y a veces molestos por su forma de manifestar las cosas. Era como si estuviera martilleando interpretaciones verbales en el aire ante las que todos teníamos que posicionarnos porque arrojaban largas sombras sobre las discusiones. Pero en sus exposiciones había cierta intransigencia que irritaba a algunos de sus compañeros.

—Si hubiera sido un chico, nadie se habría molestado por que dijera lo que pienso —dijo Thora en voz alta durante un descanso.

En el bullicio del pasillo no vi a quién se dirigía, busqué su mirada sin llegar a encontrarla. En buena parte de lo que Thora decía, había una ambigüedad que hacía difícil saber si hablaba en serio o jugaba con las expectativas de lo que iba a pensar y decir. Eso creaba una tensión alrededor de ella que a mí me atraía. Otros achacaban a Thora una falta de empatía para ponerse a la altura de los demás. Ella no nos interrumpía, pero cuando tomaba la palabra, hablaba hasta que consideraba que había terminado.

—¿*Tiene que* ser tan arrogante? —me dijo Ella después de una

clase.

Me pregunté si Thora tendría razón al decir que sus puntos de vista se habrían tomado de otra manera si ella hubiera sido un chico. No podía expresarle estos pensamientos a Ella en voz alta; ella había leído recientemente *El cuaderno dorado* y *La facultad de sueños* y sentí que si le decía lo que pensaba, creería que estaba haciendo un presuntuoso intento de análisis feminista.

Un día me acerqué a Thora en el antiguo café de la calle Surbrunnsgatan. No sabría decir por qué, quizá por una especie de impaciencia. Quería que sucediera algo. La había visto en ese café varias veces antes porque me gustaba sentarme allí a estudiar por las tardes, en algunas ocasiones nos saludábamos haciendo un gesto con la cabeza de lejos y volvíamos a nuestros libros y pantallas sin decirnos nada. Una vez tomamos café juntos porque apareció August e insistió para que nos sentáramos a la misma mesa.

El café estaba lleno el día que me acerqué a ella. Todas las mesas estaban ocupadas. Las ventanas estaban empañadas, de los respaldos de las sillas colgaban cazadoras y bufandas y había montones de tazas en bandejas abandonadas. Thora estaba sentada en un rincón y ocupaba dos mesas con el ordenador, los libros y el cuaderno. Su cara parecía pálida contra las paredes de madera oscura. Escribía en el ordenador con la vista fija en uno de los libros, como si estuviera copiando algo. Tenía la mano izquierda apoyada en las páginas para evitar que se cerrara el libro.

—Hola —dije.

La taza blanca que tenía en la mano tintineó contra el plato. No estaba nervioso, me persuadía a mí mismo.

Ella levantó la mirada.

—Hola —me respondió, y se quedó unos segundos en silencio antes de añadir—: Estás sangrando.

Me llevé la mano a la nariz:

—Mierda.

Me alcanzó las servilletas de su bandeja y me las puse en la nariz.

—Gracias —dije inclinando la cabeza hacia atrás—. Perdón.

—Es mejor inclinar la cabeza hacia delante —dijo ella.

Hice lo que ella dijo.

—Eso me ocurre a veces en invierno —dije—. La verdad, no sé por

qué.

—Quizá, algún vaso sanguíneo. —Dobló la esquina de la página del libro e hizo un gesto como si me invitara a su oficina—. Puedes sentarte aquí si quieres.

Me senté frente a ella. La pantalla del ordenador se interponía entre nosotros como un muro protector. Los vientos invernales azotaban a la gente en la calle. El sol cuarteaba las nubes sobre los tejados, como si fueran una masa elástica obligada a dispersarse. Los apliques rojos de las paredes proyectaban largas sombras en el techo. Unas mesas más allá, había dos ancianos comiendo, sus cubiertos arañaban los platos y ellos estaban en silencio hasta que uno dijo:

—¿Así que te preocupa la amenaza climática?

Miré los libros de Thora y el cuaderno.

—¿Qué estás estudiando? —pregunté.

—Derecho europeo.

No sabía nada de derecho europeo.

—¿Es divertido?

Thora introdujo los dedos en el asa de la taza y se echó hacia atrás.

—Está bien. No es tan divertido como leer literatura.

Cuando la miré a los ojos pensé: el océano.

—Fue muy amable por vuestra parte comprar flores —dijo—. ¿Fue realmente idea tuya?

—Sí —afirmé dejando las servilletas en la mesa. Había dejado de sangrar—. Según mi madre, siempre hay que llevar flores o vino a una fiesta de mudanza.

—¿Y la escuchas?

—A veces, sí.

—Los amigos de August no suelen hacerme regalos —dijo Thora.

—¿No tenéis amigos comunes?

—La verdad es que no. A la gente le cae mejor August, ya estoy acostumbrada. A veces pienso que no me importa lo que los demás piensen de mí. Pero no sé si eso es cierto. August dice que es un autoengaño.

Se calló de forma brusca, como si se hubiera descubierto a sí misma diciendo demasiado.

El sol se puso entre las nubes y el café volvió a oscurecerse. Las paredes de madera se encogieron a nuestro alrededor formando algo cálido y protector. Me quedé quieto. Traté de analizar el significado de

lo que Thora había dicho, preocupado por encontrar una acusación oculta que estuviera en mi contra.

—¿Por qué habría de ser un autoengaño? —pregunté—. Suena agradable que no te importe lo que piensen los demás.

—¿A *ti* te importa?

—¿Lo que piensen los demás? Creo que sí —dije dudando antes de corregirme—. Sí, sí que me importa.

—Seguramente a la mayoría de la gente le preocupa —dijo—. Pero a ti no se te nota. No pareces alguien a quien le importe eso.

—En ese caso, tengo que ser bueno fingiendo —dije pensando que nuestra conversación era como vadear en aguas oscuras, no sabía cuándo iba a tocar fondo.

Fuimos juntos a clase aquella tarde. La nieve crujía bajo nuestros pies. Thora llevaba una trenca y se envolvió con una bufanda roja antes de salir. Llevaba al hombro un bolso grande en el que introdujo el ordenador y los libros, de vez en cuando se quitaba las manoplas para poder retirarse el pelo que con el viento le tapaba la cara. Pensé que sería una impertinencia que se lo retirara yo.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —dijo cuando llegamos a la parada del autobús.

—Sí.

Thora raspó el suelo con los zapatos. A continuación, me miró con una determinación en los ojos que me hizo hundir las manos en los bolsillos de la cazadora, en busca de algo a lo que aferrarme, aunque lo único que había allí eran recibos viejos.

—¿Fuiste tú quien dejó el libro en la fiesta? —preguntó.

—¿Qué?

—El libro sobre el Grupo Stiller. ¿Fuiste tú quien nos lo dejó de regalo?

—No —contesté—. No sé de qué estás hablando.

Me miró por encima del borde de su bufanda. Tenía grandes copos de nieve pegados a las pestañas. Se los quitó con un parpadeo.

—De acuerdo.

—Thora. —Me di cuenta de que era la primera vez que la llamaba por su nombre y vacilé, como si hubiera tocado algo privado—. Yo no dejé ningún libro en vuestra casa.

—Está bien —dijo ella—. No tiene importancia. Seguramente fue

alguno de los amigos de Harriet o de Iris quien lo hizo en broma.

Nos sentamos en el autobús el uno junto al otro. Al otro lado del agua se extendía el parque Hagaparken como un animal dormido en medio de la ciudad, cuya respiración ondulaba la superficie del agua en la bahía de Brunnsviken. Podía sentir el calor del cuerpo de Thora a mi lado, envuelto en varias capas de ropa. Ella iba más abrigada que yo, y cuando se lo comenté, me respondió con una sonrisa que, después de todo, yo me había mudado de Berlín y además era del sur de Suecia. Me reí y no dije nada sobre los fuertes vientos que soplaban en Malmö y Berlín en invierno.

August tenía siete años menos que su hermano Samuel, que vivía en Londres desde hacía mucho tiempo. August lo describía como un hombre de negocios con tres teléfonos móviles diferentes y una bandeja de entrada en su correo electrónico siempre llena de mensajes nuevos, lo cual a mí me pareció la manera en que describe un niño el trabajo de su padre; un maletín, una chaqueta, una oficina. August hablaba de la casa en Belsize Park donde vivía Samuel: las orquídeas en la sala de estar, la reluciente cafetera, la bodega, la tintorería a la que enviaba sus camisas todas las semanas, como si su hermano fuera la suma de su trabajo, sus pertenencias y su consumo.

Samuel vino de visita a Estocolmo unas semanas antes de Navidad y August hablaba de su llegada como si una tormenta prolongada hubiera azotado la ciudad. Se decidió que los hermanos cenarían juntos en el restaurante de la calle Tjärhovsgatan, y August me convenció para que los acompañara. Al principio, cuando protesté, dijo que no le gustaba estar solo con su hermano. Añadió que también vendría Thora.

—¿Por qué no quieres estar a solas con tu hermano? —le pregunté.

—Ya lo entenderás.

Thora y Samuel nos estaban esperando fuera del restaurante. Si Thora se sorprendió al verme, no se le notó. Estaba de pie con las manos en los bolsillos y la mitad de la cara oculta tras la bufanda. August nos presentó a Samuel y a mí y luego se colocó junto a Thora. Le tomó la mano y ella le murmuró algo al oído. Como respuesta, August le besó la mejilla. Samuel y yo nos estrechamos la mano. Samuel llevaba puestos unos guantes de piel negros que resbalaron

contra la palma de mi mano. Era alto y de hombros anchos, y vestía un abrigo negro con la bufanda anudada en un pulcro lazo. Tenía los mismos ojos azul claro y la misma nariz recta que August.

Durante la cena, August permaneció silencioso, bebió varias copas de vino, y miraba a menudo el reloj que colgaba sobre la entrada. Samuel no comentó la falta de entusiasmo de su hermano, pero vi cómo observaba a August, quien sin darse cuenta, o conscientemente, miraba hacia otro lado. Mientras tanto, Samuel dirigía la conversación como si estuviera tachando temas de conversación de una lista. Samuel se expresaba bien en sueco, rozando lo formal, pero las oraciones sonaban a veces rígidas y traducidas, como si se implicara en una lengua con la que ya no estaba acostumbrado a desenvolverse. La entonación del inglés y las pausas flotaban bajo la sintaxis sueca.

Samuel comenzó haciéndome algunas preguntas breves: cuándo me mudé a Estocolmo, si me encontraba a gusto, cuánto tiempo había vivido en Berlín; y luego se dirigió a Thora y le preguntó qué tal lo había pasado en París, si le gustaría volver allí en el futuro.

—Me gusta más París que Londres —dijo Thora.

—¿De verdad? ¿Por qué?

—Es más bonito, más adecuado para pasear. Y prefiero los cafés a los pubs.

—Londres no está anclado en su antigua época de esplendor —dijo Samuel—. Está en constante evolución.

—Construyendo feos rascacielos y subiendo el precio de los alquileres.

—Londres es extraordinaria. París es una anciana.

—No, Samuel, estás equivocado.

Se sonrieron el uno al otro. August me lanzó una mirada con segundas intenciones con la que no supe qué hacer.

Entre el primer plato y el segundo, quedó claro que la conversación discurría en los términos que marcaba Samuel, con una especie de acuerdo implícito según el cual la vida de Samuel no estaba incluida en el repertorio. La vida de August era el tema principal del programa.

—Tienes que poder mantenerte a ti mismo —dijo Samuel.

—Sí, lo sé —dijo August.

—No puedes vivir de tus pinturas.

—No me he muerto todavía.

—Lo digo en serio.

—No me dejarías morir de hambre, ¿verdad?

—Deberías tener, además, una verdadera profesión. Por seguridad.

—No tengo ambiciones académicas.

—No estoy diciendo que tengas que tener un doctorado.

—Ahora estoy estudiando.

—Estás hablando de dejarlo.

—Eres muy superficial —dijo August—. Crees que eres una persona instruida y culta porque vas al National Theatre y al Museo Nacional Británico de Arte Moderno los fines de semana.

—No todos podemos ser bohemios muertos de hambre.

—Yo no me estoy muriendo de hambre.

—Sé que lo que haces es bueno, August —dijo Samuel—. Pero es difícil ganarse la vida como artista.

—Ah, gracias por tu análisis del mercado laboral. —August se volvió hacia mí—. Samuel no puede superar el hecho de que yo no haya querido nunca *hacer una carrera*.

Thora miró a August con desaprobación.

—Eso no es cierto —dijo ella.

Cuando el camarero nos dio la carta de los postres, se levantó y le pidió a August que la acompañara fuera a fumar un cigarrillo.

—August puede ser muy tonto —dijo Samuel cuando Thora y August no podían oírle—. Está enfadado porque invité a papá a cenar con nosotros la otra noche. *Sin previo aviso*, según dijo él.

Samuel se recostó en su silla. Era fácil imaginárselo en una oficina del distrito financiero de Londres; tenía ese tipo de seguridad en sí mismo.

Me preguntó si tenía hermanos, le dije que no, y Samuel sonrió como si le hubiera revelado algo envidiable de mí mismo.

—Siete años es una diferencia de edad notable —comenté yo.

—Sí —dijo Samuel—. Y creía que tendría que preocuparme menos por August cuando creciera.

—¿Pero no ha sido así?

—Al contrario. —Samuel tomó la copa de vino, la agitó levemente y el vino se agitó alrededor—. Es superficial.

Al decir eso me miró directamente a los ojos, como si quisiera registrar los matices de mi reacción. No le pregunté a qué se refería

porque sentí que eso era lo que quería.

Thora y August regresaron con las mejillas enrojecidas y una nube de vaho cálido y humo de cigarrillo. Al dar la vuelta a la mesa, August me puso una mano en el hombro. Thora dijo que ella quería *crème brûlée* de postre. Samuel pagó la cena. Le entregó al camarero su tarjeta sin mirar la cuenta. Ni Thora ni August dijeron nada, pero yo, que había elegido la comida y la bebida pensando en el precio, me quedé quieto con la mano en el bolsillo, agarrada a la cartera, y sopesé insistir en pagar lo mío. Entonces me crucé con la mirada de Thora, que guiñó un ojo y negó con la cabeza. Solté la cartera, con la cara sofocada.

Ya fuera del restaurante, August nos agarró a Thora y a mí y dijo que nosotros íbamos a ir a un bar.

—Un tugurio —le dijo a Samuel—. Nada para ti.

—Te creo —dijo Samuel.

Thora se soltó del brazo de Samuel.

—Ni para mí tampoco —dijo.

—Haz lo que quieras.

—Pero, August, ya has bebido mucho —dijo Samuel—. ¿Realmente necesitas más?

August ignoró la pregunta.

—Adiós, hermano mayor, gracias por la cena. Nos vemos este fin de semana —dijo bajando por la calle, y me hizo un gesto para que lo siguiera.

—Gracias por la cena —dije.

—Ha sido un placer —dijo Samuel.

—Que te diviertas mucho con August cuando está de ese humor —dijo Thora envolviéndose bien en la bufanda—. ¿Me acompañas un poco, Samuel?

Samuel dijo que sí pero no se movió. Dirigió la mirada hacia August, que hacía equilibrios en el borde de la acera con los brazos extendidos.

—Cuida de él, por favor —dijo Samuel con una seriedad comedida que me sorprendió.

Yo asentí.

Thora sonrió con sarcasmo.

Cuando alcancé a August, puso el brazo alrededor de mis hombros y suspiró. Su aliento soltaba vaho.

—Por fin se ha acabado —dijo.

—Me parece que no es mal tipo.

—Porque no es tu hermano —dijo August—. No tiene ningún interés en darle la vuelta a tu vida para ver si vales para algo.

Estaba nevando, y cuando entramos en el cálido ambiente del bar, los copos de nieve del cabello de August se derritieron. Yo tenía los calcetines mojados y estaba temblando. En la entrada del bar había un abeto de plástico con guirnaldas, en lugar de una estrella habían pegado una lata de cerveza con un pequeño gorro de Papá Noel en lo alto. August buscó una mesa libre mientras yo pedía cerveza. Las velas de las mesas llameaban con viveza cada vez que se abría la puerta de entrada y las sombras fluctuaban alrededor de las paredes, reforzando el bullicioso ambiente. Tuve que inclinarme sobre la barra para que el camarero pudiera oír lo que quería pedir.

—Me parece que Samuel y tú sois iguales —dije mientras dejaba los vasos en la mesa delante de August.

—¿Por qué piensas eso? —preguntó.

—Se ve que sois hermanos.

August se reclinó y echó un vistazo al local. Tenía las mejillas rojas, como si el frío lo hubiera pellizcado con fuerza, y no se había quitado la bufanda.

—Tendrías que habernos visto en la cena con papá. Pasamos la mayor parte del tiempo en silencio —dijo—. Una de las pocas cosas que Samuel y yo tenemos en común es que a ninguno de los dos le gusta escuchar a papá cuando habla de sus temas favoritos.

—¿Cuáles son sus temas favoritos?

—Que los inmigrantes destruyen Suecia y por eso va tan mal para la izquierda sueca y el movimiento obrero —dijo August bebiendo varios sorbos grandes de cerveza, como si necesitara enjuagarse la boca antes de continuar—. Mi padre no sabe de qué hablar cuando no puede hablar de política. No entiende en qué trabajamos Samuel o yo. Así que allí estamos sentados los tres. Tres extraños alrededor de una mesa.

Lo observé perplejo. Dado que siempre me había parecido que August encajaba muy bien con el entorno familiar de Thora, yo había supuesto que provenía de un entorno familiar similar. Me había imaginado unos padres bronceados con polos de piqué, que jugaban al golf o montaban a caballo los fines de semana, viajaban a París y Milán en primavera y en otoño para comprar ropa de marca. Sin embargo, ahora esos estereotipos se disolvían y eran reemplazados por algo más

complejo que me costaba relacionar con August, a pesar de que lo intenté. Quería saber más de Thora y August, quería entenderlos, pero también temía que eso requiriera algún tipo de compensación por mi parte. Me sentía absolutamente satisfecho con estar cerca ellos sin tenerlos demasiado cerca de mí. Al mismo tiempo, me preguntaba si eso no sería una cuestión de equilibrio imposible.

Unos días después de la cena me encontré a Thora en la Biblioteca Nacional. Era temprano por la tarde, compramos café y nos sentamos juntos a una mesa. Thora estaba estresada por un examen y dijo que tenía poco tiempo. Yo quería saber qué pensaba ella de la cena con Samuel, pero no estaba seguro de cómo abordar el tema. Pero entonces Thora lo hizo por mí.

—¿Qué tal te cayó Samuel? —preguntó.

Demoré la respuesta unos segundos:

—Fue agradable.

—Son muy diferentes entre sí.

—Son muy parecidos físicamente —dije—. Pero parece que a August no le gusta estar con él.

—Samuel solo puede demostrar que se preocupa por August inquietándose —dijo Thora—. No conoce otro camino. Pero a August no le gusta, le parece humillante.

Yo toqueteaba la tapa de la taza de café. Al principio, cuando conocí a Thora, pensé que observaba a todo el mundo a su alrededor con mesurada indiferencia, pero ahora pensaba que en realidad estudiaba a las personas con la misma agudeza que estudiaba los libros que leíamos en el curso de literatura. Las mesas eran de madera clara y mientras miraba las manchas de café resecas que había en la nuestra, me pregunté qué observaciones habría hecho Thora de mí, cómo iba a dejarme clavado sirviéndose de unas pocas oraciones sencillas si alguien le preguntaba qué pensaba de mí. Vi delante de mis ojos cómo golpeaba un clavo a través de una sombra temblorosa y jadeante que ella luego mostraba al público.

—Pareces cansado —dijo.

Me enderecé y solté la tapa del café.

—Sí. Perdón.

—¿Estuviste hasta tarde con Ella ayer? —preguntó echándose a reír.

—No —dije yo.

Sonó innecesariamente serio.

Vi entrar en el café a Vera y a Tigran y los saludé. Thora percibió el gesto que hice con la mano, pero no se dio la vuelta.

La Biblioteca Nacional funcionaba como una sala de estar para estudiantes, escritores culturales independientes, jubilados y académicos. Era el único lugar de Estocolmo donde era habitual, más que una excepción, oír a los vecinos de mesa discutir sobre Merleau-Ponty con la misma naturalidad que cuando se habla del tiempo o de una serie de televisión. Había aprendido que era el lugar al que uno acudía para encontrarse con amigos y compañeros de clase, no para sentarse solo en el silencio de la sala de lectura.

Vera y Tigran acercaron sus sillas a la mesa que compartíamos Thora y yo. Thora posó las manos en su fino portátil, como si quisiera indicar que en cualquier momento iba a levantarse y salir. Para intentar retenerla, pregunté si deseaba otra taza de café. Asintió y fui a buscar café para todos. Cuando regresé, Vera estaba enumerando a todos los empleados culturales que conocía que trabajaban al mismo tiempo en el *Systembolaget* para hacer que cuadrara la economía.

—Es una locura si uno lo piensa —dijo ella—. Todos los periodistas y escritores jóvenes que conozco trabajan o han trabajado en el *Systemet*.

—Podrían poner en marcha un programa de literatura para procurar que los suecos lean más —dijo Tigran—. Dar consejos sobre qué debe uno beber al leer a ciertos autores. Kafka: absenta.

—¿Proust?

—Prosecco.

—¿Duras?

—Vino tinto.

—Y entonces, cuando uno lee a Karin Boye, ¿qué?

—Jerez.

—Veneno —dijo Thora.

Nos reímos.

Thora regresó a la sala de lectura de la biblioteca antes que nosotros. Cuando desapareció, Vera y Tigran me miraron interrogantes, pero yo hice como si nada. No les conté nada de la cena con Samuel, aunque tenía curiosidad por conocer qué sabían ellos del hermano de August. Pensé que era extraño que Thora y August se

hubieran convertido tan rápido en una parte de mi vida que me guardaba para mí mismo, como si hubiera algo en ellos que quería proteger. O, tal vez, era solo a mí mismo a quien quería proteger.

Thora estaba sentada en un rincón de la sala de lectura y no levantó la vista cuando volví a mi mesa. Ya había oscurecido y las hileras de lámparas y pantallas de los ordenadores se reflejaban en las altas ventanas.

Si me volvía, veía la pantalla de Thora en una de las ventanas y los documentos blancos que ella estaba hojeando lentamente. La sala estaba llena de gente, pero era como si el teclado de Thora fuera lo único que yo oía.

Thora

Empezó el mes de enero y yo me encontraba casi todos los días sentada en la biblioteca de la universidad alternando entre dos ventanas en el ordenador: una para literatura y otra para derecho. Hugo no había comprado ninguno de los libros para el curso de literatura y a menudo se pasaba por mi sitio en la biblioteca para tomar prestado alguno de los míos; yo los había comprado todos. Me provocaba una peculiar sensación de intimidad que él viera qué párrafos y qué frases había subrayado yo, pero me constaba que no quedaban ejemplares disponibles en la biblioteca. Me presenté al examen antes que él y le dije que podía llevarse el montón entero de libros. Él los apiló uno encima de otro y regresó a su sitio caminando despacio y balanceando los libros teatralmente, como si supiera que yo lo estaba mirando.

A finales de mes, la universidad había organizado un ciclo de conferencias que concluía con una visita del ministro de Asuntos Exteriores. Los tablones de anuncios en los pasillos estaban cubiertos por carteles que anunciaban la hora y el lugar con letras mayúsculas de color rojo, en inglés, con la intención de que el evento atrajera a estudiantes internacionales, y la moderadora era una exdiplomática británica. Estábamos fuera del aula, a la espera de que nos dejaran entrar a la última conferencia, mirando los carteles. Hugo comentó que todos los estudiantes de ciencias políticas iban a acudir, lo cual no me sorprendió.

—Esto solo son palabras —dijo uno de nuestros compañeros de clase—. Además, esta propaganda da por hecho que el gobierno realmente *ha* conseguido hacer algo a nivel mundial, ¿y cómo pueden saber eso?

—¿Qué es la literatura sino solo palabras? —me dijo Hugo al oído.

Sonreí, pero cuando por fin nos dejaron entrar, no me senté a su lado.

Cuando nombraba a Hugo en conversaciones con August, procuraba no decir demasiado, ya que a August le había dado por mirarme de la misma manera que me miraban mis padres cuando habían logrado refutar algún argumento mío, y su triunfo podía sentirse en el ambiente. Había pocas personas con las que me gustara discutir, pero había descubierto que Hugo tenía la capacidad de seguir mi razonamiento sin ralentizarme ni malinterpretarme. A veces me rebatía, pero descubrí que yo apreciaba su desafío. Él decía cosas que no se me habían ocurrido y cuando hablaba con él nunca sabía de antemano cómo iba a acabar la conversación. Con otras personas me solía pasar lo contrario —los diálogos seguían un esquema mediante el cual las respuestas eran dictadas por opiniones completamente predecibles— y entonces me aburría tanto que perdía el interés en la discusión. Mi objetivo no era ganar; tan solo quería descubrir algo nuevo, ser sorprendida, *estimulada*. Quería presionar y sentir que alguien oponía resistencia.

Acudí a la conferencia con algunos compañeros de derecho. De camino, me alcanzó Harriet acompañada de su chica, Bella, que estudiaba economía y participaba en alguna asociación política de jóvenes. En ocasiones, Harriet llegaba a casa quejándose de que Bella había dedicado toda la noche a una charla sobre la persistencia de las causas de la crisis financiera y las consecuencias que un desplome de la economía italiana tendría para el sistema económico mundial.

La sala estaba repleta. La primera fila estaba reservada para el equipo del ministro de Asuntos Exteriores y para los representantes de la universidad. Nos dispersamos por varias filas para encontrar asientos. Un rato más tarde, cuando apareció Hugo, ya no quedaban sitios vacíos. Aun así, siguieron entrando estudiantes que se sentaban en los escalones o se apoyaban contra la pared. Hugo estaba a la altura de mi fila al otro lado del aula. No parecía haberme visto y yo no busqué su mirada. Más adelante estaban sentados Brita y Christian, los amigos de August, con las cabezas muy cerca la una de la otra, como si estuvieran leyendo algo juntos en la pantalla de un móvil. Brita llevaba un pañuelo rosa atado en el pelo. Christian no se había quitado su ropa de abrigo, como si quisiera poder levantarse y salir a encontrarse con el invierno en medio de la conferencia. A mi alrededor, todos sujetaban sus móviles, la firmeza de sus manos me hizo pensar en lapidaciones y

guardé el mío en el fondo del bolso.

Los murmullos se acallaron enseguida cuando hizo su entrada el ministro de Asuntos Exteriores. La moderadora ocupó su lugar detrás del atril. A pesar de constatar al principio que el invitado de ese día no requería presentación, ofreció una introducción antes de pedirle al ministro que subiera al estrado. La chica que estaba sentada delante de mí hizo zoom sobre la cara del ministro en su móvil. Observé cómo el ministro abrió una botella de agua y tomó unos sorbos antes de que la moderadora le formulara una pregunta larga y compleja en inglés británico, a la cual él dio una respuesta escueta y cómica. Se escaparon risillas entre el público. Yo eché un ojo a Hugo, esbozó una sonrisa, pero no se reía. La mujer británica dijo algo sobre el *Nordic humor* e hizo otra pregunta prolija. El inglés establecía una dinámica que me incomodaba. La exdiplomática británica sabía formar frases elegantes y puntuar con pausas dramáticas, mientras que las respuestas del ministro de Asuntos Exteriores eran concisas y tenían una estructura más sencilla que daba una impresión torpe o desafiante; no era capaz de determinar cuál de las dos. Era consciente de que varios de los amigos de August exageraban su acento sueco al hablar inglés, una forma de irreverencia contra la supremacía del mundo anglosajón que a mí me parecía ridícula, pero que August defendía.

La conversación fue breve. La moderadora asintió todo el rato, a veces cerraba los ojos, como si la voz del ministro fuera una melodía agradable. Al terminar de hablar, el ministro se sentó y la moderadora dijo que le había llegado el turno al público para hacer preguntas. Explicó que irían pasando un micrófono entre los asistentes, que daría una vuelta antes de volver al atril, como una red atrapapreguntas para que el ministro luego pudiera escoger. Parecía satisfecha con el símil. El ambiente cambió cuando se comenzaron a formular las preguntas, de repente todos estaban sentados, erguidos, en sus asientos. Vi que Brita se arreglaba el pañuelo. Christian se inclinó hacia delante. De vez en cuando, la mirada del ministro se dirigía hacia su equipo en primera fila. Vi a un hombre rubio sacudir la cabeza mientras los estudiantes formulaban sus preguntas, como para indicar que el ministro no debía preocuparse por la relevancia o la veracidad de las cuestiones. La moderadora ya no sonreía ni cerraba los ojos. Cuando oí mencionar mi apellido en una pregunta no sentí más que una sensación intensa de que tenía una pierna cruzada sobre la otra, y un febril hormigueo en las

mejillas. No miré a Hugo.

Christian fue uno de los estudiantes que tomó el micrófono y planteó una pregunta en dos partes sobre empresas fantasmas y fábricas de armas en dictaduras. Me esperaba que le temblara la voz, como le sucedía a veces cuando se alteraba en discusiones conmigo, pero parecía tranquilo; probablemente lo había ensayado con Brita, quizá también con August. Observé su nuca, las instrucciones de lavado sobresalían del cuello de su cazadora, y cuando pasó el micrófono y se volvió a sentar, Brita se acercó a él, le colocó bien la etiqueta y le susurró algo. Parecían dos niños sonrojados que habían conseguido confundir al maestro detrás de la mesa.

El ministro de Asuntos Exteriores dijo algo sobre continuar siendo una voz indeleble por la paz mundial. La sala se quedó en silencio y nadie más levantó la mano. Para acabar, el ministro añadió que todos los países del mundo se encontraban ante la decisión de elegir entre el multilateralismo o el nacionalismo. Algunos estudiantes sonrieron con ironía. La moderadora comenzó a aplaudir, y en unos segundos el público se unió a ella. Yo miré en la dirección de Hugo y él me devolvió la mirada, como si hubiera estado esperando a que me fijara en él.

Al salir del aula, rodeada del bullicio, vi que la nieve había cuajado en el suelo, copos blancos y delicados cubrían la hierba helada. Ya había oscurecido y me sentía cansada y tenía frío. Todo lo que valoraba parecía escurrirse entre mis dedos como arena, pequeños e insignificantes granos de banalidad.

Un grupo numeroso de estudiantes se dirigió al café que estaba justo fuera de la biblioteca y yo me dejé llevar por la corriente. Pedimos café y juntamos varias mesas para que hubiera sitio para todos, en la medida de lo posible. En torno a las mesas y en la cola de la barra tenían lugar discusiones agitadas, algunos estudiantes estaban animados y otros parecían más bien desfallecidos. Aun así, al poco rato, volvió el ambiente exaltado que había precedido a la conferencia del ministro.

Hugo se sentó a mi lado y removió el café con una cuchara blanca de plástico que, en su mano, parecía diminuta.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó.

—¿Nuestro ministro de Asuntos Exteriores? —contesté.

—Sí.

Le miré. Se me ocurrió que era posible vivir una vida entera sin

pensar ni preocuparse de otra cosa más que de lo que uno veía a su alrededor. Expresar a veces alguna opinión cuando leías el periódico o veías las noticias, pero olvidar luego lo que había dado lugar a esa opinión nada más acabar de leer el periódico o terminar de ver las noticias. Existían muchas personas que vivían de esa manera. ¿Por qué no podía ser yo una de ellas?

—Interesante, supongo —dije, calentándome las manos con el vaso de cartón lleno de café humeante—. Pero no ha dicho nada nuevo.

Hugo me observó como si sospechara que solo le estaba ofreciendo unas pocas migajas de mis auténticos pensamientos.

—Te estuve observando —dijo—. Cuando estábamos en el aula. Y tenías una expresión muy crítica.

Di un sorbo. El café quemaba en la boca.

—Yo *siempre* tengo una expresión crítica, Hugo. Es mi estado normal.

Quería que me contestara con una sonrisa, pero siguió mirándome como si esperara algo más; un entendimiento más profundo de mis pensamientos. No pensaba dárselo.

—Está bien —dijo finalmente al permanecer yo en silencio—. La expresión crítica como estado normal.

—Es lo que me convertirá en una buena abogada —dije.

Hugo me miró como si le hubiera robado algo que no sabía nombrar ni describir, pero cuya ausencia intuía. Eso me irritaba; sugería que yo le debía algo.

Christian y Brita le contaron a August algunos episodios de la visita del ministro de Asuntos Exteriores. Me parecía escuchar el eco de sus risas en la voz de August cuando él, a su vez, nos contó a mí y a Hugo lo que le habían dicho Christian y Brita. Cuando August me preguntó qué pensaba sobre la conferencia, le dije que no tenía ninguna opinión.

—Es solo política —dije, porque eso sonaba tan lacónico que August quedaría amedrentado y no intentaría convencerme de que desarrollara mis ideas.

Me daba miedo aquel agujero negro que divisaba al final de un razonamiento completo. Era como abrillantar lentamente un espejo sucio y verme a mí misma, sin tener la oportunidad de enmascararme. Eso hizo que me preguntara si yo, a pesar de todo, era tan distinta de mis padres. La comodidad ante todo.

Hugo dijo que la visita había reafirmado su teoría de que la única actitud razonable para con el mundo era el cinismo.

—Todos los niñatos son unos cínicos, a no ser que sean neoliberales —dije—. Resulta banal.

—¿Quieres decir que a ti te inspiró? —dijo August.

Le di un empujón.

—No todos podemos ser artistas ajenos al mundo.

—El cínico, la realista y el romántico —dijo August—. Esto no puede acabar bien.

Hugo y yo nos miramos, nos había hecho gracia.

La nieve en polvo soplaba sobre la plaza Mariatorget mientras caminábamos por el sendero de grava bajo los árboles desnudos. La fuente no tenía agua. El verde parecía danzar en los ojos de Hugo a la luz del sol invernal, como en un caleidoscopio.

Había llegado el invierno y no cedía ni por un instante. Anochecía rápidamente, la oscuridad descendía como una tapa que se enroscaba sobre nosotros, nos encogíamos y la luz desaparecía por las rendijas. Por la mañana, cuando las máquinas quitanieves aún no habían llegado a despejar las calles, avanzábamos con dificultad a través de montones de nieve. A pesar de todo, era hermoso. Las personas, fuera, en el hielo. La escarcha en las ramas. La puesta de sol en colores pastel que podía silenciar a todo un autobús o vagón de metro mientras algunos pasajeros buscaban su móvil para conseguir sacar unas fotos. Yo me preguntaba qué hacían con ellas después.

En el piso de la calle Styrmansgatan colgamos guirnaldas de luces en la cocina y en el cuarto de estar, y yo compré velones que encendía nada más llegar a casa. Mi cama estaba junto al radiador y por la noche solía apretar los pies contra él para sentir las pulsaciones del calor en los dedos de los pies y cómo se propagaban por el resto del cuerpo.

August pintaba en el estudio con bufanda y mitones. Hugo y yo preparábamos exámenes y escribíamos trabajos, y pasábamos frío en la sala de lectura de la Biblioteca Nacional. A menudo, íbamos al cine por la noche y comprábamos caramelos y café para tomar allí. Habría preferido quedarme en casa, en la cama, debajo del edredón y con varias capas de mantas. A veces, cuando me despertaba por las mañanas, la idea de tener que bregar con otro día más de frío y oscuridad me ponía al borde del llanto. August dormía conmigo algunas noches. Entonces dormíamos apretados el uno contra el otro y acabábamos desarropándonos.

Una noche que habíamos bebido bastante vino y estábamos mirando una serie de televisión, August me preguntó si me había acostado con Hugo, lo cual me hizo sonreír.

—¿Por qué no te acuestas *tú* con él? —dije.

—Creo que él es irremediablemente heterosexual —dijo August —. Como tú. Además, es mi amigo. No me acuesto con amigos.

—¿Y qué soy yo cuando nos acostamos? —pregunté, pulsando el botón de pausa en el ordenador y mirándolo—. ¿Una conocida muy íntima?

—Tú eres mi *mejor* amiga —dijo August—. Esa es la diferencia.

Durante el invierno, August fue cortejado por un señor mayor que era el dueño de una galería y que le compraba jerséis de cachemira de distintos colores. August se preguntaba qué tipo de regalos habría recibido de ser verano, yo sugerí que habrían sido trajes de lino. August aceptó los jerséis, pero no salió con el galerista, en cambio, trataba de convencerlo de que expusiera sus cuadros.

Hugo y Ella lo habían dejado, y Hugo iba a citas con chicas, de las que a veces hablaba con August, pero nunca conmigo. Nosotros no hablábamos de esas cosas. Yo salía esporádicamente con un compañero de curso de derecho que declaraba que su plan era ser rico. No estaba enamorada de él, y sabía que jamás lo estaría, pero me agradaba su compañía, su manera de fruncir el ceño y de pasar el dedo por las páginas al hojear los libros de leyes. Él tampoco estaba enamorado de mí.

Era como si estuviera observando nuestras vidas desde fuera, como si transcurrieran ajenas a mí y sin que yo fuera capaz de comprender que eran de verdad: que eran nuestras vidas reales y que no podríamos rebobinarlas si algo salía mal. August se quejaba de que ya empezaba a ver indicios de que nuestros amigos en unos años, bien por tedio o por falta de imaginación, iban a ser devorados por las típicas estructuras familiares, pero a mí me parecía que tan solo seguíamos jugando a ser adultos. Cuando visitaba a amigos y cocinábamos y luego nos sentábamos a la mesa de la cocina para comer lo que habíamos cocinado y beber el vino que habíamos comprado, yo podía mirar a mi alrededor esperando que al final alguien no pudiera seguir fingiendo más y se le cayera la máscara. Pero nadie se reía.

Y así fueron pasando los días.

Los domingos cenaba con mis padres. A petición mía, ese invierno solíamos juntarnos los tres solos. Prefería tener a mis padres a solas cuando los veía. Me gustaban más así, sin público ni amigos ante quienes actuar. Cuando cocinábamos juntos y un agradable silencio se extendía entre nosotros, podía sentir una especie de añoranza hacia ellos, aunque nos encontrábamos en la misma habitación. Observaba

sus espaldas, sus caras y sus gestos, que me eran tan familiares, y, sin embargo, consideraba que no los conocía. Podía saber quién de los dos había abierto la puerta antes de que dijeran hola desde el recibidor, descifrar su estado anímico por su manera de entrar en una habitación o de manipular algo en sus manos —un móvil, un ordenador, una taza de café, un cepillo para fregar los platos—, pero no tenía ni idea de qué problemas tenían en sus vidas, qué les preocupaba, o qué tenían ganas de hacer.

Estaba tan acostumbrada a idolatrarlos o criticarlos que no era capaz de verlos como a personas normales y corrientes. Era como si los lazos familiares ocultaran sus verdaderas identidades, como si los roles que nos unían a la vez nos mantuvieran a distancia mediante una especie de pared acolchada que era totalmente impenetrable. Cuando Laura hablaba de sus estudiantes y Aron de sus pasantes, yo me preguntaba qué habrían opinado sobre mí si no fuera su hija, sino tan solo una estudiante o un aprendiz bajo su tutela. De niña había tenido un sueño recurrente en el que me cruzaba con Laura por la calle y Laura pasaba sin reconocerme. Cuando me desperté de ese sueño le dije a Laura:

—Si no fueras mi madre, no me habrías querido.

Y Laura contestó:

—Si yo no fuera tu madre, tú no habrías existido.

Seguía echando algo en falta en esa muestra de cariño, era como si yo fuera el objeto de un amor que no tenía nada que ver con mi persona, sino con la norma social que dicta que los padres deben amar a sus hijos. Cuando expresé estos pensamientos a Laura, ella me sonrió y dijo que lo entendería cuando fuera más mayor.

—¿Por qué no te cae bien Maggie? —me preguntó Hugo después de una cena en casa de Aron y Laura.

Era un viernes por la noche. Íbamos de camino al metro para encontrarnos con August y sus amigos en una discoteca en Södermalm. Tigran había sacado el móvil durante la cena para mirar la temperatura exterior antes de decir que no pensaba acompañarnos. Cuando las ráfagas de viento arremetían contra nosotros, yo tiritaba y apretaba las manos dentro de los bolsillos.

—¿Por qué me preguntas por ella? —dije, cubriéndome la barbilla con la bufanda—. Solo es una de tantos amigos que coleccionan mis

padres.

—Parece que no te agrada.

—¿Te cae bien *a ti*?

Hugo sonrió, como si hubiera reconocido mi consabida estrategia para cambiar de tema.

—No la conozco —dijo.

—Es estadounidense —dije, y saqué mi tarjeta de metro de la cartera—. Lleva varios años viviendo en Suecia y apenas habla sueco.

Pasamos por las barreras de acceso. En la escalera mecánica, Hugo se colocó unos peldaños por debajo de mí y se volvió. Yo puse mi mano en el pasamanos y sentí sus vibraciones.

—Bueno, pero aun así esas no son razones legítimas para que te caiga mal —dijo Hugo.

La luz de las largas filas de lámparas del techo resultaba deslumbrante tras la oscuridad compacta de afuera. Yo debatía en mi interior si debía reírme o fruncir el ceño.

—No tengo nada en contra de Maggie —dije—. De verdad que no. Pero Laura es diferente cuando está ella. Veo lo mucho que desea caerle bien a Maggie. Me siento incómoda. Maggie es una de las pocas personas a las que Laura quiere impresionar.

Hugo se quedó callado. El andén estaba vacío. El ruido de mis tacones retumbaba. El techo y las paredes se ceñían en torno a nosotros en forma de una enorme cueva rocosa con embellecimientos azules que asemejaban olas talladas en la piedra.

—¿Qué? ¿Es absurdo? —dije.

—Sí. Solo que… —Hugo se llevó la mano a la nuca. Había notado que hacía eso cuando algo le molestaba o le avergonzaba—. A veces me das un poco de miedo.

—¿Por qué?

—Porque puedes *calar* a las personas.

—Solo soy capaz de ver eso porque conozco mejor a Laura que tú. No has caído en eso.

—Sí, tal vez —dijo, poco convencido.

—No puedo adivinar el interior de las personas —dije.

—No era mi intención insultarte.

—Tampoco es un halago.

Al llegar el tren, Hugo miró hacia la boca del túnel y alzó la voz por encima de los chirridos de las vías:

—Creía que no te importaba lo que pensaran de ti los demás. O lo que piense yo.

Esperamos a que se abrieran las puertas del vagón. Entré antes que Hugo y volví la cabeza para guiñarle un ojo y mostrar que no necesitaba disculpas. Nos sentamos en un grupo de asientos vacío. Saqué el móvil, le escribí a August que estábamos de camino y volví a guardarlo en el bolsillo. Las luces de los túneles se convirtieron en líneas largas fuera de las ventanas del metro.

—A veces pienso que mis padres tienen inquilinos como Tigran y tú para sentirse menos burgueses —dije al cabo de un rato—. Y así, a alguien como Maggie le puede dar la impresión de que lleva una vida bohemia y poco convencional porque se rodea de jóvenes que hablan de arte y de política.

—¿Así que Tigran y yo somos lo único que los separa de la típica vida burguesa?

—Sí. Lleváis una carga muy pesada sobre los hombros.

Hugo murmuró asintiendo, como si necesitara darle la vuelta a algo. Luego me sonrió.

—O puede que sencillamente sean generosos —dijo—. *Buena gente*.

—Ese es un análisis demasiado superficial —dije yo—. Resulta muy fácil para ellos hacer cosas para mostrarse generosos.

—¿Porque nadie se muestra generoso a no ser que, de alguna manera, les haga sentir mejor?

—A ser posible, el gesto les debe hacer creer que son algo que realmente no son. Menos convencionales, por ejemplo. Es una forma de crearse una marca a pequeña escala.

Hugo sacudió la cabeza, como si le hubieran planteado una adivinanza que no podía o no tenía ganas de resolver.

—Yo creo que son generosos, así de simple. Aunque no suponga un gran sacrificio para ellos —dijo, y levantó un dedo reprendiéndome —. Y *tú* deberías ser más simpática con Maggie.

Aparté su dedo.

—Yo estoy ejerciendo mi derecho a no ser amable y apacible en todo momento —dije—. A diferencia de mis padres, que siempre tienen que complacer a todo el mundo.

—Eres imposible —dijo Hugo.

Nos bajamos del metro en la plaza Mariatorget. Miré al frente.

Sentí que Hugo estaba a mi lado observándome, y su mirada inquisitiva hizo que se esbozara una sonrisa involuntaria en mi cara. Era como un ataque de tos; no podía parar. Caminábamos tan cerca el uno del otro que podía sentir las ligeras sacudidas de la risa de él cuando su brazo rozaba el mío.

Hugo

Planeamos un viaje a París. Thora encontró unos billetes de avión baratos y convenció a August para que fuera y luego August me convenció a mí para que los acompañara. Nunca había estado en París. Regueros de nieve derretida corrían por la grava de las aceras de Estocolmo y en los parques sobresalían algunas matas de hierba como greñas soñolientas donde la nieve había desaparecido. Era abril, y Thora dijo que en París podríamos sentarnos por las noches en las terrazas de los cafés. Parecía que no tenía nada en contra de que yo los acompañara, pero yo me preguntaba si ella no habría preferido viajar solo con August. A veces me sentía confundido acerca de cómo encajaba yo en la dinámica entre ellos, tan confundido como estaba sobre la relación que mantenían. Había una intimidad silenciosa entre ellos, tan evidente, que algo parecía volverse más denso en el aire cuando estaban juntos. No sabía si era el único que lo experimentaba de esa manera, y no me sentía capacitado para juzgar si era normal o no. No quería ser una persona que pensaba de ese modo, pero lo hacía.

—Creía que eras más liberal. Tú que has vivido en Berlín —dijo Thora—. ¿Por qué te cuesta tanto creer que solo somos amigos?

—No me cuesta —dije tratando de hallar la manera de continuar mi razonamiento antes de darme cuenta de que me estaba enredando en una conversación que corría el riesgo de volverse difícil de zanjar. Miré a Thora, las pecas de la nariz y las gafas de sol negras que ocultaban su mirada, y pensé que ella tenía razón y yo estaba equivocado.

Estábamos sentados en los bancos de fuera de una de las entradas del edificio principal de la universidad. Thora había dejado el código en la mesa, y los pósits de color azul, rosa, amarillo y verde que ella había pegado entre las páginas revolotearon con el viento. Los colores neón chocaban contra el lomo azul con letras doradas —LEYES DEL REINO

DE SUECIA— y el escudo nacional de la cubierta.

—No puedo ser el único con dudas al respecto —dije después de un rato mientras presionaba con un dedo debajo de la tapa de plástico del vaso de café. El borde de la tapa se rompió y me cortó la cutícula.

—Las personas que tienen esas dudas suelen estar interesadas por uno de nosotros —dijo Thora—. Y normalmente sienten interés por August y quieren saber si yo soy un obstáculo en su camino.

No sabía dónde fijar la mirada. Me habría gustado tener yo también unas gafas de sol puestas. Quité la tapa del vaso y tomé un sorbo de café. Thora estaba ocupada hojeando su agenda y tratando de averiguar cuántas clases se iba a perder durante la semana en París.

—Tendré que escribir un compendio del estudio de un caso cuando estemos allí —dijo.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Un resumen —dijo sin levantar la vista de la agenda.

—Yo tengo que estudiar para un examen sobre globalización —dije.

—¿Desde una perspectiva marxista? —preguntó irónicamente.

—Creo que podemos elegir el punto de vista. Pero la mayoría de la clase elige el liberalismo —dije—. Nuestro profesor dijo el otro día que si hubiéramos sido estadounidenses, la mayoría de nosotros habríamos preferido el realismo.

Thora guardó la agenda en el bolso y se recogió el pelo con las manos mientras sujetaba el coletero negro entre los labios. Cuando consiguió recogerse el pelo, pasó los dedos por él varias veces y pude sentir el olor de su champú.

—O sea, que la libertad de elección tampoco es para tanto —dijo ella.

Después de pasar el control de seguridad en el aeropuerto, compramos unos libros de bolsillo, un paquete de chicles y tres botellas de agua. Luego tomamos un almuerzo caro que no nos gustó a ninguno de los tres. Aterrizamos en París a última hora de la tarde. Cuando salimos del metro, el aire de la tarde era suave y ningún transeúnte llevaba cazadora de invierno. Nos quitamos nuestras cazadoras y bufandas y las colgamos de las maletas con ruedas. Íbamos a alquilar un apartamento que le había recomendado a Thora un conocido suyo. Ella habló por teléfono con el propietario mientras August y yo nos

abanicábamos cada uno con su libro. Estábamos sudorosos después de arrastrar las maletas por las líneas del metro, y el aire viciado de los pasillos subterráneos se nos había pegado a la piel y a la ropa.

Fuera del portal, nos recibió una señora mayor que apenas me llegaba a la cintura. Thora nos explicó que era la madre del propietario, que iba a abrirnos y a entregarnos las llaves del apartamento. La mujer nos sonreía y hablaba en francés a toda velocidad con Thora, nos hizo un gesto para que pasáramos a través de un patio y nos adentráramos en una escalera tan estrecha que teníamos que llevar las maletas en brazos delante de nosotros para que cupieran. La señora le mostró el apartamento a Thora. August y yo oíamos cómo iban de habitación en habitación. Luego se detuvieron unos minutos delante de la placa de la cocina y la señora le explicó a Thora cómo funcionaba. El apartamento tenía un balcón que daba a la calle, y en cuanto se fue la señora, abrimos las puertas del balcón de par en par. El ruido de los coches y de las terrazas inundó el piso. El suelo de madera crujía y se abultaba en algunos sitios, como nudos de tensión de un viejo edificio. Había dos dormitorios en los cuales las camas ocupaban casi todo el espacio disponible. En medio de la cocina había una bañera. El cuarto de baño tenía ducha y lavabo. El inodoro estaba aparte, en un cuarto pequeño con las paredes pintadas de amarillo.

Decidimos salir a cenar. Nos duchamos y nos cambiamos de ropa. Cuando salí del cuarto de baño y vi a Thora y August arreglándose delante del espejo del pasillo, experimenté la misma sensación que cuando los vi en Estocolmo a través de la ventanilla del autobús, como si estuviera espiando algo privado que no estaba destinado a que yo lo viera. Después Thora y August me miraron sonrientes y yo me calmé de nuevo.

Thora se cepilló el pelo. Se había puesto unas medias finas y un vestido azul con un cinturón. August se arremangó la camisa y movía la cabeza de vez en cuando para apartarse los rizos que le caían sobre la frente. Thora se había pintado los labios de rojo. Me pareció que eran hermosos, pero no se lo dije. Yo me puse unos vaqueros y una camiseta negra. El pelo aún me chorreaba y me lo sequé con una toalla. Thora me retiró unos mechones de la cara cuando salí al pasillo para ponerme los zapatos.

—Parece que hayas estado nadando en el mar —dijo.

Fue la primera vez que me tocó la cara.

Mientras caminábamos calle abajo, miraba a Thora y a August, y luego los escaparates donde se reflejaban sus imágenes al pasar. Cuando vi a los tres reflejados, me sorprendió pensar que yo encajaba allí, entre Thora y August. Parecía uno de ellos.

Nos reíamos de nada en particular y nos tocábamos inusualmente mucho. Thora me explicó cómo estaban organizados los diferentes distritos de París, en forma de espiral, con los números bajos en el centro y los altos en el extremo. Los dibujó en el aire delante de ella mientras yo seguía, divertido, los movimientos de sus manos sin entender nada. Le pregunté dónde estaba la Torre Eiffel y ella puso los ojos en blanco e hizo como si borrara todo lo que había escrito en el aire. August dijo que Thora no se acercaría a la Torre Eiffel ni de broma.

—Yo quiero verla —dije.

—Sí. Tenemos que ir —dijo August—. Thora tendrá que disimular lo mejor que pueda para que no la confundan con nosotros los turistas.

Cenamos en un restaurante cerca del canal Saint Martin. Thora nos tradujo la carta, pero desconocía algunas palabras, así que buscamos imágenes de los platos en internet. De primero comimos caracoles y Thora nos enseñó a sacar la carne del caparazón con el tenedor de dos puntas.

En el paseo de vuelta al apartamento, Thora caminó entre August y yo rodeándonos la cintura con los brazos. Se balanceaba y sentí el peso de su cuerpo cuando se inclinaba contra mí.

Las camas estaban hechas con sábanas blancas. Me acosté y me quedé dormido unos minutos. Desde el otro dormitorio, a través de la pared, podía oír a Thora y a August hablando en voz baja. Después, el apartamento se quedó en silencio.

El primer día llovió. Compramos paraguas en una pequeña tienda para turistas, pero mientras caminábamos a lo largo del Sena, el viento agarró los paraguas y los volvió del revés, como si los hubiera desnucado. Los echamos a una papelera y nos sentamos en un café. Thora miraba airadamente por la ventana, como si pudiera detener la lluvia a fuerza de pura voluntad. En la entrada de un portal al otro lado de la calle, había una mujer sentada sobre trozos de cartón mojados. Estaba envuelta en una manta y delante de ella había una taza con las palabras: «*J'aime Paris*». La primera A tenía la forma de la Torre Eiffel. August se acercó y colocó un billete de veinte en su taza y luego volvió

corriendo al café con la cazadora cubriéndose la cabeza. Ni Thora ni yo dijimos nada.

Cuando la lluvia amainó, fuimos a la librería que hay cerca de Notre Dame por deseo expreso mío. Thora me dijo que parecía un cliché de Hemingway, pero ella compró dos libros y yo ninguno. Luego tomamos el metro hasta el Jardin des Plantes y miramos los esqueletos en el Museo de Historia Natural. August se detuvo frente a las vitrinas y dibujó los viejos esqueletos de animales en un bloc mientras la lluvia repiqueteaba contra los tragaluces. Thora, riendo, tomó una foto de él en la que sobresalía entre los grupos de escolares que se arremolinaban en la sala. Después entramos en la cafetería que pertenecía a la gran mezquita del barrio. Bebimos té dulce, comimos *baklava* y nos dejamos hundir en las mullidas sillas. Me sentí somnoliento. A última hora de la tarde fuimos al cine a ver una película de acción estadounidense con subtítulos en francés. De vez en cuando, August susurraba en mis oídos las frases en francés imitando con entusiasmo los tonos dramáticos de los actores estadounidenses. Después paseamos hasta la Torre Eiffel, yo tomé fotografías y miramos las luces que centelleaban sobre la torre en la oscuridad. Thora dijo que era una construcción fea que se volvía hermosa por la noche.

Al día siguiente hizo sol y bebimos refrescos en vasos con cubitos de hielo y comimos helado en la azotea del Museo Picasso. Los edificios del barrio brillaban en blanco a la luz del sol y me deslumbraban tanto que tenía que entrecerrar los ojos debajo de la visera. En los balcones colgaban jardineras con geranios rojos. Thora y August, que llevaban gafas de sol, miraban el patio y los tejados con gesto impasible. Les dije que parecían sacados de una película de la *nouvelle vague*.

Nos fotografiamos los unos a los otros, fotografías que pensé que miraría más tarde —en una semana, en un mes, en diez años— para recordar una especie de felicidad esquiva que revoloteaba dentro de mí como un animalito que se alejaría corriendo si no tenía cuidado. Quería rodear con las manos los días de París y guardarlos en un lugar fuera del tiempo.

La tercera tarde quedamos con algunos de los amigos franceses de Thora en un bar junto a una plaza. En el camino, Thora señaló la Biblioteca de Santa Genoveva y dijo que había ido a estudiar allí casi todos los días cuando vivía en París. Era como si nos estuviera guiando

a través de una vida pasada y erigiendo monumentos verbales a la persona que ella había sido entonces, un año antes. August y yo nos miramos durante uno de los relatos de Thora sobre sus relaciones con varios lugares, y August dijo con seriedad impostada que París era importante en el relato de Thora sobre su entrada en la vida adulta.

—*Une jeune fille à Paris* —dijo, extendiendo los brazos como para abrazar a alguien que venía corriendo hacia él.

Thora le hizo la peineta, pero escondió las manos en los bolsillos cuando pasaron dos mujeres mayores. August y yo nos reímos al ver que Thora casi doblaba la rodilla ante las mujeres.

Los amigos de Thora habían conocido a August cuando la visitó el año anterior, lo saludaron con cariño y hablaron con nostalgia de las salidas nocturnas que terminaban cuando otras personas tomaban el metro y el autobús para ir al trabajo por la mañana. Al presentarme, Thora posaba su mano en mi brazo y yo asentía con la cabeza hacia ellos. Gritaban mi nombre sin pronunciar la H. La terraza exterior estaba iluminada con lámparas redondas de diferentes colores. El toldo que colgaba por encima de las mesas y las sillas enmarcaba la vista de la plaza con la fuente en el centro.

Admiré la facilidad con que Thora y August se sumaron al ambiente animado que reinaba alrededor de la mesa. Por primera vez Thora me recordó a Aron y a Laura. A mí me parecía extraño hablar en inglés con Thora y August y me parecía extraño oírlos a ellos hablar en inglés. El inglés de August tenía un marcado acento sueco, aunque a él parecían importarle tan poco el acento y los errores gramaticales como a los amigos franceses de Thora. En lugar de sentirse agobiados por el hecho de que ninguno del grupo tenía el inglés como lengua materna, las conversaciones salían adelante con una especie de tierno abuso de la gramática inglesa. A mí me llevó varios meses sentirme cómodo cometiendo el mismo tipo de errores gramaticales en alemán y dejar de escuchar cada error como un gallo persistente que seguía sonando en mis oídos mucho después de que la conversación hubiera acabado.

Fuimos de bar en bar. En un local jugamos al billar, en otro cantamos karaoke. Los amigos de Thora se rieron tanto que casi se les saltaban las lágrimas cuando August cantó una serenata en francés. August sabía cantar, pero incluso yo podía oír que el francés que salía de la boca de August sonaba como un idioma inventado. August hizo una reverencia cuando terminó la canción y se pasó la mano por el

pelo. Nosotros aplaudimos.

Thora fumó muchos cigarrillos, la voz se le volvió ronca y se le quebraba al hablar. Me dijo que pensaba dejar de fumar, que para una hipocondriaca como ella, fumar como lo hacía era una forma especial de autolesión. Asentí y dije que me gustaría que viviera una larga vida, y ella se rió, como si la idea de una vida finita fuera una broma que me había inventado yo en ese momento. Su cabello olía a humo, pude sentirlo cuando ella apoyó la cabeza contra mi hombro y cerró los ojos como si estuviera a punto de quedarse dormida.

Nos invitaron a continuar la fiesta al otro lado de la ciudad. Sabía que estaba al otro lado de la ciudad porque Thora lo subrayó cuando transmitió la invitación. August dijo que él no estaba nada cansado y que quería ir.

—Yo me voy a casa —dijo Thora mirando a la chica francesa de pelo corto que había estado flirteando con August toda la noche. August pareció observar la dirección de esa mirada, se inclinó hacia delante y besó a Thora en la frente.

—No quiero que vayas sola a casa —dijo.

—Voy contigo —dije.

Thora y August me miraron. August sonrió. Thora se puso de puntillas y besó a August en la mejilla. Le susurró algo que no pude oír.

Nos despedimos de August y de los demás, que se subieron a un taxi. Luego paseamos hasta casa. No iba pensando por dónde íbamos, solo seguía a Thora. El aire era frío y las calles adoquinadas estaban vacías. La luz anaranjada de las farolas y la de la luna dibujaban franjas en el río oscuro.

—¿Te parecía guapa? —preguntó Thora después de un rato en silencio.

—¿Quién?

—La chica. La del pelo corto. Y los pechos grandes.

—No sé —dije—. Bastante guapa, sí. No estaba pensando en ella.

—¿No es tu tipo? —dijo Thora.

Traté de ver su cara para juzgar su estado de ánimo, pero ella caminaba un poco por delante de mí y miraba en otra dirección. Me pregunté si evitaba intencionadamente mi mirada. Caminaba con los brazos cruzados, las manos ocultas en las axilas como si tuviera frío o quisiera encogerse simplemente.

—¿Por qué August y tú no estáis juntos si seguís enamorados el

uno del otro? —pregunté.

—Porque necesitamos a otras personas. Podemos estar juntos más tarde si queremos. No tenemos que hacerlo ahora que somos jóvenes —dijo Thora mirándome. Dejó caer los brazos. Su cara se dibujaba contra las fachadas de piedra caliza, algo atemporal y eterno a la luz de la luna.

Había una sinceridad en su voz que me invitó a no hacer más preguntas. Me conformé con asentir y ella aminoró el paso y apoyó la cabeza en mi brazo. Yo le besé suave y fugazmente el cabello, no supe si ella pudo sentirlo.

Cuando llegamos al apartamento, solo intercambiamos unas pocas palabras. Me cambié, me cepillé los dientes y bebí un vaso de agua antes de acostarme. Cuando le di las buenas noches a Thora, ella estaba en el cuarto de baño cepillándose los dientes. Tenía la boca llena de espuma de la pasta de dientes y me guiñó el ojo en el espejo del baño. Desde mi dormitorio, un poco más tarde, oí cómo apagaba todas las luces de la casa y entraba en su habitación.

Las sirenas de un coche de policía o de una ambulancia sonaron en algún lugar lejano. Fuera, en la calle, pasó alguien con un altavoz que tocaba música a todo volumen. No sabía cuánto tiempo llevaba acostado entre el sueño y la vigilia cuando crujió el suelo al otro lado de la puerta y el hueco de entrada se fue ensanchando lentamente.

—¿Hugo? ¿Estás dormido?

—Casi.

Silencio.

Me volví hacia la puerta.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Sí.

Silencio.

No sabía qué decir. Intenté divisar a Thora en la oscuridad.

—¿Puedo dormir contigo? —preguntó.

—Sí —dije mirándola. Ninguno de los dos se movió—. Perdona. No sabía qué querías.

Me retiré del centro de la cama para hacerle espacio. Se acostó de espaldas a mi lado, pero no tan cerca como para que llegáramos a tocarnos.

—Gracias —dijo volviéndose de lado, dándome la espalda.

La miré en silencio, inseguro, luego me acerqué a ella. Puse el

brazo sobre su cintura y sentí cómo ella inclinaba su cuerpo hacia el mío, sus piernas se ajustaron a las mías, alrededor de mis rodillas. Introduje el otro brazo por debajo de su almohada, le acaricié el pelo y apoyé la cara en su cuello. Ella entrelazó su mano con la mía.

—Buenas noches —dijo.

Cuando me desperté por la mañana, Thora no estaba a mi lado. Me senté en la cama y miré el resquicio de luz que se filtraba a través de las persianas. Todavía había un pequeño hueco en el colchón donde había dormido Thora. Reposé mi mano allí unos segundos antes de levantarme de la cama.

August estaba en la cocina preparando café y cortando naranjas. Levantó la vista de la tabla de cortar cuando entré en la cocina. Dijo que Thora había ido a la panadería a comprar cruasanes.

—Ah —dije—. Está bien.

La luz de la mañana me desorientaba, como si dejara al descubierto alguna parte de mí que quizá debería ocultarse.

—¿Lo pasaste bien ayer? —le pregunté—. ¿Cuándo has vuelto?

—Fue increíble. Vimos amanecer desde un tejado. No tenemos semejantes remates de fiesta en Estocolmo —dijo August, y presionó la tapa de la cafetera de émbolo. El café se arremolinó en el recipiente—. Llegué a casa a la seis. Thora y tú todavía dormíais.

Miré a August. No parecía molesto. Abrí la boca para decir algo, pero entonces apareció Thora por el pasillo y me quedé en silencio. Me sentí rodeado por el sol, Thora y August, y deseé poder volver al dormitorio a oscuras.

August me preguntó si quería una taza de café.

—Sí. Gracias —dije.

—Buenos días —dijo Thora levantando la bolsa de cruasanes—. Recién hechos.

La miré y ella me miró con una pregunta en los ojos. Le sonreí y entonces ella también sonrió. Me parecía extraño que me hubiera quedado dormido la noche anterior con el sonido de su respiración y de sus latidos, como si la luz del día creara una distancia entre nosotros. Pensé en las personas que dormían en los portales y debajo de los puentes de París, y me pregunté por qué no me sentía más agradecido con la vida que tenía.

Thora

Mi prima Lydia había vivido varios años en París. Tenía diez años más que yo y era la primera nieta de mis abuelos maternos. Su madre era de Inglaterra y solo había vivido una temporada breve con Jacob, su padre. Cuando Jacob iba de visita a París, Lydia solía llevarlo de bares o a discotecas. Cuando yo estuve viviendo en París, en alguna ocasión, había sido invitada a fiestas o cenas en casa de Lydia, y, puesto que yo era siempre la más joven allí, me esforzaba por parecer más mayor de lo que era en realidad. Más tarde me enteré de que Lydia, ante sus amigos, se había referido a mí como una de sus *primitas*.

Le escribí a Lydia que estaba en París con dos amigos y ella me dijo que teníamos que ir a cenar a su casa. Les pregunté a Hugo y a August si querían cenar en casa de Lydia en Montmartre. Dijeron que sí y yo le contesté a Lydia y fijamos la hora para la cena. Acordamos que yo compraría vino y Lydia se haría cargo de la comida.

Por la mañana fuimos a un museo de fotografía en el barrio de Marais. Yo me sentía inquieta y habría preferido pasear, pero Hugo y August querían ver las exposiciones. En la entrada había un guardia de seguridad que inspeccionaba los bolsos de los visitantes. Visto desde la calle, el museo parecía pequeño, pero desde las antiguas escaleras con balaustrada de madera tallada se abría un piso tras otro. En el último piso había una gran exposición de fotografías de guerra. Me dirigí allí mientras Hugo y August se quedaban en otro piso. Las salas estaban en penumbra, cada imagen iluminada por un foco solitario. Me detuve ante las descripciones de las obras. Las sandalias hacían que sintiera los pies descalzos, y apreté el pulgar contra la muñeca para medir las pulsaciones. En una sala estrecha colgaban fotografías en blanco y negro de personas y edificios en Hiroshima y Nagasaki después de las bombas atómicas. A pesar de que la sala estaba llena de visitantes, en ella reinaba el silencio, hasta los niños permanecían callados. Las

fotografías parecían tanto acusarte como advertirte, y yo no sabía qué hacer con eso.

Al salir de nuevo al sol de la calle, me sentía turbada de una manera que no quería que notaran Hugo y August. Me puse las gafas de sol y bebí a grandes tragos de la botella de agua que llevaba en el bolso. No pregunté qué opinaban Hugo y August de la exposición, pero hablaban entre ellos con entusiasmo. Sentí una vaga molestia en el vientre y me di cuenta de que probablemente estaba a punto de venirme la regla. Quería regresar a casa y darme una ducha caliente cuando bajara la sangre. Sin embargo, los llevé a un restaurante y nos sentamos a una mesa. Les dije que me pidieran una ensalada César y una bebida de cola y luego me fui al baño, me metí un tampón y tomé un analgésico. Me refresqué la cara con agua fría antes de volver a sentarme con Hugo y August.

—¿Estás bien? —preguntó August cuando me senté.

—Sí —contesté.

Me miraron, y yo traté de evitar pensar en cuántas veces más me vería obligada a lo largo de mi vida a sufrir aquellas dolorosas sacudidas en el vientre y en la parte baja de la espalda. Fue un alivio que me hubiera puesto pantalones negros esa mañana.

—Dolor menstrual —dije vertiendo la cola en el vaso.

Podía sentir mis rodillas rozar las de ellos bajo la mesa redonda.

Estábamos sentados en un patio interior acristalado con árboles en macetas grandes colocadas entre las mesas. Era como un jardín donde no existían las estaciones del año. Del techo de cristal colgaba una lámpara de araña que estaba encendida a pesar de ser mediodía. Los cubiertos estaban envueltos en servilletas de lino, las sillas eran mullidas y el camarero llevaba un chaleco negro sobre una camisa blanca, la tela negra brillaba a la luz del sol que se filtraba por el techo. Por algún lugar se coló una brisa que hizo susurrar a las hojas de los árboles. Hugo y August seguían sujetando las cartas, que eran grandes como periódicos estadounidenses, con el nombre del restaurante estampado en letras doradas en la cubierta.

—¿Aún no habéis pedido? —pregunté.

—No creo que tenga mucha hambre —dijo Hugo.

—Nos cuesta decidirnos —dijo August.

Había una dureza apenas perceptible en su voz, tan sutil que Hugo no reaccionó y siguió ojeando la carta. Pero yo sí que la noté, porque

era capaz de percatarme del más mínimo cambio en el tono de voz de August, y lo miré, perpleja. August me devolvió la mirada, pero sacudió la cabeza. Hugo levantó la vista de la carta. August enseguida miró hacia otro lado y estiró el brazo para coger la jarra de agua.

—Elegid algo ya —dije—. Yo sí que tengo hambre.

Cuando llegó el camarero para tomar nota, Hugo se dio la vuelta hacia él y me percaté de que tenía la nuca roja. Cuando el camarero estaba a punto de irse, pedí una botella de vino para los tres.

—He estado aquí antes —dije—. Con mi padre. Buena comida. Buen vino.

—Pues sí, tiene pinta de ser un sitio al que podrían venir Aron y Laura —dijo August.

Apreté las rodillas con fuerza contra las suyas bajo la mesa. Él contestó con otro apretón.

—Somos demasiado mayores para almorzar *baguettes* y uvas todos los días —dije lanzando una mirada a Hugo, que había sacado su móvil.

Quería sacarle una sonrisa, pero no lo lograba, sus dedos se movían sobre la pantalla con una inquietud que no encajaba con el cuerpo rígido y la cara inexpresiva. Su nuca seguía enrojecida.

—Thora —dijo August en voz seria.

Sentí cómo me estaba sonrojando.

—Yo pagaré la cuenta —dije, y me volví para cruzar las piernas, lejos de las de August—. Por Dios.

Hugo dejó el móvil sobre la mesa. Observé que él y August intercambiaban miradas. Me pregunté de qué hablaban cuando yo no estaba presente. Hugo apoyó los codos en la mesa y me evitaba con la mirada. Por un instante quise poner mi mano sobre la de Hugo, pero, en vez de eso, me recliné en la silla y puse las manos en los reposabrazos. Desde el otro lado de la mesa, August me estaba observando como con cierto escepticismo por cómo iba a dirigir yo la conversación. A veces en compañía de August me sentía como una niña pequeña, como una niña que trataba de ocultar algo a un padre que era perfectamente consciente de lo que estaba sucediendo, pero que, teniendo en cuenta el grado de madurez de la niña, no se entrometía.

—No juzgo a las personas por no tener dinero —dije.

Hugo tamborileó con los dedos en la pantalla del móvil.

—Pero supones que *todo el mundo* tiene dinero —dijo él.

La pantalla se iluminó con una notificación. Me pregunté quién le estaría escribiendo.

—No —dije, y me contuve unos segundos para exprimir el significado de la palabra—. Por ejemplo, jamás he supuesto que tú tengas dinero. No tienes pinta de tenerlo.

De inmediato, Hugo me miró fijamente, inseguro.

—¿Por eso has pedido tan poco para comer? —pregunté.

—No —dijo él desenvolviendo los cubiertos de la servilleta de lino —. Simplemente no tengo demasiado apetito.

El camarero llegó con la comida y nos echamos hacia atrás para dejarle espacio y que pudiera colocar los platos en la mesa. Cuando se fue, August se dirigió a mí:

—Nunca sabes cuándo parar.

Después, Hugo y August tomaron los cubiertos y empezaron a comer, aparentemente sin inmutarse. De buena gana les habría arrojado el agua encima, pero en vez de eso les serví vino en las copas.

—Pediremos también postre —dije—, y café.

Comimos en silencio. Me recordaba a las ocasiones cuando, de pequeña, había estado sentada a la mesa con Aron y Laura tras alguna bronca y yo intentaba protegerme de la mirada colérica de Aron y del rechazo que me mostraba Laura mientras siguiera hipando al respirar. No sabía quién de nosotros estaba castigando a quién con su silencio. Solo cuando llegamos al postre y rompimos la superficie de la *crème brûlée* con nuestras cucharitas de plata, volvimos a hablar otra vez como de costumbre. Pagué la cuenta cuando Hugo y August salieron a fumar. Cuando regresaron me levanté con el bolso colgado al hombro y empujé la silla contra la mesa.

—¿Estáis listos? —pregunté.

Hugo asintió, August me sonrió.

Al salir del restaurante no me di la vuelta para ver si había dejado una mancha de sangre en la silla tapizada.

Por el camino de regreso al piso, August insistió en que entráramos en un supermercado a comprar patatas fritas. Escogió una selección de bolsas relucientes de los estantes mientras Hugo y yo íbamos detrás de él. Cuando volvimos al piso, August puso las patatas fritas en diferentes cuencos, abrió una botella de vino rosado barato y nos convocó en el cuarto de estar. Yo tenía sueño, como después de un largo viaje, y no tenía energía para protestar contra el antojo de August

de que probáramos todos los diferentes tipos de patatas. Estábamos sentados en el sofá, August bromeaba y Hugo se reía por cortesía mientras yo, obedientemente, cogía una patata frita de cada cuenco que August me ofrecía. August estiró los brazos en el aire y bostezó.

—Qué felices somos —dijo—. ¿Habéis pensado en eso?

Hugo y yo nos quedamos sentados en silencio, uno a cada lado de August, como si estuviéramos reflexionando juntos sobre la pregunta.

—A veces —dijo finalmente Hugo.

Cogí un puñado de patatas.

August se echó hacia atrás en el sofá y puso las manos sobre su vientre. Tenía una respiración rítmica y profunda, las manos subían y bajaban lentamente. Miré sus pies, llevaba un calcetín de cada color.

—Nunca volveremos a ser felices de esta manera —dijo—. Solo tenemos que ocuparnos de nosotros mismos y aún no se ha muerto nadie de los que queremos.

Hugo murmuró algo como respuesta. August cerró los ojos. Traté de encontrar la mirada de Hugo, pero August estaba en medio, solo podía ver su pelo y su nariz, y me parecía exagerado inclinarme hacia delante o hacia atrás. Así pues, me dejé hundir aún más en el sofá y apoyé la cabeza en el hombro de August. August siempre tenía calor, no como yo, que tenía constantemente los dedos tan fríos que hacían que la gente se apartara, espantada, si la tocaba por casualidad. August me acarició el pelo con la mano. Me quedé dormida contra su hombro.

Cuando me desperté, el cuarto de estar estaba a oscuras, a través de la ventana se veía una farola encendida. August seguía durmiendo. Hugo ya no estaba en el sofá.

Lydia vivía en una calle estrecha en Montmartre, en un edificio donde los escalones estaban torcidos y desnivelados, como si el edificio quisiera deshacerse de cualquiera que se acercara. Había visitado varias veces a Lydia mientras estuve viviendo en París y conocía el camino serpenteante desde la estación. El edificio carecía de decoraciones y desde la calle parecía un telón de fondo plano de un escenario de teatro. En ocasiones, las vistas desde el piso de Lydia y su pareja, Julian, me habían tenido tan embelesada que había dejado de atender las conversaciones de mi alrededor. Me costaba desviar la mirada del gran cielo azul y la ciudad enorme y gris. París se extendía fuera de las ventanas, tan grande que era difícil divisar dónde se

acababan los tejados. En medio de los edificios, blancos como la leche, se alzaba la Torre Eiffel, que brillaba al anochecer. El piso tenía tres habitaciones pequeñas: un cuarto de baño, una cocina y una habitación más grande que servía de dormitorio, cuarto de estar y comedor. Lydia y Julian tenían pocos muebles, pero muchos libros que se apretujaban en las estanterías y por el suelo. Lydia me había dado libros de segunda mano de Cora Sandel e Isaac Bashevis Singer en sueco y yo había subrayado frases en *Ung man söker kärleken* (Un hombre joven en busca del amor), e intentado seguir los pasos de Alberte por París. Desde que era pequeña Lydia me había ido pasando libros y siempre me había resultado más fácil apreciar lo que le gustaba a Lydia que lo que les gustaba a mis padres.

Lydia trabajaba en una librería, Julian se ganaba la vida de panadero y sirviendo café. Le había hablado a August de la vida y del piso de Lydia y Julian —para mí su vida parisina y su piso en París eran dos cosas inseparables— sin poder ocultar mi fascinación ante la posibilidad de vivir sin desvivirse por hacer una carrera exitosa, tener una vivienda más grande o más cosas. La idea de una vida en la que el trabajo no era lo único que daba sentido a la existencia me resultaba tan ajena que me costaba contener las ganas de preguntarles a Lydia y a Julian qué pensaban hacer *en el futuro*.

—Nosotros podríamos vivir así —dijo August cuando le hablé de ellos—. Podríamos vivir así y ser felices.

August decía a veces que era la vida en Estocolmo lo que nos hacía creer que solo había una manera de vivir, porque la ciudad echaba a patadas a todos los que no abrazaban esa vida, bien porque no podían, bien porque no querían. Yo no sabía si estaba de acuerdo con él, pero a menudo había salido del piso de Lydia y Julian con la sensación de que se me habían ocultado otras alternativas de vida.

Para cenar, Lydia había cocido espaguetis y los había mezclado con una salsa de tomate picante en un bol grande del cual nos servimos en cuencos más pequeños. Julian había traído del trabajo *baguettes* que nosotros untábamos en la salsa.

Hugo y August estaban sentados el uno al lado del otro y pensé que era como si los hubiera puesto en fila para que Lydia los evaluara. Allí estaban, sentados a la mesa, dando gracias por la comida, admirando las vistas y bebiendo vino. Era consciente de que Lydia y Julian nos veían como personas entre la infancia y la edad adulta y

cuyos problemas no podían llegar a ser de la misma envergadura que los suyos.

Lydia estaba todo el tiempo envuelta en una nube de humo de tabaco y se reía con unas carcajadas tan sonoras que a veces Hugo se sobresaltaba. Cuando Lydia se levantó para llenar la jarra de agua o buscar más vino en la cocina, pensé que era alta y de hombros anchos, como Karla y Laura, pero Lydia se vestía con el mismo tipo de pantalones de viejo y camisas y camisetas desgastadas que usaba Julian, supuse que compartían armario. Lydia no llevaba joyas ni maquillaje.

Lydia y Julian hablaron de mudarse a Grecia durante unos meses. Tenían diccionarios y manuales de lengua griega apilados en el suelo junto al escritorio.

—Vivir allí es barato —dijo Julian.

—Pensábamos aprovechar la crisis financiera —dijo Lydia.

—Como buitres —dijo Julian.

—¿Entonces, os vais a zampar el cadáver de Grecia o del capitalismo? —preguntó August.

—Me gustaría decir que el del capitalismo —dijo Julian.

Enrosqué espaguetis en la cuchara con ayuda del tenedor y me acerqué al plato para no mancharme la ropa de salsa de tomate.

—No quiero vivir mi vida encerrada en una oficina —dijo Lydia—. Es mucho mejor vivir una vida sencilla en una isla griega. Trabajar al aire libre.

—¿Qué opina Jacob?

—Él dice que esto es una fase de *crítica hacia la sociedad* —dijo Lydia—. Que ya se nos pasará.

—Como un resfriado —añadió Julian.

Lydia se levantó y se dirigió a la mesilla. Volvió con un libro y nos lo mostró como si se tratara de un tesoro que deseaba vender al mejor postor. Reconocí la portada y suspiré.

—Aún no lo he leído —dijo Hugo.

—Tú deberías leerlo —me dijo Julian.

—No hace falta —dije agitando el vino en la copa—. Ya sé que me va a deprimir.

—A lo mejor te inspira para querer *hacer* algo —dijo Hugo, mirándome desde el otro lado de la mesa.

Estaba sonriendo, pero a mí no me gustaba esa sonrisa. Era como

si estuviera sosteniendo un palo largo con un juguete colgando de un extremo y esperara que yo quisiera jugar con él, como un gato o un niño pequeño.

—Lo que yo haga o deje de hacer no tiene importancia —dije.

Lydia dejó el libro en la mesilla y se sentó a la mesa.

—Hoy Thora nos llevó a un restaurante caro —comentó August.

—Os *invité* a almorzar —dije.

—Lydia y Jacob una vez me invitaron a la Ópera Real —dijo Julian rascándose la barbilla. Sus cutículas estaban blancas de harina.

—¿Qué te pareció? —preguntó Hugo.

—Horrible. No tenía nada que ponerme y Jacob se estuvo metiendo conmigo porque yo era la única persona con zapatillas de deporte y todos los demás llevaban zapatos brogues.

Sonreí y dije:

—Sois unos desagradecidos.

Julian se rió y me habría gustado que Hugo también se hubiera reído. Lydia se fue otra vez a la cocina. A ella no le gustaba hablar de dinero, a pesar de que se sobrentendía que el dinero de nuestra familia era lo que les permitía a ella y a Julian vivir en un piso con cocina en lugar de en un estudio con una cocinilla empotrada y cucarachas. Tuve ganas de señalar esto, pero desistí porque sabía que no les agradaría la conversación ni a Hugo ni a August, tan solo daría lugar a un coro de suspiros profundos. Los observé cuando siguieron a Lydia con la mirada, me pregunté si nos estaban comparando, tratando de hallar un parecido familiar. A lo largo de la velada, August me había mirado con frecuencia, pero la mirada de Hugo apenas se había cruzado con la mía. Me costaba discernir si las molestias de la tripa se debían solo al dolor menstrual o si había algo más que me incitaba a pensar en el contraste entre su aliento cálido contra mi nuca y el trato impersonal que me había dispensado más tarde por la mañana.

—¿Estás bien? —me preguntó Hugo un poco más tarde mientras August estaba en la cocina con Lydia y Julian quitando la mesa.

—Sí —contesté, sorprendida por la pregunta.

—¿Estás enfadada conmigo?

—¿Por qué me preguntas eso?

—No hablas mucho.

Sentí náuseas y cómo la sangre fluía. Me crucé de piernas y enganché el pie derecho detrás de la pantorrilla izquierda.

—No todo gira en torno a ti —dije.

—No, lo sé…

Se quedó callado. Parecía como si pensara decir algo más, pero permaneció en silencio.

Le miré a la cara. Pude ver que algo en su expresión se cerraba, como una cremallera que se iba abrochando y poco a poco cubría cualquier rastro que hubiera dejado lo que sentía y pensaba.

—¿Estás enfadado *tú* conmigo? —pregunté, tratando de suavizar la voz, que estaba como tensa y poco templada.

—No, yo solo…

Se encogió de hombros y esbozó una sonrisa forzada que me irritó. Su actitud sumisa me irritó, deseaba provocar una reacción, no importaba cuál. Pensé que me daría igual lo que él pudiera pensar de mí, me conformaba con saber qué estaba pensando.

—¿Qué opinas de ellos? —pregunté, señalando con la cabeza hacia la cocina.

El grifo estaba abierto, pero podía oír la voz de August y las carcajadas de Lydia y Julian.

—¿De Lydia y Julian?

Asentí.

—Son simpáticos, supongo. ¿Por qué lo preguntas?

—Lydia puede ser bastante egocéntrica. Sus amigos aquí creen que ella viene de una *familia de artistas*.

Percibí un atisbo de regodeo en la mirada de Hugo, pero él no dijo nada.

—¿Qué? —dije, y pasé mi dedo por la llama de una vela, de un lado a otro.

La mesa estaba llena de manchas secas de cera.

—¿No crees que tú también eres bastante egocéntrica?

Antes de que me diera tiempo a contestar, los demás regresaron de la cocina.

Se había acabado la comida y las botellas de vino estaban vacías. Decidimos ir a una discoteca en Pigalle donde una amiga de Lydia trabajaba de camarera. Lydia y Julian se pusieron unas americanas desgastadas sobre las camisas. En el recibidor, August colocó su mano en la parte baja de mi espalda y me susurró al oído que a él le parecía que deberíamos empezar a vestirnos. Me apoyé contra él y él me abrazó por detrás, cruzando sus brazos sobre mis clavículas. Cuando Hugo

salió del baño al recibidor no nos miró, miraba al suelo, en busca de sus zapatos a la luz de una lámpara de techo sin pantalla. Quise que me brindara algún tipo de aprobación, pero de qué en concreto, no estaba segura.

Paseamos a lo largo de la rue Lepic. En algunos lugares, la acera era demasiado estrecha para que pudiéramos ir todos juntos en línea. August acabó entre Lydia y Julian. Gesticulaba animadamente, pero no podía oír de qué estaban hablando. Yo caminaba junto a Hugo y me pregunté si a él le molestaba el silencio que había entre nosotros.

—Dime, ¿por qué no me cuentas en qué piensas? —le pregunté.

Hugo me miró. No sabía qué me esperaba, pero me desconcertó la frialdad de sus ojos.

—¿Por qué debería hacer eso? —dijo él.

Su voz sonaba calmada, pero tenía las mandíbulas tensas, podía ver sus músculos moviéndose debajo de la piel como si estuvieran atrapados y trataran de escaparse.

—¿Porque es lo que uno suele hacer cuando está molesto por algo? —dije, esforzándome por sonar igual de serena que él.

No contestó. Volvió la cara hacia otro lado; ahora no era más que nuca, orejas, nariz y el contorno de una mandíbula. Quería extender mi brazo hacia él, posar la mano en su mejilla y tocar la sombra de su barba, pero no lo hice, por temor a que él apartara mi mano.

Cuando llegamos al boulevard de Clichy me alejé de Hugo y me puse al lado de Julian cuando el semáforo estaba rojo. Me preguntó si planeaba mudarme de nuevo a París en el futuro. Contesté que no sabía qué quería hacer.

—No estás obligada a hacer lo que quiera tu familia —dijo Julian.

—¿Te ha dicho Lydia que me digas eso?

—*Non, ma chérie* —dijo, rodeándome los hombros con su brazo—. Eso se me ha ocurrido a mí solito.

A medida que nos acercábamos a la discoteca pensé que me habría gustado seguir paseando, bajar al río, caminar al lado del agua en la oscuridad, sola.

La discoteca se encontraba en la planta baja de un local que antes había sido una vivienda. Las salas estaban unidas por los amplios huecos de puertas. El parqué estaba muy rayado por los tacones. En la sala más grande estaba la cabina del *disc-jockey* bajo una araña de cristal. En las paredes colgaban espejos con marcos dorados que se

alzaban hacia el techo alto y creaban la impresión de una enorme sala de espejos. Una suave luz roja, cuyo origen no lograba localizar, alumbraba todas las salas y distorsionaba los colores de la ropa, el maquillaje y el pelo.

Lydia nos presentó a sus amigos. Ocupaban todo un sofá de piel en una de las salas. No entendí el nombre de ninguno de ellos. Les di dos besos en las mejillas y vi que sus labios se movían, también sentí que mis labios se movieron, pero no pude oír mi voz. Me mantuve cerca de August. No lograba determinar si él oía lo que decían los demás o si simplemente se le daba bien fingir. Hugo se sentó al lado de una francesa y habló con ella como si a él tampoco le molestara el nivel de ruido. Lo miré, pero él no me miró a mí. La francesa lo tenía ocupado y él asentía para mostrarle que estaba siguiendo la conversación. August me tomó de la mano y lo acompañé a la sala grande donde nos adentramos entre los cuerpos en la pista de baile.

—No sé si me sigue gustando Hugo —le dije a August.

August sonrió. Lo fulminé con la mirada. Se acercó a mí.

—¿Qué has dicho? —preguntó.

Sacudí la cabeza.

—Olvídalo.

August me miró perplejo.

Yo hice un gesto evasivo y él me besó en la mejilla. Su olor me era tan familiar que pensé que sería capaz de dar con él en una habitación oscura llena de gente.

Lydia y Julian se abrieron paso hacia nosotros. Habían dejado sus americanas en la sala, en el sofá de piel. Ya estaban sudando. Traté de evitarlos. Permanecí solo un rato en la pista de baile antes de irme al cuarto de baño, que estaba en un pasillo cerca de la entrada. La cola era larga. Me apoyé contra la pared y miré al techo donde colgaba un espejo alargado. Coloqué una capa de papel higiénico sobre el aro de la taza antes de sentarme. Entrelacé mis manos sobre las rodillas y las miré, estiré los dedos. Al otro lado de la puerta oía cómo algunos hablaban en un idioma desconocido. La música retumbaba a través de las paredes. Cuando me lavé las manos eché un vistazo al espejo. No me gustaba mi aspecto bajo la luz roja.

De camino a la pista de baile pasé por la sala donde los amigos de Lydia se habían congregado alrededor de una mesa. Hugo seguía sentado en el sofá de piel con la francesa. Tenía la mano en la parte

interior del muslo de ella. Se estaban morreando. Traté de no mirarlos. Regresé a la pista de baile y busqué a August. Estaba sudando e intentó que yo me uniera al baile. Me puse de puntillas y me acerqué al oído de August, y coloqué una mano en su hombro.

—Me voy —dije.

Agarró mi muñeca y se acercó a mi oído.

—¿Ya te vas a casa?

—Sí.

—Puedo acompañarte.

—No. Quédate. Quiero caminar sola.

August frunció el ceño. Era evidente que estaba intentando descifrar mi expresión.

—Mándame un mensaje cuando llegues a casa —dijo.

Le di un abrazo.

Después salí de la discoteca sin despedirme de nadie. Pasé por delante de la Ópera y me dirigí hacia el río. Sabía el camino, reconocía las fachadas y los escaparates. Empezó a llover. Me detuve bajo un largo túnel de columnas y aspiré el olor del asfalto mojado. Repasé en mi mente una lista de gente que conocía en la ciudad. Finalmente envié un mensaje a Alex diciéndole que estaba en París. Me contestó unos minutos más tarde preguntándome si quería ir a su casa. Era la una de la madrugada. Dije que sí. Alex vivía en un piso, que pagaban sus padres, cerca de Les Halles. Él era de Ámsterdam y había estudiado el mismo curso de francés que yo.

—No tenía ni idea de que estuvieras en París —dijo Alex cuando abrió la puerta.

—Me marcho mañana —dije.

Se agachó y me besó.

—Labios de vino tinto —dijo.

—Tengo la regla —dije.

Él se interrumpió un instante.

—No importa —dijo él, y buscó una toalla que extendió sobre la cama.

Tenía la respiración entrecortada cuando se estaba poniendo el condón. Lo observé, no estaba segura de quién se estaba aprovechando de quién. Pensé que debería aprender a hacer cosas sin darles tanta importancia. Seguía lloviendo cuando salí del portal, a pesar de ello, fui caminando. Las sandalias me hacían daño en los pies, pero sentía una

extraña sensación de alivio en el cuerpo, como si lo mejor del sexo con Alex viniera después.

Hugo y August estaban sentados a la mesa de la cocina cuando llegué a casa. August se levantó al verme.

—¿Dónde has estado? —preguntó.

—Dando un paseo.

—Hace horas que te largaste de la discoteca.

Sentía la humedad del calzado en las plantas de los pies y estiré los dedos. Las ampollas me palpitaban en el talón.

—Tengo derecho a pasear todo el tiempo que me apetezca —dije.

—¿Por qué no has contestado al teléfono? —preguntó Hugo.

—Estaba en modo silencio —dije sin mirarle.

Me quité las sandalias, las dejé en el suelo y fui al baño a secarme con una toalla. August me siguió. Hugo se quedó en la cocina.

—¿No entiendes que estaba preocupado? —dijo August.

Presioné la toalla contra la cara. Se manchó de rímel y pintalabios.

—Perdón —dije—. No era mi intención.

August se pasó la mano por el pelo como para contener un comentario contrariado. Se apoyó contra el marco de la puerta con los brazos cruzados. Me puse frente al espejo del cuarto de baño y me cepillé el pelo. Goteó agua sobre el suelo y el lavabo. August me estaba observando.

—¿Dónde has estado? —preguntó.

Me paré en seco. Me miré a mí misma en el espejo y pensé: ¿de verdad tengo este aspecto?

—August —dije—, estoy cansada.

—Me voy a la cama —dijo.

Estiré la mano hacia él y cogí la suya. Le acaricié el dorso de la mano con el pulgar. Me sonrió débilmente antes de salir. Cerré la puerta tras él. Me duché y lavé el pelo, me froté las piernas y los brazos. La sangre y la suciedad se mezclaron en el desagüe. Las tiras de las sandalias se habían desteñido y me habían dejado marcas en los pies; traté de lavarlas, sin éxito.

Hugo seguía levantado cuando salí del baño envuelta en mi bata. Estaba sentado junto a la isla de cocina con su ordenador, pero lo cerró cuando me vio. Abrí el frigorífico, me serví un vaso de zumo y me apoyé contra la encimera.

—Tienes un chupetón en el cuello —le dije—. Muy bonito.

Hugo ni se inmutó.

—¿Eres consciente del miedo de August de que te hubiera pasado algo?

—¿Quién deja chupetones? ¿Tenía catorce años?

—No me creo que no vieras nuestras llamadas.

—¿Tú también le hiciste chupetones a ella?

—Te fuiste sin más, sin despedirte.

—Estabas ocupado.

Nos miramos. Me bebí el zumo y dejé el vaso en el fregadero. Luego pasé al lado de Hugo sin decir nada y entré en la habitación donde estaba durmiendo August. Me tumbé a su lado en la cama y cerré los ojos, pero no me dormí. Estuve despierta el resto de la noche.

Hugo

Hicimos las maletas por la mañana. August puso música. Thora y yo no nos hablamos. Cuando habíamos limpiado y recogido todo, August dijo que deberíamos salir a almorzar. El vuelo no salía hasta bien entrada la tarde. Thora contestó que tenía que estudiar y sacó su ordenador de la funda de manera ostensiva. August hizo varios intentos para convencerla de que viniera mientras yo estaba en el pasillo, callado. Al final, August se rindió. Él y yo tomamos el metro hasta un restaurante que August encontró a través del móvil. Me leyó las críticas de los clientes en voz alta y le dije que sonaban bien. El restaurante resultó que estaba más lejos de lo que nosotros pensábamos y sin Thora no sabíamos en qué dirección teníamos que ir. Cuando por fin lo encontramos, estábamos sudorosos y hambrientos. Nos sentamos a una mesa al aire libre y pedimos chapurreando una mezcla de francés e inglés. El camarero sonrió comprensivo.

August se fumó varios cigarrillos seguidos, algo que no solía hacer en pleno día. Dijo que tenía resaca. Traté de recordar el momento exacto en que la cosa se había torcido entre Thora y yo, era como pasar el dedo por el tiempo tratando de encontrar un bulto que pudiera nivelar, pero justo en ese momento todo me parecía desigual. Me enfadé cuando pensé en lo caro que había sido el almuerzo en el Marais el día anterior, me enfadé cuando pensé en la seguridad que tenía Thora en sí misma en comparación con mi propia inseguridad, pero me enfadé, sobre todo, al pensar en lo mucho que deseaba que Thora y August se inclinaran delante de mí y me dieran algún tipo de beneplácito, una muestra de que no había dejado de caerles bien.

Era un día nublado, cargado de humedad. Las copas de los árboles colgaban encima de las calles. Los gases de los tubos de escape de los coches flotaban en el aire como algo corrosivo e irritaban las fosas nasales. August y yo estornudamos. Junto a nosotros estaba sentado un

hombre con un pequeño ventilador conectado al móvil. El ventilador zumbaba, el hombre cerró los ojos. August y yo miramos al hombre y luego nos miramos y sonreímos.

El camarero salió con nuestra comida.

—No sé qué pasó anoche —dijo August cuando el camarero se hubo ido.

—Yo tampoco lo sé —le dije.

August estaba sentado con las piernas cruzadas y giraba lentamente un pie, como si trabajara una articulación. Aún no había empezado a comer.

—¿Estás seguro? —preguntó.

—¿Crees que fue culpa mía? —dije.

—No he querido decir que fuera *culpa* de nadie.

—Thora está enfadada conmigo.

—¿Y tú estás enfadado con ella?

Suspiré. Seguí a la gente por la calle con la mirada. Tenían las caras relucientes y manchas de sudor en las axilas. Algunos se abanicaban con un periódico.

—No lo sé —dije—. Quizá.

—Ya pasará.

Moví mi vaso. Pesqué un cubito de hielo mientras bebía el refresco y lo chupé durante unos segundos antes de morderlo con los dientes. El frío se irradió desde las mandíbulas, y me dio escalofríos. Me lo tragué.

—No te haremos daño —dijo August.

Lo miré. Los ojos azules de August eran penetrantes, mirarlos era someterse a un escrutinio.

—¿Por qué dices eso? —pregunté.

—¿No es a eso a lo que tienes miedo?

—¿Por qué tendría que tener miedo?

—¿No lo tienes?

Respiré hondo y estuve a punto de soltar uno sonoro «no», pero me contuve.

—No puedes prometer eso —dije en cambio—. Nadie puede prometer algo así.

—Y prefieres no correr el riesgo.

—¿Qué quieres decir? Estoy aquí, ¿no?

August no contestó.

—No quiero que esto sea difícil —dije tras un momento de silencio

en el que nos dedicamos a la comida sin mirarnos—. Quiero que sea fácil.

—¿Y si no lo es?

—Vosotros lo hacéis difícil. Elegís hacerlo complicado.

—Desconfías mucho de nosotros.

No sabía qué hacer con las manos. Ya no tenía hambre. Quería levantarme e irme.

—No queremos hacerte daño —dijo August en voz baja—. Y aunque Thora puede ser bastante inconsciente, no quiere hacerte daño. Al contrario.

—No sé qué quieres que diga.

El ventilador del móvil zumbaba. En el cenicero humeaba aún una de las colillas de los cigarrillos de August. Había dejado los cubiertos y esquivaba a August mirando hacia la calle, deseando poder incorporarme al anonimato de los transeúntes.

—No tenía la intención de hacerte sentir incómodo —dijo August —. Y no estoy tratando de decir que fue culpa tuya que Thora se fuera ayer.

Permanecí un rato largo en silencio, retorciéndome las manos contra las rodillas. Luego dije:

—Creo que hoy voy a dar una vuelta solo. Antes de salir hacia el aeropuerto.

—Está bien —dijo August.

—No quiero pelearme con ninguno de vosotros.

—Está bien —dijo August de nuevo.

Permanecí sentado.

—Puedes irte si quieres —dijo August—. Yo pago.

Quería pedirle perdón y burlarme de él al mismo tiempo. Pero solo dije gracias y forcé una sonrisa antes de irme.

—Hasta luego —dije.

August asintió.

Paseé por la concurrida calle principal y luego seguí el río hasta que llegué a la place de la République. Las voces de Thora y August eran como un ruido en mi cabeza en el que no podía distinguir ninguna frase. Ese ruido se mezclaba con el sonido de la gente gritando y hablando entre ellos en francés y árabe, coches que tocaban el claxon y sirenas de ambulancias y patrullas de policía aullando, y, al final, todo pareció implosionar en un silencio que palpitaba en mis sienes.

De camino al aeropuerto, fuimos amables entre nosotros y cuidadosos con las palabras, como si el estado de ánimo controlado fuera algo que corría el riesgo de pinchar por una formulación mal elegida. Supuse que Thora y August habían hablado entre ellos mientras yo estuve fuera paseando, y eso hizo que me esforzara en escuchar cuando uno de ellos decía algo. No hablamos de nada en particular: comentamos el tiempo, las casas deterioradas que veíamos a través de la ventanilla del tren, el número de pasajeros que había en él, si el vuelo llegaría a tiempo o no.

Cuando Thora y August miraban hacia otro lado, los miraba, como si tratara de robarles algo íntimo en sus caras. Me preguntaba si así, a través de ese tipo de demostración de cortesía impersonal, era como se asfixiaba todo lo que importaba y se convertía en nada. El pensamiento me deprimió y sentí ganas de poner la frente contra el cristal de la ventana y abandonarme a algo —o alguien— que estaba fuera de mi control. Pero me quedé solo allí sentado en el tren, con la maleta entre las piernas, y asentí al recordatorio de August de comprar agua y chicles antes de subir al avión.

De vuelta en Estocolmo, me aseguré de programar varios turnos extra en el restaurante. Había gastado buena parte de mis ahorros en París y quería recuperarlos. Cuando trabajaba en el restaurante solo tenía que ser complaciente, no necesitaba pensar ni sentir nada. August me escribió mensajes preguntándome si quería que quedáramos y fue fácil responder que no podía porque estaba trabajando. No tuve noticias de Thora y yo tampoco la llamé. Como el curso de literatura había terminado, ya no nos encontrábamos en las clases o seminarios. Me dediqué a estar con amigos que pensé que exigían menos de mí y salí con chicas que se corrían cuando yo hacía un esfuerzo.

Tuve una pesadilla recurrente en la que trataba de escribirles a Thora y a August, pero las letras solo me salían como emoticonos distorsionados y las palabras sueltas estaban fuera de contexto, era incapaz de construir oraciones de verdad, por mucho que me esforzaba el resultado no era más que una papilla de palabras y símbolos mal escritos, y el pánico de no poder hacerme entender me perseguía incluso después de haberme despertado.

Presenté una solicitud para un empleo de telefonista en una organización de ayuda porque el trabajo en el restaurante me cansaba

tanto que me costaba concentrarme en mis estudios. Mis compañeros de curso también tenían trabajos telefónicos para diferentes organizaciones de ayuda y decían que estaba bien visto en el currículo, lo cual pensé que era moralmente cuestionable como motivación, pero trabajar por dinero tampoco parecía una razón lo suficientemente noble para que yo pudiera aducirla frente a la persona que me entrevistó. Así que dije que quería trabajar en algo que tuviera sentido y ayudara a otras personas, y me odié a mí mismo cuando salí de allí. Quise llamar a August y preguntarle por qué estaba mal visto solicitar un trabajo para ganar dinero para la comida y el alquiler, para la tarjeta de transporte y los libros del curso. Pensé que parecía falso pretender que el trabajo aportaba una especie de significado existencial, y, sin embargo, al parecer eso era lo que se esperaba durante las entrevistas. No llamé a August porque había decidido no hacerlo. En cambio, hablé con Tigran, quien dijo que la falta de sentido del trabajo debía ocultarse por medio de ambiciones superficiales de hacer del mundo un lugar mejor. Tigran agregó, con un gesto indefinido, que si no conseguía un empleo en una universidad o un museo cuando se doctorara, estaba decidido a ganarse la vida como limpiador o camionero y escribir aparte artículos para revistas culturales.

—En cualquier caso, nadie me pedirá entonces que finja que trato de salvar el mundo —dijo—. Así me será más fácil mantener un poco de respeto hacia mí mismo.

Unos días después de la entrevista me ofrecieron el trabajo de teleoperador, y, a partir de ese momento, fui trabajando cada vez menos en el restaurante. Me dijeron que tenía una buena voz al teléfono: grave y tranquila, lo cual me sorprendió porque yo no me sentía tranquilo, sobre todo durante los primeros turnos. Hablé con personas que suspiraban sonoramente cuando les explicaba por qué llamaba y con otras que me interrumpían en mitad de la frase y me preguntaban si pensaba pedirles dinero y luego me decían que había llamado en mal momento. No estaba permitido preguntar por qué contestaban al teléfono si estaban ocupados. Era importante acordarse de dar las gracias. Durante un turno de trabajo, una mujer con voz suave me preguntó: «Dar ayuda es bueno, pero ¿para qué tipo de vida salvamos realmente a la gente de esos países?». La conversación me asqueó y no supe qué hacer con el asco, aparte de frotarme las manos con jabón durante el descanso. Pero aprendí a hablar con una sonrisa en la voz sin

sonreír realmente. Cuando hablaba con alguien amable y ambivalente sobre las pensiones y los sueldos y hasta dónde dan de sí, podía quedarme tan cortado por el tono amigable que me perdía en el guión.

Durante los descansos salía a fumar en el patio. Sacaba el móvil y miraba las fotos que había tomado de Thora y de August en París. Solo había dos fotografías de los tres. Le habíamos pedido a un hombre que pasaba por allí que nos sacara una foto contra la pared amarilla de una casa, y el hombre primero tomó una foto antes de que tuviéramos tiempo de volvernos hacia la cámara, de manera que lo único que se veía eran nuestras espaldas y la parte posterior de la cabeza. En la segunda foto, estábamos apoyados contra la pared y sonriendo a la cámara. Agrandé nuestros rostros, como si apoyara la mano en una placa caliente para comprobar cuánto tiempo podía aguantar.

Una tarde, después del trabajo, caminé hasta el estudio de August. El cielo era de color rosado y yo tenía una china en el zapato izquierdo que me hacía daño en el talón. No me dolía tanto como para quitarme el zapato y sacar la piedra. De camino compré tres girasoles y una trenza de pan dulce en una tienda de comestibles. August no estaba en el estudio cuando llegué. El amigo de August que sí estaba allí me dijo que había estado todo el día en la escuela de publicidad. Dejé las flores y la trenza en la mesa de August y me fui.

Al día siguiente me llamó August cuando yo estaba en clase. Vi en la pantalla el nombre de August y salí del aula para contestar. Pude notar las miradas de mis compañeros de clase en la nuca, pero no me importó.

—Hola —dijo August—. Gracias por las flores.

Respiré profundamente antes de responder.

—Siento haber estado tanto tiempo ausente —dije sosteniendo el móvil con fuerza mientras dejaba que la vista siguiera las líneas rojas pintadas en las paredes y el suelo del pasillo.

—Está bien —dijo August—. ¿Quieres pasarte esta tarde por aquí para que podamos comernos la trenza? Puedo decirle a Thora que venga también.

—Sí. Gracias —dije—. Perdón.

—Está bien, Hugo —dijo August—. Hasta luego.

Cuando llegué al estudio de August, los girasoles estaban en un jarrón de zinc sobre su mesa. August me abrazó, lo cual me sorprendió. La

cafetera gorgoteaba en un rincón. Thora no estaba. August dijo que le había escrito que tenía que estudiar para un examen. Pero no me miró a los ojos cuando lo dijo. Traté de no darle demasiada importancia a su ausencia.

Nos quedamos en el estudio hasta que oscureció, y luego salimos a dar un paseo largo, que terminó con August disculpándose por lo que había dicho en París.

—Estuvo mal —dijo—. Parecía como si te estuviera poniendo contra la pared. No era esa mi intención.

Le dije que no tenía que disculparse. Permanecí un rato en silencio contemplando la superficie del agua sobre el golfo de Riddarfjärden, que se rizaba con el viento.

—Thora y tú estáis muy acostumbrados a teneros el uno al otro —dije—. Pero yo no estoy acostumbrado a eso. A tener a alguien de esa manera.

Miré al suelo. Nuestros pasos estaban sincronizados. August me apretó la mano durante unos segundos.

Unos días después me encontré con Thora de casualidad en un café de la calle Drottninggatan. Había mucha gente sentada con sus ordenadores trabajando allí y yo también había llevado el mío para leer algunos artículos para un seminario. Thora estaba en una mesa cerca de la caja y nos vimos cuando yo estaba en la cola. Después de pedir, me acerqué a ella.

—¿Me puedo sentar aquí? —pregunté.

—Supongo —dijo Thora.

No supe cómo interpretarlo, pero cuando desplazó su ordenador para dejarme espacio en la mesa para mis cosas, me senté en la silla enfrente de ella.

No nos habíamos visto desde que volvimos de París. Le pregunté cómo estaba y me dijo que bien. No parecía enfadada, pero había algo comedido en su forma de responder, como si fuera demasiado educada para pedirme que me fuera.

—Perdón por no haberte llamado —dije, observando una mancha en la mesa, pero luego fijé mis ojos en Thora.

Me miró con una expresión inescrutable y se pasó los dedos por los labios. Luego bajó la mano.

—Tú admiras realmente a August —dijo ella.

—¿Qué?

—Es cierto —dijo—. Eres mucho más duro conmigo. Me miras por encima del hombro porque crees que yo miro por encima del hombro a otros. Pero August también puede ser difícil de tratar. De repente, le puede dar por pensar que está a punto de morir y me llama en mitad de la noche para que lo tranquilice y le diga que la marca de nacimiento que tiene en el brazo no es un cáncer de piel, que el dolor de cabeza no es un tumor cerebral, que la tos no es un cáncer de pulmón. Después se pasa unos días de un lado a otro viendo a diferentes médicos y le pide dinero prestado a su hermano para pagar las visitas a psicólogos privados que le dicen exactamente lo mismo que le decimos Samuel y yo: «No estás enfermo, es solo ansiedad». Pero casi creo que preferiría estar enfermo, solo para evitar la incertidumbre.

—Yo no te miro por encima del hombro —dije—. Si hay alguien a quien menosprecio es a mí mismo.

—Qué estúpido —dijo Thora.

No estaba seguro de si ella me estaba vacilando o no. Me encogí de hombros. Thora miró el teclado y quitó una pelusa del ordenador.

—A veces haces que me sienta muy sola —dijo ella pasando el dedo meñique por el estrecho espacio entre las teclas.

No me moví, no sabía qué decir. Como no había salido con Thora y August durante un tiempo, olvidé que me había acostumbrado a las charlas triviales y que estaba desentrenado para hablar de cosas complejas. Thora miró por la ventana como si añorara estar a la pálida luz del sol.

—No es esa mi intención —dije—. No quiero que te sientas así.

—Está bien —dijo ella.

Lo intenté de nuevo, tenía la sensación de estar rebuscando en un almacén en el que no había nada útil que coger.

—No sé qué quieres que te diga, pero no sabía que te sentías así. Que yo te hacía sentir así.

Para mi sorpresa, Thora soltó una carcajada y se inclinó sobre la mesa con un extraño brillo en los ojos.

—Dios mío, hay *otras* personas con las que puedo pasar el tiempo.

Tomó un último sorbo de café y empezó a recoger sus cosas. Yo quería mirarla a los ojos para confirmar que todo seguía como siempre entre nosotros. No me miró. La acompañé cuando salió, a pesar de que había pensado quedarme en el café a estudiar. A mitad de camino en la

calle Drottninggatan, dijo que había quedado con unos amigos. Sacó el teléfono móvil y se concentró en la aplicación de movilidad urbana mientras yo la miraba buscando algo que decir. Su entusiasmo repentino me hizo sentir incómodo.

—Thora —dije.

Ella musitó mientras deslizaba el dedo índice hacia delante y hacia atrás por la pantalla.

—Estás enfadada conmigo —le dije.

—Creo que voy a tomar el autobús desde la Estación Central —dijo sin levantar la vista—. Hay mucha gente en el metro a estas horas. ¿Adónde vas?

No contesté.

Se guardó el móvil en el bolsillo y suspiró.

—No importa —dijo.

—¿Estás enfadada conmigo? —pregunté—. A mí me importa.

—No parece que te importe —dijo—. Y no voy a intentar *convencerte* para que te importe.

—Claro que me importa —dije.

Se colocó bien el bolso en el hombro como si tuviera prisa, y comprendí que quería irse.

—Thora, ¿qué quieres que te diga?

—No pienso quedarme aquí y contarte lo que tienes que decir. Si a ti mismo no se te ocurre nada que decir, *eso* ya dice suficiente.

—¿Qué quieres de mí realmente? —pregunté.

—Nada —respondió ella—. Y ahora tengo que irme.

—Bueno. Está bien.

Thora se volvió y bajó la cuesta hacia la plaza Sergels Torg. Me quedé mirándola con lágrimas que me escocían los ojos, pero cuando traté de retirarlas, el dorso de la mano estaba seco. Caminé hacia el otro lado, en dirección a Odenplan.

Thora

Durante la primavera August logró alquilar un piso a su nombre en la calle Craaford, cerca del hospital de Sabbatsberg. Consiguió el piso después de hacer cola para acceder a una vivienda municipal para jóvenes, que, según August y sus amigos, era la única manera de obtener un piso en alquiler en Estocolmo. Para August el contrato de alquiler supuso el fin de una larga serie de viviendas temporales de las que se había ido mudando desde que acabó el bachillerato. Él siempre había vivido rodeado de muebles que no eran suyos, con las maletas a mano. Dudaba si comprar muebles o no, así que fui yo quien le convenció de que comprara una mesa de cocina, unas sillas y una estantería grande, que nos dedicamos a montar y atornillar en la pared un sudoroso domingo. El apartamento era pequeño y estaba deteriorado, pero era un piso alto y tenía vistas sobre Estocolmo. Cuando las ventanas estaban abiertas era como si el agua, los árboles, las calles, los edificios y las personas estuvieran más cerca, como si la ciudad quisiera encaramarse al alféizar con su luz y su ruido.

En mayo, August organizó una fiesta de inauguración del piso. Los invitados llevaron regalos: sartenes, cazuelas, tablas para cortar, hervidores, cubiertos. Yo compré un juego de tazas de café a rayas con sus correspondientes platos. Cuando vi los regalos amontonados en el rincón de la cocina, pensé en los muebles que de pequeña había movido de un lado a otro en mi casa de muñecas, una imitación en miniatura de la vida adulta. Todo parecía tan inestable que el menor movimiento podría haber derrumbado los estantes de la pared y el edificio entero.

Los amigos de August estaban sentados en la cama, en el suelo, en la alfombra o apoyados contra las paredes. Hugo estaba sentado entre Elif y Brita con un plato en las rodillas. August había servido pan, aceitunas, uvas, quesos, hummus y *tzatziki* encima de la mesa. Sus

amigos también habían llevado comida, más que nada distintos tipos de ensalada de pasta. El piso era tan pequeño que era imposible hacer como que no veía a Hugo. Nos saludamos, a la espera. Yo me sentía perdida entre los amigos de August. No estaba de humor para discusiones en las que las opiniones eran un accesorio de la misma manera que una camiseta nueva o polvo blanco en las grietas de la pantalla de un móvil. Se me ocurrió que no era muy grande la diferencia entre los amigos de mis padres y los amigos de August, tan solo posaban delante de telones de fondo distintos durante sus actuaciones. A los amigos de August les gustaba estructurar sus discusiones políticas basándose en la dicotomía de posicionarse o no posicionarse. A los amigos de Aron y Laura les gustaba señalar e identificar los diferentes bandos y criticar cómo expresaban los demás sus opiniones para distanciarse de los debates políticos, de esa manera se libraban de precisar una opinión propia. Yo no estaba segura de cuál de los dos métodos prefería.

Me pregunté si August no hacía nunca esta clase de reflexiones. Se sentó a mi lado y deseé que se marcharan todos los demás y nos dejaran solos. August me acarició la espalda. Las sonrisas y los gestos entusiasmados de Hugo me incomodaron. ¿De verdad estaba tan contento?

Me levanté para dejar mi plato en el fregadero. August me siguió. Eché los restos de la comida a la basura y aclaré el plato y los cubiertos con agua. Sentí la mirada de August clavada en la nuca. Esperó a hablar hasta que nos quedamos solos en el diminuto espacio entre el recibidor, el rincón de la cocina y la puerta del baño.

—¿Por qué muestras tanto desdén hacia Hugo? —preguntó.

—No lo hago en absoluto.

—Lo echas de menos.

Me encogí de hombros.

—Creo que estás siendo ridícula —dijo August.

—Pues déjame que lo sea —contesté.

August me observó como si quisiera dar con algo que decir para que yo perdiera los estribos. Me crucé de brazos.

—A veces puedes ser muy dura —dijo August—. Nadie puede estar a la altura de tus expectativas.

Se me hizo un nudo en la garganta, pero seguí mirándole, desafiante. Tamborileé con los dedos sobre el brazo.

—No tengo por qué darte explicaciones —dije—. Siempre haces que parezca mezquina. Y eres mucho más duro conmigo que con los demás.

August cerró los ojos y se masajeó las cejas con el dedo índice y el pulgar.

—Porque me importas más que los demás —dijo—. Pero tú prefieres ser desdichada antes que mostrarte débil.

—En tal caso, eso es problema mío. No tuyo. Ni de Hugo.

—Hará que te sientas sola —dijo August—. Mi hermano es así. Se calla todo lo que le angustia y considera todas las relaciones un pulso de fuerza.

—Ya está bien —dije—. Estás haciendo una montaña de un grano de arena.

Eché un vistazo a la habitación donde estaban reunidos los amigos de August. Se reían y hablaban en voz alta; caras distintas, pero con la misma expresión alegre, como si temieran perderse algo en medio de un chiste o una anécdota si relajaban sus músculos faciales.

August suspiró y se enderezó.

—Haz lo que quieras. Solo te digo lo que pienso.

—Sí, gracias —dije—. Muy generoso por tu parte.

Me miró detenidamente antes de volver con los demás. Yo me quedé en el rincón de la cocina con la pila de regalos, las botellas de vino vacías y las latas de cerveza en la encimera, y los platos, vasos y cubiertos sucios en el fregadero.

Cuando me largué de la fiesta di un portazo al salir; pensé que August achacaría el ruido a una corriente de aire, si es que lo oía.

Me resultaba difícil estar enfadada con August por mucho tiempo. Cuando estábamos un par de días sin hablarnos era como si una parte del día a día quedara dislocada. Podía dedicarme a mis estudios, ir a cenas en casa de Aron y Laura y escuchar las discusiones de sus amigos y colegas sobre asuntos que no me interesaban. Pero en medio de un almuerzo o un café con algún amigo o compañero de clase, podía surgir una especie de desasosiego, como un hambre roedora, y solo tardaba un par de segundos en comprender de dónde provenía. Con cierto esfuerzo, era capaz de desviar mi mente de August, pero era como si su ausencia asediara mi cuerpo como un dolor agudo en los músculos.

A través de Joel, conseguí un empleo a tiempo parcial en su bufete de abogados. La oficina se encontraba cerca de la calle Strandvägen y yo estaba en la recepción contestando al teléfono y recibiendo clientes. Joel me dijo que podría asignarme tareas de mayor responsabilidad cuando hubiera estudiado más semestres de derecho. Me turnaba con otra estudiante de derecho para trabajar en la recepción, y nos repartíamos los días entre semana de forma que pudiéramos asistir a las conferencias y a los seminarios en la universidad. La recepción tenía que estar atendida de nueve a cinco los días laborables. Era un bufete pequeño, y a veces pasaban horas sin una sola visita. Tras el mostrador yo estaba sentada con mi ordenador y mis libros, leyendo, tomando notas y chateando con compañeros de clase sobre nuestros trabajos en equipo. Cuando alguien entraba en el vestíbulo, yo me levantaba, enmarcada por las orquídeas que había encima del mostrador. El cuidado de las orquídeas formaba parte del trabajo, Joel dijo algo así como que el bienestar de las flores reflejaba la capacidad del bufete para *cultivar relaciones duraderas con los clientes*. Creí que estaba bromeando, pero cuando esbocé una sonrisa irónica me miró y me preguntó si sabía cómo cuidar las orquídeas.

—Puedo buscarlo en Google —dije.

Cuando Joel se fue de allí pensé que, de haber estado, a August le habría hecho gracia la conversación.

Ocurría a veces que Hugo y yo nos cruzábamos en los pasillos de la universidad de camino a un seminario o a una conferencia. Le reconocía desde lejos porque él solía ir con las manos en los bolsillos y era tan alto que necesitaba agacharse para oír lo que le decía la gente. Cuando prestaba atención tenía la cara tensa y los ojos bien abiertos, como si eso le ayudara a seguir la conversación. No nos hablábamos. No íbamos buscando la mirada del otro. Los pasillos estaban llenos de estudiantes y profesores los minutos antes de que comenzaran las clases, y yo no sabía si Hugo se daba cuenta siquiera cuando pasaba a su lado. Era como si no nos conociéramos, como si jamás nos hubiéramos visto. Para el otoño Hugo podría optar a un piso para estudiantes y entonces tampoco nos seguiríamos viendo en casa de Aron y Laura. Pero pensé que esas cosas pasan todo el tiempo; uno conoce a alguien, pasan un tiempo juntos y luego se acaba. Un torrente infinito de personas sin mayor importancia en la vida de uno.

Ese tipo de cosas me decía a mí misma mientras tomaba apuntes

durante las clases y algo me corroía el estómago.

A August siempre le había gustado decir que nos conocimos en una isla en el archipiélago cuando éramos niños, lo cual no era cierto: la primera vez que nos vimos fue en el barco de vapor que salía de Estocolmo. August afirmaba que él no tenía memoria alguna de aquel viaje en barco, pero yo recordaba haber visto a August con su padre y su hermano mayor. Había ocurrido al principio del verano, algún día después del fin del curso escolar, y yo me sentía henchida de aquella sensación de añoranza que asociaba con lilas pálidas, compañeros de clase acicalados y la melodía de *Den blomstertid nu kommer* [*Lo imaginable*], el cántico tradicional que anunciaba las vacaciones de verano. Vi a August nada más subirme al barco con Aron y Laura. Después lo había observado a distancia, tratando de determinar si tenía potencial para ser amigo, rival o enemigo. Por encima de las mesas llenas de bolsas con el almuerzo y termos de café, entre chubasqueros, piernas desnudas y brazos con piel de gallina, nuestras miradas se cruzaron unas cuantas veces, y todavía me acuerdo de la consternación que me causó la franqueza de su mirada; era imposible doblegarla.

Me seguía resultando imposible doblegar su mirada.

No era posible seguir enfadada con August por mucho tiempo; a pesar de eso, no me puse en contacto con él para pedirle perdón. Cada vez que planeaba llamarlo o escribirle un mensaje, la disculpa parecía exigir que pidiera perdón *por ser yo misma*. Y de eso no era capaz. Escribí los borradores de los mensajes en la aplicación de notas del móvil, pero siempre los eliminaba después de unas pocas frases. Si dejaba los borradores en el móvil era como si sintiera su peso en el bolsillo o en el bolso, un recordatorio constante de mi incapacidad para expresar lo que quería. Pensaba que August debía entender que lo echaba de menos sin que se lo tuviera que decir.

En ocasiones, veía a Hugo y a August juntos por el centro. Evitaba ir a la Biblioteca Nacional porque sabía que entonces me arriesgaba a encontrarme con alguno de ellos. Tal vez August me había sustituido por Hugo. Cuando Aron me preguntó qué tal le iban las cosas a August me encogí de hombros y le dije que se lo preguntara a Hugo. Entonces Aron me miró con una expresión parecida a la compasión y quise acurrucarme junto a él y preguntarle por qué yo era como era, si

siempre había sido así, también de pequeña, y, si ese no era el caso, cómo y cuándo me había convertido en la que era. Pero cambié de tema de conversación. Yo misma me daba cuenta de lo triviales que eran mis problemas y no tenía ganas de que esa trivialidad fuera confirmada por Aron con una sonrisa apaciguadora.

—El mundo entero se está yendo a la mierda —dijo Harriet una noche—. Y tú estás de bajón por un chico. Mejor dicho, por dos chicos.

—No estoy de bajón —dije.

—¿Acaso el mundo no está siempre al borde del colapso? —dijo Iris—. No se puede dejar de vivir por eso.

—Estar de bajón por unos chicos no es lo mismo que vivir —dijo Harriet.

—No *estoy de bajón* —dije—. Simplemente tengo mucho que hacer antes de que se acabe el semestre.

Harriet e Iris se miraron la una a la otra. Yo saqué el código de leyes del bolso y lo dejé caer encima de la mesa de la cocina. El golpe hizo tintinear el frutero y mi taza de café. Harriet e Iris salieron de la cocina, yo me quedé allí sentada. Quise reír y llorar a la vez. Sin embargo, abrí varias pestañas en mi ordenador y me puse a leer artículos, reportajes y entrevistas en páginas suecas, francesas, británicas y estadounidenses. Me sorprendí a mí misma marcando y haciendo capturas de pantalla de distintas citas que quería compartir con Hugo y August en nuestro grupo de chat, pero, cuando el impulso se volvió demasiado intenso, cerré todas las pestañas. Observé mi fondo de pantalla y las carpetas y los documentos que estaban esparcidos por el escritorio como pegatinas. Luego apagué el ordenador. Desde el recibidor avisé a Harriet y a Iris de que salía a dar un paseo. Ellas me pidieron que comprara leche de vuelta a casa. No contesté.

Era temprano por la noche. Envié un mensaje a August preguntándole dónde estaba. Decidí dar una vuelta a la manzana antes de volver a mirar el móvil. Estaba en el estudio. Me preguntó dónde estaba yo. Contesté que estaba fuera y pregunté si podíamos quedar en las escaleras de la iglesia de San Johannes. Empecé a caminar en esa dirección antes de que él hubiera contestado. Cuando recibí su respuesta aceleré el paso. No estaba allí cuando yo llegué, así que me senté en las escaleras a esperar. Él apareció unos minutos más tarde con las manos en los bolsillos de la cazadora. Me estuvo mirando unos

segundos antes de sentarse a mi lado.

—Te has tomado tu tiempo esta vez —dijo.

—¿Así que lo has notado?

—Sí —dijo—. Claro que lo he notado.

—Perdón —dije yo.

Lo pronuncié lentamente, con énfasis en cada letra, como si de otra forma me arriesgara a que la palabra se me escurriera de las manos, por no estar acostumbrada a pronunciarla. Algunas palabras tenían tanto peso y estaban tan presentes en el silencio que las seguía, que me asustaba el contraste entre las palabras insignificantes y el gran significado que entrañaban. Era como dejar suelto a un ser vivo sobre quien no tenía control.

August tomó mi mano en la suya.

Las luces estaban encendidas en las ventanas de las casas alrededor del parque. Se podían vislumbrar las siluetas de las personas que vivían en ellas, cuando pasaban delante de una lámpara o de una pantalla de televisor.

—Es verdad —dije mientras seguía a las siluetas en las ventanas —. De no ser por ti, estaría sola.

August me rodeó los hombros con su brazo, me acercó a él. Sonreí sin mirarle. Sentí que él no necesitaba decir nada, ni protestar ni confirmar. Sabía que tanto Aron como Laura habrían puesto pegas a mi dependencia de August. Me habían educado para conseguir una única virtud, la independencia. Aun así, me resultaba fácil reconocer mi sensación de dependencia, como si me estuviera dando permiso para descansar y pedir auxilio. Era agradable.

Fuimos al estudio y nos tumbamos en el sofá de terciopelo rojo con una manta a cuadros que nos cubría a los dos. August puso un documental y a la vez me fue contando cosas que habían pasado durante el tiempo que no nos habíamos visto: el tedio en la escuela de publicidad, las prácticas que iba a hacer durante el otoño, los correos electrónicos de Samuel aconsejándole que finalizara sus estudios, pero yo estaba tan cansada que solo escuché fragmentos. Con los ojos cerrados pensé, sin molestarme el hecho de que fuera una banalidad, que mientras le tuviera cerca a él, nada podría hacerme daño.

A la mañana siguiente, me desperté temprano. Arropé con la manta a August, que seguía dormido, y salí a caminar al sol entre el canto de los pájaros. Fui en metro a la universidad y allí tomé café y un

bollo de canela calentito que me dio tiempo a comer antes de que empezara la primera conferencia a las nueve. Mientras el profesor buscaba su presentación de PowerPoint en el ordenador, yo saqué mi móvil del bolso y anoté: «*¿Estar bien mientras el mundo se colapsa?*». Luego borré los signos de interrogación.

Un viernes por la noche en casa de Aron y Laura. A las puertas del verano. Era una noche clara. El grupo de siempre estaba reunido a la mesa y yo pensé que nos quedaríamos sentados en el comedor del piso de mis padres discutiendo interpretaciones de Adorno o Žižek mientras los glaciares se derretían y el nivel del mar se elevaba. La simultaneidad de estos hechos resultaba vertiginosa, pero yo solo veía abismos sin fondo que me hacían querer cerrar los ojos apretando con fuerza. Y me asombraba lo sencillo que era cerrar los ojos y olvidar. Los árboles estaban verdes, el aire era cálido y dentro de poco la ciudad estaría perfumada de lilas.

Hugo estaba sentado al otro lado de la mesa y yo lo observaba cuando estaba segura de que él tenía la mirada puesta en otro lado. August estaba cenando con su padre y me iba enviando las últimas noticias. Le escribí que debería dejar de lado el móvil. August contestó que al fin y al cabo solo estaban viendo el fútbol. Añadió en otro mensaje, unos segundos más tarde, que no podían ver juntos las noticias porque enseguida se armaba una bronca. Vi que Hugo sacaba su móvil de vez en cuando y me pregunté si August también le estaría enviando mensajes a él.

Tarde por la noche, cuando los invitados se habían marchado y yo me había despedido de Aron y Laura, que se retiraron a su dormitorio, estaba sola en el recibidor calzándome los zapatos. Hugo y Tigran se habían retirado cada uno a su habitación. Me miré en el espejo. La luz azul de la noche arrojaba sombras ondulantes sobre mi cara, como si estuviera cerca de una piscina. Mis pecas asomaban claramente a través de los polvos que me había aplicado varias horas antes. El pintalabios se había borrado. Me encaré con mí misma, sin estar segura de si el reto provenía de mi interior o si provenía, sin que yo se lo hubiera pedido, de la gravedad de mi imagen reflejada.

Llamé a la puerta de Hugo y cuando contestó la abrí. Estaba sentado frente al escritorio, donde tenía varios libros abiertos junto a su

ordenador. La pequeña lámpara de mesa estaba encendida y creaba un círculo de luz en torno a ella mientras el resto de la habitación permanecía en penumbra.

—Creí que te habías ido —dijo él.

—Estaba a punto de irme —dije, y un instante después me corregí, mientras desplazaba el peso de un pie a otro—. Estoy a punto.

Él se quedó quieto y me miró con los ojos llenos de esperanza. Miré los libros que había encima del escritorio.

—Tengo un trabajo de examen importante que debo entregar el domingo —dijo él.

—¿El último antes del verano?

—Sí.

—¿Tienes mucho que hacer? Me voy si estás ocupado —dije, y retrocedí unos pasos hacia la puerta.

—No. No pasa nada —contestó.

Me quedé, pero no supe qué decir. Eché una ojeada a la habitación para encontrar algo que comentar. Me senté en el borde de la cama. Llevaba las piernas al aire y apoyé las manos en las rodillas. No hacía frío, pero aun así se me puso la piel de gallina.

—August opina que estoy siendo demasiado dura contigo —dije.

Hugo estaba vuelto hacia mí, con el brazo sobre el respaldo de la silla. Se rió en voz baja.

—Ah, bueno —dijo—. Eso no lo sabía.

Suspiré, y pasé la palma de la mano sobre la colcha para alisarla. Me levanté y me incliné sobre el escritorio, puse las manos sobre la mesa. Hugo me miró y yo le sonreí. La pantalla del ordenador se apagó. Hugo deslizó los dedos sobre mi rodilla, una caricia suave y delicada. Me quedé quieta, deseé que hubiera algo en el escritorio a lo que aferrarme. Hugo se levantó de la silla y colocó sus manos sobre mis caderas y yo pude sentir el aroma del detergente de mis padres que desprendía su camiseta. Me senté encima del escritorio y lo rodeé con mis piernas para acercarlo.

Cuando nos tumbamos en la cama él estiró el brazo hacia la mesilla y sacó un paquete de condones de uno de los cajones. Posé la cabeza en la almohada y lo miré mientras se ponía el condón. Sonrió como si fuera capaz de sentir mi mirada en la oscuridad y supiera que estaba haciendo algo que me parecía divertido.

—¿Estás de acuerdo? —preguntó él.

No sabía a qué se refería, pero contesté que sí.

Cuando me había penetrado me preguntó si sentía placer. Después nos dormimos de la misma manera que aquella noche en París. Podía sentir su respiración en la nuca, y cuando volví la cara hacia él, colocó los labios sobre mi mandíbula y mi mejilla.

A la mañana siguiente desayunamos en un café. No quise inventarme una excusa para explicarles a Aron y a Laura por qué me había quedado a pasar la noche allí. Salimos por la puerta de servicio mientras Tigran se estaba duchando y Aron y Laura estaban sentados en la cocina. Pude oír la cafetera y el reloj de cocina por encima del sonido de la radio.

En el café pedimos un desayuno pantagruélico: cruasanes, yogur, huevos y macedonia. Bajo la mesa jugueteábamos con los pies, yo saqué un pie de la sandalia y deslicé los dedos sobre el tobillo de Hugo, más arriba no llegaba. Bebimos café, leímos cada uno un periódico y comentamos los enfoques tan predecibles de los editoriales y la dramaturgia de los debates culturales igual de previsibles.

—Es como si todos hubieran comprado un set de opiniones —dije —. Opiniones *ready-made* para cada bando, para cada ocasión.

—Creo que lo llaman rigor —dijo Hugo.

—Me gustaría que me sorprendiera algo alguna vez.

Hugo me miró con una expresión entre entretenida e indescifrable.

—¿A esto nos dedicamos ahora? —dijo él.

—¿A qué?

—A estar sentados en un café y ser insoportables.

—¿No es lo que hemos hecho siempre?

—Estar sentados en un café y ser insoportables *los dos juntos*.

—Supongo —dije—, sin estar segura de dónde quería ir a parar.

—¿Esto le va a molestar a August?

—No.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé, sin más.

Sonreí, pero Hugo no respondió a mi sonrisa.

Llevaba puesta la misma camiseta blanca de la noche anterior. Me parecía que podía sentir su olor a través de los vapores del café.

—A mí no se me dan bien estas cosas —dijo él.

—¿Qué cosas?

Abrió la boca, hizo una pausa, parecía estar haciendo acopio de fuerzas.

—Me gusta estar contigo —dijo finalmente—. Y no me gusta la idea de que yo haga que te sientas sola. No quiero que las cosas sean así. Sin embargo, a veces me resulta muy difícil tenerte cerca, no sé cómo explicarlo, pero no es culpa tuya.

Me quedé callada. Parecía que había planeado lo que iba a decir, que lo había estado pensando por la mañana, quizá también por la noche. Tenía las manos en la mesa alrededor de la taza de café. Él me rozó el dorso de la mano, como una especie de pregunta. Lo miré.

—No sé por qué siento esto contigo —dijo él.

—Tal vez porque me amas.

No supe por qué dije eso.

Las palabras me vinieron tan repentinamente que parecían sacadas de otro contexto, lejos del barullo, del tintineo de la porcelana, de las máquinas de café. Unas palabras como esas no encajaban en un sitio así y tuve ganas de decir algo irónico, como si quisiera taponar un agujero en el casco de un barco para impedir que se inundara o zozobrara. Con Hugo tenía a menudo la sensación de que estaba cruzando una frontera invisible que jamás habría traspasado con otra persona, como si estuviera tensando los límites de lo que era posible hablar y compartir con otra persona.

Hugo me miró a los ojos. Esperé que me ofreciera el atisbo de una sonrisa para darme la posibilidad de escabullirme de lo que había dicho.

—Sí. Puede ser —dijo él con una seriedad que no dejó de asombrarme.

Frunció el ceño, como si se hubiera dado cuenta de que se le había olvidado algo, pero no dijo nada más.

—Borrón y cuenta nueva —dije, y comprendí por la expresión en su cara que a él le aturdía tanto mi ambigüedad como a mí la suya.

Hugo

La ciudad se vació en julio, pero nosotros nos quedamos. Por las noches podíamos andar en bicicleta por en medio de las calles porque no había coches y el tráfico de autobuses era escaso. Nos deteníamos en la parte alta del puente Västerbron a recuperar el aliento mientras contemplábamos el agua, el cielo y la ciudad, que se elevaba como algo que hubiera emergido lentamente en una superficie de fricción entre el agua y el cielo.

Ese verano trabajé cuatro días a la semana. A veces me aburría tanto en la oficina que me ponía en un estado contemplativo mirando la pared gris de la cabina. Eso anulaba el tiempo a la vez que lo hacía pasar. Me oía a mí mismo hablar cuando alguien contestaba al teléfono, pero como a distancia, filtrado por una pared gruesa. Me acostumbré tanto al tono de llamada del teléfono que su sonido equivalía a lo que yo consideraba silencio. Podía despertarme por la noche y preguntarme dónde se había ido esa línea invisible de tonos exactamente iguales. Tan pronto como terminaba el turno, olvidaba todo lo que había sucedido. Iba en bicicleta a los muelles y las rocas donde Thora y August, tumbados sobre toallas mojadas, leían o dormían al sol.

Thora había trabajado a tiempo completo durante el mes de junio y ahora estaba libre, mientras que August realizaba algún que otro trabajo como autónomo. Se sentaba con el bloc de dibujo, y cuando llevaba el ordenador a las excursiones, entrecerraba los ojos al mirar la pantalla para filtrar la luz del sol. Thora decía que era ridículo, y cuando August me miraba para que se lo confirmara o desmintiera, yo respondía diplomáticamente que también habría trabajado al aire libre si hubiera podido.

Una noche, Thora nos llevó a un bar secreto en el interior de la Ópera Real. Su prima Iris trabajaba unas horas extra de azafata en el

vestíbulo, y allí estaba esperándonos, vestida de negro con el uniforme de la Ópera con el cuello subido, junto a una estatua en el salón de entrada. Thora e Iris se besaron con gestos exagerados, con la intención de estar a la altura de la extravagancia que nos rodeaba. Iris nos hizo una reverencia en broma a August y a mí. Thora e Iris eran igual de altas y tenían el mismo corte de pelo tipo paje, y cuando caminaban la una al lado de la otra, con August y conmigo detrás, parecían hermanas. Subimos las escaleras, atravesamos puertas cerradas, largos pasillos, almacenes y grandes salas con escenografías y vestuario, hasta que llegamos a una sala dorada con espejos y enormes arañas de cristal. Thora me miró por encima del hombro y me guiñó un ojo, como si hubiera demostrado la existencia de algo de lo que yo dudaba. En un rincón, los tramoyistas servían cerveza y perritos calientes; en un piano de cola había botellas de kétchup y mostaza y botes de plástico con cebolla tostada. A través de las puertas abiertas del balcón se veía el palacio y el edificio del Parlamento.

—La dirección ha descubierto ahora la existencia de esta sala —dijo Iris con un triste suspiro—. Tienen la intención de abrir una barra de champán para los socios. Así que este será el último verano para que disfrutemos de nuestro bar.

Nos sentamos en un sofá duro tapizado con brocado dorado. August compró cerveza y perritos calientes, y luego, allí sentados bajo un espejo, nos miramos y nos echamos a reír, calurosos y bronceados tras un día entero en el muelle. Thora apoyó su mano en mi rodilla. Yo pensé que nunca podría enseñarle ningún lugar secreto decorado con muebles del siglo XVIII. Era curioso cómo el mundo, cuando estaba con Thora y August, podía expandirse y encogerse el mismo tiempo. Me sentía más vivo con ellos, al mismo tiempo que descubría lo hambriento que había estado antes de conocerlos, ignorante y famélico, de todo lo que era hermoso.

La sala de los espejos estaba iluminada tenuemente, pero, fuera, el cielo era brillante y azul. Cuando salimos a fumar al balcón, la luna estaba en lo alto y casi llena. Podía oír el agua que fluía bajo el puente Strömbron. A la luz de la luna, August se inclinó sobre mí y me pasó un dedo por la nariz.

—Ya te estás pelando —dijo.

El verano era una estación en la que me sentía obligado a hacer un

montón de cosas. Percibí que Thora y August no sentían la misma necesidad. Cuando era niño, solía ser el único que se quedaba en la zona residencial de Lund durante todo el verano, mientras que los otros viajaban al extranjero o a sus casas de veraneo en Gotland o en la costa oeste. Todavía asociaba el verano con el olor al asfalto caliente del barrio, y los días que pasaba tumbado en el césped, con las manos debajo de la cabeza, escuchando a través de la ventana abierta cómo se movían los dedos de mi madre sobre el teclado del ordenador. No me gustaba el vacío que surgía de la desintegración temporal de la vida cotidiana. Esa era la razón por la que había cogido tantos turnos de trabajo, aunque les dije a Thora y a August que era porque necesitaba dinero. Ciertamente necesitaba dinero, pero fingía sufrir más por tener que trabajar en verano de lo que realmente sufría. Estar desocupado hubiera sido peor.

Me había llevado varios años admitir para mí mismo que me gustaban las rutinas. Todos los que conocía en Berlín se esforzaban por vivir de la manera más impredecible posible: por miedo al estancamiento o porque las rutinas eran sinónimo de todo aquello de lo que querían distanciarse. Yo había actuado de la misma manera, aunque anhelaba al mismo tiempo la ilusoria seguridad que proviene de hacer las cosas más o menos en el mismo orden, en el mismo lugar y a la misma hora.

Así que trabajaba cuatro días a la semana, me desplazaba a todas partes en bicicleta y pasaba muchas tardes y noches en casa de Thora. A menudo manteníamos relaciones sexuales antes de irme a trabajar, y cuando llegaba a la oficina me costaba averiguar si mi frecuencia cardíaca estaba acelerada por ir en bicicleta o porque acababa de hacer un esfuerzo para no correrme demasiado rápido. Me gustaba ver a Thora perder el control cuando conseguía hacer que se corriera, pero no estaba seguro de si me gustaba que ella me viera cuando yo estaba a punto. No sabía cómo y cuánto le contaba Thora a August sobre nosotros. Ni siquiera sabía si se lo había contado a August o dejaba que él lo adivinara por su cuenta. Yo no dije nada, no pude encontrar una manera de formularlo que no sonara como si estuviera pidiendo disculpas o pidiendo permiso o ambas cosas a la vez. Como con tantas otras cosas que me hacían sentir incómodo, lo dejé pasar confiando en que se resolviera sin que yo tuviera que hacer nada.

August comenzó a salir con un compañero de la clase de

publicidad. Para Thora y para mí, August y Eliel dramatizaron su mutuo descubrimiento como el encuentro de un hombre sobrio entre cientos de personas colgadas. Eliel dijo, con su manera de hablar siempre con los ojos bien abiertos, que en la Escuela esperaban que todos se tragaran la ideología de Silicon Valley; neoliberalismo disfrazado con palabras hippies. Eliel comentó que había pensado que había algo dentro de él que no funcionaba bien porque no podía evitar la sensación de que en la Escuela estaban tratando de adoctrinarlo con citas inspiradoras en coloridas notas adhesivas que pregonaban mensajes como *CHANGE THE WORLD* y *FIND YOUR BELIEVERS*. Durante un trabajo en grupo a finales del semestre, Eliel vio entre las pestañas del ordenador de August que este leía un artículo titulado: «*The Californian Ideology*», y luego había buscado el mismo artículo en la red, y entonces Eliel hizo un gesto con la mano en el aire. August sonrió buscando primero la mirada de Thora y luego la mía. Le devolvimos la sonrisa.

Thora dijo que le parecía gracioso que Eliel compartiera nombre con un personaje de la trilogía de *Alberte* y le dio una versión de bolsillo, lo cual August pareció interpretar como una aprobación de Eliel. Él apretó la mano de Thora y la besó en la mejilla.

Una tarde, Eliel me preguntó sobre la relación entre Thora y August. Estábamos en un bar, August había ido a pedir unas cervezas y Thora estaba haciendo cola en los lavabos. Era la primera vez que Eliel y yo estábamos solos.

—¿Tienen una relación abierta? —preguntó Eliel con una tensa sencillez en la voz que me dio la impresión de que llevaba mucho tiempo esperando la oportunidad para hacer esa pregunta.

—La verdad es que no lo sé —dije yo fingiendo pensar—. No. Son amigos de la infancia.

—Me *cae bien* Thora —dijo Eliel pensativo—. Pero me pongo celoso con facilidad. ¿Tú no?

Eliel estaba sentado inclinado hacia delante con las manos entrelazadas alrededor de un vaso vacío. Tenía la cara alargada y sus ojos parecían registrar todo lo que ocurría a su alrededor, como una especie de preparación para luego hacer frente a todo lo que pudiera interponerse en su camino con una leve confusión.

—No creo que puedas competir con Thora —dije yo.

—¿Puedes competir *tú* con August?

—Yo no pienso de esa manera.

Era cierto. No lo veía así.

Eliel frunció el ceño, pero no dijo nada.

Después de aquella noche, Eliel no preguntó nada más sobre Thora y August. De todos modos, si lo hubiera hecho, yo no habría tenido nada que añadir.

La primera vez que comprendí que amaba a Thora y a August fue poco después de la conversación con Eliel. No pasó nada especial aquel día, salvo que entendí que los amaba. Tomamos café en una terraza de la calle Swedenborgsgatan, miramos a los transeúntes y hablamos de cosas sin ponerle punto final a nada; todos los temas de conversación se trataron con vacilación, como si lanzáramos nuestros pensamientos en voz alta para ver si tenían recorrido. No había otras personas con las que yo pudiera hablar de esa manera, y pensaba que esas conversaciones eran lo más cerca que se podía llegar a la asociación de ideas y los pensamientos de otra persona. Buena parte de lo que hacía, oía y leía todos los días me llenaba de un sinsentido a ratos paralizante y que no desaparecía junto con Thora y August, pero la situación se volvía más soportable y menos solitaria. Y me di cuenta esa tarde cuando oí decir a Thora y a August que yo me preocupaba más por ellos que por mí mismo. Fue la primera vez que sentí que mi propio bienestar dependía de que alguien, además de mí, se sintiera bien.

No se lo dije. Realmente no sabía si era lo que se llamaba amor, no había oído a nadie conocido hablar del amor de esa manera. Sentía como una fuerte borrachera que en lugar de hacerme pensar de manera ofuscada me hacía pensar con claridad, y era precisamente la claridad lo que me mareaba y asustaba. No pude evitar preguntarme por qué el amor era tan exaltado si significaba la colisión con algo desconocido, como algo que yo sentía más fuerte que yo. No sabía qué hacer con ese sentimiento; parecía demasiado grande para llevarlo conmigo en medio de la vida cotidiana, y al mismo tiempo, era imposible apartarlo de mí. Así que procuré no pensar demasiado en ello.

Me esperaba algún tipo de reacción por parte de Aron y Laura para que Thora se comportara de manera diferente. Ni Thora ni yo les dijimos nada. Y Aron y Laura no hicieron ninguna pregunta. Thora dijo que no les importaba lo que hiciera, algo de lo cual yo no estaba tan convencido, pero no protesté. No entendía la relación de Thora con sus padres; por otro lado, no estaba seguro de haber podido explicar mi relación a mis propios padres. Hablaba por teléfono con mi madre con frecuencia, mientras que mi padre se mantenía en contacto enviándome de vez en cuando fotos de un árbol alcanzado por un rayo, un cielo nublado con pájaros en formación en V o grafitis en la pared de una casa en Copenhague. Nunca me llamaba. A veces, yo le enviaba un pulgar hacia arriba en respuesta a las imágenes. Thora sugirió que le devolviera las fotos, pero no lo hice. Cuando me preguntó por mis padres, me di cuenta de que yo, a diferencia de mucha gente de nuestra edad, no tenía un relato completo de mi crecimiento que pudiera presentarle a Thora. No sabía cómo contar la historia de mí mismo. Podía maravillarme la facilidad que otras personas parecían tener para trazar un arco dramático de sus vidas, como un largo pasamanos que se extendía a lo largo de los años y hacía que todo lo que les había sucedido pareciera comprensible y significativo. Yo todavía sentía mi infancia como una masa amorfa de tiempo, tan lejano que solo parecía tener una vaga conexión conmigo.

Se me hacía difícil mirar a Aron y a Laura a los ojos cuando Thora acababa de acariciarme la espalda o de tomar mi mano delante de ellos. Gestos inocentes y, sin embargo, me molestaban, lo cual divertía a Thora. Prefería dormir en casa de Thora en lugar de que ella durmiera en mi habitación. Los desayunos eran directamente insoportables después de esas noches y yo parecía ser el único que tenía prisa por terminar de desayunar y de beber el café. Aron y Laura estaban sentados sumidos en un periódico mientras Thora miraba su móvil o discutía con sus padres sobre a quién le tocaba leer primero cada parte

del periódico, mientras yo pensaba que el sonido de la tostada cuando masticaba era ensordecedor.

A veces, Laura me miraba como si estuviera a punto de dar su opinión sobre mi relación con Thora, pero nunca lo hizo. A lo sumo me preguntaba cómo estaban mis padres y yo le respondía que estaban bien, lo cual, por lo que yo sabía, era cierto. A veces traté de ver a la familia Stiller con los ojos de mi padre, pero no lo logré. Al principio pensé que probablemente ironizaría sobre los geranios de color rosa claro en la biblioteca para seguir luego ironizando con el hecho de que tuvieran una habitación en el piso a la que llamaban *biblioteca*, y así continuaría, una observación mordaz que daría paso a otra hasta trenzar una corona entera de maldades alrededor de la familia Stiller. Pero luego recordé que Aron y Laura eran sus viejos amigos. A veces había bromeado diciendo que defendería a un dictador con tanto entusiasmo como a un activista de derechos humanos, si alguno de ellos era su amigo. Y mi madre podía decir entonces: «Eso solo significa que eres fácil de corromper».

La reacción más clara a mi relación con Thora vino de Tigran. Vi que estaba luchando por ocultar su sorpresa tras los arduos intentos de parecer relajado. Me encogía de hombros ante las preguntas silenciosas en sus miradas. Tigran también se encogía de hombros, como si el curso de los acontecimientos se fuera a volver más lógico si imitaba mis movimientos.

—Sí, está bien —dijo Tigran, empujando con el dedo las gafas que se le habían deslizado hacia abajo—. No puedo decir que no me haya sorprendido un poco.

—Yo también estoy sorprendida —dijo Thora.

—Muchas gracias —dije yo.

Más tarde, cuando estábamos solos, Thora me dijo que la única persona que no estaba sorprendida era August.

Unos días antes de que comenzara el semestre de otoño, encargué por internet ediciones de segunda mano de los libros de texto, pero algunos solo estaban disponibles nuevos. Los libros nuevos tenían cubiertas brillantes y me parecieron escurridizos al hojearlos, como si sus páginas se separaran de mala gana. Antes de pagar, me di una vuelta por la librería con la intención de encontrar algo para leer, además de la literatura del curso. Vi el libro sobre el Grupo Stiller bajo la categoría

NO FICCIÓN. El libro estaba en edición de bolsillo y era bastante más barato que la edición en tapa dura. Me detuve delante del estante y me pregunté si aún podía afirmar que la familia Stiller no tenía nada que ver conmigo. Pero no compré el libro. ¿Ante quién tendría que defenderme? Pensé que eso solo podía dar lugar a que acabara sentándome con los amigos de August y aceptando sus críticas sobre la hipocresía generalizada, de la misma manera que estaba de acuerdo con lo terribles que eran las guerras, el hambre y la pobreza. Me preguntaba si el conocimiento de lo que estaba sucediendo en el mundo valía para algo si, aun así, solo servía para teorizar y formular opiniones en seminarios y cafés y bares. Pero no estaba seguro. Rara vez lo estaba. La constante incertidumbre era como estar en medio de una corriente de agua e intentar anclarme en el fondo arenoso, aunque este se moviera tanto como yo. El punto de partida cambiaba constantemente.

Durante el otoño, estudié derecho internacional y, en la primera clase, el profesor fue haciendo clic en una presentación en PowerPoint sobre las fuentes del derecho, donde muchos de los títulos estaban en latín. Los teclados repiqueteaban en el aula, como una granizada persistente. Apuntamos las diferencias entre tratado, derecho consuetudinario, principios generales del derecho, jurisprudencia y doctrina. Al final de la conferencia, el profesor nos invitó a leer a Hobbes y Spinoza. En otro momento, esa misma tarde se lo conté todo a August en su estudio. August asentía con la cabeza para mostrar que me estaba escuchando, pero guardó silencio y no se rió, como yo esperaba, cuando describí que los estudiantes que iban a convertirse en oficiales se levantaban cada vez que respondían una pregunta. Después de un rato, August fregó los cacharros y limpió los pinceles. La pintura corría por el fregadero dibujando gruesas rayas. Me contó que había quedado con su padre.

—Le compré entradas para el teatro como regalo de cumpleaños —dijo August—. Y la representación es esta noche.

—Bien —dije, recogiendo mi mochila del suelo y colgándomela al hombro.

—Fue una estupidez —dijo—. No sé en qué estaba pensando. Esto es lo que Thora puede comprar como regalo a sus padres. No yo.

Caminamos juntos hacia el teatro. Supuso un rodeo para mí, pero quería ver al padre de August, aunque fuera de lejos. August encendió

un cigarrillo y se ciñó el abrigo negro sin abotonárselo. Estaba tiritando. De repente soltó un grito angustiado y tiró el cigarrillo a la acera mientras se tapaba la cara con la otra mano.

—Debería haberle comprado un libro sobre la Segunda Guerra Mundial como ha hecho Samuel —dijo.

—Solo es una representación —dije.

—Soy un idiota —dijo August—. Mi psicólogo me desaconsejó hacerlo. No le hice caso.

Lo miré sorprendido.

August exhaló pesadamente por la nariz.

—Lo siento —dijo—. No me he sentido muy bien últimamente.

—¿Qué quieres decir?

—Que he tenido una especie de depresión —dijo August mientras encendía otro cigarrillo y daba una patada a una piedra que fue rodando hasta un charco de agua—. Pero se me pasará. Siempre se me pasa.

—No tenía idea de que ibas a un psicólogo.

—No es nada del otro mundo —dijo August—. Tengo muchos amigos que acuden a algún psicólogo. Les gusta mucho que los haga sentir como estadounidenses cansados de la vida.

—¿Cuándo empezaste a ir?

—En junio. Pero he ido antes a psicólogos. Los paga Samuel.

—¿Por qué no me lo has contado? —le pregunté—. Que lo estabas pasando mal, quiero decir.

August me miró y luego se miró las manos, como si eligiera sus palabras con cuidado.

—No sabía si lo querías saber —dijo—. Y yo no sabía cómo enfrentarme a ello.

—Pensaba que eras feliz —le dije—. El verano pasado. Parecías feliz.

Me escuché a mí mismo lo idiota que sonaba, pero fue la primera imagen que se me ocurrió: August estirado en las rocas calentadas por el sol, los ojos cerrados, el rostro completamente relajado, las gotas de agua en el pelo brillando a la luz del sol. Entonces lo miraba y pensaba celosamente que me gustaría estar tan satisfecho conmigo mismo como August.

—Lo siento —dije—. Solo quería decir...

—No, eso es cierto —dijo August—. *Parecía* feliz. Se me da bien

aparentar.

Se quedó en silencio. Nos detuvimos en un semáforo en rojo.

—Quiero saber esas cosas —dije—. Quiero saber si no te sientes bien.

—En realidad solo hablo de ello con el psicólogo y con Thora. Y un poco con Samuel porque él paga las facturas.

—¿Y Eliel? ¿Hablas con él?

—*Hablo* con él —dijo August, sonriendo—. Pero sin tocar este tipo de asuntos.

Sonreí yo también, pero me costó trabajo lograr que el resto del rostro encajara con la sonrisa.

—Tú tampoco dices mucho —dijo August mientras cruzábamos la calle—. Sobre cómo te sientes.

—Estoy bien —dije.

August me miró de reojo.

—Ya era hora de que Thora y tú os liarais —dijo.

—Me preocupaba que te fuera a molestar.

—Lo sé —dijo August—. Me lo dijo Thora.

—Menudo par —dije riéndome.

—Eliel cree que somos anormales —dijo August, dando una calada al cigarrillo y tragándose el humo antes de apagarlo.

Nos despedimos en Nybroplan. Deseaba haber podido pasar el resto de la noche con August. Antes de separarnos, le dije que su padre seguro que estaba contento con el regalo. August negó con la cabeza, pero no protestó. Crucé la calle hasta el muelle y luego me di la vuelta y vi a August sentarse en las escaleras de la entrada. Me detuve al lado del agua. Autobuses, coches y tranvías pasaban en distintas direcciones. El agua chapoteaba contra los cascos de los barcos amarrados en el muelle. Las farolas se fueron encendiendo lentamente y la luz resaltó el esmalte dorado de las estatuas fuera del edificio del teatro. August se levantó cuando un señor mayor se le acercó. El hombre vestía una cazadora azul y unos pantalones vaqueros de color oscuro. Era tan alto como August. August se inclinó hacia él, se dieron un abrazo rápido y luego se metieron las manos en los bolsillos. Quería ver mejor el rostro del padre de August, pero no me atrevía a acercarme más. Cuando desaparecieron en el interior del edificio, dejé el muelle y caminé hacia casa.

Thora

Llevé a Hugo a la fiesta de Carl. Era una de las primeras fiestas grandes del otoño, pero August no quiso ir. Hablé con él por teléfono durante el día para intentar convencerlo de que nos acompañara. Él se rió y dijo que quería quedarse en casa con Eliel.

—Hace demasiado frío para salir —dijo él—. Y está demasiado húmedo y oscuro.

—Es octubre —dije—. Siempre está húmedo y oscuro.

Y luego lo acusé de haberse convertido en un huraño aburrido.

—Es por Eliel —dije yo—. Es una mala influencia.

—Thora.

Suspiré.

—Bueno, está bien. Pero te voy a echar de menos.

—Te lo pasarás bien de todos modos.

—Deberíamos viajar a algún sitio donde haga calor y sol. A España. O a Grecia.

—Yo no sería buena compañía allí tampoco —dijo.

—A mí siempre me gusta estar contigo.

Podía percibir que le alegraba que yo dijera eso. Le echaba de menos. Estaba en casa y aun así sentí una punzada de añoranza sin objeto, como el dolor fantasma de algo que ya había pasado y que no iba a volver. Miré por la ventana. Las hojas marrones yacían pisoteadas en las aceras.

—Mañana hablamos —dijo August—. Que te lo pases muy bien.

Unos minutos más tarde mandó un mensaje para pedir fotos de cómo íbamos vestidos; Carl había establecido pautas con respecto a la vestimenta de sus invitados. Decía que estaba harto de verse rodeado de gente en vaqueros y zapatillas deportivas. Esperé a Hugo en la parada del metro y saqué el móvil para hacerle una foto cuando apareció por las escaleras mecánicas. Arqueó las cejas, puesto que no

teníamos por costumbre sacarnos fotos el uno al otro.

—Es para August —dije—. Pregunta cómo te has arreglado.

No dije que, para mi gusto, podría haberse esforzado un poco más.

Fuimos a la parada del tranvía encogidos bajo mi paraguas. Los bloques de oficina se alzaban hacia el cielo con el gris como una lona holgada. Los escaparates estaban decorados con maniquís que habían adoptado poses extrañas. En las imágenes publicitarias, las modelos corrían a lo largo de la orilla de playas de arena blanca.

—La otra vez que estuvimos en casa de Carl fuimos en bici —dijo Hugo.

—Entonces era verano —dije, y sacudí el agua del paraguas y lo cerré cuando nos metimos bajo la marquesina de la parada.

—Entonces no nos conocíamos —dijo él.

Lo miré y sonreí para sacarle una sonrisa. La conseguí, pero había algo desafiante en su mirada.

—Entonces no te caía bien —dije.

Quise que me contradijera y que me contara lo mucho que me quería ahora para, de aquella manera, sentar las bases de nuestra historia, que luego podríamos decorar y rellenar juntos, como un proyecto en pareja. Pero él se quedó callado. Cuando llegó el tranvía nos sentamos uno enfrente del otro.

—No encajo entre ellos —dijo él.

—No. Llevas puestas zapatillas de deporte —dije.

—Sabes a qué me refiero.

La ciudad fue pasando lentamente a través de la ventana. Había pocos pasajeros; un poco más lejos había un grupo de personas sentadas que iban elegantemente vestidas de una manera que resultaba cómica bajo la luz intensa de las lámparas fluorescentes. No las conocía, pero supuse que también iban a la fiesta de Carl.

—¿Pero yo sí que encajo? —dije.

—Son tus amigos —dijo él, y se quedó unos segundos en silencio antes de proseguir—. El año pasado August dijo que en realidad a ti no te caen bien, pero que quieres caerles bien a ellos.

Apreté los labios. Llevaba la bolsa de plástico con las dos botellas de vino en las piernas y tintineaban cuando me movía. Me percaté de que Hugo estaba observándome y me pregunté cómo estaría interpretando mi expresión.

—Claro que lo dijo —dije yo.

—¿No es cierto?

—¿Qué más da? Solo es una fiesta.

—No sé de qué hablar con ellos.

—De su ropa —dije—. Háblales de las marcas de su ropa.

Hugo hizo una mueca, pero se calló. Cuando nos bajamos del tranvía y estábamos caminando hacia la casa de Carl me dio la mano. No solíamos ir de la mano y ese gesto me asombró, pero no hice ningún comentario. Él no soltó mi mano hasta que entramos en el vestíbulo, donde nos recibió Carl, vestido de frac. Me dio un abrazo y le dio unas palmadas en la espalda a Hugo, luego dio un paso hacia atrás para inspeccionar nuestra vestimenta. Noté que su mirada se detuvo en las zapatillas de Hugo, pero no dijo nada. Cuando Carl ya se había ido, Hugo me miró de reojo, como si estuviera esperando una reprimenda.

—Te dije que podías coger un par de zapatos de Aron —dije—. Él tiene un montón de zapatos *brogues*.

—No quiero tomar prestados los zapatos de tu padre —dijo tranquilamente.

—¿Por qué te cuesta tanto aceptar lo que se te ofrece? Te estás volviendo igual de ridículo que los amigos de August.

—Encajo mejor entre ellos —dijo él.

—¿Tan importante es encajar?

Me miró como si mis palabras hubieran revelado algo sobre mí misma en lo que él no había reparado o reflexionado antes. No me gustó nada.

—Es tan fácil para ti —dijo.

—¿Encajar?

—Sí.

—Bueno, está bien —dije, y me dirigí a la cocina.

Él me siguió.

—Es un halago. A mí me gustaría ser más como tú.

Descorché una de las botellas de vino que habíamos llevado y me serví una copa de vino sin mirar a Hugo. Saludé a los demás invitados que entraron en la cocina para llenar sus copas de nuevo. Hugo se sirvió vino. Pensé que nos prefería como pareja cuando estábamos a solas, fuera de cualquier contexto y aislados por completo de los demás. Nos quedamos en silencio el uno al lado del otro, apoyados contra la encimera. Bebí varios tragos de vino. Sentí que Hugo me estaba mirando. Después de un rato, dejé el vaso a un lado, le di la

mano y entramos juntos en el cuarto de estar donde todos estaban bailando. En la terraza había filas de farolillos cuyas llamas oscilaban al viento.

Cuando salimos a fumar, Hugo me contó que había enviado una solicitud para hacer un semestre de intercambio en Inglaterra durante la primavera. Lo dijo con cierto deje de asombro en la voz, como si fuera algo que hubiera sucedido sin que él hubiera hecho nada.

—¿Ah, sí? —dije—. Será divertido.

Había posado su mano sobre la parte inferior de mi espalda.

—Seguro que no me lo concederán —dijo.

—Tienes buenas notas —dije—. Te lo concederán.

—Mis notas no son tan buenas como las tuyas.

—No estás compitiendo contra mí —dije—. Yo no he enviado ninguna solicitud.

Hugo desplazó su mano a mi cintura. Por la ventana veía a la gente bailando.

—¿Estás enfadada? —preguntó.

—No.

—Solo será un semestre. Apenas cuatro meses.

Asentí lentamente con la cabeza.

—Espero que lo consigas.

Me agarró con más fuerza. Me volví hacia él. Su mirada barría frenéticamente mi cara, como si también quisiera encontrar algo que agarrar allí. Me puse de puntillas y le besé. Mi intención había sido darle un beso fugaz, pero Hugo me arrimó a él. Él nunca me besaba de aquella manera delante de otras personas. Tenía la cara sonrojada, como si ya se hubiera embriagado.

—No sé qué me pasa —murmuró entre mi pelo.

Apenas lo pude oír.

—No te pasa nada, estás bien —dije, y di un paso hacia atrás para poder verlo mejor.

Él no contestó. Me pregunté si le habría parecido que mi tono de voz había sido demasiado alto.

Pensé que era raro que me sintiera tan distanciada de él. Siempre sabía cómo se sentía y qué estaba pensando August, pero Hugo me lo ponía casi imposible, y si trataba de comprenderlo tenía la sensación de que me rechazaría.

Cuando entramos de nuevo en el interior nos separamos, como si

hubiéramos acordado no hablar con las mismas personas al mismo tiempo. A veces lo buscaba con la mirada y tenía la sensación de que él también me buscaba a mí, pero nuestras miradas nunca se cruzaron.

No nos quedamos mucho tiempo. En el metro de regreso a casa él estuvo silencioso, pero contestaba amablemente cuando yo decía algo. No le pregunté en qué iba pensando, lo cual para mí suponía un acto mudo de resistencia, aunque sospechaba que él ni se daba cuenta.

Nos fuimos a la cama nada más llegar a mi casa. Me desmaquillé, me quité la ropa y apagué las luces. Hugo me sujetaba con un abrazo y al cabo de un rato noté que se le estaba poniendo dura. Mientras él me acariciaba yo separé las piernas, temblé y procuré no hacer ruido. Sentí cómo la columna vertebral se estremecía y estiré los dedos de los pies bajo la manta.

Por la mañana me desperté antes que él. Las sábanas estaban manchadas, arrugadas y empapadas de sudor, como testigos mudos de algo que hacía que me sonrojara. Entré en el baño a hacer pis y luego me di una ducha larga. Cuando regresé a la habitación, la cama estaba vacía. Me puse la bata y até la cinta alrededor de la cintura. Hugo y Harriet estaban en la cocina desayunando. Estaban riéndose de algo, y solo alzaron la vista un instante cuando me vieron entrar por la puerta. Harriet subió el volumen del ordenador. Estaban escuchando un podcast. Corté un plátano en rodajas y lo eché en un cuenco con yogur.

—Si esta broma la hubiera contado otra persona, no habría tenido ni una pizca de gracia —dijo Harriet—. Es inimitable.

—Es por la entonación que les da a las palabras —dijo Hugo—. Por su forma de hablar.

Se callaron y continuaron escuchando con las cabezas agachadas. Abrí la nevera y saqué un cartón de leche. Hugo y Harriet volvieron a reírse a carcajadas. Me serví una taza de café, me senté en un extremo de la mesa y me puse a mirar el ordenador, que estaba en el alféizar de la ventana. La pantalla estaba negra, en ella podía ver las siluetas de Hugo, Harriet y yo. El cielo estaba azul, los árboles en el patio, amarillos y rojos. Hugo y Harriet se reían por lo bajo. Yo me esforcé por no mirar directamente a Hugo porque no sabía con certeza qué le transmitiría mi mirada. Me costaba hacer que concordaran la persona que se reía a la luz del sol con la persona que la noche anterior había murmurado en mi pelo que le pasaba algo.

Recogí las piernas contra el pecho y apoyé la taza de café contra la

rodilla mientras hojeaba el periódico. Cuando se acabó el podcast, Harriet se levantó y apagó el ordenador. Se lo llevó bajo el brazo al salir de la cocina y dijo que iba a darse una ducha. Harriet y Hugo seguían sonriendo, como si la última broma hubiera quedado suspendida en el aire. Cuando Harriet se fue, Hugo buscó mi mirada y yo me di cuenta de que la presencia de Harriet y las voces del ordenador habían funcionado como una confortable barrera entre los dos que se desmoronaba cuando nos quedábamos a solas.

Planté los pies en el suelo. El mundo privado que existía entre nosotros volvió a emerger, como si el silencio estuviera abriendo las cortinas de algo íntimo que permanecía velado en presencia de otras personas. Pensé en Bella, la novia de Harriet, que estaba durmiendo en la cama de Harriet, y me pregunté si para ellas sería igual. Si existía un mundo oculto entre Harriet y Bella que se velaba y desvelaba según sus intermitentes interacciones con otras personas. De repente me asustó la posibilidad de que Hugo negara la existencia de tal mundo entre nosotros, pero no sabía cómo hacer para que él lo reconociera en voz alta.

—¿Has dormido bien? —preguntó.

Nos miramos.

Él se sonrojó y tosió.

—No estoy enfadada contigo —dije—. Solo me sorprendió que quisieras estudiar en el extranjero. No sabía que tenías esa idea.

—Está bien —dijo, y tras una breve pausa añadió—: Gracias por contármelo.

—¿Estás harto de Estocolmo después de un año?

—No —dijo—. No me lo pensé mucho cuando envié la solicitud. Los cursos parecían interesantes. Pero aun así no creo que me elijan.

—Seguro que sí.

—Entonces tendrás que venir de visita —dijo con tanta delicadeza que sonaba como si fuera una pregunta.

Asentí. Él pareció aliviado.

Esa tarde fui a la farmacia para comprar la píldora del día después. Tuve náuseas el resto de la jornada. Hugo insistió en que pagaba él. Yo no me opuse.

Hugo La fiesta de inauguración de August estuvo abarrotada. La puerta de la calle estaba abierta, a pesar de que era noviembre, y los transeúntes miraban por las ventanas, curiosos, ante la aglomeración. El galerista hablaba muy alto y gesticulaba impetuosamente hacia las paredes. August se movía entre diferentes grupos, estrechaba manos, abrazaba y besaba en las mejillas. Se reía y decía cosas que yo no podía oír por el murmullo de las voces. Era la primera vez que veía a todos los amigos de August reunidos en una sala, y Thora me señaló a algunos de ellos, me dijo sus nombres y me explicó de qué conocían a August. August de vez en cuando se daba una vuelta por donde estábamos Thora y yo. Cuando estaba de espaldas al resto de la sala, desaparecían de su cara las risas y las carcajadas. Se frotaba los ojos.

—¿Creéis que les gusta? —nos preguntó.

—Sí —dije yo.

—Por supuesto —dijo Thora.

—No sé —dijo August.

—A mí me gusta —dijo Thora mirándome antes de volver a fijar la mirada en August—. *Nos* gusta.

—Sí —dijo él—. Lo más importante es que os guste a vosotros.

—Tu galerista parece contento —dije yo.

Miramos al hombre de la chaqueta cruzada que movía su copa de vino en el aire mientras hablaba. Era el único que bebía en una copa de vino de verdad; los demás tenían vasos pequeños de plástico. Cuando cosechaba algunas risas, pasaba al grupo siguiente.

—Seguro que espera poder chupársela a August al final de la noche —dijo Thora—. O al contrario.

Yo di un sorbo al vino para no decir nada. No me gustaba oír a Thora hablar de sexo. Me sentía avergonzado y excitado sin querer, algo que sospechaba que ella sabía.

—Al menos por fin me ha dejado exponer aquí —dijo August.

—Parece que a Eliel le cae bien —dijo Thora.

—Creo que él también quiere exponer aquí —dijo August.

Thora y August intercambiaron una larga mirada. August se encogió de hombros. Yo no dije nada. Me había acostumbrado a esas conversaciones silenciosas entre Thora y August. Miré a mi alrededor y vi a Vera y a Tigran, que estaban al otro lado de la sala. Me deslicé entre el público, evitando acercarme demasiado al galerista. Tigran me saludó levantando la mano. Vera se dio la vuelta con una mano alrededor del codo y con un dedo de la otra en los labios.

—Estábamos hablando de ti precisamente —dijo.

Los miré a los dos.

—¿Y...?

—Pensábamos en lo que pensarán Aron y Laura de que estés saliendo con Thora —dijo Vera—. Por no hablar de lo que piense Karla.

—A ellos no les importa —respondí—. ¿Por qué habláis de ello?

—Creo que Tigran necesita alguien con quien hablar —dijo Vera —. Ya sabes. Explayarse sobre tu nueva relación.

—Sí, claro —dije yo.

Nos quedamos unos segundos en silencio.

—Vera cree que hubiera sido más interesante que te acostaras con Laura —dijo Tigran.

—*Sorry* —respondí—, por haberte decepcionado.

—Acostarse con Laura es el sueño húmedo de Vera —dijo Tigran.

—Y el tuyo es acostarte conmigo —le dijo Vera a Tigran.

El rubor se extendió por el cuello de Tigran. Bebí lo que me quedaba de vino y estrujé el vaso de plástico vacío.

Cuando apareció Thora a mi lado, reparé en que Vera y Tigran se miraban como para ponerse de acuerdo en mantener una postura común. Vera retiró la mano de los labios, pintados de rojo como los de Thora, pero en un tono más oscuro, púrpura. Yo había cogido la costumbre de frotarme los labios con frecuencia porque Thora me dejaba las huellas de su pintalabios cuando me besaba. Cuando el color rojo se pegaba en el dorso de mi mano, lo miraba y me sentía marcado por ella, por dentro y por fuera. Dependiendo de mi estado de ánimo, me gustaba o me sentía molesto.

—Hola —dijo Thora.

Su brazo rozó el mío.

—Precisamente estábamos hablando de ti.

—¿Ah, sí?

—Esto le tiene que hacer mucha ilusión a August —dijo Tigran.

—El sueño de todo artista —dijo Thora—. El reconocimiento de amigos, conocidos y extraños.

Thora tenía la habilidad de hacer que las cosas que decía sonaran sinceras e irónicas al mismo tiempo. Yo había aprendido que echaba mano de esa dualidad cuando ella misma se sentía insegura, pero sabía que Vera y Tigran no lo interpretaban como inseguridad sino como arrogancia.

—¿Así que tú vas a ser abogada? —dijo Vera.

—Sí —contestó Thora—. El gran sueño de mi infancia.

Vera y Tigran sonrieron con tirantez. Comprendí que no sabían qué decir. Thora me miró. Sentí que debía hacer una broma, pero lo único que se me ocurrió fue que Thora me conocía de una manera diferente que Vera y Tigran. No sabía quién era para mí mismo; quizá solo una grieta, un hueco.

Cuando August se acercó a nosotros junto con Eliel y el dueño de la galería, Thora se fue. No dijo nada, dejó el grupo sin más y desapareció. Nadie dijo nada, pero observé que Vera y Tigran la miraban. El galerista quiso conocer las opiniones de Vera y Tigran sobre la exposición. August apoyó una mano en mi espalda. Cuando coincidí con la mirada de Eliel, aparté inmediatamente los ojos. Pensé que en realidad no era más que una cavidad, alguien que se amoldaba a la mirada de los demás. Al poco tiempo, yo también me aparté del grupo. La mano de August se deslizó por mi espalda. Me di la vuelta buscando a Thora y finalmente la vi a través de la ventana, fuera en la calle. Estaba cruzada de brazos, con los hombros erguidos y hablando con un hombre al que reconocí al cabo de unos segundos: era el padre de August.

Hacía frío fuera. Thora llevaba el pelo suelto y se le agitaba con el viento. Llevaba medias finas y un vestido con manga francesa. El padre de August iba bien abrigado con chaqueta, bufanda y gorro. Tenía las manos metidas en los bolsillos. Vacilé en la puerta, pero luego me fui al lado de Thora. Le ofrecí un cigarrillo, como una explicación implícita de por qué había salido. Ella negó con la cabeza.

—Gustav, este es Hugo —dijo ella—. Un amigo de August.

No le di la mano porque Gustav no sacó las manos de los bolsillos.

Nos saludamos asintiendo con la cabeza. Encendí un cigarrillo. Tuve que presionar varias veces el encendedor y proteger la llama del viento antes de que el cigarrillo comenzara a prender.

—Otro amigo —dijo Gustav con una risa floja.

—¿No vas a entrar? —le preguntó Thora—. August se alegraría de verte aquí.

—No —dijo Gustav—. Se avergonzaría de verme aquí.

—No lo creo —dije yo.

Gustav me miró. Sus ojos eran de un color azul claro. Eran los ojos de August en otra cara; hundida, surcada de arrugas, barba corta y gris. Como si la piel tersa, la mirada suave y los pómulos altos de August hubieran surgido a expensas del rostro de su padre. Tosió como si yo hubiera dicho algo divertido. Con el rabillo del ojo percibí que Thora se carcajeaba.

—No tengo tiempo —dijo Gustav—. Debo ir a casa, pasaba por aquí por pura casualidad.

Thora se puso de puntillas, apoyó una mano en el hombro de Gustav y lo besó en la mejilla. Fue como presenciar una colisión entre dos mundos diferentes, pero Gustav le sonrió. Ella y yo nos quedamos en la calle mirando a Gustav mientras se alejaba caminando hacia el cruce y luego desapareció de nuestra vista.

—Así que él es el padre de August —dije.

—Sí.

—¿Pasó realmente por casualidad?

—No lo sé —dijo Thora—. Probablemente no.

Se apretó contra mí y la rodeé con el brazo. Sentí cómo temblaba.

—¿Entramos? Te estás quedando helada —le dije.

Thora seguía mirando hacia la calle por donde había caminado Gustav.

—¿Te avergüenzas de mí? —preguntó.

—¿Qué? No —dije apresuradamente—. ¿Por qué me preguntas eso?

—Porque me lo pregunto —dijo con una ligereza en el tono de voz que me parecía que no venía a cuento.

Los mechones de pelo revoloteaban por delante de la cara. Se los retiró y los sujetó detrás de las orejas, pero se soltaron de inmediato. El frío aguijoneaba las mejillas. Apreté las mandíbulas para evitar que me empezaran a castañetear los dientes.

—¿Y eso por qué? —pregunté.

—Antes —dijo, moviendo la cabeza hacia la galería—. Con Vera y Tigran.

—No me avergüenzo de ti —dije.

—Está bien.

Podría haber dicho que a veces me avergonzaba de mí mismo. Si vergüenza era la palabra correcta, no estaba seguro de que lo fuera. Pero no dije nada. Solo busqué su mirada y cuando la encontré, ella me sonrió. Entonces pensé que todo iba bien entre nosotros y seguí callado. Volvimos a la galería, al calor, los apretujones y el murmullo.

Me ofrecieron una plaza en la Universidad de Brighton y les conté a Thora y a August que había recibido la carta de admisión mientras trataba de descifrar los matices de sus reacciones. Existía una extraña tentación en dejar a Thora y a August, que estaban tan arraigados en Estocolmo, para averiguar si iban o no a notar mi ausencia. Alejarse temporalmente me parecía la única oportunidad del hombre débil para ejercer poder. Ambos sonrieron entusiasmados cuando les hablé del intercambio, lo cual me pareció preocupante, pero después de repetir varias veces que el intercambio solo era de cuatro meses, se rieron, y Thora me apretó la mano por debajo de la mesa. August sacó su teléfono móvil y empezó a buscar vuelos baratos a Londres durante la primavera. Dijo que, para ahorrar gastos de hotel, podíamos quedarnos algunas noches en casa de Samuel.

Estábamos en el café de la calle Surbrunnsgatan y mirábamos los montones de nieve que brillaban bajo el sol. Por un momento estuve a punto de decir que pensaba renunciar a la plaza, que quería quedarme con ellos en Estocolmo, pero luego me di cuenta de que no había solicitado cursos en la Universidad de Estocolmo. Decir no a Brighton significaría una pausa no planificada en mis estudios que tendría que cubrir con trabajos de operador telefónico y de camarero en restaurantes durante seis meses. Así que no dije nada, sino que apreté la mano de Thora. Pude sentir su pulso en la muñeca, como una criatura pequeña temblando bajo la piel.

Durante el seminario final de derecho internacional, el profesor dividió la clase en dos grupos que debían debatir entre ellos. Un grupo presentaría argumentos de derecho internacional a favor de la legalidad del ataque de Estados Unidos a Afganistán y el otro grupo argumentaría en contra. A mí me habían encomendado la tarea de presentar la defensa del primer grupo a favor del ataque estadounidense. Leí en voz alta el trabajo que habíamos redactado entre todos, donde hacíamos referencia en repetidas ocasiones a la

autodefensa preventiva y a la proporcionalidad. Luego presentó sus argumentos el otro grupo. Después nos quedamos en silencio. Nos miramos unos a otros. Algunos se reían mientras que otros se tomaban el papel más en serio y tenían las manos cruzadas sobre la mesa. Algunos parecían esconderse detrás de las pantallas de sus ordenadores y lanzar miradas fugaces al profesor, como si buscaran un punto de referencia al que atenerse. La discusión comenzó de forma entrecortada, pero cobró impulso cuando una chica de mi grupo rechazó la postura que, según ella, el profesor la había obligado a defender. Pensé que era fea e inmoral la facilidad con la que yo mismo jugaba con la realidad y les daba vueltas a las diferentes posiciones, todo el tiempo desde una especie de distancia fría. La mayoría de mis compañeros no se alejaban del tema de la misma manera que yo, sino que exponían con entusiasmo opiniones con las que parecían estar vinculados emocionalmente, como a través de un cordón umbilical invisible. El profesor se aclaró la garganta y recordó que se suponía que debíamos emplear argumentos de derecho internacional, no argumentos políticos. Entonces, nos quedamos en silencio durante unos segundos, como si la clase tratara de recordar lo que significa el derecho internacional. Al final, uno de los estudiantes puso en tela de juicio la relevancia de separar el derecho internacional de la política si los estados, de todos modos, podían interpretar y aplicar el derecho internacional exactamente como les viniera en gana. El profesor asintió y dijo que el marco del derecho internacional dependía totalmente de esa palabra: *exactamente*. Muchos estudiantes se miraron desconcertados.

Al día siguiente, hicimos el último examen escrito del curso en un aula con escasa calefacción mientras los copos de nieve caían fuera de las ventanas. Vi a un chico que trataba de sujetar su bolígrafo con una manopla puesta, lo que hizo sonreír a sus vecinos de mesa. Yo me senté envuelto en mi bufanda y me calenté la mano izquierda poniéndola alrededor de la taza de café mientras escribía con la derecha. No estaba acostumbrado a escribir a mano y me empezó a doler la muñeca después de contestar a la primera pregunta del primer tema. Cuando entregué mis papeles del examen unas horas más tarde y salí de la sala, me di cuenta de que había terminado la mitad de mi licenciatura.

Unos días antes de que comenzara el semestre de primavera volé a

Londres, y desde allí tomé el tren a Brighton y me alojé en un albergue en el centro de la ciudad. Las literas estaban llenas de estudiantes acostados boca abajo o de espaldas con un ordenador, y todos buscaban en diferentes páginas web inmobiliarias. En los dormitorios comunes el aire estaba enrarecido, como si se estuviera produciendo una carrera silenciosa en la búsqueda de habitaciones con alquileres bajos y una ubicación céntrica sin que nadie quisiera admitir que estábamos compitiendo. Encontré un café cerca del albergue que tenía internet de banda ancha y allí me senté y escribí a las personas que publicaban anuncios en los que ofrecían habitaciones en alquiler. Escribí una breve presentación sobre mí mismo que copiaba y pegaba en los correos electrónicos de respuesta, adjuntando mi carta de admisión en la universidad para certificar que era estudiante, y busqué plantillas en inglés para saber cómo responder a los propietarios porque no sabía con qué grado de formalidad debía comenzar y finalizar los correos electrónicos dirigidos a ellos. No acababa de convencerme escribir «*Dear*», a pesar de que Thora aseguraba que eso era lo normal.

El tercer día recibí respuesta de un inglés de treinta años llamado Ian, que escribió todo su anuncio en minúsculas. Era domingo y tomé el autobús para ir a ver la habitación que alquilaba Ian. Estaba en el segundo piso de un estrecho edificio de tres plantas situado cerca de la universidad. La habitación era pequeña, amueblada con una cama, una cómoda y un escritorio. El alquiler era bajo. Ian me explicó que el edificio antes era una casa, pero que ahora estaba dividida en apartamentos separados en cada planta.

—Así que no tenemos acceso al jardín —dijo Ian.

—Está bien —dije.

Cuando vi los estrechos jardines asfaltados alineados uno al lado del otro, pensé que no era una gran pérdida. Tomé el autobús de vuelta al albergue, recogí mi maleta, pagué la cuenta y me mudé al apartamento de Ian el domingo por la tarde. Pagué por adelantado el alquiler del primer mes y la fianza en efectivo. Hice una fotografía de la habitación y se la envié a Thora y a August con el comentario: moqueta. Ian me enseñó cómo funcionaba la cocina de gas y dónde estaban colocadas las trampas para las ratas. Al día siguiente comenzó el semestre de primavera en la universidad.

Hablaba habitualmente por videollamada con Thora y August. Me

gustaba ver sus caras y oír sus voces, pero no tenía mucho que contarles sobre mi vida. No era muy diferente de la vida universitaria de Estocolmo, salvo que los compañeros de curso eran más jóvenes y más dados a levantar la mano cuando los profesores formulaban preguntas.

Les describí la casa en la que vivía, los peldaños que crujían, el armario donde Ian cultivaba marihuana que vendía a los vecinos del barrio, las moquetas con manchas extrañas, el techo inclinado de mi habitación en el que me golpeaba la cabeza al levantarme de la cama. Esto último le hizo mucha gracia a August mientras que Thora frunció el ceño y me preguntó si me arrepentía de haber ido a Brighton. No me arrepentía, pero dije que echaba de menos Estocolmo. Esperaba que ella entendiera que los echaba de menos a ella y a August. Entonces Thora comenzó a describir con gran entusiasmo los indicios de la primavera en Estocolmo; supuse que estaba exagerando porque, después de todo, solo estábamos en el mes de febrero.

Me preguntaba si Thora y August se acostaban juntos mientras yo vivía en Inglaterra. El hecho de pensar en ellos juntos me excitaba y me molestaba al mismo tiempo. Podía estar en clase y sentir el pulso palpitándome en las sienes mientras me los imaginaba retozando, desnudos. Las imágenes de ellos juntos aparecían ante mí sin previo aviso y me costaba apartarlas de mi mente. Sospechaba que Thora y August hablaban de mí y comparaban las diferentes observaciones que habían hecho sobre mi persona. Empecé a pensar que una parte de mí había querido irse de Estocolmo para darles a Thora y a August la oportunidad de darse cuenta de que estaban mejor sin mí. Cuando me convencí de que se acostaban juntos, empecé a ir a fiestas con los compañeros de clase y me enrollé con chicas que se reían al oír cómo pronunciaba mi nombre y me pedían que repitiera cómo se pronunciaban la H y la U. Cuando intentaban pronunciar la H sueca con sus boquitas inglesas, sabía que podía inclinarme y besarlas. Después, a la mañana siguiente, estaba igualmente convencido de lo contrario: de que no era cierto en absoluto que Thora y August se estuvieran acostando juntos, y entonces volvía a casa con náuseas y un dolor de cabeza que no hacía nada por aliviar. Me tumbaba en la cama y me quedaba mirando las manchas de humedad de las esquinas del techo, con un nudo en la garganta que crecía tanto que llegué a pensar que nunca más podría masticar o tragar comida. Quería llorar, pero no

podía.

Luego, como de costumbre, iba a las clases durante el día, a los cafés y pubs por las tardes y las noches, caminaba por la playa y salía junto con los turistas por el muelle, donde las gaviotas gritaban sobre nosotros y, a veces, caían en picado en busca de un perrito caliente o una hamburguesa. Yo abría los ojos todo lo que podía frente al viento hasta que estos me escocían y se me saltaban las lágrimas por la espuma del mar que salpicaba el muelle. Después regresaba a casa y fumaba maría con Ian y sus amigos.

Decidimos que nos íbamos a ver en Londres durante las vacaciones de Semana Santa. Thora y August reservaron vuelos, hicieron una captura de pantalla con los billetes y me los enviaron, como si pensaran que necesitaba una prueba de que iban a venir. Preparé una mochila con la ropa, el ordenador y unos libros, y tomé el tren a Londres. Llegué a la estación de St. Pancras a mediodía y pasé unas horas vagando sin rumbo fijo por las calles. No sabía cómo estaban conectadas las diferentes partes de Londres por la red de transportes, solo conocía los nombres de algunos lugares, pero desconocía dónde estaban ni cuál era la distancia entre ellos, y no me molesté en mirar un plano en mi móvil. Decidí al azar en qué dirección ir y sentí que en ese momento era tan libre como siempre había pensado que quería ser. Llevaba en la espalda todo lo que necesitaba, tenía suficiente dinero en la cuenta para arreglármelas durante un tiempo y nadie me esperaba en ningún sitio, ningún lugar al que tuviera que darme prisa en llegar. Era la hora punta del almuerzo y tanto los establecimientos de comida rápida como los restaurantes estaban llenos de gente que hacía cola y miraba su móvil. De vez en cuando, levantaban la vista de la pantalla para ver si la cola se acercaba a las cajas. Jugué con la idea de volver a la estación de tren y comprar un billete de ida a Francia, tomar el tren que pasa a través del túnel bajo el canal de la Mancha hasta París y seguir viajando hacia el este de Europa, quizá hasta los exuberantes valles de Eslovenia o Albania. Entonces pensé en Thora y August, en que ahora sus nombres parecían estar grabados en mí, en que se pondrían al rojo vivo y se deformarían hasta convertirse en fragmentos de cristal que se me clavarían en la carne si me alejaba demasiado de ellos. Me di cuenta de que lo que había querido demostrar al mudarme a Inglaterra era que yo no los necesitaba. Necesitarlos parecía estar en contradicción con la

libertad, tal como yo la había imaginado. Y entonces la libertad se convirtió en algo esquivo, como un recuerdo o un sueño que no se podía expresar con palabras.

La casa de Samuel se encontraba cerca de la estación de metro Belsize Park. Como el edificio de Brighton donde yo vivía, la casa de Samuel constaba de tres plantas largas y estrechas, pero Samuel era dueño de todo el edificio y no había ninguna mancha de humedad ni trampas para ratones en ningún sitio. Samuel contó que la había renovado hacía unos años y que había levantado toda la moqueta y había puesto parqué en todas las habitaciones menos en los cuartos de baño, donde había instalado baldosas con suelo radiante, y uno sentía como si estuviera pisando con los pies una piedra calentada por el sol. Lo primero que me llamó la atención cuando entré en el vestíbulo fue la barandilla de madera tallada de las escaleras que conducían al segundo piso y el arreglo floral en una mesa en forma de media luna junto a una de las paredes longitudinales. Era como si Samuel le estuviera ofreciendo deliberadamente a August algo que extraer de su vida; otra imagen que August podría presentar a sus amigos de Estocolmo para demostrar cuán diferentes eran. Yo cada vez estaba menos seguro de que los dos hermanos fueran tan diferentes como afirmaba August.

—Seguro que si fueras rico, tú también tendrías una mesa con flores —le dije.

Nos sentamos en un banco de madera en el jardín de Samuel y tomamos café. Había pequeños charcos de agua en el suelo, pero el césped estaba verde y crecían narcisos en los macizos de flores. Las copas de los árboles colgaban sobre los patios interiores.

Habíamos llegado a la casa justo antes de que Samuel tuviera que apresurarse para acudir a una reunión de trabajo. Nos dijo a toda prisa que August conocía la casa y que podía enseñárnosla a Thora y a mí. Tuve la impresión de que la casa era algo vivo que dejaba temporalmente al cuidado de August. Había dos habitaciones para invitados y un sofá cama en el estudio de Samuel. Thora colocó rápidamente su maleta en una de las habitaciones de invitados, alegando que tenía que ducharse y dormir un rato antes de salir a comer, y luego cerró su puerta. Miré la puerta unos segundos y le dije a August que no me importaba dormir en el sofá cama y después bajé y dejé mi mochila en el estudio de Samuel. Pensé que eso facilitaría que

Thora y August pudieran pasar el uno a la habitación del otro por la noche si querían. El estudio era más grande que mi habitación en Brighton. Tenía el techo alto y las paredes cubiertas de estanterías llenas de libros. Junto a la ventana había un escritorio de madera oscura, pero sobre él no había nada y no parecía un lugar que se utilizara para trabajar. La ventana daba a los jardines, que no estaban pavimentados, sino que eran frondosos y estaban libres de muebles de plástico de colores chillones. Las casas del vecindario eran de ladrillo rojo con los marcos de las ventanas blancos y parecían tan arraigadas y naturales en el lugar como los árboles que las rodeaban.

—¿Quieres decir que lo que me diferencia de Samuel es que él tiene dinero y yo no? —me preguntó August.

Asentí y tomé un sorbo de café.

—Si fuera rico —dijo August pausadamente—, viviría en un lugar cálido donde siempre hubiera flores que pudiera recoger.

Miré a August, que inclinó la cabeza hacia atrás y volvió la cara hacia el cielo. Cerró los ojos, y parecía saber que yo lo estaba observando. Las pequeñas burbujas del café brillaban a la luz del sol. Un poco después, salió Thora y se sentó en el banco, con una taza de café en la mano y una toalla envuelta como un turbante alrededor del cabello. Sentí la suavidad de su blusa de seda blanca contra mi brazo, y, en ese momento, deseé saber si podía tocarla o no.

—¿Dónde vamos a cenar esta noche? —preguntó Thora, volviendo ella también el rostro hacia el sol y cerrando los ojos.

Estaba sentado entre ellos, con las manos alrededor de la taza, y pensé que junto a Thora y August volvía a tener contornos, salía del anonimato y del papel de estudiante de intercambio moderadamente exótico, y me convertía en una persona que podía gustarme, a pesar de todo.

August había escrito una lista de los museos que quería visitar y comenzamos a recorrerlos a la mañana siguiente. Me quedé despierto por la noche esperando oír unos pasos fuera de la puerta del estudio. La casa estaba en silencio y Thora no vino. No me había molestado en correr las cortinas, y tumbado en el sofá cama miré al cielo oscuro, donde no se veía ninguna estrella, solo ramas desnudas y nubes. Dormí inquieto y cuando me desperté por la mañana, Thora y August estaban sentados en la cocina desayunando. Era viernes y Samuel se había ido a

trabajar. August nos dijo que no podía coger días libres durante el puente de Semana Santa.

—La verdad es que tampoco sé si ha intentado pedirse unos días de descanso —dijo—. Pero ha amenazado con pasar mañana un rato con nosotros.

Thora levantó la vista del móvil.

—Prometido. No *amenazado* —replicó, y siguió leyendo.

Su dedo se deslizó lentamente por la pantalla mientras pequeños cambios en su rostro daban pistas sobre lo que pensaba del texto; fruncía la boca cuando no estaba de acuerdo con algo. Yo estaba de pie junto a la encimera esperando que salieran las tostadas de la tostadora. El agradable silencio que reinaba en la cocina entre Thora y August era como algo tranquilo en lo que apoyarse, como una mascota hecha un ovillo que dormitara silenciosamente debajo de la mesa.

Tomamos la línea negra del metro que baja hasta la estación de Leicester Square y caminamos hasta la National Gallery, que estaba la primera en la lista de August. Pensé que era extraño que Londres, que me había parecido tan impredecible cuando caminaba solo el día anterior, pareciera una ciudad más asequible y más clara, cuando caminaba al lado de Thora y August. Era como si me estuvieran amarrando temporalmente a la ciudad y creando una suerte de lógica en el mundo que se disolvía o se movía fuera de mi alcance tan pronto como ellos desaparecían.

August había llevado consigo un bloc de dibujo y lápices y dijo que necesitaba dar una vuelta por el museo. La idea de quedarme a solas con Thora me puso nervioso, como si la ausencia de August fuera a destruir el equilibrio en nuestra dinámica, pero no dije nada y solo le pregunté a Thora a qué parte del museo quería ir. Ella se encogió de hombros y yo oculté mi repentina irritación.

—¿Antiguo o moderno? —pregunté.

Ella sonrió.

—Todo es viejo aquí, ¿no?

Hojeé el folleto que nos habían dado en la recepción y ella puso su dedo en una página elegida al azar.

—Botticelli —dijo—. Vamos al siglo xv. No habrá tanta gente allí, todo el mundo va a los impresionistas.

Le di el folleto y dejé que me guiara. Me contó que había estado allí una vez hacía varios años con Aron y Laura y que se había quedado

dormida sentada en un banco frente a un cuadro de Caravaggio. Cuando se despertó, la pintura ocupaba todo su campo de visión, se le había pegado a los globos oculares, y ella empezó a llorar por la dramática iluminación y por los gestos y las expresiones faciales graves.

—¿Cuántos años tenías entonces? —le pregunté.

—No lo sé —dijo—. Ocho o nueve años quizá.

Miré a los niños que pasaban por las salas y traté de imaginarme a Thora a esa edad, de niña, como una niña de ocho años.

—¿Así que, entonces, aún no conocías a August? —le dije.

—No —respondió, mirándome con asombro, como si pensara que era un comentario extraño.

Yo no sabía por qué había dicho eso, tal vez porque era difícil imaginar a Thora y August el uno sin el otro.

—Oye —dijo Thora, tocándome el brazo al ver que yo no decía nada—. Estás muy callado.

—Perdona —me disculpé—. No he dormido muy bien esta noche.

—¿No te alegras de vernos?

—Sí —dije—. Claro que me alegro.

Thora me miró ladeando la cabeza. Me encontré con su mirada. El nudo que tenía en la garganta era tan grande que llegué a preguntarme si ella no podría ver el contorno en mi cuello, como una segunda nuez de Adán. En Brighton, en una ocasión, fui al cuarto de baño y traté de mirar abajo en la garganta, pero no vi nada allí.

—¿Qué te pasa? —preguntó.

Negué con la cabeza.

—Nada —dije, besándola en la cabeza—. Me alegra que estéis aquí. Os he echado de menos.

Durante unos segundos no se movió.

—*Demuéstralo* entonces —dijo luego, dándome la espalda, pero sonriéndome por encima del hombro.

Esa noche Thora vino a mí. Se acostó a mi lado en el sofá cama y yo me volví hacia ella y posé la cara en su pecho. Ella me acarició la cabeza. Lloré. Ella no dijo nada. Me besó en la frente y me pasó los dedos por el pelo. Traté de reprimir el llanto, y, en lugar de conseguirlo, salió como una violenta convulsión y resollé varias veces. Me dolían las costillas.

—Lo siento —murmuré.

—No pasa nada —dijo ella.

Quería decirle que podía irse de allí, que no tenía que quedarse. Pero fue como si no pudiera hablar.

Cuando me desperté por la mañana, Thora todavía dormía a mi lado. La miré y después de un rato abrió los ojos. Nos quedamos callados mirándonos. En sus ojos había una pregunta a la que yo no sabía responder, así que me incliné y la besé. Me preguntó si tenía condones. Me levanté de la cama y abrí mi equipaje. Mientras sacaba un condón, ella se desnudó. Cuando me recosté sobre ella y ella me ayudaba a penetrarla, las imágenes de August y ella juntos desnudos se apoderaron de mí, como recuerdos que no eran míos, pero que seguían vivos y llenos de color. Reales. Me imaginé que August nos estaba mirando por el ojo de la cerradura o a través de una ventana de la misma manera que yo había mirado a Thora y a August en mi imaginación. Cerré los ojos y cuando la oí jadear y gemir y musitar mi nombre, me sentí fundido, sin saber dónde empezaba y terminaba yo. Los límites entre ellos y yo se volvieron borrosos. Vi a Thora poner las piernas alrededor de August y vi el sudor que le corría a él por la espalda. Vi cómo se le contraían los músculos de la zona lumbar. Me vi a mí mismo colocándome de rodillas detrás de August y no estaba seguro de si estaba penetrando a Thora o a August. Sentí que August me penetraba, sus manos en mis caderas y las manos de Thora en mi rostro. El calor fluía fuera de mí y dentro de mí al mismo tiempo.

Después me di una ducha fría. Me sequé con una de las suaves toallas de algodón de Samuel y me puse unos vaqueros y una camiseta limpia. Cuando volví al estudio, Thora todavía estaba desnuda en la cama, con una pierna debajo del edredón blanco y la otra encima. Tenía un brazo apoyado en la almohada, sobre la cabeza, y el otro sobre el estómago, con los dedos extendidos, como pétalos de una flor blanca. Llevaba las uñas pintadas de rojo y los ojos cerrados.

—¿Estás dormida? —le pregunté.

Tenía el pelo mojado y el agua me caía por los hombros. Thora no se movió. La mano que tenía sobre el estómago subía y bajaba al ritmo de su lenta respiración.

—Te quiero —dije.

Ella no abrió los ojos. Permaneció acostada tan quieta como antes. Al salir, cerré la puerta con cuidado y bajé a la cocina donde August y Samuel estaban sentados desayunando. Por un momento, me vi desde

fuera. Pensé en Thora dormida en el sofá cama del estudio de Samuel, en el condón usado en la papelera, en las palabras que acababa de soltar. Quizá fue ver a Samuel sentado a la mesa de la cocina, vestido con pantalón de traje y camisa, con un reloj de pulsera en la muñeca y un suave perfume a agua para después del afeitado a su alrededor, lo que estableció una especie de normalidad que hizo que la noche y la mañana parecieran ya lejanas. Fue un alivio.

—¿Thora sigue durmiendo? —preguntó Samuel mientras servía el café.

—Eso creo —dije.

Me senté al lado de August y extendí una capa de mermelada sobre una tostada.

—Te has vuelto tan inglés como Samuel —dijo August.

—Solo temporalmente —respondí—. Para adaptarme.

Cuando Thora bajó a la cocina un rato después, se había maquillado y se había puesto un vestido, una chaqueta de punto y unas medias negras. Noté que se había quitado el esmalte rojo de las uñas. Olía ligeramente a acetona cuando pasó a mi lado. Bostezó y pidió café. August le sirvió una taza. Nos sonrió a los tres, como si estuviera tramando una broma que no iba a decir en voz alta. Cuando me encontré con su mirada, la sonrisa adquirió otro matiz diferente, como un color claro que se vuelve más profundo al entrar en contacto con un color más oscuro. Me pregunté si solo acababa de fingir que dormía.

Ese día paseamos mucho por el parque Hampstead Heath. Thora, August y yo corrimos por las altas colinas, nos enfrentamos a muros de viento, mientras Samuel caminaba lentamente detrás de nosotros, apoyado en un paraguas que había llevado a pesar de que el cielo estaba azul y no se veía ninguna nube. Almorzamos en un café cerca de Kenwood House, donde luego fuimos a visitar la colección de arte de sus antiguas salas. A través de las ventanas podíamos ver los estanques encrespados por el viento. Estuvimos mucho tiempo ante el cuadro de Vermeer de una niña tocando la guitarra. Samuel nos contó que esa pintura fue robada una vez en los años setenta y que los ladrones habían exigido, como condición para no destruir el cuadro, que se distribuyeran alimentos en la isla de Granada en el Caribe.

—Pero nunca se distribuyeron alimentos —dijo Samuel—. La demanda nunca se tomó en serio.

—¿Por qué no? —preguntó Thora.

—Porque las personas son menos importantes que el arte —dijo August con acritud—. Cualquier otra cosa sería impensable.

Samuel frunció el ceño.

—Tú eres el artista aquí, ¿no?

—Eso no significa que haga algo que sea importante —contestó August, quitándole el paraguas a Samuel. Se apoyó en él y se dio unas vueltas.

—La vida no tiene ningún sentido —dijo Samuel pasando junto a su hermano.

Las salas parecían ponerse en guardia cuando Samuel las recorría. August nos miró a Thora y a mí, colocó una mano en la cadera y golpeó el viejo suelo con el paraguas.

—Déjalo ya —dijo Thora agarrándonos a August y a mí del brazo.

Thora

El último día en Londres me desperté antes que Hugo. Me quedé un largo rato tumbada en el sofá cama mirando por la ventana las nubes rosas que se deslizaban por el cielo mientras la luz iba transformándose en la habitación a medida que salía el sol. Miré los objetos a mi alrededor. Los lomos de los libros, las sábanas, la alfombra, los condones, los vasos de agua. La respiración de Hugo era regular y profunda, y me imaginé que podía oír a August respirar con el mismo ritmo pausado a través del techo y las paredes. Hugo dormía boca abajo, con la cara vuelta hacia fuera, yo estaba tumbada, contra la pared, y tuve que trepar sobre él para levantarme de la cama. Yo llevaba un pijama a rayas y me puse un par de zapatillas que había dejado allí Samuel. Me quedaban grandes, pero el suelo de madera estaba frío y había corriente de aire. Con la mano en la manija de la puerta me di la vuelta y miré a Hugo.

—Yo también te quiero —dije.

Esperé que se moviera o abriera los ojos. Cuando no lo hizo, no estuve segura de si lo que estaba sintiendo era decepción. Los lomos de los libros, las sábanas, la alfombra, los condones, los vasos de agua. El silencio. Un rayo de sol centelleó en las pestañas de Hugo, sobre su mejilla. Bajé a la cocina, puse la cafetera y eché copos de avena y agua en un cazo, removiendo con un cucharón de madera. Poco a poco se fueron calentando las gachas. El cielo estaba azul, crecían narcisos en el macizo bajo la ventana de la cocina. Me pregunté si cuando regresáramos todavía iba a quedar nieve en las calles de Estocolmo. Desde que tenía memoria siempre me había imaginado los meses en forma de media luna, con enero abajo y diciembre arriba, y cada año nuevo implicaba aquella caída por un vacío oscuro hacia el fondo de la media luna donde todo empezaba de nuevo. Abril se hallaba un poco antes de la mitad de la curva convexa.

Cuando Samuel entró en la cocina, ya llevaba puestos camisa y pantalón y yo me sentí como una niña pequeña, tal como estaba, sentada en pijama, con el cuenco de gachas enfrente en la mesa. Se lo dije y él sonrió y preguntó si Hugo y August seguían durmiendo. Asentí. Se sirvió una taza de café y se sentó al otro lado de la mesa, enfrente de mí.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó.

—Bien —dije.

Samuel se quedó callado, como si quisiera sonsacarme algo más mediante su silencio.

—¿Cómo te encuentras *tú*? —pregunté.

—Bien —contestó.

Sentí una extraña ternura por Samuel, había en él una especie de fragilidad similar a la de August, aunque August probablemente no se diera cuenta y lo negara si se lo señalara.

—Sabes que no tienes que cuidar de él, ¿verdad? —dijo Samuel—. Cuando no está bien, me refiero.

—Pero tú no haces eso. Tú te haces cargo de él.

—Es distinto. Él es mi hermano. No lo he elegido.

—¿Porque no es responsabilidad mía?

—Exacto —dijo Samuel haciendo hincapié—. No es responsabilidad tuya.

—Pero August también me cuida a mí —dije—. Nos turnamos.

—Bueno, eso suena bien —dijo—. Pero deberías centrarte en estar bien tú. Pensar primero en ti misma.

Miré la mesa, las tazas, el cuenco con gachas, la cuchara, mis manos pecosas, el reloj en la muñeca de Samuel. Entonces probé a decir un pensamiento en voz alta, un pensamiento que había ido creciendo y echando raíces en mi interior sin que yo me diera cuenta de cuándo se había convertido en una verdad para mí.

—No tiene nada de malo necesitar a otras personas —dije.

Samuel sonrió a medias. No logré determinar si estaba de acuerdo conmigo o si simplemente no tenía ganas de discutir. Cuando la pantalla de mi móvil se encendió con notificaciones, él se levantó a fumar un cigarrillo en el jardín. Yo me quedé en la mesa de la cocina mirándolo por la ventana y me pregunté si acaso una verdad distinta había crecido y echado raíces en su interior hacía mucho tiempo.

Todavía hacía tiempo de invierno en Estocolmo. El sol no calentaba como lo había hecho en Londres. La noche de Walpurgis, August y yo fuimos a ver una hoguera en el parque Rålambshovsparken antes de pasear hacia Södermalm por el puente Västerbron. La ciudad olía a fuego y humo. Se veían adolescentes bebidos desperdigados por las rocas de la isla de Långholmen, un fenómeno tan arcaico como las hogueras primaverales.

Discutimos la propuesta de Hugo de pasar el verano en Berlín. August quería ir, dijo que le gustaba la idea de intentar ser un artista en Berlín. Acababa de obtener un trabajo en una pequeña empresa publicitaria y hablaba más que nunca de ser *artista*, como si estuviera tratando de aferrarse a algo que él temía que estaba a punto de escurrírsele de las manos, dado que se pasaba los días elaborando perfiles gráficos para empresas. A veces, me enviaba mensajes con citas de reuniones con empresas que vendían zapatos o ropa o café o telas y que querían que August les ayudara a encontrar su *identidad*.

Yo estaba más vacilante con respecto a Berlín, sin saber explicar por qué.

—No podemos estar allí *todo* el verano —dije—. También quiero estar en Estocolmo.

—Podemos pasar julio allí —dijo August—. En julio Estocolmo estará vacío y será aburrido. Entonces no hay más que turistas aquí.

—Pero ¿dónde vamos a vivir?

—De eso dejamos que se ocupe Hugo, que él conoce la ciudad —dijo August, y me miró, como si estuviera preparado para abordar otra de mis objeciones.

No contesté, solo miré a través de las rejas que habían instalado en el puente para impedir que la gente se tirara. El agua brillaba por debajo, a gran distancia, con una superficie que parecía de un asfalto negro y plateado. El cielo había empalidecido con colores pastel. La mano de August buscó la mía y dejé que la tomara. Él tenía la mano caliente y suave.

—¿En qué andas pensando? —preguntó.

—No lo sé —dije, lo cual era cierto.

No estaba segura de que mis pensamientos tuvieran mayor sustancia o peso que el humo que nublaba la puesta de sol.

Nos encontramos con Eliel y algunos de sus amigos en un bar ruidoso donde yo no era capaz de oír casi nada de lo que decían los

demás. No me suponía un problema. Estuve sentada con August y él me rodeó con su brazo, miré las caras en torno a la mesa y sonreí cuando sonreían los demás, reí cuando reían los demás. Cuando llegué a casa esa noche, el olor de las hogueras de primavera seguía impregnando mi pelo.

Hugo regresó a Estocolmo a finales de mayo, pero no lo vi mucho durante esos días. Él hacía doble turno para poder permitirse un mes en Berlín. Le dije que August y yo podíamos pagar su parte del alquiler; él contestó que no quería, que eso le haría sentirse incómodo.

—Pero no es molestia —dije—. Y sé que tampoco lo es para August. Le pagan bien en esa empresa publicitaria. Dice que él no se vende barato.

Esperé que Hugo se riera, pero no lo hizo.

—Sí, pero… —Hugo se interrumpió a sí mismo y frunció el ceño—. A mí me molesta que vosotros paguéis por mí.

—¿Es porque yo soy chica y tú eres chico?

—¿Qué? No —dijo—. Es porque…, no sé. Simplemente me hace sentir mal. Incómodo.

Después de eso, no volví a sacar el tema, y no comenté que me parecía que estaba trabajando demasiado. Por las noches llegaba a mi casa con voz ronca y ojos cansados y se burlaba de la gente con la que había estado hablando por teléfono esa tarde. Se le daba bien imitar dialectos y nos hacía reír a Iris, a Harriet y a mí.

No contó mucho sobre su semestre en Brighton y me pregunté si se habría acostado con muchas chicas británicas o igual hasta se había enamorado de alguna de ellas. Estaba callado, de la misma manera que lo había estado en Londres. Me pregunté si se arrepentía de haber permitido que lo viera llorando. Con August podía decir lo que fuera sin temer que me dejara de lado; con Hugo no tenía esa confianza. Me arrimaba mucho a él por las noches y él me abrazaba y entrelazaba su mano con la mía y escuchaba los latidos de su corazón hasta quedarme dormida.

Una noche que no lograba conciliar el sueño, estuve dando vueltas de un lado para otro en la cama hasta que él me agarró el brazo y me pidió que me quedara quieta.

—No puedo dormir —dije.

—Tomas demasiado café —dijo él.

—Me gusta tomar café después de cenar.

Me quedé quieta unos segundos, la mano con la que él me sujetaba el brazo se fue aflojando. Me di la vuelta otra vez y aparté el edredón de una patada.

—Thora —dijo él—. Tengo que levantarme pronto.

—Perdón.

Procuré no moverme, era como obligarme a dejar de toser. Hugo me miró.

—Cuenta ovejitas —dijo.

—Eso no funciona.

Se frotó los ojos.

—Pues recita un poema. Uno cualquiera.

—¿Para ti?

Él asintió y cerró los ojos. Se había subido el edredón hasta la barbilla, lo único que se veía de él era la nariz, las cejas y la frente. Me volví hacia él. Posé las manos bajo la almohada y lo miré. Él sonrió, como si pudiera sentir mi mirada. Lentamente se fue desvaneciendo su sonrisa y toda su cara se relajó. Me acosté junto a él, sentía el calor de sus respiraciones sobre mis labios y mis mejillas. Me acerqué a su oído y murmuré las únicas estrofas que recordaba en ese momento. Sentí las palabras como algo más que sonidos, como seres vivos pequeños y frágiles, envueltos en la humedad cálida de mi aliento, que permanecían allí, aunque se hiciera el silencio. Cuando terminé me aparté un par de centímetros de Hugo. Él había abierto los ojos y me miró de frente provocando que algo se sacudiera en mi interior, como un movimiento brusco o un vuelco en el estómago. Fue tan intenso que pensé que jamás volvería a experimentar algo parecido, que jamás volvería a tocar el aleteo de su alma, o de lo que fuera que llevaba en su interior y que lo convertía en quien era y cuyo movimiento también pude sentir dentro de mí misma.

Hugo

Las noches eran tan luminosas que el azul débil que caía sobre nosotros cuando se hacía de noche parecía casi antinatural, como si fluyera a través de un resquicio que nos conectara con otro mundo. August y sus amigos habían organizado una fiesta para celebrar el solsticio de verano a la que todos los invitados debían acudir vestidos de negro. Yo había trabajado hasta tarde el día anterior y dormí hasta bien entrada la mañana. Cuando me desperté, tenía mensajes de Thora y de August. Thora y sus padres estaban celebrando el solsticio de verano con un almuerzo en casa de Karla. Thora quería que le llevara un vestido negro y en los siguientes mensajes me explicaba en qué armario de su antigua habitación se encontraba el vestido. August me preguntaba cuánto alcohol había comprado, si tenía tiempo para pasarme por el *Systembolaget* y comprar más, y en el tercer mensaje me decía que me olvidara del tema porque el *Systembolaget* estaba cerrado. En su cuarto mensaje me preguntaba en qué autobús iríamos Thora y yo a la fiesta. Deslicé el dedo por los recuadros con los mensajes de texto mientras aún estaba acostado en la cama y luego me di una ducha sin responder a ninguno de ellos. Me vestí y comí un cuenco de cereales de pie en la cocina mientras escuchaba la radio. Antes de salir de casa, recogí el vestido de Thora y lo coloqué en mi mochila. Caminé hacia el parque Humlegården y cuando estaba cerca de la calle donde vivía Karla le escribí un mensaje a Thora. Me preguntó si quería subir un rato. Sin esperar respuesta, me envió el código del portal, a modo de desafío discreto. Yo no quería encontrarme con los familiares de Thora, pero no se me ocurrió una buena excusa para no subir.

Me quité los zapatos en el vestíbulo antes de darme cuenta de que todos los demás llevaban zapatos en el interior de la casa. Zapatos brogues y tacones brillantes. Consideré la idea de volver al vestíbulo y ponerme otra vez los zapatos, pero Harriet se me acercó, me agarró del

brazo y me preguntó si quería comer algo, y yo me dejé llevar a la cocina descalzo. Thora no apareció. Iris me saludó con la mano; el resto de los familiares de Thora formaban un grupo tan uniforme como la primera vez que los vi en casa de Laura y Aron, el verano en que se publicó el libro sobre el grupo empresarial de la familia. Hacía mucho tiempo que no había vuelto a pensar en el libro, pero cuando vi a la familia, un poco borracha, reunida de nuevo, pensé que la conmoción durante aquellos días de verano adquiría una especie de tintes de chirigota. Nada hacía mella en ellos, y lo sabían. Yo no había hablado del libro con Thora ni le había preguntado a August si lo había leído. Todo cuanto se me ocurriera decir del libro sonaría como una acusación más o menos velada que pensé que también podría hacérseme a mí. Todo era una pose, y lo que no comenzaba siendo una pose acababa, al final, convirtiéndose en una pose, como una consecuencia distorsionada de ser consciente de la magnitud de las injusticias y la hipocresía del mundo. Pensaba a menudo en ello, pero no hablaba de ello porque yo mismo me echaba para atrás ante estas reflexiones; no encajaban en ningún lado, ni en la universidad, ni en el trabajo ni entre los amigos.

En la cocina, sobre las encimeras, estaban las sobras del almuerzo en fuentes de servir. La cafetera burbujeaba en un rincón, rodeada de tazas azules y blancas con sus platitos. El murmullo procedente de la sala de estar subía y bajaba a intervalos regulares. Había ramos de flores en grandes jarrones por todas partes. Harriet sacó un plato de la despensa y me lo dio. No tenía demasiado apetito, pero me puse en el plato dos huevos con caviar de Kalix, una loncha de salmón y dos rebanadas de pan con queso. Mientras tanto, Harriet me habló de su examen final y suspiró profundamente al pensar en el tiempo que le quedaba para terminar la carrera.

—Yo no tengo ni idea de lo que voy a hacer cuando termine —dije tratando de cortar un trozo de salmón con el tenedor—. Así que me encantaría cambiártelo.

—Puedes convertirte en funcionario público del Estado o de alguna institución, ¿no?

—Sí, tal vez sí —dije.

—De vosotros, será Thora la que piensa en hacer carrera profesional, ¿no? —dijo Harriet.

—No lo sé —dije, y me di cuenta de que nunca habíamos hablado

de lo que queríamos hacer cuando termináramos nuestros estudios—. ¿Tú crees?

—Lo normal en nuestra familia no es precisamente convertirse en funcionario de una oficina municipal —dijo secamente.

—Ah, claro —dije yo—. Vosotros lo tenéis complicado.

Harriet me miró por encima de las gafas.

—Eres como August —dijo—. Es curioso que Thora se sienta atraída por vosotros, aunque quizá le guste el reto.

—¿Cómo es August?

Harriet sonrió, como si la pregunta hubiera sido retórica, pero yo realmente me preguntaba cómo sería August a ojos de los demás.

Cuando Thora entró en la cocina con Karla, noté que yo tenía un pequeño agujero en un calcetín, en el dedo gordo. Karla me saludó haciendo un gesto de asentimiento con la cabeza y acarició a Harriet en el brazo sin decir nada. Traté de esconder el calcetín roto detrás del otro pie. Thora calzaba un par de sandalias negras y se le iluminó la cara al verme, pero no se acercó a mí hasta que Karla se hubo servido una taza de café y hubo salido a la sala de estar por las puertas batientes.

—Estábamos discutiendo si tú eres de las que quieren hacer carrera profesional o no —dijo Harriet.

Thora partió un trozo de pan de mi plato y apoyó la cabeza en mi hombro.

—¿Acaso no está eso en el ADN de nuestra familia?

—Bella opina que somos una panda de capitalistas con un rendimiento excesivo. Que contribuye a la guerra y al cambio climático.

Thora se enderezó y se sacudió la harina de las manos.

—Una observación aguda, la de Bella —dijo.

—Hugo, ¿qué piensas tú? —me preguntó Harriet.

—Parece una descripción apropiada.

Thora me dio un empujón.

—Pero no sé lo que se dirá de mí —añadí—. Que me junto con gente como vosotras.

—Eso significa que eres peor que nosotras —dijo Thora—. Porque tú lo has elegido. Lo nuestro viene de cuna.

Miró al suelo, miró mis pies, y luego volvió a mirarme a la cara. Pensé que no habríamos hablado de esa manera si hubiéramos estado solos.

Thora fue a cambiarse y ponerse el vestido negro que le había llevado. Mientras la esperaba, Laura se acercó. Yo estaba de pie en un rincón de la sala de estar con mi plato y mi copa de champán. Comprendí que Laura estaba bebida por la forma en que me deseó un feliz solsticio de verano: con un sarcasmo exagerado que, según me pareció, indicaba que no quería estar allí, en el piso de principios de siglo de su madre, rodeada de ramos de flores, rosetones en el techo y parientes vestidos de blanco. Intenté reforzar mi respuesta con el mismo tipo de sarcasmo exagerado. Sonrió y deslizó la mirada sobre mi atuendo. Arqueó las cejas.

—Es la etiqueta —expliqué—. Para la fiesta de August.

—Ah, sí —dijo ella—. Creo que Thora lo mencionó.

Tamborileó sobre su copa de champán. Estaba tan acostumbrado a verla en movimiento, de camino a algún lugar o enfrascada conversando con alguien, que resultaba extraño tenerla a mi lado, en silencio y observando, como si la gente que había en la sala de estar fuera tan ajena para ella como para mí.

—Espero que te sientas a gusto con nosotros —dijo.

—Sí —respondí, palpándome con los dedos para asegurarme de que no tenía restos de comida en las comisuras de los labios—. Me siento a gusto.

El destello de picardía de los ojos de Laura me recordó tanto la forma que tenía Thora de mirarme que me sonrojé.

—¿Sabes qué tiene August que le gusta tanto a Thora? —preguntó.

—No.

Recorrió la sala con la mirada, como para animarme a buscar la respuesta en algún lugar más allá de nosotros, pero yo mantuve la mirada fija en ella.

—Su capacidad para maravillarse.

Fruncí el ceño.

—Como niños —añadió ella con flema—. Son como niños.

Quería preguntarle a qué se refería, pero entonces regresó Thora, ya cambiada, a la sala de estar para recogerme. Se dio una vuelta y nos hizo una reverencia a Laura y a mí. Estuve a punto de señalar el parecido entre ellas, pero me abstuve porque tenía la sensación de que a Thora no le habría hecho gracia la comparación.

Me puse los zapatos en el vestíbulo mientras Thora se despedía de sus familiares y luego caminamos junto al agua hasta la estación de

autobuses de Slussen. Thora me leyó varias veces en voz alta las indicaciones para llegar hasta la fiesta, como si quisiera que nos aprendiéramos de memoria el camino. Los cafés, restaurantes y tiendas por los que pasamos estaban cerrados. Las calles estaban vacías salvo por algunos turistas que parecían confundidos por la desolación. Una pareja estadounidense se nos acercó y nos preguntó dónde estaba toda la gente. La luz del sol era blanca y dolía en los ojos.

Tardamos dos horas en llegar a la fiesta. El autobús se detuvo a la entrada de una estrecha carretera provincial. La música tronaba desde la casa que August y sus amigos habían alquilado. Thora me miró molesta, como si pensara que era yo quien la había engañado para ir tan lejos de la ciudad. Me reí de ella. Habíamos ido bebiendo en el autobús, y yo estaba ligeramente borracho y al mismo tiempo mareado del viaje; el suelo se ondulaba suavemente. August vino a nuestro encuentro con una corona de flores en la cabeza.

—También hay un lago —dijo haciendo un movimiento envolvente con la mano en dirección a la linde del bosque.

Esparcidos por el jardín había grupos grandes y pequeños de personas vestidas de negro, la ropa negra contrastaba con el verdor. De los árboles colgaban serpentinas de luces, y de la parrilla donde se asaban salchichas y verduras salía humo que se arrastraba por el césped.

Me preguntaron por mi estancia en Brighton. Desde que volví a Estocolmo me habían hecho tantas preguntas similares que ya tenía preparada una respuesta corta que resumía mi estancia. Cuando Thora o August estaban a mi lado escuchando, intentaba pensar en algo nuevo que contar sobre Brighton. Cuando decía algo que yo sabía que ellos ya habían escuchado, me sentía como mi padre cuando repetía chistes y anécdotas una y otra vez, sin preocuparse de que ya no tenían gracia.

A altas horas de la noche bajé al lago con Thora y August. Estábamos fumados y borrachos, nos reíamos por nada. Thora se puso de rodillas en el muelle y metió la mano en el agua. Dijo que no estaba muy fría. Después se levantó y se quitó las sandalias, el jersey y el vestido hasta quedarse en bragas y sujetador, con los brazos a ambos lados.

—Venga, vamos —dijo, lanzándose al agua, dibujando un arco

suave, con los pies extendidos.

August me miró con cara de risa. Nos desnudamos y saltamos al agua. Hicimos el muerto sobre la superficie del agua, bajo el luminoso cielo nocturno. Después nos secamos con la toalla que trajo Thora de la casa. Caminamos de vuelta hasta las rocas, donde August quiso tumbarse. Dijo que todo le daba vueltas. Nos tumbamos los tres de espaldas en hilera, Thora en el medio. Ella dijo algo sobre las garrapatas, August contestó que él estaba vacunado. Yo permanecí en silencio, me sentía ligero, como si flotáramos al mismo nivel que la luz del cielo. El viento susurraba en las copas de los árboles. Si hacía un esfuerzo, podía oír la música procedente del jardín. Cerré los ojos y después de un rato sentí la mano de Thora en la parte interna de mi muslo, pero cuando abrí los ojos para mirarla, tenía el rostro vuelto hacia August. Él se inclinó apoyándose en el codo y la besó. Un escalofrío me recorrió el cuerpo. Thora se volvió hacia mí y buscó mi mirada. La besé. Ella sonrió y me acarició el muslo. August se inclinó por encima de Thora y me besó. Thora soltó unas risitas cuando August la atrajo hacia sí, hacia su pecho. Nuestras respiraciones se oían más fuertes que cualquier otra cosa a nuestro alrededor, las hojas se nos pegaban en el pelo, nos reíamos cuando a alguien se le entumecía el brazo o la pierna y tenía que estirar la extremidad para activar la circulación sanguínea. Los troncos de los árboles y el suelo eran más oscuros que el cielo, y al cabo de un rato todo era calor y humedad, las hormigas nos corrían por los brazos, las nubes de mosquitos flotaban en el aire. Nos vestimos en silencio, nos reímos mientras nos quitábamos unos a otros las ramas pequeñas y las acículas de la ropa y el cabello. Cuando nos acercábamos a la casa y vimos las serpentinas de luces en los árboles, lancé una mirada hacia la linde del bosque, que parecía más oscuro de lejos que de cerca, y luego miré al frente. Ya me sentía extrañamente desconectado de la persona que había estado tumbada con Thora y con August en el suelo. Pero el sabor a ellos permanecía en mi boca.

Nos detuvimos al borde del jardín cuando vimos que los demás seguían bailando en el césped. Vi a Eliel saltando en el centro del grupo con una corona de flores ladeada sobre la cabeza. Muchos cantaban las canciones. El sol estaba a punto de salir por detrás del tejado. Las mesas estaban llenas de botellas de cerveza vacías, y latas que rodaban cuando soplaba la brisa del lago.

—Nuestro sueño de una noche de verano —dijo August con un tono de voz amargo, lanzándonos a Thora y a mí una sonrisa por encima del hombro antes de ir al encuentro de Eliel y los demás.

Miré a Thora y ella me miró a mí. Era como si me hubiera despertado de un sueño que no podía expresar con palabras, como si hubiera perdido temporalmente mi propio yo y lo hubiera recuperado, aparentemente en su estado normal y, sin embargo, diferente, y buscaba a tientas en mi interior para volver a aferrarme a mí mismo.

—Tendré un aspecto terrible, ¿no? —dijo Thora.

—No —contesté, retirándole algunos mechones de pelo de la cara —. Un poco despeinada, quizá.

Ella sonrió. Le brillaban los ojos como si tuviera fiebre.

—Tú también lo estás —dijo.

—Sí, lo sé —dije—. Además, lo noto.

Se puso de puntillas y me besó en la mejilla, la abracé.

Tomamos el primer autobús de la mañana de regreso a la ciudad. El autobús se llenó de compañeros de la fiesta. El conductor se echó a reír cuando nos vio en fila al lado de la carretera con nuestra ropa negra y las coronas de flores marchitas. Muchos corrieron las cortinas de sus asientos y se quedaron dormidos, otros miraban por la ventana bostezando mientras toqueteaban con los dedos los finos cables blancos que les llegaban a las orejas. Yo me rascaba las picaduras de mosquitos en el brazo. Thora se durmió con la cabeza apoyada en mi hombro y la desperté cuando llegamos a Estocolmo.

Thora

No pude evitar comparar a la madre de Hugo con Laura. Mirando a Rakel, pensé que la ropa que llevaba ella jamás se la habría puesto Laura, que se expresaba de una manera en la que nunca se habría expresado Laura y que los libros que estaban esparcidos por el piso de Rakel no eran del tipo que Laura escogía para leer. Al mismo tiempo, buscaba parecidos entre Hugo y Rakel. Me asombré cuando me di cuenta de lo mucho que apreciaban el tiempo que pasaban juntos. Fue como descubrir una parte de Hugo antes desconocida, y me pregunté si él había ocultado aquella parte de forma consciente. Rakel y Hugo bromeaban juntos, hablaban rápido y hacían referencias a personas y acontecimientos de los que yo jamás había oído hablar. Hugo miraba a su madre con una ternura que sin duda estaba mezclada con una especie de condescendencia divertida —como si él no se atreviera a mirar a su madre con pura ternura— y, sin querer, se me ocurrió lo mucho que deseaba que él me mirara así también a mí.

Con cariño.

Era un pensamiento ridículo y lo aparté de mi mente.

El sol se estaba poniendo por detrás de los tejados y de la catedral cuando nuestro tren se paró en la estación de Lund. Un chaparrón de lluvia había abrillantado los adoquines y el cielo estaba teñido de rosa y azul. Las ruedas de las maletas traqueteaban sobre la acera. La casa donde vivía Rakel estaba dividida en cuatro pisos con acceso a un jardín común, y Hugo comentó que en todos los pisos vivían personas con estudios superiores.

—Licenciados pobres —añadió tras una breve pausa, como si se hubiera dado cuenta de que ese era un matiz importante.

—¿Existen los licenciados ricos? —pregunté.

Él caminaba algo por delante de mí porque la acera era demasiado estrecha para que anduviéramos el uno al lado del otro.

—Laura —contestó.

Levanté la mirada hacia su nuca y espalda, sin decir nada. Él me miró por encima del hombro. No le miré a los ojos. A August se le habría ocurrido algo gracioso que decir si hubiera estado presente, pero él se juntaría con nosotros en Berlín cuando empezaran sus vacaciones. Pensé en Copenhague al otro lado del mar, solo separada de nosotros por un breve viaje en tren, en hoteles con sábanas blancas, en cafés y bares llenos de hombres sin nombre, en la libertad de conversaciones superficiales que no merecía la pena interpretar o darle vueltas a nada. A veces, en compañía de Hugo, sentía que un dolor me taladraba las sienes cuando surgía algo que no había sido hablado entre nosotros, pequeñas perturbaciones que tensaban el aire y me provocaban simultáneamente irritación, confusión y unas ganas de reír que me parecían tan inapropiadas como reírse en un entierro.

Rakel enseguida me cayó bien, lo cual fue un alivio. Quería que Rakel me cayera bien, había decidido de antemano que iba a ser así, por eso me alegré cuando me di cuenta de que no me costaría mucho esfuerzo. Al llegar por la noche, Rakel nos dio un abrazo a Hugo y a mí y delegó en Hugo la tarea de remover la comida sobre la placa mientras ella me mostraba el piso y me decía que podía elegir entre dormir en el sofá o en la cama plegable. Me dio la impresión de que se trataba de un piso de estudiantes más que de titulados, y Rakel se rió cuando se me escapó la observación, y dijo que se lo tomaba como un cumplido. Solo había tres habitaciones: un dormitorio pequeño, un cuarto de baño y una habitación alargada —la primera al entrar— que servía de cocina, cuarto de estar y estudio. En el suelo había montones de libros compartiendo espacio con pósteres enmarcados, apoyados contra las paredes, y plantas verdes cultivadas en macetas grandes en el suelo y sobre las mesas. La habitación más grande tenía unas escaleras que daban al jardín, donde crecían árboles frondosos con cuerdas amarradas a las ramas para tender la ropa.

—No es tan grande como el piso de Aron y Laura —dijo Hugo.

—Hugo cree que yo pienso que todo el mundo vive en pisos o casas de lujo —le dije a Rakel.

—Eso probablemente se deba más a su complejo de inferioridad que a algo que hayas hecho tú —dijo Rakel en voz baja.

Solté una carcajada. No estaba segura de que Hugo hubiera oído lo que había dicho Rakel.

—En eso se parece a su padre —dijo Rakel.

—¿En qué me parezco a él? —preguntó Hugo en voz alta.

Rakel hizo un gesto apaciguador con la mano.

Durante la cena toqué a Hugo con el pie por debajo de la mesa y él me sonrió con la luz de las velas danzando sobre su cara. Comimos, bebimos vino tinto y nos reímos mucho, y yo sentí que mis mejillas aún estaban ardientes cuando me dormí en el sofá entre sábanas de algodón que se habían vuelto suaves de tanto lavarlas.

Dormimos dos noches en casa de Rakel. Durante el día paseábamos por Lund, por los parques, las tiendas de antigüedades y la zona de la universidad. Resultaba placentero dejar que Hugo marcara el rumbo y me guiara por la ciudad; en Estocolmo ese papel siempre me tocaba a mí. Hacía sol y calor y comentamos la posibilidad de ir a algún lugar a bañarnos, pero al final no lo hicimos. Compramos helados italianos con fideos de chocolate y nos sentamos en un banco a ver pasar a los ciclistas. Admiré la zona universitaria y sentí cierta nostalgia por una época estudiantil que no había vivido, con hiedra y pilas de libros en el portaequipajes de la bici y residencias para estudiantes. Cuando se lo dije a Hugo, él me miró con escepticismo y me dijo que me habría hartado de esa vida en un mes.

La segunda noche, Rakel nos preguntó si éramos pareja. Planteó la pregunta con naturalidad, como si fuera el principio de una broma que no necesitaba acabar de contar para que hiciera gracia. Ni Hugo ni yo nos reímos. Estábamos cocinando, el ajo chisporroteaba en la sartén y el agua hervía en la cazuela.

—No —dije yo—. Somos amigos.

Rakel echó una ojeada a Hugo.

—Es complicado —dijo él.

—Seguro que vosotros lo estáis complicando —dijo Rakel—. Parece que a toda vuestra generación os guste complicar las cosas todo lo posible.

—No es complicado —dije yo.

Rakel me dio una palmada en el hombro y se estiró para alcanzar un tarro de especias de la despensa. Me pregunté qué me encontraría en la cara de Hugo si me volvía hacia él, pero concentré mi atención en la tabla de cortar, el cuchillo y la cebolla, que piqué en trocitos uniformes. Me escocían los ojos.

—No sabía que éramos amigos —dijo Hugo más tarde por la

noche mientras él estaba tumbado en la cama plegable y yo en el sofá.

—¿Qué pensabas que éramos? —pregunté.

—Más que eso.

—Supuse que no querías presentarme ante tu madre como una amiga con la que tienes relaciones sexuales.

Por un instante, me pregunté si me había pasado, si le había molestado o herido, pero él se rió en voz baja. Me tumbé de lado. Las piernas de Hugo eran demasiado largas para que cupieran en la cama plegable y sus pies y tobillos sobresalían por encima del suelo. No se había quitado los calcetines. La ropa blanca tendida en las cuerdas del jardín brillaba en la oscuridad de la noche de verano, y observé desde el sofá cómo el aire la agitaba.

—Siempre he asumido que tú no quieres tener novia —dije.

—¿Por qué?

—¿No es así? —dije.

No contestó.

—Le caes bien a mi madre —dijo, en lugar de una respuesta.

Sonreí a pesar de que él no lo podía ver. Las sábanas olían a detergente con perfume de flores.

—Sabía que ibas a caerle bien —continuó.

Miré el techo.

—¿Y si tiene razón tu madre? Quizá estemos complicando las cosas demasiado.

—¿Te refieres a nuestra generación?

Me reí con las manos sobre mi vientre. Me sentía llena y tenía sueño.

—O quizá seamos personas complicadas —murmuré.

—¿Tú y yo?

—Sí —dije—. O sencillamente tontos.

—Probablemente —dijo él.

Al día siguiente, cogimos el tren a Copenhague por la mañana temprano. Compramos comida y bebida en una tienda cerca de la Estación Central. Mientras estábamos dando vueltas por los anaqueles escogiendo fruta, chocolate y sándwiches en envoltorios de plástico, Hugo me contó que su padre vivía en Copenhague con su nueva mujer.

—No sé si te lo he dicho antes —dijo.

Separé cuatro plátanos de un manojo y los eché en la cesta.

—Creo que lo has mencionado alguna vez —dije—. ¿No quieres

quedar con él, ya que estamos aquí?

—No —dijo—. De todos modos, nuestro tren sale dentro de poco.

—Está bien —dije lentamente a la espera de que él dijera algo más, pero solo encogió los hombros.

—Tal vez mejor a la vuelta —dije.

—Sí, tal vez —dijo sin entusiasmo, y comprendí que no lo íbamos a hacer.

Tardamos poco más de siete horas en llegar a Berlín. Hicimos un transbordo en Hamburgo, donde compramos café en grandes tazas para llevar. El café estaba tan caliente que me quemé la lengua. Saqué fotos del paisaje que veíamos por las ventanas del tren y se las envié a August. Cada vez, después de unos pocos minutos, él contestaba con una foto de la diáfana oficina donde trabajaba, rodeado de paredes blancas, pizarrones blancos y muebles de colores brillantes que parecían incómodos. El compartimento del tren era pequeño, olía a cerrado, y, con el paso de las horas, las cáscaras de fruta se iban pudriendo en las bolsas de basura que colgaban bajo las mesas. Dejé que mi interior se entumeciera, como si estuviera durmiendo con los ojos abiertos. Cuando Hugo decía algo era como si me sacara de un profundo sueño sin palabras, y para contestarle tenía que apoyarme de nuevo en el idioma.

Llegamos por la tarde. En Berlín hacía calor y la ciudad estaba llena de ruido y de personas. Hugo tomó mi mano y me guió por entre el gentío hacia el metro, donde turistas en pantalón corto y visera se congregaban en torno a planos grandes de las líneas del metro.

En el piso que Hugo había encontrado para nosotros, las habitaciones eran contiguas. Abrimos la ventana para ventilar el olor a maría y bajamos al supermercado de la esquina a comprar patatas fritas, vino y quesos baratos que comimos en el balcón mientras veíamos una serie en el ordenador de Hugo. Sentía que una parte de mí se había quedado en el sofocante compartimento del tren y que yo seguía allí sentada mirando el llano paisaje europeo de campos blanquecinos y ciudades viejas.

Los primeros días en Berlín fueron tranquilos. Fueron los mejores días. Dormimos hasta tarde, dimos paseos, nos tumbamos sobre una manta que tendíamos en los parques, hacíamos cenas por las noches que tardábamos mucho tiempo en preparar y cocinar y poco tiempo en

comer, y bebimos cerveza en terrazas mientras Hugo trataba de enseñarme alemán, para el gran deleite de quienes estaban sentados a nuestro lado, porque mi pronunciación era tan mala que ni siquiera Hugo lograba contener la risa. Exageré el acento francés, me gustaba hacer reír a Hugo.

Luego empezamos a quedar con los amigos de Hugo en Berlín, y la calma se fue evaporando a medida que subía la temperatura. Compramos ventiladores y humedecimos las sábanas con agua fría antes de irnos a la cama, y, aun así, me desperté varias noches seguidas por culpa del calor agobiante, y me quedaba largo rato en el baño sujetando mis muñecas en el lavabo bajo el chorro de agua que salía marrón por el óxido. Añoraba volver a casa a Estocolmo, pero no se lo dije a Hugo.

Una noche, en un bar, acabé al lado de una de las amigas más cercanas de Hugo durante su temporada en Berlín, o por lo menos él me la presentó así. Se llamaba Bianca y comprendí por su manera de tocar a Hugo y sus miradas de complicidad que habían tenido un lío cuando él vivía en Berlín. Sin que yo lo quisiera, aquello me provocó curiosidad por ella, y me percaté de que ella sentía la misma curiosidad por mí. Se sentó a mi lado, apoyó el codo en la mesa y centró toda su atención en mí. Ella llevaba una camiseta a rayas bajo un vestido de peto y a menudo se llevaba la mano a los tirantes para evitar que se cayeran de los hombros. Estaba bronceada y contó que había pasado unas semanas con su familia junto al lago de Constanza. Me sonrió y yo le contesté con otra sonrisa.

—Echamos de menos a Hugo aquí —dijo—. Yo de verdad pensaba que él sería uno de esos que acaba quedándose. Pero supongo que todos los extranjeros, antes o después, vuelven a su país.

—Hum —dije.

—Es muy divertido, ¿a que sí?

—Sí.

Bianca apoyó la barbilla sobre la palma de la mano.

—Siempre bromeando. Y muy seguro de sí mismo. Presta atención a lo que le cuentas.

Me senté sobre las manos y bajé la mirada a mis pies. Me ardían las mejillas. Yo seguía sonriendo.

—Pero no cuenta lo que él está pensando de verdad —continuó Bianca, meditativa—. Hay que estar adivinando. A veces es como si él

estuviera en otro lugar, ¿no crees? Como que no te deja entrar.

Las miradas de Hugo y Bianca se cruzaron sobre la mesa y ella soltó una carcajada, como si él le hubiera transmitido una broma mediante ese contacto visual. Mi mirada no se detuvo en Hugo, sino que se dirigió por encima de su hombro hacia fuera, a la calle y los carteles brillantes de neón en los escaparates de enfrente. No me gustaba tener que reflexionar sobre si en realidad conocía a Hugo, o si tan solo conocía la versión que él había elegido presentarnos a August y a mí.

Con la sensación de que me estaba metiendo en un pulso verbal, me volví hacia Bianca de nuevo y pregunté:

—¿Estuviste enamorada de él?

Bianca me examinó y pareció medirme con la mirada unos segundos antes de contestar.

—No sé. Sí. Creo que sí que lo estuve, un tiempo por lo menos —dijo con una sinceridad que me emocionó inexplicablemente—. Antes de que me diera cuenta de que él es de esas personas que es mejor querer a distancia.

Bianca sonrió y yo me sonrojé, lo cual fue como admitir una derrota.

Más tarde, aquella misma noche, mientras caminábamos de vuelta al piso, Hugo me preguntó de qué habíamos estado hablando Bianca y yo.

—De ti, obviamente —dije sin dar explicaciones.

Eso le irritó, pero a mí no me parecía que estuviera siendo escueta por maldad, sino por consideración; temía juzgarlo con demasiada dureza.

No estaba segura de que me gustara Hugo en Berlín. Se convertía en otra persona con sus amigos de allí. A pesar de que le había oído hablar muchas veces de querer encajar con los demás, no me había percatado antes de que se esforzara por encajar, pero en Berlín los ajustes que él hacía a su personalidad eran tan obvios que cuanto más reía y sonreía él, menos reía y sonreía yo. Me pregunté si eso me convertía en una persona resentida, porque habría preferido que él hubiera estado triste y llorando a ese vivo entusiasmo. Él apenas bebía alcohol, pero tomaba drogas cuando salíamos con sus amigos, y yo odiaba el aspecto turbio que tenían sus ojos cuando estaba colocado. La cosa más nimia lo entusiasmaba y hablaba gesticulando sin parar, todo

le parecía *de película*. Yo me cruzaba de brazos, él me atraía hacia sí, yo me soltaba de sus brazos y trataba de encontrar a alguien con quien hablar que no estuviera colocado.

En ocasiones abandonaba los bares y las discotecas sin decirle nada a Hugo. Entonces paseaba a solas, limitándome a las calles grandes con iluminación y gente, y pensaba en llamar a August, pero sabía que me pondría a llorar si hablaba con él, de modo que no lo hice. Observé a los hombres que pasaban por las calles: hombres altos, hombres bajos, hombres delgados, hombres gordos, pero no les miré a los ojos. Cuando Hugo se percataba de que yo había desaparecido, la pantalla de mi móvil se iluminaba sin cesar hasta que lo ponía en modo avión para poder escuchar música sin interrupciones. Al vernos de nuevo en el piso tras una noche de esas, Hugo estaba alterado, pero parecía incapaz de iniciar una discusión y yo permanecía en un obstinado silencio mientras me ponía a fregar o a cambiar las sábanas. En lugar de hablar, nos acostábamos juntos, y después yo me sentía vacía, ni alegre ni triste. En la cama Hugo me decía que me quería, lo cual me hacía llorar sin poder explicar por qué, ni a mí misma ni a él.

Hugo era diferente cuando era de día y estábamos solos. Noté que buscaba mi mirada con más frecuencia que de costumbre, como si tratara de leerme, interpretarme, comprenderme, ¿para complacerme?, ¿o para desafiarme? Pero yo no sabía lo que quería, y miraba a otro lado.

—Perdón —dijo él.

—¿Por qué? —dije.

Y cuando él no contestó y finalmente le miré, había una especie de súplica en sus ojos a la que yo no sabía cómo enfrentarme.

—No estoy segura de que me guste Berlín —dije con una sonrisa.

Él no sonrió.

—A veces pienso que me estoy esforzando por dejar de gustarte —dijo.

—¿Por qué? —pregunté.

El rímel había formado pegotes en mis pestañas, me arrepentí de haberme molestado en maquillarme. El calor ondeaba sobre las vías del tranvía; a nuestro alrededor, en el café, se desarrollaban conversaciones en alemán, árabe e inglés. Yo estaba sentada con las piernas cruzadas y una gota de sudor se deslizó desde la corva por la pantorrilla. Tenía dolor de cabeza y me sentía rara, como si necesitara

emerger a través de una superficie de agua para poder volver a respirar aire fresco.

—Porque tengo la sensación de que te estoy engañando —dijo con una voz tan clara que no me encajaba con las palabras.

Le miré y me pregunté si la introspección servía para algo si tan solo funcionaba en observaciones elegantes sobre la propia conducta.

—No me estás engañando —dije—. No eres lo suficientemente listo para poder engañarme.

Hugo me miró a los ojos, se quedó callado unos segundos y luego se echó a reír. Yo también me reí; primero fue una risa forzada, pero se convirtió en un torrente de carcajadas libres cuando me di cuenta de que había echado de menos reírme. Mi deseo de que reinara la serenidad especial del verano era tan fuerte que no quise tantear con palabras las insinuaciones de Hugo. Y paseamos de la mano por Görlitzer Straße.

Hugo

Cuando August llegó a Berlín, Thora y yo llevábamos allí poco más de dos semanas. Thora le dijo a August que le parecía que hacía meses que no lo veía —*una eternidad*—, y deseé que hubiera tenido una risa en el tono de voz al decir eso. Cada vez más a menudo descubría en mí mismo una sed de confirmación por parte de ella, la seguridad de que yo le agradaba, de que le gustaba estar conmigo. Esa sed me llenaba de desazón, sobre todo porque si ella me hubiera colmado de pruebas de amor, yo habría sacudido la cabeza y, molesto, las habría alejado de mí.

Una de las primeras mañanas en Berlín, ella se sentó a horcajadas encima de mí en la cama con las palmas de las manos sobre mi pecho y me dijo:

—Me gustas así.

—¿Porque tienes el control? —le pregunté, mientras pensaba que ella seguramente podría sentir lo fuerte que me latía el corazón.

—No —respondió, frunciendo el ceño—. Porque me siento cerca de ti.

Yo no dije nada.

Cuando August preguntó qué tal lo habíamos pasado, le respondí que bien. Me parecía que era verdad. Me costaba mucho imaginar una felicidad que no fuera turbia, la pura felicidad siempre me parecía demasiado fugaz para poder atraparla. Yo *era* feliz con Thora. Las semanas que pasamos en el apartamento de Kreuzberg me habían llevado a jugar con la idea de cómo sería vivir con ella. Me gustaba despertarme con el aroma a café recién hecho y encontrarla a la mesa de la cocina, con los pies encima de la silla, profundamente concentrada en un artículo o en un libro, me gustaba ir con ella a la tienda y sacar luego los alimentos de las bolsas y cocinar juntos, me gustaba verla desmaquillarse por la noche, pasarse toallitas desmaquilladoras por la cara, enjuagarse, a ponerse crema, cepillarse

los dientes, cepillarse el cabello, peinarse. Pero de vez en cuando pasaba algo entre nosotros, tormentas en vasos de agua que, aun así, dejaban tras de sí la absorbente sensación de resbalar varios escalones por una escalera empinada, y yo buscaba a tientas algo a lo que agarrarme, sin poder decir exactamente qué era lo que me hacía perder el equilibrio.

Presentar a Thora y a August a mis amigos de Berlín fue como presenciar a cámara lenta la colisión entre dos mundos, dos estilos de vida diferentes, donde yo era el único denominador común. Me sentía obligado a preocuparme de que todos lo pasaran bien, lo cual hacía que estuviera todo el tiempo tenso, asintiendo y musitando. Thora me dijo que no sabía que yo había tenido tantas amigas en Berlín, y no pude determinar si lo dijo porque le molestaba o si no era más que una constatación a la que no le daba mayor importancia. Algunas de ellas eran chicas con las que me había acostado, y, aunque no se lo dije a Thora, tuve la sensación de que ella lo dedujo de todos modos, porque hizo el esfuerzo de ser amable con ellas, incluso cuando las oí decir cosas que yo sabía que normalmente hacían que pusiera los ojos en blanco. Como cuando Liese discutió las diferencias entre estar fumado y estar borracho, o cuando Madison, con su marcado acento americano, hablaba de Europa como si fuera un solo país y se quejaba de la falta de aire acondicionado. Yo trataba de interpretar el estado de ánimo de Thora, pero casi nunca me miraba a los ojos cuando salíamos con mis amigos, y evité pensar demasiado acerca de si la colisión entre mis dos vidas diferentes era más clara y violenta para ella o para mí.

Unos días después de la llegada de August a Berlín, Eliel también se unió a nosotros y trajo consigo a dos amigos, Jens y Natalie. Habían comprado billetes de última hora, pero no pudieron encontrar un albergue barato con camas disponibles, y, por eso, durmieron tres noches en el apartamento de Kreuzberg en colchones hinchables. Después iban a continuar viajando a Budapest y Praga en tren. A Thora no le hizo ninguna gracia la repentina invasión y acusó a August de ser demasiado complaciente. Los oí discutir en uno de los dormitorios mientras Eliel, Jens y Natalie estaban tumbados boca abajo, en paralelo, en el suelo de la sala de estar, mirando una serie de televisión, y al parecer ajenos al conflicto. Yo pensaba también que su presencia allí era inoportuna, pero no me apetecía decirle nada a August, que era

quien siempre mediaba entre los diferentes grupos. Había visto que August le dirigía a Eliel miradas de enojo que Eliel fingía no ver. Yo estaba fregando los platos en la cocina, y trataba de ignorar la sensación que tenía de que era yo, de alguna manera, la causa de la bronca entre Thora y August, a pesar de que yo no tenía nada que ver con los amigos de Eliel. Sus gritos a través de la puerta cerrada me recordaron a las peleas de mis padres.

Cuando Thora salió del dormitorio, se puso los zapatos y salió del piso dando un portazo. August entró en la cocina unos minutos más tarde haciendo muecas.

—Debería haberle avisado —dijo, llenando el hervidor de agua—. No le gusta que la obliguen a estar con gente. Y tiene razón en que me cuesta mucho decir no.

—Se le pasará —dije.

August cogió una bolsita de té y la puso en una taza con el hilo blanco colgando fuera del borde. Se enrolló el hilo alrededor de un dedo hasta que se le puso blanco, después lo soltó y la sangre fluyó de nuevo hasta la punta del dedo. El vapor del hervidor se elevó hasta el techo.

August sonrió.

—Es una suerte que te tenga a ti.

Coloqué un plato en el escurreplatos. Aún seguía preguntándome qué decían Thora y August de mí cuando no estaba presente. Sentí la mirada de August, y cuando ya no hubo más platos que secar le dije:

—Creo que ella también se las arreglaría bien sin mí.

—Estocolmo estaba vacío sin vosotros —dijo August—. Eliel se enfadó porque os echaba mucho de menos.

El hervidor emitió un chasquido. August vertió el agua y unas nubes de leche en la taza de té; la leche se arremolinó hasta que la mezcla se asentó formando una humeante superficie lisa de color marrón claro.

—Parece celoso —dije.

—Sí —dijo August—. Lo es. Cabría pensar que alguien con tantos tatuajes sería menos convencional.

Cuando Thora volvió al piso una hora después, había comprado dos botellas de vino tinto, que abrió y colocó en la mesa de la sala de estar, como para comunicar un acuerdo de paz. Besó a August en la mejilla, se sentó en el suelo y se apoyó en mis piernas. Le acaricié el

pelo. Vi que Eliel miraba de soslayo a August y a ella.

Una noche, por iniciativa de August, salimos todos juntos a un bar. Ocupamos una mesa larga al fondo del local, cerca de un ventilador que zumbaba en un rincón de tal manera que hacía que revolotearan los carteles de la pared. Pedimos varias rondas de cerveza y discutimos temas como: ¿por qué todos los arquitectos parecían tener el mismo gusto?, ¿por qué las empresas de servicios públicos solo ofrecían empleos temporales?, ¿por qué los periódicos suecos informaban de manera tan intensa y detallada sobre la política estadounidense?

—Lo cierto es que no nos afecta —dijo Natalie—. Si Estados Unidos tiene un presidente demócrata o republicano.

—A lo mejor puede afectarnos sin que nos demos cuenta —dijo Eliel.

Thora lanzó un suspiro sonoro, pero no dijo nada. Admiré a regañadientes su capacidad para mostrar abiertamente lo aburrida que estaba. Yo, a veces, me esforzaba tanto en parecer interesado por cosas que no me importaban nada que casi conseguía engañarme a mí mismo. August era más inescrutable, podía permanecer sentado en silencio y luego asentir, lo cual era percibido por la persona que hablaba, que a su vez se sentía animada con la reacción de August. No estaba seguro de si August era consciente de cuánto influía en las conversaciones a través de esos sutiles gestos de apoyo. Nunca tenía que levantar la voz para que se le escuchara. Yo envidiaba el efecto que August ejercía en su entorno, su manera de conseguir que otras personas se sintieran relajadas en su compañía. Me di cuenta, cuando miré a August, de que todavía me costaba imaginármelo desdichado y deprimido, no podía unir al August tranquilo y bondadoso del bar con su otro lado, más sombrío, que sabía que existía, pero del que yo solo había visto algunos destellos. Esa incapacidad mía me parecía, cada vez más, una traición a August.

Después de un rato entramos en el tema de lo que estábamos analizando. Thora era la última de la ronda que Jens inició cuando August y Eliel salieron a la calle a comprar tabaco a un quiosco que estaba unos metros más abajo. Tuve la impresión de que Jens había estado esperando la ocasión para poder interrogar a Thora. Quise rodearla con el brazo, pero estaba sentado al otro lado de la mesa, enfrente de ella, y tampoco estaba seguro de que Thora hubiera agradecido el gesto.

—¿Derecho? ¿En qué piensas especializarte? —preguntó Jens.

—Aún no lo sé —dijo Thora—. Quizá en derecho internacional o derechos humanos.

Jens abrió los ojos como platos.

—¿Derechos humanos? —dijo sonriendo—. ¿No eres Thora Stiller?

—Sí, claro.

—¿Como los del grupo empresarial Stiller?

Thora miró directamente a Jens.

—Sí —respondió.

—Resulta algo contradictorio —dijo Jens recostándose en la silla —. Una Stiller trabajando por los derechos humanos.

—Thora no tiene nada que ver con el Grupo Stiller —dije.

—Supongo que ella, o los dos, vivís en un piso de propiedad privada colectiva en el centro de Estocolmo y pagado con el dinero del Grupo Stiller. Y tú, Thora, seguro que tienes un fondo del que sacar dinero de vez en cuando. —Jens hizo una breve pausa e hizo girar su vaso de cerveza sobre la mesa—. Pero, claro, siempre puedes defender los derechos humanos en países a los que Suecia no vende armas, para demostrar tu compromiso.

Natalie escribía algo en su teléfono móvil. Busqué la mirada de Thora, pero ella solo miraba a Jens, sin inmutarse. Los aretes redondos que llevaba eran finos, parecía que se podían romper por la mitad con un ligero movimiento de la mano. Las alas del perfilador de ojos todavía eran puntiagudas pero el color del pintalabios se había atenuado; en su vaso había marcas de labios rojas.

Natalie apartó el móvil con la pantalla hacia abajo.

—Sinceramente —dijo, con la mano hueca junto a la cara—. ¿Qué significa ser una *buena* persona hoy en día? Todos somos unos hipócritas. Nosotros, por ejemplo, *volamos* hasta aquí.

—Solo tengo curiosidad —dijo Jens.

—Nunca he dicho que sea una buena persona —dijo Thora.

—¿Por qué tendría que ser Thora más responsable que cualquier otra persona? —pregunté.

Ella me miró sacudiendo la cabeza, como si quisiera disipar mis palabras. Sentí que me ardía la cara y apreté las mandíbulas, pero guardé silencio.

Jens sonrió.

Cuando August y Eliel volvieron, el primero preguntó de qué estábamos hablando. Natalie había vuelto a coger su móvil. El ventilador se movía de un lado a otro; sentía las ráfagas de aire en la nuca y sin embargo estaba sudando.

—Sueños para el futuro —dijo Jens.

Thora y yo regresamos dando un paseo al apartamento. Los demás tomaron un taxi para ir a una discoteca porque era la última noche de Eliel y sus amigos en Berlín. Las hileras de árboles oscuros se extendían, con sus ramas colgando sobre las aceras, que estaban cubiertas de colillas de cigarrillos y botellas de cerveza vacías. Las colas de gente serpenteaban fuera de los establecimientos de comida rápida. Olía a asfalto caliente y a fritanga. Miré mis zapatillas de deporte, manchadas con la ceniza de un cigarrillo a modo de rayas grises sobre la tela. Los pies de Thora parecían descalzos con las sandalias contra los adoquines sucios. Deslizó la vista sobre las personas que hacían cola fuera de los bares y discotecas. Su silencio parecía patente y manifiesto, cargado de matices que no pude más que interpretar como que estaba enfadada conmigo.

—No te preocupes por eso —le dije—. Por lo que diga Jens.

—¿Por qué no? —dijo ella con el rostro vuelto hacia otro lado—. Tiene razón. Incluso en lo del piso, tiene razón.

—Solo sacó el tema para sentirse moralmente superior.

—Lo sé. Pero eso no significa que esté equivocado.

—¿Vas a dejar que te diga lo que tienes que hacer con tu vida?

—*Es* hipocresía —dijo—. Y lo peor es que les encajaría perfectamente. Les encantaría tener a una abogada de los derechos humanos en la familia.

La luz de los letreros de neón se reflejaba en sus ojos. Me sonrió, pero su sonrisa se quebró ante la dureza de su mirada.

—Podría ir con ellos en sus viajes de negocios —continuó—. Inventar razones por las que sus negocios favorecen realmente los derechos humanos. Podría sentarme junto a algún miembro de la realeza en el avión y beber champán cuando la venta a un país *no democrático* llegue a buen puerto.

—Estás exagerando —le dije, agarrándola de la mano para intentar que caminara más despacio.

Ella soltó la mano de un tirón y se agarró bien el bolso que llevaba

al hombro como si creyera que se lo iba a quitar.

—Déjame en paz —dijo.

Aminoré el paso.

—Sinceramente, no sabía que te preocupara tanto cómo gana dinero tu familia. Nunca has hablado de ello.

—¿Qué se supone que debo decir? ¿Que creo que está mal? ¿Que me da vergüenza, pero no puedo hacer nada?

—No sé —dije—. ¿Qué es lo que realmente quieres que *yo* diga?

—No tienes que decir nada —respondió.

Cuando entramos en el pasillo de casa, Thora, mientras se desataba las hebillas de las sandalias, me dijo:

—Siempre piensas que todo gira a tu alrededor.

Me quité los zapatos y los coloqué pegados a la pared.

—Ok —dije, introduciendo las manos en los bolsillos de los vaqueros.

—No te lo digo con mala intención —dijo—. Pero siempre piensas que algo va mal entre nosotros solo porque estoy callada.

—Quizá porque a menudo pareces irritada conmigo.

Ella me miró, y me sorprendió la fuerza de sus ojos.

—Yo no puedo hacerme responsable de tu inseguridad. No te gusta que no te necesite —dijo alzando la voz—. Quieres que sea como tus amigas de aquí. Agradable y fumada. *Sin complicaciones*.

Traté de mostrarme tranquilo y pasaron unos segundos antes de que me diera cuenta de que estaba conteniendo la respiración. Luego lancé un profundo suspiro e hice un gesto con las manos para mostrar que no sabía cómo responder a eso. Ante mí, vi nuestra relación como si fuera algo resbaladizo que se me escapaba de las manos mientras ella la pisoteaba, como si no significara nada.

—Nunca he creído que me necesitaras —le dije dándole la espalda.

Por la mañana, los colchones hinchables de la sala de estar habían desaparecido. En la mesa de la cocina había una nota de Eliel y sus amigos dándonos las gracias por haber podido dormir en el piso. August y yo salimos a desayunar. Thora no quiso acompañarnos. Al cerrar la puerta, oí que se abría el grifo de la bañera. Yo había dormido mal.

En la cafetería el sol entraba a raudales a través de las altas

ventanas, los azulejos blancos de las paredes reflejaban la luz y algunos clientes de la cafetería tenían puestas las gafas de sol en el interior del establecimiento mientras otros entornaban los ojos frente a las pantallas de sus ordenadores para ver algo más que su propia imagen reflejada en ellas. Le traduje la carta a August y luego me acerqué a la barra a pedir, mientras August buscaba una mesa al fondo del local, como huyendo de la luz del sol.

—¿Qué le pasó a Thora ayer? —preguntó August cuando me senté.

—Realmente no lo sé. Jens le preguntó por el Grupo Stiller.

—Ah —dijo August—. Desagradable.

—Sí. Pero luego ella parecía más enfadada conmigo.

—¿Por qué?

—Supongo que dije algo que no le gustó. En cualquier caso, ella, al parecer, piensa que Jens tiene razón.

—Jens me preguntó qué pensábamos Eliel y yo sobre trabajar en publicidad. Cuáles eran nuestros argumentos.

—¿Te preguntó eso?

—Él es así. Se siente cómodo haciendo que los demás se sientan incómodos. Cree que está poniendo el dedo en la llaga sobre cosas en las que uno mismo no ha pensado.

—Es fácil tener principios, pero hay que pagar el alquiler y comprar comida —dije yo.

—Sí —afirmó August, tomando un sorbo de café—. Pero no es que *no* pueda trabajar en otra cosa. Los salarios en el sector de la publicidad suelen dar para mucho más que para pagar el alquiler y la comida. Dan también para zapatillas deportivas caras y entradas a festivales. Pero, de momento, no estoy vendiendo mis servicios a dictadores.

—Pero eres un engranaje dentro del sistema capitalista —le dije, porque para entonces ya había aprendido la consabida retahíla.

August sonrió.

En nuestra mesa había tres flores en una botella de vino vacía sin etiqueta.

August me miró y sentí su mirada vacilante en mi rostro como si una hoja suave pasara revoloteando, cosquilleándome y estimulándome al mismo tiempo.

—¿Así que Thora y tú discutisteis ayer? —dijo August.

Tomé la tacita de café, que sonó contra el plato. El café me supo amargo.

—Sí.

—Se le pasará —dijo August—. Además, no es contigo con quien está enfadada.

—No sé qué decir —añadí deslizando la vista por la cafetería, porque me resultaba difícil encontrarme con la mirada de August mientras hablaba—. No sé qué decir cuando se cierra así.

—Ya, en muchos aspectos sois los dos iguales —dijo August.

Había una dulzura en su voz que casi me hizo llorar.

—¿Estás realmente enamorado de Eliel? —le pregunté.

—No es el gran amor de mi vida. Pero puede ser divertido a veces. Después de todo, tú me quitaste a Thora, ¿no?

Lo miré estupefacto, como si me hubieran dado un golpe en la nuca. Pero August parecía no darle mayor importancia.

—¿Es eso lo que sientes? —pregunté.

—O te ha alejado ella de mí —dijo August, como si no hubiera oído mi pregunta.

Sonrió y preguntó:

—¿Qué queremos hacer hoy?

—Podríamos ir a algún museo de guerra —propuse yo.

Después de un rato decidimos ir al Museo Käthe Kollwitz. Le envié un mensaje a Thora diciéndole adónde íbamos y cómo podía llegar ella desde el apartamento. Contestó que nos encontraría allí. August y yo pagamos la entrada y entramos en el museo antes de que ella llegara. Yo era más impaciente que August y apenas me detenía en las obras de arte.

Cuando volvía en busca de August, después de haber dado la vuelta a una planta, encontré a Thora y a August en una de las salas. Estaban sentados en un banco de espaldas a la puerta. Cuando los vi, pensé claramente, como si ese pensamiento me estuviera aguardando en la sala, esperando a ser descubierto y que yo lo formulara: yo nunca dejaría de sentirme solo. Los miré, vi la cabeza de Thora apoyada en el hombro de August, el brazo de August rodeando la espalda de Thora, y luego me volví en silencio y subí hasta el siguiente piso. Algo más tarde, oí sus risas en la escalera. Me dirigí a una sala pequeña, la más alejada del rellano, pero solo pasó un minuto antes de que sintiera la mano de Thora en mi brazo.

—Aquí estás —dijo—. Te estábamos buscando.

Me volví hacia ella. Llevaba el pelo recogido, algunos mechones se

le habían salido del coletero y los había sujetado detrás de las orejas. Olía a champú y a protector solar.

—Me adelanté —dije—. No sabía que ya estabas aquí.

—No se tarda mucho tiempo en llegar —dijo.

Sentí cómo buscaba mi mirada, y aunque dejé que la captara, me contuve un poco, como si estuviera juntando los sentimientos y encerrándolos en mi interior, fuera de la vista.

—No debería haber sido tan desagradable contigo ayer —dijo—. Fui injusta contigo.

—Está bien —dije, y al escuchar lo lacónico que sonaba añadí—: No pasa nada. No estoy enfadado contigo.

Ella se puso de puntillas y mantuvo el equilibrio apoyando una mano en mi hombro. La besé primero en los labios y luego en la frente. Pude sentir el sabor del protector solar.

—Claro que te necesito —dijo en voz baja, al lado de mi cuello, y sentí una especie de succión en algún lugar dentro de mí—. Creo que a veces digo cosas desagradables para ver si reaccionas.

La abracé y cerré los ojos. Me pregunté cómo era posible sentirse tan cerca de alguien y a la vez tan lejos.

Thora

Algunas semanas después de comenzar el primer semestre, Hugo me contó que había empezado a salir con una compañera de clase.

—¿Quién es? —pregunté.

—No creo que la conozcas —dijo él—. No es de Estocolmo.

Como si yo conociera a toda la ciudad. Posé mis manos en torno a la taza de papel. Estábamos sentados en uno de los cafés de la zona universitaria. Afuera lucía el sol, las ventanas estaban polvorientas, los céspedes cubiertos de hojas amarillas.

—Pensé que no te iba a importar —dijo—. Como no somos pareja, y tienes a August…

Sonreí, pero rehuí su mirada. Observé a la gente haciendo la cola para el almuerzo y a las camareras que corrían de un lado a otro tras la barra preparando los pedidos.

—¿Me equivoco? —dijo cuando yo llevaba tanto tiempo en silencio que me parecía que él debería haber entendido, por sí mismo, que la pregunta era superflua y, por lo tanto, estúpida.

—No —dije, y me sorprendió la calma en mi voz—. No te equivocas.

—Este verano dijiste…

—Sé lo que dije. E iba en serio.

Apreté mis manos alrededor de la taza a pesar de que estaba caliente y me quemaba las palmas de las manos. Sabía que Hugo me estaba observando, aun así no estaba segura de la impresión que le estaba dando. Sentía pequeños tics en torno a la boca y los ojos, y un cosquilleo en la piel, como si corretearan hormigas sobre mis pecas y mi maquillaje.

—Pareces alterada —dijo él.

—No lo estoy. Puedes hacer lo que te dé la gana.

Temía echarme a llorar si dejaba de sonreír.

—¿Esto significa que ya no nos vamos a acostar juntos?

—No. No sé, no lo había pensado —dijo él—. Olivia tampoco es mi pareja.

—¿Le has hablado de mí a *Olivia*?

Pronuncié el nombre como si se tratara de una palabra de un idioma extranjero que no dominábamos ninguno de los dos.

—No.

Soltó una carcajada.

—No sé cómo explicarle nuestra relación. Tigran cree que August, tú y yo estamos en una especie de triángulo amoroso.

Lo miré y pensé que lo odiaba. La sonrisa de Hugo se desvaneció lentamente. Detrás de él flotaba el polvo en la luz del sol, grandes nubes de partículas que giraban en torbellinos cuando alguien pasaba con su almuerzo en la bandeja.

—*Estás* enfadada —dijo.

Le di la vuelta al móvil, que estaba sobre la mesa, para ver la hora.

—Tengo que marcharme.

—Thora...

Se levantó a la vez que yo.

Guardé mis cosas en el bolso mientras él me observaba.

—Creí que no te iba a importar —dijo—. Lo siento.

Agarré el móvil, apretándolo con fuerza, sentí la pantalla grasienta contra mis dedos.

—Mi clase va a empezar dentro de poco —dije—. Hasta luego.

Le lancé una sonrisa antes de irme de allí y bajar las escaleras al auditorio. Me senté en el fondo de la sala, tan arriba que el profesor parecía una figura de palo sin rasgos faciales. La luz de las lámparas del techo era intensa y borrosa, hacía que las hojas blancas del cuaderno parecieran amarillentas. Los renglones negros del papel ondeaban como olas. Me sentí mareada, como si me estuviera resbalando hacia dentro en la profundidad de mi mente. Veía las filas de compañeros de clase como a través de un túnel. Cuando movía la mano era como si otra persona hiciera que mis dedos cogieran el lápiz. Mi letra parecía extraña. En la pausa cogí mis cosas, fui al pasillo y salí por la entrada, donde grupos de estudiantes se habían congregado para fumar. El aire era frío y olía a hojas descompuestas, tierra mojada y humo de cigarrillos. Las copas de los árboles quedaban iluminadas por el sol y las hojas caían sobre el suelo. Fui despacio hacia la parada de autobús,

con el abrigo en la mano y el bolso al hombro. Llevaba puesto un jersey de manga corta de cachemira, tenía los brazos con la piel de gallina, el frío parecía haber anclado en mi cuerpo. Me concentré en mi respiración. El túnel desapareció. En el autobús escuché música y enrosqué el cable blanco de los auriculares alrededor de mis dedos mientras veía cómo pasaba el colorido del otoño por la ventana. Pensé en lo pequeña que era, una sola persona en un autobús, en una ciudad, en un país, en un recóndito rincón al norte del mundo. Era como levantar el techo del autobús y mirarme a mí misma y lo insignificante que era, y fue una experiencia inexplicablemente liberadora, como dejar de oponer resistencia a algo más grande que yo, y dejarme arrastrar por el absurdo.

Por la tarde fui al bufete de abogados y trabajé en la recepción. Contesté llamadas telefónicas y regué las orquídeas. Miré los pétalos y pensé que me gustaría arrancarlos, uno a uno, y tirarlos a la papelera. Vi iluminarse la pantalla de mi móvil con mensajes de Hugo y de August, pero solo contesté a los de August.

Después del trabajo fui a casa de August y le relaté lo que había dicho Hugo. Estaba sentada con las piernas flexionadas en la cama de August mientras él iba de un lado a otro, escuchándome a mí y removiendo la comida que estaba cocinando. Procuré mostrarme indiferente, pero no se dejó engañar. Lo miré, estoica, cuando él entró de la cocina con el delantal puesto y la espátula en la mano.

—Dile las cosas como son —dijo.

—No puedo hacer eso.

—¿Por qué no?

—Él solito debería darse cuenta —dije.

—Tal vez él sea un poco lento.

Reposé mis manos sobre las rodillas.

—Él sabe perfectamente lo que está haciendo. No puedo humillarme ante él.

Esa noche la pasé en casa de August. Cuando estábamos tumbados el uno al lado del otro en la oscuridad me dijo:

—Sabes de sobra que no tienes que fingir que todo está bien, ¿verdad?

Cerré los ojos, los tenía irritados.

Cuando noté que él estaba a punto de decir algo más, le dije que no quería hablar de Hugo. August se quedó callado y apretó mi mano.

Poco después me dormí. Por la mañana August preparó el desayuno. Hizo huevos fritos y sacó pan y otras cosas para hacer bocadillos. Él dijo que estaba considerando romper con Eliel y me preguntó mi opinión.

—No sé, la verdad —dije—. Tienes que hacer caso a tus sentimientos.

La mirada que me lanzó August era tan tierna que pensé que tenía que quebrarse contra mi dureza, como dos materias incompatibles que se repelen.

August puso la cafetera y sacó tazas de café. La cafetera carraspeaba en su rincón. August se vistió mientras yo estuve escarbando en mi huevo. Tenía náuseas. Al servirme una taza de café, August me contó que pensaba dimitir de su trabajo de publicista.

—Pero se te da bien —dije.

—No estoy a gusto. Y no hago más que trabajar.

—¿Puedes ganarte la vida con tus cuadros?

—No —dijo—. Nunca lo podré hacer. Pero tampoco sé si eso me gustaría.

—Lo entiendo —dije.

—He solicitado un puesto como profesor suplente de plástica —dijo—. Si no lo consigo puedo buscar trabajo en otro sitio. Quizá de asistente personal. O de mozo de almacén.

Asentí.

Me miró con cautela.

—¿Crees que podrías vivir con ello?

—¿A qué te refieres?

—A que no tendré una carrera profesional. Ni ganaré mucho dinero.

El sol de la mañana brillaba en el agua fuera de la ventana. En los puentes sobre el canal relucían los capós de los coches. August estaba quieto, mirándome.

—A mí me da igual en qué trabajes —dije—. Mientras estés contento.

—¿No te vas a avergonzar de mí?

—No. ¿En serio crees que lo haría?

—Sé que estas cosas son importantes para ti.

—¿El dinero?

August vaciló.

—El prestigio.

—Yo no soy como tu hermano —dije.

—Lo sé —dijo él—. Perdón.

Sonreí.

—Pues me tocará correr con el mantenimiento.

—Yo me puedo quedar en casa con los niños —dijo él.

Me reí, pero tenía dolor de cabeza. Cuando nos estábamos poniendo los abrigos en el recibidor, August se me acercó, puso su mano en mi pelo y me dijo que todo saldría bien, que todo se iba a arreglar. Yo sacudí la cabeza, con la cara hundida en su jersey.

—Sí —dijo él.

Caminamos hacia el metro. Un hermoso día de otoño. Me gustaba andar cerca de August en medio del bullicio matutino, sentir su brazo contra el mío. Me dio un beso en la frente antes de subirse a su vagón.

Durante la conferencia de la mañana escribí una respuesta a Hugo: «*No estoy enfadada, nos vemos más adelante esta semana*». Él no contestó. Mi breve oración quedaba aplanada bajo los largos mensajes de él, como si apenas pudiera soportar su peso.

Nos vimos en casa de Aron y Laura el viernes por la tarde. Hugo se había mudado a un piso de estudiantes a principios de septiembre, pero le seguían invitando a las cenas de los viernes. De camino a casa de mis padres estuve a punto de enviarle un mensaje para preguntarle si iba a acompañarle Olivia. Contuve las ganas en el último instante. Un mensaje así equivaldría a confesar que él tenía algún poder sobre mí, que lo que él hiciera me afectaba, y no quería que eso le constara por escrito.

Durante la cena hablé con Samir y le pregunté por el proyecto de investigación en el que estaba trabajando y por los estudiantes de los que era tutor. Me gustaba escuchar sus anécdotas sobre aquel mundo académico de Uppsala que él idealizaba tanto como deploraba. Le hablé de los cursos que estaba estudiando, de mis compañeros de clase, que escribían redacciones largas en un lenguaje jurídico pesado, con oraciones interminables y palabras anticuadas. Hablé alto y gesticulé enérgicamente para tratar de ignorar a Hugo, como una demostración de lo poco que me importaba. Sabía que me estaba mirando y me gustaba la sensación de estar ocultándole algo al negarme a mirarle a los ojos. A la mesa en casa de Aron y Laura yo sabía quién era, el papel que tenía; allí existía para mí un lugar incuestionable, y, aunque se me

escapara algún comentario cínico, siempre había alguien que me sonreía, porque era joven. Los amigos de mis padres todavía me veían como a una niña precoz, una actitud que yo aprovechaba para hacerles reír y sonreír con el mínimo esfuerzo.

Hugo permaneció inusualmente callado y se retiró pronto con la excusa de que tenía un trabajo de examen que entregar ese fin de semana. Miré a su espalda cuando desapareció por el pasillo. No regresó. Se me ocurrió que era yo quien lo había ahuyentado. El poder con el que había estado haciendo malabares durante la cena ya no resultaba interesante, más bien me parecía un narcótico que me había hecho perder la sensatez.

Pasaron unos días. Una semana. Dos semanas. Anochecía pronto por las tardes, todo lo que había sido verde se tiñó de rojo, amarillo o marrón. Pasaba mucho tiempo en la universidad escribiendo listas sobre las cosas que tenía que hacer y luego las iba tachando con una satisfacción que no se correspondía con la apatía que sentía al hacer las tareas apuntadas. En el grupo de chat que compartíamos Hugo, August y yo seguíamos como siempre, intercambiando capturas de pantallas, enlaces a artículos y citando fragmentos de conversaciones entre extraños que habíamos escuchado en cafés, en el metro o en la cola de la caja de alguna tienda. Era como si estuviéramos creando un relato común de nosotros juntando impresiones, opiniones y fragmentos de los sucesos diarios. El relato no tenía relación alguna con aquello que sucedía fuera del chat, y a veces me preguntaba si nuestra recopilación estaba dedicada a un público ausente pero imaginado que ni siquiera tenía acceso a nuestros mensajes privados.

Resistí la tentación de hacer una búsqueda con el nombre de Olivia. Cada vez que me entraban las ganas me imaginaba que Hugo estaba a mis espaldas viendo lo que yo hacía, y entonces era fácil no hacerlo.

Un día me topé con ellos junto a los casilleros de la Biblioteca Nacional. Yo estaba saliendo y ellos de camino a la sala de lectura. Comprendí que era Olivia quien estaba al lado de Hugo aun antes de que nos presentara la una a la otra. Cuando nos encontramos me pregunté si él sintió el mismo vuelco en el estómago que yo, como si una compuerta sellada hubiese sido abierta a la fuerza en un instante. Se le veía acobardado, y sostuvo su ordenador contra el pecho a modo

de escudo cuando me saludó. Miré a Olivia, sonreí y le estreché la mano. Olivia era rubia y tenía gafas redondas. Era guapa. Hugo y Olivia hacían buena pareja, encajaban. Olivia realzaba lo tierno en Hugo, acentuaba la chispa de alegría en sus ojos, y su melancolía resultaba menos evidente.

Más tarde, cuando le conté a August nuestro encuentro, él escuchó sin dar muestra de lo que pensaba.

—Hacen buena pareja —dije.

—Sí, ya lo has dicho.

—Lo digo en serio. Olivia seguro que le hace bien. Tal vez ella le pueda ayudar a comprender mejor sus sentimientos.

—No es necesario que seas tan racional.

—El hecho de que yo no reaccione como lo habrías hecho tú no significa que esté equivocada.

August me miró detenidamente, como si se estuviera orientando hacia un terreno familiar.

—Está bien —dijo—. Solo digo que no pasa nada porque no seas racional. Puedes tener emociones.

Nos encontrábamos en la cocina del piso de la calle Styrmansgatan. Estábamos sentados el uno frente al otro a la mesa de la cocina, cada uno con su ordenador abierto. Harriet e Iris no estaban en casa.

—Él no se lo merece. No tengo necesidad de él —dije.

—A mí no me parece que esté tan contento.

Me quedé callada un buen rato, frotando una mancha en el teclado.

—Tengo la sensación de que tendría que ir en contra de mí misma para amarle como él requiere para sentirse cómodo —dije al final—. Y no puedo. Creo que tengo demasiado amor propio para hacer eso.

Me levanté y vertí el café en el fregadero. August me observó por encima de la pantalla del ordenador. Cuando lo miré a los ojos no había que forzar ninguna compuerta, me abrí sin el menor esfuerzo. Eso me hizo pensar en los pequeños esqueletos de animales que hay en las vitrinas del Museo Nacional de Historia Natural de Francia, en París, con sus tórax abiertos a la vista del público.

—¿Crees que eso me convierte en una mala persona? —pregunté.

—No —dijo él—. Claro que no.

—¿Pero soy una persona intransigente? ¿Fría?

Él se levantó y se puso frente a mí. Puso sus manos con delicadeza en mi cara, como si estuviera sujetando algo frágil. Cerré los ojos.

Durante las temporadas de exámenes era imprescindible llegar pronto por la mañana a la Biblioteca Nacional. Los casilleros y los asientos se llenaban enseguida. Siempre había un grupo de estudiantes en las escaleras de la entrada unos minutos antes de las nueve. Por las tardes, el ambiente era caótico y la cafetería olía a café rancio. Todas las mesas estaban ocupadas, abarrotadas de ordenadores, bolsas de plástico, botellas de agua y táperes. Por el suelo serpenteaban largos cables blancos que iban de los enchufes en las paredes a los ordenadores.

Al final de la semana vi a Hugo allí, en la entrada, esperando a que lo dejaran entrar. Me sonrió, como si no importara que yo no hubiera contestado al mensaje que él me había enviado unos días antes. Me preguntó si quería almorzar con él y algunos otros. Me pregunté si se trataba de un intento de establecer una nueva normalidad entre nosotros. Yo dije que sí, y a las doce me fui de la sala de lectura al café y me senté en una mesa con Hugo, Tigran y un chico que llevaba un polo rojo, que estaba haciendo el doctorado en Historia de las Ideas y era amigo de Tigran. Yo ya le había visto varias veces en la biblioteca, siempre llevaba ese polo rojo. Hablamos de lo que estábamos escribiendo. Cuando Hugo comentó el examen del curso avanzado de derecho internacional, el amigo de Tigran soltó en tono serio:

—¿O sea, que todavía hay gente que se dedica a las relaciones causales?

Hugo me echó una mirada en la que me decía que no sabía qué contestar, y quería que yo le echara una mano. Aparté la mirada, pero sonreí.

Después del almuerzo, Hugo me preguntó si quería dar un paseo por el parque.

—Bueno —dije—. Un paseo corto.

Nos despedimos de los demás, sacamos nuestros abrigos de los casilleros y salimos a encontrarnos con el frío aire otoñal y el cielo plomizo.

—Fue incómodo —dijo Hugo—. Lo de la semana pasada.

—¿Cuándo? —pregunté a pesar de saber a qué se refería.

—Con Olivia.

—Sí —dije—. Fue raro.

Hugo pareció aliviado de que yo estuviera de acuerdo, como si aquella afinidad estableciera una base firme para el resto de la conversación.

Doblamos la esquina de la biblioteca. Hugo caminaba con las manos en los bolsillos; yo sentía que me estaba mirando de reojo. Me imaginé a Hugo y Olivia manteniendo relaciones sexuales, cómo él se colocaba entre las piernas de Olivia, el brillo dorado de la piel de Olivia, sus manos alrededor de las caderas de Olivia, quizá él prefería hacerlo por detrás. Me mordí el interior de la mejilla.

—Creí que te gustaría saber si estaba saliendo con alguien —dijo él—. Que sería peor si no decía nada.

—¿Estás enamorado de ella?

—No lo sé —vaciló—. Me gusta estar con ella. Todo es sencillo.

—Y no es así conmigo —dije con objetividad.

Por su expresión comprendí que yo había dicho algo que él no había querido pronunciar, a pesar de ser cierto.

—¿Crees que a nosotros nos conviene estar juntos? —preguntó.

La pregunta me provocó una rabia repentina. Era un nuevo tipo de rabia, más pura que aquella rabia turbia que sacudía mi pecho cada vez que pensaba en Olivia.

—¿Qué se supone que significa eso? ¿Nos conviene? —dije—. ¿Que todo sea sencillo? ¿Que nunca haya sufrimiento?

—August, tú y yo..., tengo la sensación de que no puedo controlar lo que pasa entre nosotros —dijo, y encogió los hombros como si tuviera frío—. Es difícil. Complicado. Y tengo amigos que piensan...

—¿Qué más da lo que piensen tus amigos? —pregunté.

Él suspiró y vi que los músculos de su mandíbula estaban en tensión. Bajé la mirada.

—Te importan mucho las opiniones de los demás —dije.

—Lo sé —dijo con amargura—. Es uno de mis rasgos menos atractivos.

Le miré a él y luego a la alameda. Los troncos de los árboles eran delgados y oscuros y las ramas se extendían sobre el paseo, formando un enrejado irregular que ocultaba el cielo. La mano de Hugo rozó la mía, tanteando. Risas y griterío procedente de un patio de recreo, los coches rugían en la calle que rodeaba el parque y la grava crepitaba bajo las suelas de nuestros zapatos. Caminamos en silencio de vuelta a la biblioteca y nos separamos a la entrada de la sala de estudio. Cuando

me senté en mi sitio sentí que algo había cambiado en mi interior, entre nosotros. Eché un vistazo a la gente que estaba sentada a mi alrededor, encorvada sobre ordenadores, libros y cuadernos, y se me ocurrió pensar que era una oportunidad extraordinaria: no pertenecer a nadie, ser solo mía.

El domingo visité la Galería Thielska con Karla y Laura. Fui en bici al cabo, al sur de la isla, donde estaba la galería. El edificio blanco se hallaba en lo alto de una colina y parecía un merengue con atavíos verdes que relucía entre los árboles. Hacía frío y, a pesar de llevar guantes, mis manos estaban heladas en el manillar de la bici. Aparqué la bicicleta cerca de la parada de autobús y esperé a Karla y Laura.

Había pasado la noche en casa de Hugo. No sabía por qué lo había hecho, ¿para probar algo? Todavía podía sentir sus movimientos en mi interior. Cuando me preguntó si me daba placer hice como que no lo oía. Después no estaba segura de quién de los dos tenía el control. ¿Me había apoderado de él al acostarme con Hugo, o se lo había cedido?

Las hojas en el suelo crujían con el viento. Saludé con la mano a Karla y Laura cuando se bajaron del autobús. Me localizaron y por un instante sentí que su mirada penetraba hasta lo más profundo de mis entrañas, como si todo mi ser fuera una lista completa de los errores que había cometido y que cometería en el futuro. Entonces la masa del tiempo se derramó entre nosotras y me pregunté si la distancia no sería demasiado grande como para que nunca lográramos comprendernos. ¿Pensarían que era débil?

Pagamos las entradas y colgamos los abrigos en el vestíbulo. Los tacones de nuestros zapatos repicaban contra el parqué, el ruido disminuyó en las escaleras, ya que los peldaños estaban tapizados con una gruesa moqueta. Karla se encontró con dos conocidos en el primer piso y se detuvo a hablar con ellos, susurrando en un tono de voz algo alto, mientras Laura y yo seguimos adentrándonos en la galería.

—¿Cómo están las cosas entre Hugo y tú? —preguntó Laura de repente.

Nunca había hablado de Hugo con Laura, y la miré con asombro. Me encogí de hombros y noté que me estaba ruborizando.

—No estoy segura —dije—. Más o menos.

—¿Ha ocurrido algo?

—Es difícil de explicar —dije—. No creo que a él se le dé muy bien

esto de las *emociones*.

—Ajá —dijo Laura—. Con tanta poesía que lee ese chico.

Le eché una ojeada, divertida. No sabía si ella estaba bromeando o iba en serio. Incliné mi cabeza contra su hombro cuando se detuvo ante una escultura. Ella me acarició el pelo.

—A los hombres, en general, se les da mal hablar de sentimientos —dijo—. Sobre todo a los jóvenes.

—No sé si se me da muy bien a mí tampoco —dije.

Laura me sonrió y continuó recorriendo lentamente la sala, con las manos entrelazadas a la espalda. Yo me senté en un banco y saqué el móvil de mi bolsillo, lo sostuve en la palma de la mano y miré la pantalla, carente de notificaciones. August lo llamaba nuestro juego serio: cuando esperábamos a que el otro fuera el primero en enviar un mensaje. Sentía que con Hugo no era como un juego. Guardé el móvil cuando Karla entró en la sala. Me levanté y caminé junto a Karla, quien por turnos comentaba los cuadros colgados en las paredes y hablaba de las personas con las que había conversado en la primera planta. Me tomó del brazo.

—Son los que escribieron aquel libro —dijo—. Sobre nosotros.

La miré pasmada. Ella agarró mi brazo con más fuerza.

—¿Conoces a los autores? —le pregunté.

—No. Pero ahora trabajan para nosotros.

Arqueé las cejas.

—¿Para *nosotros*?

Karla sonrió.

—Han conseguido un contrato indefinido con la revista de Philip. *Contrato indefinido*. Así que a partir de ahora se van a dedicar a otras cosas. Cosas más importantes.

Me reí por lo bajo, exhalé por la nariz. Observé el perfil de Laura. Ella estaba estudiando un cuadro, pero reparé en que ella sabía que la estaba mirando. Pensé en la noche en Berlín cuando Jens me preguntó por el Grupo Stiller. Puse mi mano sobre el brazo de Karla y carraspeé.

—He decidido mudarme de la calle Styrmansgatan —dije—. Lo antes posible.

Karla se acercó a una de las placas que colgaba junto a un cuadro de Edvard Munch.

—¿Ah, sí? ¿Adónde? —dijo sin mirarme.

—A un piso de estudiantes. Estoy apuntada en una lista de espera.

—¿No estás a gusto con Iris y Harriet?

—Sí. Pero quiero tener mi propia casa —dije—. Pensé que debías saberlo. Probablemente me mude pronto.

—Bueno, bueno, seguro que sale bien —dijo Karla soltando mi brazo.

Miré el cuadro de Munch. Un grupo de mujeres formaba un círculo en un puente, una de ellas estaba de espaldas al grupo, vuelta hacia el espectador. Los brazos le colgaban a los lados, el rostro era inescrutable. Respiré profundamente. Sentí un extraño alivio en mi cuerpo.

Cuando estábamos almorzando en la cafetería, Karla me preguntó si tenía previsto irme a vivir con August.

—No —dije—. Pero quizá lo haga. Más adelante.

—Me cae bien su hermano —dijo Laura.

No sabía qué contestarle a eso.

—¿August sigue yendo al psicólogo? —preguntó Karla.

La miré con cierto recelo en mi rostro.

—Es una trampa para mujeres —dijo Laura con calma—. Quedarse amarrada a alguien que tiene ese tipo de problemas.

—Todo el mundo tiene problemas en ocasiones, ¿no? —dije.

—Tienes que pensar en ti misma —dijo Karla.

—Puedo pensar en otra persona al mismo tiempo —dije, y enderezándome, añadí—: ¿Qué hay de malo en necesitar a alguien?

Vi cómo Karla y Laura intercambiaban una mirada. Cambiaron de tema de conversación.

Estaba nevando cuando a la vuelta crucé el puente Djurgårdsbron. Estaba helada y sudorosa a la vez. Las mejillas me escocían por el frío. Un enorme edredón de nubes cubría los tejados de las casas, pero en el horizonte el atardecer era rosa y anaranjado. Las farolas arrojaban franjas de luz sobre el agua.

Me encontré con Hugo y August en un bar, en una callejuela que daba a la calle Hornsgatan. Nos sentamos en taburetes alrededor de una mesa cerca de la puerta roja. Por la ventana se veían los copos de nieve impulsados por el viento. En el techo lucían multitud de lámparas pequeñas, un firmamento estrellado sobre la barra de un bar. Observé a Hugo y a August y escuché en silencio, mientras August le contaba a Hugo sus planes de dejar su trabajo de publicista. Hugo

asintió, animándolo, lanzándome una mirada de vez en cuando. Yo había entrado en calor y sentía un agradable sosiego. Apoyé la cabeza sobre mi mano, tracé líneas con los ojos entre los puntos de luz en el techo negro. El murmullo de las conversaciones del resto de la clientela se tendía como una manta sobre el local. Volví a mirar a Hugo y August. Les había dado partes de mí misma, pero por primera vez sentí que no había vaciado mi interior; seguía siendo yo. Fue como recobrar el equilibrio después de un salto, un salto voluntario, desde una gran altura, y descubrir, con asombro, que no se había roto nada. Podría volver a saltar. Pensé en contar a Hugo y August la conversación con Karla y Laura, pero luego consideré que no era necesario, que ellos ya sabían y comprendían, y si no era así, no estaba segura de poder explicárselo. Y la nieve seguía cayendo.

Hugo

Cada vez que salía con mis compañeros de clase, hablaban de lugares donde hacer prácticas, de becas y proyectos de carrera. Cuando habían bebido, se preguntaban qué pensaban de los profesores y qué notas habían sacado en las diferentes asignaturas. Era la primera vez que me encontraba en un ambiente en el que había un interés auténtico por saber qué contenían los currículos de otras personas. Al principio, eso me gustó porque había algo tranquilizador en el hecho de saber que no tenía que compartir nada de mi vida privada para que me consideraran una persona divertida. Escuchaba los relatos en diferentes asociaciones de estudiantes, trabajos en las juntas y prácticas en la ONU, la UE y el Ministerio de Asuntos Exteriores, mientras me avergonzaba de mi falta de experiencia.

Le daba muchas vueltas a lo que iba a hacer después del semestre de primavera, en cómo iba a mantenerme. Todos decían que se requería un máster si uno quería conseguir un trabajo relacionado con nuestros estudios, y reparé en que todos mis compañeros de clase que iban a graduarse en primavera estaban rellenando solicitudes para cursar distintos programas de máster. Tenía la vaga sensación de que todos mis compañeros sabían cómo había que hacerlo todo, cómo había que organizarse la vida, y en qué orden. Yo me sentía privado de ese conocimiento. Olivia trataba de debatir conmigo los pros y los contras de los diferentes programas y dudaba entre las universidades suecas y las extranjeras. Cuando Olivia hablaba de que quería trabajar en algo que contribuyera a mejorar el mundo, yo era incapaz de explicar por qué surgía en mi interior una especie de hastío que, sin rozar la sospecha de que yo era una mala persona, hacía que desconfiara de las aspiraciones e intenciones de los demás.

Al mismo tiempo, intentaba sentir algo por Olivia. Algo duradero. Era como escurrir una bayeta seca y ver si salía alguna gota. Pero

después de estar con ella volvía a casa sin una presión detrás de los ojos y sin la sensación de cargar con todos mis pensamientos y sentimientos sobre mi cuerpo.

Todavía seguía pasando tiempo con Thora, pero solo nos veíamos en mi casa cuando estábamos solos. Cuando August estaba con nosotros, nos veíamos en bares y cafés. Thora podía enviarme mensajes a altas horas de la noche y preguntarme si estaba en casa y si podía venir. Bromeaba diciendo que me llamaba porque quería sexo y no porque quisiera estar un rato conmigo.

—Ya sabes, yo también te utilizo —dijo una tarde cuando estábamos en mi cama—. Odio los ligues en invierno.

Comprendí que estaba bromeando, al menos en parte, pero no me pareció nada divertido. Sonreí y fruncí el entrecejo al mismo tiempo, para complacerla y mostrar mi descontento.

—¿A qué te refieres con *también*? —le pregunté.

—¿Qué quieres decir?

—¿Crees que me estoy aprovechando de ti?

—Sí.

—¿De qué manera?

—Anda ya —dijo—. Claro que lo haces. Solo estoy diciendo que yo también lo hago. Así que ninguno de los dos tiene que sentirse mal.

Thora decía las cosas en un tono de voz ligero al mismo tiempo que sus ojos parecían serios. Esa incongruencia me ponía malo; no sabía a qué atenerme, si al tono de voz o a la mirada.

—Yo no lo veo de esa manera —dije—. Me preocupo por ti. No quiero que pienses que me estoy aprovechando de ti.

—¿Qué se supone que debo pensar entonces?

Me senté en la cama, con los pies en el suelo, y apoyé la cara entre las manos durante unos segundos. Sentí que el peso del colchón se desplazaba cuando ella se sentó también. Me puso una mano en la espalda, como si no entendiera nada.

—Sencillamente no creo que pueda ser el que tú quieres que sea —dije.

—Solo quiero que seas tú.

El tono de voz suave había desaparecido, ahora era más grave, lo cual, de alguna manera, era aún peor. Guardé silencio, y entonces añadió:

—¿Quién crees que quiero que seas?

—Alguien que siempre esté a tu disposición.

Retiró la mano de mi espalda.

—¿Y qué significa eso? ¿Que tú te alejarás sin más tan pronto como surja un problema?

—No me siento una buena persona —dije en voz baja.

—¿Qué quieres decir?

La miré. La cama estaba en penumbra, separada del resto de la habitación por una cortina. Thora tenía el pelo revuelto y no llevaba rímel ni pintalabios. Su rostro denotaba una expresión de franqueza —y perplejidad—, y sentí una ternura hacia ella que me sorprendió, no porque fuera la primera vez que sentía eso por Thora, sino porque esa ternura parecía indudablemente estar conectada con el deseo de alejarme de ella.

—No me siento una buena persona —dije—. Y no creo que me guste ni a mí mismo.

—Suena como si estuvieras tratando de encontrar una salida fácil a todo esto —dijo.

—Estoy tratando de hacerte un favor.

—¿Ah, sí? —dijo ella—. ¿Y de qué manera piensas que me estás haciendo un favor?

—No quiero que creas que soy algo que no soy.

—Porque sería *terrible* que le gustaras realmente a alguien.

Aparté la mirada de ella. Me ardía la cara. Mi incapacidad para poner palabras a lo que sentía se me quedó atravesada en la garganta como si fuera un objeto físico, y vagué con la mirada por la habitación tratando de encontrar un modo de cambiar de tema y que me permitiera rodearla con el brazo sin que ella mostrara indiferencia o se apartara.

Antes de que se me ocurriera algo que decir, ella se fue a la cocina y desapareció de mi vista. Quería pedirle que volviera, pero pude comprender, al oírla abrir las puertas de la despensa y el grifo, que estaba enfadada. Sabía que iba a retorcer todo lo que yo había dicho, que me echaría en cara mis palabras y las cargaría de un significado que no tenían cuando yo las pronuncié la primera vez.

Fuera, había anochecido. El piso estaba en silencio, salvo por el zumbido del frigorífico y el sonido del agua que Thora vertía del hervidor. Olía a café recién hecho. Por el ruido de la silla al restregar el

piso, entendí que se había sentado a la mesa de la cocina. Pensé en el moretón que tenía en la rodilla y que me había mostrado la semana anterior, en la mancha de nacimiento que tenía en el cuello y que solo se veía cuando estaba acostada de lado frente a mí en la cama y se le caía el cabello, y en la marca que le dejaban las gafas de sol en el puente de la nariz y su manera de frotarla con los dedos para hacerla desaparecer más rápido, aunque solo conseguía enrojecerla. Me pregunté si era una experiencia normal o pertenecía al campo de las rarezas: ¿existían personas que vivían sus vidas sin sentirse tan cerca de ninguna otra? El hecho de sentirme como me sentía, ¿no era una prueba de algún tipo de defecto, de una incapacidad —congénita o aprendida— para manejar las cosas de una manera que el resto de las personas parecía dominar? No podía comprender cómo aguantaban otras personas la espada de Damocles que suponía la incomprensión, y su consecuencia, el abandono. Yo apenas podía soportar pensar en ello.

Me vestí y me senté en el sofá, me estiré para coger el ordenador del suelo y retomé la lectura de un reportaje sobre drones que había dejado a medias. Después de un rato, me sumí tan profundamente en la lectura que no me enteré cuando Thora volvió de la cocina.

—Me voy —dijo.

Levanté la vista y aparté el ordenador. Me dio la impresión de que Thora había estado un buen rato observándome desde la puerta.

—Creía que íbamos a cenar juntos —dije.

—No tengo ganas.

—¿Vas a volver aquí luego?

—No lo sé —dijo—. Creo que dormiré en mi casa esta noche.

El miedo se apoderó de mí como una fuerza exterior, como algo que me presionaba la espalda y el pecho al mismo tiempo.

—¿Tienes que irte? —pregunté.

—*Quiero* irme.

Levanté el ordenador y volví a colocarlo encima de las rodillas, sujetándolo con las manos de la misma manera que solía agarrar los apoyabrazos de los asientos de los aviones durante el despegue y el aterrizaje.

—Está bien —dije.

Thora me miró detenidamente antes de darse la vuelta. La oí ponerse los zapatos en el pasillo y cerrar la puerta al salir, y yo permanecí sentado en medio del silencio que dejó cuando se fue

mientras la oscuridad invernal se ceñía contra los cristales de la ventana.

Al día siguiente, Thora me envió un mensaje preguntándome si podíamos vernos para hablar. Leí el mensaje varias veces, con diferente énfasis, en diferentes tonos, y me pregunté de qué humor estaría al escribirlo. No contesté. Al día siguiente, me envió otro mensaje: «¿Estás enfadado conmigo?». El mensaje apareció en la pantalla del móvil cuando estaba en clase y lo aparté con el dedo para que no estuviera visible la próxima vez que mirara el móvil. Me llamó por la noche, yo no respondí y no volví a tener noticias suyas. También dejé de contestar a los mensajes de August.

Se hizo un silencio.

Surgió una extraña quietud, como la tensión antes de una gran tormenta. Daba vueltas por Estocolmo con la sensación de que la ciudad se cerraba para mí, me expulsaba, como si finalmente me hubiera identificado como a alguien que no pertenecía a ella. Me dolían los hombros y busqué ejercicios de estiramiento que mostraban figuras en diferentes posturas, con flechas pedagógicas que indicaban músculos cuyos nombres desconocía. Por las noches me despertaba con contracciones en los hombros que me dolían tanto que se me nublaba la vista mientras enchufaba la almohadilla eléctrica que Thora se había dejado en mi casa. Presionaba la almohadilla contra mis hombros hasta que era el calor lo que me dolía en lugar de los músculos.

A veces el corazón me latía tan rápido y de modo tan irregular que creía que iba a morirme; nunca había sido tan consciente de que tenía un corazón en el pecho. Lo único que podía calmarme eran los documentales sobre la naturaleza con voces secas, a menudo de locutores británicos, que describían paisajes, animales y condiciones climáticas, que hacían que me sintiera pequeño e insignificante, como si nada en mi vida tuviera importancia y que, por lo tanto, no tenía que tomármelo en serio. Dejé de fumar y de tomar café, imprimí los ejercicios de estiramientos en una de las fotocopiadoras de la universidad, y decidí que era hora de irme de Estocolmo. Cuando finalmente llamé a Thora, fue como si la decisión callada se interpusiera entre nosotros, como una distancia física que me separaba claramente de ella.

—Hola —le dije—. Perdona que no te haya llamado durante tanto tiempo, necesitaba tiempo para pensar.

—¿Y ya has llegado a alguna conclusión?

—Necesitaba estar solo.

—Sí. Claro. Tómate todo el tiempo que necesites.

Su voz sonaba displicente, como una capa fina sobre un fuerte sarcasmo. Cerré los ojos.

—No sé por qué esto es tan difícil —dije.

—¿Hablar conmigo?

—No —respondí—. Tú no eres el problema.

—¡Anda ya!

—¿Qué?

—*No eres tú, soy yo*.

—No era eso lo que te iba a decir.

—¿Qué ibas a decirme?

—Perdón.

Ella guardó silencio durante un rato. Luego respiró profundamente y yo me puse tenso como si de un momento a otro me fueran a escaldar.

—No sé si podré soportarlo más —dijo—. Siempre tengo miedo de decir algo que no te siente bien. Tengo la impresión de que vas a desaparecer en cualquier momento, como si no te importara.

—Me importa —dije.

—Pues no lo parece.

Miré a mi alrededor en la habitación, al techo.

—Parece que ya has tomado una decisión —le dije—. Así que realmente no sé qué decir. No puedo pedirte que te quedes conmigo si no quieres.

—*¿Pedirme?*

—Si te resulta tan difícil estar conmigo, no deberías hacerlo. Y parece que eso es lo que piensas —dije.

Me alegré de que no pudiera ver que yo estaba llorando.

—El hecho de que algo sea difícil no significa que no merezca la pena —dijo ella.

—Tú misma me acabas de decir que no puedes aguantarlo más.

—Hugo.

—Thora.

Ella se echó a reír a carcajadas.

—De acuerdo, está bien —dijo—. Adiós.

Luego colgó.

Llamé a August pero no contestó. Los tonos resonaron en mi interior, como si sonaran en una habitación vacía.

Cambié de biblioteca, de la Biblioteca Real me fui a la Biblioteca del Parlamento, en el casco antiguo. Sabía que allí no me iba a encontrar con ningún conocido. Entrar en aquel silencio fue como envolverme en una manta gruesa. Allí fue donde escribí mi trabajo de fin de grado, mis solicitudes y mis correos electrónicos. Fue allí donde empecé a desmontar mi vida en Estocolmo sin contárselo a nadie. Desde mi mesa de lectura miraba a través de las ventanas, a los turistas que paseaban por las estrechas callejuelas, a la catedral de San Nicolás que se elevaba detrás de las chimeneas, y pensaba que el próximo invierno estaría en otro lugar, en algún lugar lejos de allí.

Cuando me encontraba con August, no hablábamos de Thora. La única vez que hablamos de lo que había pasado fue poco después de mi última conversación telefónica con Thora. August me miró a los ojos y me dijo que me estaba comportando como un idiota.

—Ok —dije—. Sí. Probablemente sea verdad.

August no dijo nada. Parecía estar esperando una explicación.

Respiré profundamente, contuve la respiración.

—Yo no soy como vosotros dos —dije finalmente.

—¿Qué significa eso?

—Es muy *fácil* para vosotros.

—No lo es en absoluto.

—Pues lo parece —dije.

—¿No crees que yo también me siento inseguro?

La verdad era que no lo creía.

—Creo sencillamente que somos diferentes —dije, porque no creía que pudiera explicarle lo que en realidad pensaba—. Demasiado diferentes.

August me miró con un desdén que yo asociaba más con Thora que con él. No estaba acostumbrado a que August me clavara la mirada, como para mantenerme callado ante un ataque verbal. Eso era lo que solía hacer Thora.

—Crees que yo soy alguien para el que todo es fácil —dijo—. Pero no es así. Es solo que tú me ves así. Es así como *quieres* verme.

No supe qué contestar. ¿Era eso cierto?

No hablamos más del tema. No estaba seguro de si eran figuraciones mías, pero me pareció que August, después de aquello, se quedó a la expectativa con respecto a mí.

Pagué tres mil coronas para hacer la prueba de idioma obligatoria que certificaría mi nivel de inglés. Me sentí al mismo tiempo satisfecho y ligeramente ofendido por las pruebas del examen. Cuando me hicieron la prueba oral me preguntaron: «*Do you work with a computer*? *Did you enjoy your childhood*? *What is your favorite song*?». En la prueba de comprensión oral, reprodujeron unas cintas de audio grabadas con personas que hablaban inglés con acento británico, estadounidense y australiano. En una de las grabaciones, un hombre llamaba a una empresa de autocares y preguntaba por los horarios de diferentes vehículos a pueblos ingleses con nombres raros. Me aburrió tanto que a veces se me olvidaba escuchar y fijaba la mirada en los carámbanos que colgaban fuera de la ventana, hasta que reparaba en que debía seguir lo que decían las personas en las cintas. Unas semanas más tarde, supe que había obtenido calificaciones lo suficientemente altas en el examen como para poder entrar en una universidad extranjera. Escaneé el resultado de la prueba en una biblioteca y lo adjunté a mis solicitudes.

Un día me encontré con Eliel en el campus de la universidad. Nos detuvimos y nos saludamos. Luego nos quedamos en silencio durante unos segundos, y estaba a punto de marcharme hacia la estación del metro cuando Eliel dijo que August había roto con él hacía unas semanas.

—No lo sabía —dije.

—Ya no pasas tanto tiempo con ellos, ¿no?

—No —dije yo—. Supongo que no.

Eliel me contó que se había matriculado en un curso de Historia de las Ideas y me preguntó si podía invitarme a un café. Dudé antes de decir que sí. Sentí que, de alguna manera, con ello estaba cambiando de bando, que me alejaba un poco más de Thora y August. Después me recordé a mí mismo que ya había elegido, de manera consciente y quizá irrevocable. Esa reflexión me resultó dolorosa y risible a la vez.

Fuimos a una de las cafeterías cerca de la estación. En cuanto nos sentamos, Eliel empezó a hablar de Thora y August.

—Solo piensan en sí mismos —dijo—. Y siempre creí que parecía

que tú los idolatrabas.

Fruncí el ceño. Pensé que Eliel estaba equivocado, pero no me molesté en tratar de corregirlo.

—No creo que sea bueno —continuó—. Estar tan cerca de alguien todo el tiempo. Hay que elegir. No puedes amar a varias personas al mismo tiempo. No, de verdad.

Cuando terminamos de tomar el café, le dije:

—No sé quién hubiera sido yo si no los hubiera conocido.

Me di cuenta de ello en el momento en que lo dije, pero supe que era verdad. A Eliel se le agrandaron los ojos, lentamente. Nos despedimos poco después y comprendí, por la mirada que me lanzó, que esas palabras habían echado por tierra la base sobre la que él apilaba sus opiniones sobre Thora y August.

La nieve crujía bajo mis zapatos cuando caminaba hacia el metro. El suelo del andén estaba mojado y lleno de estudiantes. Cuando llegó el metro, vi a alguien que se parecía a Thora junto al vagón más próximo a las escaleras mecánicas. Me detuve unos segundos y sopesé subirme a aquel vagón. Ella lanzó una mirada hacia donde yo me encontraba, después la desvió, inexpresiva, y desapareció en el interior del vagón. Yo me apresuré a subir a otro vagón más alejado del suyo y las puertas se cerraron nada más subirme.

Cuando recibí la primera confirmación de admisión, estaba sentado en mi sitio habitual en la Biblioteca del Parlamento, en la sala del segundo piso con vistas a la catedral de San Nicolás. En algunas ventanas todavía estaban colgadas las estrellas de Adviento. Una de las casas del barrio era de color naranja oscuro, como un helado de naranja mezclado con hollín. La gente en las calles caminaba con dificultad en medio de la nieve, levantando a veces la vista hacia los aleros de los tejados para asegurarse de que no hubiera carámbanos peligrosos, cuyas puntas brillaban a la luz del sol como cuchillos recién afilados. Leí el correo electrónico varias veces antes de cerrar la bandeja de entrada y todas las pestañas. Apagué el ordenador. Sobre el suelo de madera, la pálida luz del sol caía adormecida como si se hubiera acomodado al calor de los radiadores. Volví a guardar el ordenador en la funda, lo coloqué en la mochila y me puse mi ropa de abrigo. Caminé por la ciudad, por las callejuelas, por los parques. No estaba seguro de adónde iba hasta que me encaminé en dirección al estudio de August.

Solo cuando entré por la puerta pensé que debería haberle enviado un mensaje preguntándole si podía pasarme por allí. No había tenido que hacerlo antes, siempre había ido allí cuando me apetecía, pero no estaba seguro de si ahora seguía prevaleciendo esa confianza. Reparé en que era demasiado tarde, ya estaba en la puerta con el frío de marzo a la espalda. August estaba sentado inclinado sobre su escritorio, abrigado con una bufanda, un jersey grueso, calcetines de lana y mitones. Como de costumbre, olía a café recalentado.

August levantó la vista.

—Hola —dijo—. No sabía que ibas a venir hoy.

—¿Estás ocupado? Si tienes mucho que hacer me voy.

August dejó el carboncillo. Tenía las manos manchadas de pintura y carboncillo.

—No, puedes pasar —dijo—. ¿Todo bien?

Yo seguía en el dintel de la puerta. Me escocían las orejas debido al contraste entre el frío del exterior y el calor del interior.

—Me han admitido en una universidad de los Estados Unidos —dije—. Acabo de saberlo.

La luz de la pequeña lámpara del escritorio parpadeó. La bombilla zumbó débilmente, como un insecto.

—Enhorabuena —dijo August—. No sabía que habías enviado solicitudes a una universidad fuera de Suecia.

—Creía que no iba a entrar.

—¿Quieres ir?

—Sí.

—Y yo que pensaba que había empezado a gustarte Estocolmo.

—Me gusta.

—Pero no quieres quedarte aquí. —August guardó silencio durante unos segundos y luego preguntó con cautela—: ¿Es por culpa nuestra?

—¿Qué? No —dije yo—. Pero no sé si me siento en casa aquí. Y es difícil conseguir una vivienda. Son caras —tanteé.

—Ah —dijo August—. La crisis de la vivienda se ha cobrado otra víctima.

Me sentí incómodo. Tenía calor y me sentía sudoroso con la ropa de abrigo, pero no estaba seguro de si August quería que me quedara o que me fuera.

—Vosotros no tenéis la culpa de que me vaya —dije.

Al decirlo de manera tan enfática, demasiado enfática, pensé que no estaba mintiendo. Si hubiera sido otro tipo de persona, me habría quedado. Vi delante de mí otra vida, una vida en Estocolmo con el agua y los cambios estacionales como telón de fondo, una vida en la que yo no retrocedía ante todo lo que era más fuerte que yo. Cuando me encontré con la mirada de August, tuve la sensación de que él había pensado lo mismo.

—Está bien —dijo August—. ¿Lo sabe Thora?

—No, no sabe nada —dije mirándome los pies. Se había formado un pequeño charco de agua junto a las suelas de los zapatos—. La verdad es que ya no hablamos.

—Lo sé —dijo August.

Apreté con fuerza el móvil, que llevaba en el bolsillo de la cazadora. August me preguntó si quería un café y le dije que sí. Me quité los zapatos y colgué la mochila y la cazadora, y me senté en el sofá. August sirvió dos tazas de café de un termo y me alargó una de ellas.

—Deberías contárselo a Thora —dijo August—. Que te vas a marchar. Creo que le gustaría saberlo.

—No lo sé —dije—. Ya no nos vemos.

—Pero aun así.

—No creo que a ella le importe.

—Puede que no —dijo August—. ¿Quién sabe?

Bebí un sorbo de café. Sabía a quemado.

—Estados Unidos está muy lejos —dijo August.

—Sí. Lo sé.

Sonrió ligeramente.

—Quizá podamos ir a verte.

—Sí. Quizá.

Pensé que eso no ocurriría y entendí que August pensaba lo mismo.

Nos quedamos en silencio.

Algo me palpitaba detrás de los ojos. Tenía dificultades para tragar el café. El silencio era tan ensordecedor que deseé que los fuertes vientos de marzo pudieran soplar por el estudio, tirar papeles al suelo y dispersar los vapores del café que me daban dolor de cabeza. Por primera vez, desde que trabé amistad con August, no sabía de qué hablar con él. Parecía que no teníamos nada más que decirnos. Me

arrepentí de haber ido, bebí un sorbo de café y me disculpé con una serie de cumplidos que me hicieron sentir abatido porque nunca me había sentido obligado a hablar con August de aquella manera. Y vi que August se quedó perplejo ante mis excusas. De repente, éramos unos extraños el uno para el otro.

Una mañana temprano de mediados de abril, tomé el autobús hasta la embajada de los Estados Unidos, en las afueras del centro de la ciudad. La embajada parecía un búnker, como algo extraño que había aterrizado y se había extendido en medio de la vegetación. Aún no eran las ocho, pero, afuera, la cola ya era larga. Los niños corrían de un lado a otro de la calle mientras los adultos hacían cola en silencio. La gente hablaba en voz baja, como si nadie se atreviera a emitir ningún sonido para que no se interpretase como un amago de alboroto en el silencioso edificio. Yo agarraba con fuerza mi pasaporte y mi carpeta de plástico transparente con un grueso fajo de documentos impresos. Miré varias veces la fecha de caducidad de mi pasaporte para asegurarme de que quedaba lejana. Pensé: un pequeño desliz, la falta de un documento, una pregunta mal interpretada, y mi traslado a Estados Unidos se iría al traste. Había fantaseado tanto con el viaje sobre el Atlántico, con el fuselaje del avión sobre el oscuro abismo, con dejarlo todo atrás, que la idea de quedarme en Estocolmo me produjo escalofríos.

La cola de la embajada iba aumentando con cada autobús que paraba en la calle para que se bajaran pasajeros. Las otras embajadas que había en la zona eran viejos edificios, algunas parecían pequeñas mansiones, solo la estadounidense era moderna y estaba rodeada de vallas altas. Para poder entrar, era preciso quitarse la ropa de abrigo, dejar el bolso en el suelo, mantener los brazos en alto y darse la vuelta lentamente, a continuación el guardia que estaba detrás del vidrio antibalas hacía una señal para que te acercaras. Observé que las personas que estaban delante de mí en la cola rotaban con los brazos extendidos, como si estuvieran imitando un avión. Los niños se reían cuando se les pedía que giraran. Los adultos sonreían, nerviosos, y cuando me llegó el turno yo hice lo mismo, me di la vuelta y esbocé una sonrisa nerviosa. El guardia me indicó que me acercara cuando había completado mis giros.

El primer edificio en el que entré era una casa pequeña con un

control de seguridad parecido al que tienen los aeropuertos. Después me dejaron pasar al edificio principal, donde me encontré en una sala de espera. Cogí un número. Había gente sentada en las filas de bancos mirando pantallas de televisión que había en las paredes. Nadie hablaba.

Cuando dijeron mi número, no me llevaron a una sala de interrogatorios sin ventanas, como esperaba, sino a un mostrador donde había un hombre vestido de uniforme detrás de una ventana antibalas, con un ordenador y pinta de estar aburrido. Introduje mi carpeta de plástico y mi pasaporte por el hueco de la ventanilla, dije mi nombre y expliqué en inglés por qué estaba solicitando un visado. El hombre sacó los documentos de la carpeta. Según la tarjeta de identificación que llevaba en la camisa, se llamaba Greg.

Greg comprobó mi cara con la foto del pasaporte. Greg asintió con la cabeza. Greg me preguntó si había estado antes en los Estados Unidos y contesté que no. Greg me preguntó qué iba a hacer en los Estados Unidos y contesté que iba a estudiar. Greg preguntó cuánto tiempo me quedaría en los Estados Unidos y contesté que me quedaría hasta que acabara mis estudios. Greg me preguntó cómo me iba a mantener y le conté que tenía una beca y un préstamo estudiantil. Greg se quedó en silencio e hizo clic en su ordenador. Yo no llegaba a ver la pantalla. Greg examinó los documentos en mi carpeta de plástico, asintió con la cabeza después de unos minutos y dijo con una sonrisa:

—*You'll like New York*.

Me concedieron el visado.

Dejé mi pasaporte en la embajada y pocos días después llegó al buzón en un paquete con el visado pegado en una de sus páginas. Lo miré y pensé que no era más que un trozo de papel con mi nombre y mi foto, flanqueada por la bandera estadounidense y un águila con las alas extendidas. Sin embargo, en aquel momento, ese trozo de papel parecía ser mi posesión más valiosa.

A través de Aron me enteré de que Thora se había mudado a un piso de estudiantes en el barrio de Marieberg. Con cierto asombro, Aron describió el apartamento como una vivienda de estudiantes más acogedora de lo normal: techos altos y grandes ventanales que daban a un patio interior. Aron se preguntó si yo aún no lo había visto, dije que no y al mismo tiempo no pude evitar percatarme de la tramposa

palabra *aún*. *Comprendí que Thora no les había dicho que ya no* manteníamos ningún contacto. Pensar en el apartamento estudiantil de Thora era como abrir un abanico de posibilidades extinguidas; podía imaginarnos a los tres —Thora, August y yo— alrededor de una pequeña mesa de cocina con sillas de palillería, y aunque dolía pensar en ello, era un dolor extrañamente plácido que entumecía mi vida emocional.

Me encontré de nuevo con Aron una tarde mientras caminaba por el casco antiguo, tras pasar varias horas en la Biblioteca del Parlamento. La ciudad parecía mucho más ruidosa y nítida después del silencio en las salas de lectura. Aron estaba fumando junto al muelle, cerca de la plaza de Gustav Adolf. Levantó el brazo para saludarme cuando me vio. El humo del cigarrillo seguía los movimientos de su mano como una cola que se dispersaba en el viento.

Fuimos a la cafetería que había en el Museo del Mediterráneo. Aron me invitó a un café y un *cannolo*. Nos sentamos en una mesa junto al atrio, rodeados de vitrinas con figuras de cerámica. Entre las columnas de mármol podía ver a los visitantes del museo en la planta baja. Aron me preguntó cómo iban mis estudios. Le hablé de la universidad americana, de la solicitud del visado y del trabajo de fin de grado. Le pregunté qué tal estaba Laura, pero no pregunté nada sobre Thora.

—¿Sabes lo que quieres hacer? —preguntó Aron—. Cuando termines los estudios, quiero decir.

—No —dije—. Me conformo con un trabajo. Con un salario decente.

No le conté que me costaba imaginar una vida después de la universidad. Cada vez que trataba de averiguar qué quería hacer, me invadía una apatía que probablemente, en un futuro, tendría que mitigar con largas jornadas de trabajo en una oficina. Pero ese no era el tipo de aspiraciones que debía resaltar en las solicitudes de empleo. Me resultaba cada vez más difícil deshacerme de la sospecha de que la vida laboral consistía, ante todo, en fingir que a uno le importaban cosas banales y que el éxito dependía de la capacidad de engañar, incluso de engañarse a uno mismo.

—Eres inteligente —dijo Aron—. Te irá bien.

Reflexioné sobre el significado de la palabra *bien*, dado el contexto, pero no se lo pregunté. Pensé que la mirada de Aron me recordaba a la

de Thora, igual de penetrante, y bajé la mirada hacia las esculturas blancas de la planta baja. No corría el aire, y bajo el olor a comida se percibía el aroma de la antigüedad, como si los artefactos del museo estuvieran emitiendo una fragancia que había permanecido sellada durante cientos de años.

—Es sano no tener aspiraciones demasiado altas —continuó Aron —. Algunos estudiantes creen que podrán cambiar el mundo. Y luego se incorporan al mundo laboral y quedan decepcionados de que el mundo pase olímpicamente de sus ambiciones.

—No creo que conozca a nadie que quiera cambiar el mundo —le dije—. La mayoría de la gente probablemente solo quiere un trabajo estable y una carrera exitosa.

Aron sonrió.

—Eso no tiene nada de malo.

Me pregunté si Aron sabía que August había renunciado a su trabajo bien pagado en el sector publicitario y había comenzado a trabajar de profesor sustituto en una escuela del barrio de Högdalen. Parecía una de esas cosas que Thora no les contaba a sus padres. Pero tal vez, con el tiempo, Aron hallaría la manera de describir a August como un puente con la vida cultural.

Cuando nos despedimos en la plaza, nos dimos la mano y Aron me deseó buena suerte. Me guiñó el ojo. Forcé una sonrisa. Pensé que probablemente no nos volveríamos a ver.

La defensa de los trabajos de fin de grado tuvo lugar en un aula estrecha donde las lámparas del techo emitían una luz amarillenta que otorgaba a todos un aspecto algo enfermizo. El ambiente estaba tenso a la vez que animado, como si mis compañeros de clase estuvieran conteniendo la respiración y esperando el momento adecuado para soltar una exhalación colectiva. Me sorprendí a mí mismo pensando en cómo iba a relatar y dramatizar los comentarios de mi opositor para Thora y August. Olivia me sonrió desde el otro lado de la habitación. Su análisis crítico del discurso de una resolución de la ONU fue recibido con murmullos de aprobación por los compañeros de clase. El examinador estaba sentado en silencio en su propia mesa, hojeando los trabajos y observándonos con una indulgencia piadosa, como si todo fuera un juego entre aficionados, en el cual los participantes tan solo eran capaces de reproducir pálidas imitaciones del verdadero juego universitario.

Cuando terminó el seminario, fuimos a un café y analizamos los comentarios escuetos del examinador. Luego charlamos sobre nuestros planes para el futuro y las ciudades a las que nos íbamos a mudar. Los músculos de mis hombros se contrajeron y al cabo de un rato me levanté, fui al baño y vomité. Todavía me aparecían destellos de color blanco en los ojos cuando regresé a la mesa para seguir tomando café.

De vez en cuando, por la ciudad, veía a Thora y August de lejos. Los vi a través de la ventana del autobús, al otro lado de la calle, en cafés, bares, discotecas y bibliotecas. Tal vez fueran imaginaciones mías. Algunas veces estaba seguro de que eran ellos; otras, era consciente de que sus figuras eran una pura ilusión. Me gustaba verlos. Parecían felices. Sentía una especie de placer contradictorio al imaginarlos felices, como si hubiera logrado demostrarles a ellos y a mí mismo lo que siempre había sabido: se las apañaban bien sin mí. Verlos a distancia era como ver mi propia vida alejándose, por su cuenta, lejos de mí.

Una noche acabé en un bar cerca de la plaza Mariatorget con Olivia y algunos otros compañeros de clase. Me había bebido mi tercera cerveza cuando vi a Thora y a August en la barra. El local estaba iluminado por una tenue luz roja, y en una cabina cerca de las escaleras que daban a la pista de baile había un *disc-jockey* poniendo música a un volumen tan alto que todos los que trataban de hablar entre sí tenían que gritar para que se les escuchara por encima de la música. No podía apartar la mirada de Thora y August. No me vieron y no hice ningún amago de llamar su atención. Me resultaban tan ajenos como lo habían sido antes de que los conociera.

A finales de mayo, le envié un mensaje a Thora preguntándole si estaría de acuerdo en quedar conmigo algún día. Vi que ella había leído el mensaje, pero no contestó. Añadí que tenía algo que decirle. Un día después, respondió: *Ok*. Quedamos en una cafetería frente al parque Vasaparken. Pedí café para los dos y la esperé varios minutos antes de que apareciera. Miró las pequeñas tazas amarillas sobre la mesa y dijo que no le apetecía café. Se dirigió a la caja y al rato volvió con una ensalada y un refresco de cola. Traté de encontrar una posición cómoda en la silla. Me aclaré la garganta.

—Me voy a los Estados Unidos —dije.

—Lo sé —dijo, vertiendo el refresco en el vaso con cubitos de hielo. Los cubitos de hielo burbujearon y la espuma subió hasta el borde del vaso y luego volvió a hundirse.

—¿Te lo contó August? —pregunté.

—Sí. Él no estaba seguro de que fueras a decirme nada.

Deseaba captar su mirada, pero ella no hacía más que esquivarla.

—No estaba seguro de si querías saberlo.

—Bueno. De todos modos, me he enterado.

—¿Y?

Ella arqueó las cejas.

—¿Y qué?

—¿Qué opinas?

Se quedó unos segundos en silencio antes de decir:

—Ahora ya da igual.

Tenía las manos sobre la mesa a unos centímetros de las suyas, las miré y consideré la idea de intentar rozarlas, pero en ese mismo instante ella las retiró de la mesa y las entrelazó sobre sus rodillas. Estaba sentada erguida, con las piernas cruzadas y la vista fija detrás de mí, en los otros clientes del café, como si yo fuera un objeto desenfocado al que costaba mirar.

—Dime lo que quieres que diga —solté al final.

—No puedo. Las cosas no funcionan así —dijo.

Al despedirnos, me pilló por sorpresa su abrazo, y yo posé mi cara contra su cabello. Cuando ella se soltó del abrazo hice un nuevo intento de captar su mirada, pero no me miró, sino que se dio la vuelta y se fue sin más palabras. Todavía podía sentir el calor y el peso de su cuerpo. Me quedé quieto, viendo cómo se alejaba.

Era un día hermoso. Había niños jugando en el parque. Por la carretera circulaban coches y autobuses. La gente llevaba gafas de sol y chaquetas finas y tomaba café en las terrazas. Me parecía que esa normalidad debería haber quedado truncada, que algo de lo que sucedía en mi interior debía reflejarse a mi alrededor, aunque su única expresión fuera un viento frío o una nube oscura que tapara el sol, pero el mundo era impasible.

Tomé el tren rápido al aeropuerto. El cielo estaba azul y liso, como una camisa de algodón recién planchada tendida sobre los tejados. Había salido de casa con tiempo, debería esperar varias horas en el

aeropuerto, pero eso no me importaba. No quería quedarme en casa esperando que pasaran las horas. El equipaje estaba listo desde hacía días y ya no quedaba comida en la despensa. Cuando eché la llave por la ranura del buzón y salí del portal, sentí mis pasos ligeros, a pesar de que arrastraba una maleta pesada y las tiras de la mochila se me iban clavando en los hombros. Por la ventanilla del tren vi el agua, que reverberaba a la luz del sol, y por primera vez en mucho tiempo, me di cuenta de lo hermosa que era la ciudad. Luego atravesamos autovías, campos, zonas residenciales y bosques. En las pantallas de televisión emitían noticias en inglés.

Después de facturar el equipaje y pasar el control de seguridad, almorcé en uno de los restaurantes de la terminal. La comida era cara e insípida, pero rebañé bien el plato. Le envié un mensaje a mi madre diciendo que estaba en el aeropuerto. Durante los últimos meses, había hablado con ella frecuentemente, con más frecuencia que nunca, y ella había dicho, bromeando, que parecía que la echaba de menos. Me había reído, algo abochornado, y comentado que tenía que aprovechar ahora, ya que sería más complicado llamar desde Estados Unidos por la diferencia horaria. Pero después de aquella ocasión, había dejado pasar más tiempo entre las llamadas. No quería que ella se preocupara por mí. Pensé en enviar un mensaje a Thora y August, y me metí en nuestro grupo de chat, pero no sabía cómo formular mi mensaje, hasta las frases más cortas y sencillas adquirían un tono de falsedad. Al final, cerré la pestaña del chat con el dedo índice y volví a guardar el móvil en el bolsillo. Quizá pudiera escribirle a August cuando hubiera aterrizado.

Se me había olvidado meter algo para leer en mi equipaje de mano, y, al acabar de comer, fui a la librería que estaba en frente de la tienda *tax free*. Escogí algunos libros en edición de bolsillo que no había leído. Cuando me puse en la cola para pagar vi el libro sobre el Grupo Stiller. Dudé unos instantes antes de cogerlo y ponerlo sobre el mostrador de la caja con el resto. Luego me senté en una cafetería, pedí una taza de café y observé a la gente que caminaba por el ancho pasillo entre las tiendas y los restaurantes. Empecé a leer. El libro sobre el Grupo Stiller era más ligero de lo que me había esperado, con márgenes amplios y mucho espacio entre los renglones. Las frases eran breves y había frecuentes cambios de párrafo, como para enfatizar las pausas dramáticas incorporadas en el texto. Era una lectura rápida. Cuando

cerré el libro pensé: ¿esto es todo? Me pregunté si eso se debía a que siempre me había resultado difícil mantener el mismo tipo de indignación sobre la situación del mundo que en varias ocasiones había visto expresar a mis compañeros de clase y a los amigos de August. Saqué el móvil y busqué los nombres de los miembros de la familia. Encontré artículos en la Wikipedia sobre Laura y todos sus hermanos, pero Jacob era el único que tenía foto. Luego cerré todas las pestañas y borré mi historial. ¿Qué más daba? Aquella hipocresía no tenía nada que ver conmigo, no era algo que yo pudiera cambiar.

Bebí mi café y dejé el libro en la cafetería.

La puerta de embarque ya estaba llena de gente. Encontré un asiento cerca de la ventanilla del avión y puse el móvil a cargar. Observé a los demás pasajeros y pensé que iba rumbo a un lugar donde nadie sabía quién era, donde no necesitaba a nadie. Cuando lo pensé, me sentí libre.

TERCERA PARTE

La galería es pequeña y estrecha. Pasan dos veces delante de ella antes de encontrar la entrada. Thora se detiene ante la puerta, echa un vistazo a su alrededor y piensa: «¿Por estas cuatro paredes hemos cruzado el Atlántico?». Pero no dice nada, solo recoloca a Frances sobre su cadera y sigue a August. El galerista, un estadounidense que August conoció en Estocolmo, los saluda y tamborilea dos veces con su dedo índice en la nariz de Frances. Frances aparta el dedo del galerista con un sonoro *no* antes de volver la cabeza para esconder su rostro en la clavícula de Thora. El galerista suelta una carcajada. Thora no sabe si él entiende sueco, y se abstiene de preguntarle con acritud a August si el galerista también suele saludar así a las personas adultas. Baja a Frances al suelo y ve cómo camina tambaleándose alrededor de las piernas de August, como si quisiera hacerlo tropezar. El galerista los invita a té helado. Hablan del tiempo, el vuelo y la diferencia horaria antes de que la conversación se centre en cómo colgar las obras de August. No hay muebles en la sala, así que Thora se apoya contra la pared para leer el correo en el móvil. Levanta la mirada de la pantalla cuando August le pregunta qué opina sobre la colocación de un cuadro. Frances juega con el plástico de burbujas que usaron para envolver los lienzos, y los pequeños estallidos del plástico repiquetean como una granizada invisible.

Almuerzan en un restaurante recomendado por el galerista que se encuentra en esa misma calle. El inglés de Thora es mejor que el de August, pero él tiene más labia y cierta aptitud para el parloteo americano que ella no posee, y por eso deja que él se encargue de las conversaciones con camareros y dependientes. Después se contiene de señalarle sus fallos gramaticales.

—Has sido estadounidense en una vida anterior —dice ella.

—Los americanos son muy simpáticos —dice él—. Podría plantearme vivir aquí.

Frances está sentada sobre las rodillas de August. Él le sujeta el

plato mientras ella pincha la comida con el tenedor.

—Para mí sería impensable —dice Thora.

August la sonríe.

—Lo sé.

El tenedor roza la porcelana. Están sentados en un cubículo con vistas a la calle y ella siente cómo la mirada de August va trepando por su cara, como si estuviera tratando de insertar algo allí, las semillas de una idea. Ella sabe lo que él va a decir antes de que abra la boca.

—Creo que deberíamos llamar y decir que estamos aquí.

—Tú puedes llamar si quieres —dice, reclinándose en su asiento —. Pero yo no tengo intención de hacerlo.

—¿No crees que a él le gustaría vernos?

—A ti, tal vez.

August se queda callado unos segundos, da de comer a Frances con el tenedor y ella abre la boca.

—Nos llamó cuando nació Frances —dice August.

Ella aprieta los labios; en las grietas de la piel siente el sabor del protector solar con el que se embadurna la cara cada mañana.

—Sí, claro. Te llamó a ti. Un detalle por su parte.

—Le voy a llamar.

Thora encoge los hombros.

—Solo pido que no me metas a mí en esto.

Desde el otro lado de la mesa, August trata de captar su mirada. Ella permite que la atrape un momento antes de inclinarse hacia Frances para quitarle restos de comida de las comisuras de los labios. Frances estira un brazo sobre la mesa y vuelca la taza de Thora; el rumor del café que se derrama sobre el borde de la mesa parece un suspiro profundo. Frances se ríe y luego se tapa la boca con las manos, parece que pone a prueba un gesto que ha visto en alguna película. Tira servilletas al suelo, la camarera sale de la barra y se acerca con toallitas de papel, le sonríe a August como si el café derramado no supusiera la menor molestia. August hace un amago de ponerse en cuclillas en el suelo para ayudar a limpiar el café, pero la camarera le hace desistir con un gesto. Thora resiste la tentación de ponerse las gafas de sol grandes y negras que sobresalen del bolso que tiene a su lado. Le traen una nueva taza de café y August vuelve a buscar su mirada desde el otro lado de la mesa, como si no hubiera habido ninguna interrupción.

—¿Te enfadarás si llamo? —pregunta él.

Con el rabillo del ojo, Thora ve que la camarera está observando a August desde detrás de la barra. Frances está quieta, mira a Thora con los mismos ojos grandes que August, como si estuviera haciéndole la misma pregunta, pero en silencio.

Thora les sonríe.

—No. Haz lo que quieras.

Ella siente cómo una gota de sudor se desliza por su espalda, seguida al instante por otra. Se pregunta si dejará marca en su camisa de algodón blanca.

Una ola de calor ha hecho estragos todo el verano, incluso en Europa. En las noticias han transmitido reportajes sobre incendios forestales, gente huyendo en coche de sus hogares, helicópteros con tanques de agua, cámaras frigoríficas en las grandes ciudades al sur del continente. Un estado de alarma a causa del calor que suscita una especie de quietud forzada y casi religiosa, que se asemeja al silencio que se manifiesta en los fríos días de invierno cuando el aire duele al respirar y escuece en la garganta. Y la ola de calor llegó hasta Estocolmo. Cuando se fueron de allí ya se habían agotado los ventiladores en todas las tiendas. El aire vibraba sobre los céspedes amarillos. Las bahías y los muelles estaban abarrotados de personas que salían del agua hacia las toallas extendidas sobre la hierba y las rocas para secarse al sol y bajar al agua de nuevo. Bebían refrescos y comían helados y hablaban del fin del mundo.

Hace aún más calor en Nueva York. Y es un calor diferente, más húmedo y fastidioso, como el aliento maloliente de un desconocido. En el andén de la estación de metro en Crown Heights hace tanto calor que Frances empieza a llorar cuando pasan la barrera de acceso. Thora acaba empapada de sudor, y pone una botella de agua fría contra la frente de Frances mientras observa cómo gotas de condensación corren por la cara de la niña. Frances la mira con ojos llorosos: ¿con una acusación silenciosa en la mirada? La botella de plástico cruje. El aire es tan denso que respirar es como tragar algo esponjoso y pringoso que va creciendo en la boca y sabe a polvo y fluidos corporales.

August y Frances tardaron dos días en adaptarse a la nueva franja horaria. Thora aún no se ha acostumbrado. Cuando ha pasado ya una semana de las tres que tienen previsto quedarse en el país, se le ocurre

que es inútil ajustar su ritmo diario. Se despierta pronto por la mañana, se viste y sale a dar un paseo por el vecindario, en dirección a Prospect Park. Las cisternas de agua sobresalen como tumores de los tejados de los edificios, pero ella trata de no pensar en ese símil porque la palabra *tumor* la pone nerviosa, tiene bordes afilados pero un núcleo viscoso y no quiere tenerla entre sus pensamientos. Se detiene en un café en Rogers Avenue donde mujeres con faldas largas y hombres con sombreros negros y barba están tomando café sentados en sofás de piel marrones con ordenadores portátiles en el regazo. Charla un poco con la camarera, que comenzó a tratarla como parte de la clientela fija tras solo unos días. Compra *bagels* recién hechos que lleva al piso, los parte por la mitad en la cocina y los mete en la tostadora. Prepara café, saca platitos y mantequilla y se sienta a la mesa a contestar correos electrónicos de compañeros de trabajo a pesar de estar de vacaciones. A esa hora se suele despertar Frances y sale a la cocina en pijama, frotándose los ojos.

—Mamá —dice desde el hueco de la puerta—. Hambre.

Thora se levanta, sirve un vaso de zumo y prepara dos rebanadas de pan que Frances come, concentrada en la tostada crujiente entre sus dientes.

August se despierta algo más tarde. Él también entra en la cocina frotándose los ojos. Se sirve una taza de café, acaricia el cabello de Frances y besa a Thora en la frente. Y de esa manera se quedan sentados a la mesa de la cocina del piso prestado hasta que deciden que ha llegado la hora de salir al calor.

A August se le da mejor cuidar de Frances. Ha sido así desde que ella nació. Ya era así antes de que ella naciera; August siempre les cae bien a los niños. Y era August quien quería tener hijos. Ella vaciló más. Ninguno de sus amigos tenía hijos entonces, y, a pesar de que a ella le gustaba la idea de un hijo que fuera de los dos, no estaba tan segura de que le gustara que esa idea se hiciera realidad. Acordaron que August tomaría la baja por paternidad durante más tiempo que ella. Ella temía convertirse en una de esas personas a las que solo les interesan las cosas relacionadas con los niños; tanto lo temía que se había negado a leer cualquier artículo o libro sobre el tema, y le había dejado a August la responsabilidad de comprar el cochecito, la ropa de bebé y la cuna.

Por la tarde, él suele ir a recoger a Frances a la guardería y se la

lleva a su estudio, donde pinta con ceras y rotuladores de colores sentada bajo grandes pósteres de Sigrid Hjertén y Hilma af Klint. Cuando Thora llega al estudio después de trabajar y ve a Frances y August sentados el uno al lado del otro, de espaldas a ella, se siente feliz, porque le pertenecen; y a la vez desalentada, porque le cuesta sacudirse la sensación de ser una intrusa que turba la paz con sus advertencias sobre comidas, limpiezas y horas de dormir.

Durante el embarazo no podía dejar de pensar que estaba dando vida a alguien al mismo tiempo que se estaba destruyendo a sí misma. Ser madre era como sentir los pies patinar en zapatos demasiado grandes; tenía la impresión de no encontrar un punto firme, la base se transformaba constantemente. Ya antes de que naciera Frances, a Thora le resultaba fácil imaginarse a August en el papel de padre, pero era más difícil verse a sí misma en el papel de madre. Se lo comentó de pasada a Laura, quien lo atrapó como si fuera algo valioso que se estaba llevando el viento y lo sostuvo entre las dos. Laura fijó sus ojos en los de Thora y dijo que ella había sentido lo mismo, que había estado deprimida un tiempo después del parto. Laura jamás había mencionado estas cosas y Thora no supo cómo responder. No había previsto ese tipo de confesiones por parte de Laura, pero continuaron saliendo a raudales después del nacimiento de Frances, como si Laura hubiera estado ocultando retazos de sí misma durante tantos años que habían acabado completamente enredados, y para sacar uno era necesario desenredar un ovillo entero. Era como ver a Laura desde fuera; una persona hasta entonces desconocida para Thora que en algún momento se metió en el papel de madre de la misma manera que Thora a veces sentía que ella misma se metía en un papel que no se correspondía con su verdadera identidad. Se pregunta cuándo Frances se dará cuenta de esa disyunción.

Thora marca en el móvil las paradas de metro que tienen ascensor, memoriza sus nombres, pero a veces estas paradas están demasiado lejos o no funcionan los ascensores. Es más fácil cuando las acompaña August, pero cuando él está en la galería o en reuniones con marchantes de arte a ella le quedan dos opciones: quedarse en el piso prestado o salir a la ciudad arrastrando el cochecito como si se tratara de una ampolla en el pie. A menudo se le acerca algún desconocido preguntando si necesita ayuda, a veces se acercan varios a la vez, y

llevan a Frances arriba y abajo por las escaleras que dan a los pasillos subterráneos como a una reina durmiendo con su chupete en la boca. Thora da las gracias y se pasa el dorso de la mano por la frente para secarse el sudor. Los desconocidos sonríen y dicen «*No problem*», algunos se detienen para preguntarle de dónde viene, la edad que tiene Frances y qué les trae a Nueva York. El inglés americano le hace pensar en alguien que está de pie con las piernas bien separadas y pantalones holgados, es como si las letras se estiraran, con confianza, como un tofe derritiéndose, haciendo que todo suene empalagoso y poroso.

Una noche, August llega a casa tarde, oliendo a Hugo. Ella no sabría explicar cómo es el olor de Hugo. Reconoce el olor con la misma claridad que una cara que ella ha besado y acariciado, de la que ha secado las lágrimas. Quizá la mudanza al otro lado del océano no cambia el olor de una persona. Se tumba de lado en la cama, con la espalda vuelta hacia August, finge dormir. Por la mañana no hace preguntas sobre Hugo. Durante el desayuno August simplemente suelta:

—No se lo he contado.

—Bien.

—Pensé que no serviría de nada.

Ella asiente con la cabeza.

—Tienes razón —dice unos segundos más tarde, como para subrayar su gesto—. No serviría de nada.

—Es extraño, pero él me recuerda a alguien —dice August pensativo—. Pero no consigo saber a quién.

Ella levanta la vista del móvil.

—¿Quién?

—Hugo.

—Ah, dice ella.

August coge a Frances. Thora les mira y siente que algo le oprime la garganta como una correa invisible, y se pasa los dedos por el cuello para que se suelte, pero la correa se tensa más, pero ella sonríe y la luz del sol aletea entre sus pestañas.

Piensa para sus adentros que cualquier adjetivo podría describirla, y todos serían igual de ciertos, igual de falsos.

Trata de encontrar a Hugo en su memoria, evocar su rostro. De repente,

siente una quemazón. Retira la mano.

Entra y sale de pequeñas catedrales incrustadas entre los rascacielos a lo largo de las avenidas. Se pregunta cómo sería dar de mamar en uno de los bancos de madera, desabrocharse la blusa, sacar el pecho, dejar la luz caer sobre la areola oscura. Frances está sentada en el cochecito comiendo una manzana y el sonido de cada mordisco se propaga hacia el techo, como una chispa de lo cotidiano que luego jadea y se desvanece como una mosca espantada. Frances le da el corazón de la manzana y Thora lo sujeta en la palma de la mano, no ve una papelera por ninguna parte. Hace fresco entre las columnas de mármol, huele a madera y a humo y a algo un poco dulce que tal vez hubiera podido identificar si estuviera mejor versada en temas religiosos. Al salir de las frías catedrales se dirige a centros comerciales con aire acondicionado donde los empleados la reciben con sonrisas blancas y la llaman «*ma'am*». Cuando está buscando la cartera, se da cuenta de que ha metido el corazón de la manzana en el bolsillo.

Un día, a media mañana, suena el móvil de August, y Thora calcula enseguida qué hora es en Suecia. August sale al recibidor para contestar. Thora se queda quieta en la silla, su espalda ni siquiera roza el respaldo. Oye a Frances jugar en el cuarto de estar, le oye decir *mamá* y *papá* con ese tono que convierte las palabras en juguetes. Al volver August, Thora se vuelve hacia él apoyando el brazo en la silla y pregunta:

—¿Qué ha dicho?

August sigue aclarando los platos.

—Quiere verme cuando regresemos a Estocolmo.

A ella le crujen las mandíbulas al abrir la boca.

—¿Por qué?

August coloca la vajilla en el escurreplatos; pompas de jabón coloridas suben flotando del fregadero.

—Mencionó un volante para el especialista. Quiere hacer otra revisión.

—¿Por qué? —August vuelve la cabeza para mirarla por encima del hombro y sonríe.

—Ahora te pareces a Frances.

Thora no sonríe.

—¿No deberíamos regresar? Podemos cambiar los billetes.

—No. —August se seca las manos en un paño de cocina—. Ya nos vamos la semana que viene. Todo irá bien.

Él pone las manos sobre sus hombros y les da un apretón. Ella quiere tirarse al suelo y echarse a llorar, pero solo le pregunta si quiere café. Él dice que sí, y cuando ella saca dos tazas de la despensa y está midiendo el café para ponerlo en el filtro de papel, se da cuenta de que le tiemblan las manos. Se agarra a la encimera mientras el agua de la cafetera borbotea y luego cae goteando por el filtro. En el cuarto de estar, August y Frances están viendo una película. Frances se hunde en el hoyo que crea el peso de August en el cojín del sofá y se inclina contra él, con la boca medio abierta mientras sus ojos siguen la acción en la pantalla. August mira a Frances más que a la pantalla, a veces mira a Thora por el hueco de la puerta de la cocina. Él le sonríe. Ella le contesta con otra sonrisa. Los nudillos de Thora tienen manchas blancas y rojas. Se pregunta si las fuertes pulsaciones se le notarán en el cuello, como la yema de un dedo palpando para hallar un punto débil. La cafetera emite su último borboteo, como para expulsar flema del fondo de la garganta, y ella sirve el café.

Cuando le entrega la taza a August decide que a él no le puede pasar nada malo. La decisión es como apresar un objeto que vibra y conseguir que deje de moverse. Puede sentir entre las palmas de sus manos cómo se resiste a estar sujeto, ecos de las vibraciones, pero ella no afloja las manos. Al final se estremece, como si se hubiera rendido, y el objeto ya no solo está quieto, sino también frío, como si ella lo hubiera asfixiado. Se sacude el malestar, bebe rápidamente su café y aspira el aroma de la ropa recién lavada de Frances, y de su piel suave de niña.

Lydia vive en un piso alto en un edificio de Riverside Drive. Se ha casado con un americano adinerado y ha dejado París y su estudio en el ático con los montones de libros en el suelo y las velas fijadas en botellas de vino. Julian sigue viviendo en París, fuma maría y lee libros polvorientos a la luz de los carteles de neón de las tiendas que hay enfrente de su piso. Thora lo sabe porque ella y August han visitado a Julian en ese piso, se han sentado en sus cojines duros de lentejuelas y han tratado de distinguir los rasgos del rostro de Julian en medio de la humareda. Thora no sabe si Lydia mantiene contacto con Julian, no

quiere preguntar. Las personas pueden verse separadas por la masa del tiempo, arrastradas por una corriente de olvido forzado que termina convirtiéndose en un olvido absoluto; nada permanece, todo es efímero. Por lo menos esto es lo que piensa ella, y luego se sorprende al pasar las manos por el cuerpo y descubrir un bulto, una marca, una huella dejada por algo que creía que había desaparecido. Es como descubrir una garrapata vieja que se ha hinchado de sangre, pero aun así no se ha soltado.

Ahora Lydia solo se viste de blanco y gris, ropa suelta con chales bordados colgando sobre los hombros, y se envuelve en ellos con tanto esmero que Thora se pregunta si usa los chales para comunicar diferentes estados de ánimo. Lydia tiene los tobillos muy delgados y, a veces, cuando estira los dedos de los pies se oye un chasquido, pero Lydia sigue impávida por los pasillos de moquetas blancas.

En el cuarto de estar hay fotos colocadas en fila encima del piano y por las ventanas se puede ver el río y los edificios altos al otro lado de la corriente. Thora carga con Frances sobre la cadera mientras Lydia les enseña el piso. El peso de Frances en sus brazos mantiene a distancia una sensación de melancolía que acecha en los rincones oscuros del piso. Thora y Lydia hablan de los otros primos, de sus carreras profesionales y de sus planes para el futuro. Lydia pregunta por Aron y Laura, y Thora le cuenta sobre la residencia oficial a la que se mudaron cuando Aron fue nombrado embajador, sobre la zona de la piscina donde los diplomáticos se reúnen al anochecer tras largas jornadas laborales con cócteles en la mano y repelentes de mosquitos en el bolsillo interior de sus chaquetas. Thora piensa en el piso de sus padres en Estocolmo, que está vacío y cerrado, con sábanas blancas que cubren los muebles que se han quedado allí, como un monumento a la certeza que siente la familia de estar tan firmemente amarrada al mundo, que nada podría quitarles su lugar.

Lydia suspira y dice que es un descanso poder hablar de otra cosa que no sea el presidente, sin embargo empieza a hablar de él, como si hubiera encontrado una picadura que no puede dejar de rascarse.

—Cuando ganó él, todo el mundo nos preguntó si nos pensábamos mudar a Europa.

—¿Os lo planteasteis? —pregunta Thora.

—No. ¿Por qué deberíamos hacerlo? —dice Lydia frunciendo la frente—. Pero tengo varios amigos europeos que cancelaron viajes a

Estados Unidos por una temporada. Un tipo de *statement*, aunque no sé contra qué, exactamente.

El sofá está tan lleno de cojines de adorno que solo hay hueco para sentarse en el borde, y allí está sentada Thora, erguida y con las piernas cruzadas. Frances se baja a rastras del regazo de Thora.

—Es tan mona —dice Lydia, y se agacha para estar a la altura de Frances—. Eres muy mona.

Frances agita un puño cerrado con vehemencia, como para defenderse del halago, y Lydia se ríe.

Thora sonríe.

Siente la cabeza abrumada, como una niebla espesa que le impide captar aquellos pensamientos que podrían transformarse en observaciones comprensibles y preguntas y comentarios sobre sucesos actuales. Estos días, rara vez lee el periódico, no entiende cómo puede reunir la energía necesaria para preocuparse de cosas tan distantes que no tienen nada que ver con ella. August lee periódicos tanto suecos como extranjeros, sigue las noticias, discute su *desarrollo*, y cuando le pide a ella su opinión sobre diferentes asuntos, ella le mira y piensa que le gustaría decirle que a ella no le importa nada excepto él, que sacrificaría al mundo entero por él, pero no lo dice porque sabe que a él no le gustaría oír eso. A él le parece importante estar pendiente del mundo; ella piensa que el mundo, en singular, es una abstracción a la que uno no puede enfrentarse con compasión ni indiferencia.

Ella ve primero a Hugo. Están cada uno a un lado de la calle junto a un paso de cebra en un cruce cerca de Central Park. Ella se detiene. Las personas se adelantan empujando con irritación. Se aferra al cochecito. Cuando él la ve, a través de la multitud de gente, sus miradas se encuentran en la calle, y antes de que se corte ese breve contacto visual, a ella le da tiempo a pensar que todo en su vida la ha llevado a este momento. Siente una sacudida en su interior, es un pensamiento prohibido, lo aparta de su mente. Se imagina que un enorme torrente de agua fluye por las avenidas, emerge entre los rascacielos, y le dan calambres en las manos cerradas sobre el manillar del cochecito mientras intenta resistir las corrientes.

Después se despierta.

Se compra unas medias de nailon negras y finas para la inauguración

de la exposición de August. El talón reforzado para que no le hagan rozaduras los zapatos negros de tacón bajo. Está de pie delante del espejo y tira del vestido cruzado, se sube las medias por encima del ombligo moviendo las caderas de lado a lado. Frances la mira, encantada. Cuando se pinta los labios, Frances pone morritos y dice en un tono casi incomprensible, con los ojos cerrados:

—Yo también.

Con el dedo índice, da unos toquecitos de color rojo a los labios de Frances, y se frota los suyos haciendo un sonido que Frances imita.

Frances abre los ojos y se mira expectante en el espejo. Frunce el ceño.

—Más.

Thora sacude la cabeza. Sonríe.

—Papá se enfadará.

Cogen un taxi a Manhattan y Thora deja a Frances en casa de Lydia con dos mochilas: una pequeña que ha preparado Frances y una grande que ha preparado August con ropa para la noche. Durante todo el viaje en taxi Frances parlotea sobre lo que van a hacer ella y Lydia durante la tarde, pregunta en qué habitación le tocará dormir y qué van a cenar. Pero cuando van a despedirse, la niña se pone tensa. Thora ve cómo Frances empieza a retorcer las asas de la pequeña mochila amarilla y le lanza una mirada con mensaje implícito a August, que se pone en cuclillas frente a Frances.

Frances se agarra a él y pregunta susurrando a qué hora irán a buscarla.

—Mañana, a las nueve y media —dice August.

—Nueve y media —repite Frances—. ¿Cuándo es eso?

August dibuja un reloj en el aire y explica la posición de las manecillas cuando el reloj marca las nueve y media.

Se encuentran en el largo pasillo fuera del piso de Lydia. Thora acaricia el pelo de Frances. Se imagina a Hugo observando la escena a distancia, casi puede sentir el roce de la mirada de un extraño a pesar de que el pasillo está vacío.

Las medias se le van cayendo. En el tobillo ya se ve una carrera.

Está acostumbrada a relacionarse con artistas. Lo considera una interrupción agradable del mundo jurídico. Descubre pronto la diferencia entre artistas americanos y europeos: los americanos hablan

más, hablan tanto que ella no necesita hacer preguntas. Y cuando habla ella, no tiene que preocuparse de hablar demasiado. *Todos* hablan demasiado. Esa tarde hablan más de política que de arte. A pesar de que han pasado meses desde las elecciones, los estadounidenses del grupo están todavía pálidos, algo nerviosos, cuestionan el valor intrínseco del arte en el mundo, luego retiran esa declaración, la matizan, miran confusos a su alrededor y suspiran. Ella intenta subirse discretamente las medias hasta las caderas mientras asiente mostrando su solidaridad como los demás extranjeros, como si estuvieran dando el pésame por la muerte de un desconocido. Uno de los artistas propone que el arte, por necesidad, ha de ser complejo, tal vez hasta incomprensible:

—¿Qué tipo de arte sería si no? La vida es así, compleja e incomprensible.

Thora va al baño para retocarse el pintalabios y quitarse las medias, las hace un gurruño y las tira a la papelera. Al salir del baño ve a August acompañado de Hugo. Están cerca el uno del otro, como si estuvieran hablando de cosas que no quieren que oiga nadie más. August asiente con la cabeza, tiene un brillo en los ojos incluso cuando dirige su mirada al suelo como para hacer una pausa y descansar unos segundos de la conversación. ¿Y Hugo? ¿Sigue siendo el mismo de antes? Aún tiene el cabello espeso y oscuro, con rizos en la nuca y junto a las orejas. Sonríe y frunce el ceño a la vez. Lleva pantalones de traje, camisa y chaqueta americana y a ella le parece que se le ve muy formal entre August y los demás invitados. ¿Habrá llegado directamente del trabajo?

August y Hugo levantan la mirada, como si ambos se sintieran observados por ella. August le sonríe. La mirada de Hugo tan solo roza su cara. Se imagina que está nevando en la tarde de verano y que el cielo brilla azul, como si la luz de Escandinavia hubiese tomado carrerilla y se hubiese lanzado sobre el Atlántico para alcanzarlos. Camina hacia August y Hugo. Las sombras que los rodean hablan, ríen y beben. August tira de ella para acercarla y le da un beso, él sabe a vino y a humo de cigarrillo. Está bebido.

—Ahí estás —dice él.

—Hola —dice Thora.

—Hola —dice Hugo.

Estira los pies dentro de sus zapatos, las ampollas bajo los dedos de

los pies laten como pequeños corazones encolerizados. Con el rabillo del ojo cree ver la nieve arremolinándose bajo la luz de las farolas. Levanta la mirada, se encuentra por un instante con la mirada de Hugo. En sus ojos hay una vida entera de la que ella no sabe nada.

—¿Qué tal estás? —pregunta él.

—Bien —dice ella.

Uno de los artistas pone una mano sobre el brazo de August, pregunta algo en inglés y August se retira de la conversación. Les lanza una sonrisa por encima del hombro.

Thora permanece callada.

Es consciente de las preguntas que debería hacer, se conoce todo el repertorio de temas de conversación de memoria porque necesita utilizarlo a menudo cuando se encuentra con viejos conocidos de Estocolmo. Pero no tiene ningunas ganas de hacerle preguntas a Hugo. La idea de charlar de trivialidades con él la hace sentirse incómoda. En tal caso, opina ella, es preferible el silencio. Pero parece que Hugo no opina lo mismo porque él empieza a hacerle preguntas, disparándolas como munición letal contra ella. Pregunta qué opina de Nueva York, en qué trabaja, dónde están viviendo ella y August en Estocolmo, cómo se encuentran Aron y Laura, si Frances se lo pasa bien en la guardería. Se sobresalta cuando él menciona el nombre de Frances, no sabe por qué, sabe que August le ha hablado de Frances. Hugo pide perdón, pero no parece saber por qué se está disculpando. De repente, ella se da cuenta de que tiene los dedos aferrados de forma convulsiva en torno a la copa de vino; trata de relajar un poco su mano.

—He pensado mucho en vosotros —dice Hugo—. En ti.

Thora no está segura de qué decir, así que no dice nada.

Hugo inclina la cabeza. Thora desliza la mirada por ella buscando un indicio de retroceso de la línea capilar. Luego echa una ojeada a la sala y finalmente pregunta:

—¿Cómo estás?

Hugo sonríe.

—Voy dando vueltas en un monólogo interminable.

Thora arquea las cejas, pero él no deja de sonreír. Le mira a los ojos y ve que la sonrisa no alcanza hasta allí, tal vez por eso continúa, para levantar el telón y mostrar la distancia entre el escenario y el decorado. Piensa: «¿Cómo es posible que algo tan inmenso quede comprimido en nada, en una relación entre desconocidos?». No consigue entenderlo.

Piensa que jamás lo entenderá.

—Es muy extraño —continúa él después de una pausa considerable—. ¿Te acuerdas de cuando estudiábamos literatura?

—Sí —contesta ella, titubeante.

Hugo no parece percatarse del tono de voz de ella, o quizá no le importe. Observa pensativo a los otros invitados a su alrededor.

—Cuando me mudé aquí me sorprendió la soledad que sentía porque las personas que leen libros aquí no han leído ni oído hablar de autores como Cora Sandel, Tove Ditlevsen o Hjalmar Söderberg.

—Hay muchas personas en Escandinavia y en el resto de Europa que no tienen ni idea de quiénes son.

—Me refiero a personas que leen.

Thora se encoge de hombros. Se siente reacia a estar de acuerdo con él en nada.

—No es raro. No creo que se traduzca mucho de pequeños idiomas europeos al inglés.

—Lo sé —dice con un toque de irritación en la voz—. Simplemente no pensé que sería tan extraño. Tan solitario.

—Creía que no tenías nada en contra de estar solo.

Hugo la mira y ella comprende al ver la decepción en sus ojos que el tema —la referencia a su época de estudiantes, su pasado común— ha sido un torpe intento de acercarse a ella, de vincularla a él de nuevo. Ella está paralizada y aparta la mirada. Se quedan en silencio, el uno al lado del otro.

Bien entrada la noche van a un *diner* que está abierto veinticuatro horas. Son un grupo grande y ocupan varios banquillos. La camarera no parece sorprendida. August le muestra a Hugo fotos de Frances. Thora observa su reflejo en las ventanas. Puntos de luz amarillos, rojos y verdes de las farolas, los letreros de las tiendas y los semáforos destellan en el cristal.

—Qué mona es —dice Hugo devolviéndole el móvil a August—. ¿Cuándo tenéis el viaje de vuelta?

—Creo que se parece más a Thora —dice August—. Afortunadamente.

—Nos vamos pasado mañana.

La mesa que los separa es grande como un océano. Ella sonríe de forma impersonal y Hugo contesta con una sonrisa igual. Eso hace que

ella sienta una punzada en su interior. Piensa en la persona que era Thora cuando se conocían, cuando ella, Hugo y August eran un trío. Evoca la imagen de ellos con abrigos de invierno, botas, bufandas y gorros, con libros de la biblioteca en bolsas de tela, ordenadores en bandoleras y mochilas, y ve sus siluetas con tanta nitidez que pasan apresuradamente por fuera de la ventana, en algún lugar entre los puntos de luz parpadeantes. Luego desaparecen, devorados por el juego de luces que disuelve a las personas que una vez fueron. Ella parpadea. Bosteza.

Piden batidos y patatas fritas. August dice que el frío le provoca una punzada de dolor en los dientes, y Thora le dice que pida una cita con el dentista cuando regresen a Estocolmo.

—Quizá el gran artista tiene caries en los dientes —dice ella.

—Ya verás que no —dice él, y remueve la pajita en el vaso.

Más tarde, en el taxi de vuelta a Crown Heights, ella y August bajan el cristal de las ventanillas, y el aire del verano, cargado de los olores de la gran ciudad, se adhiere a su ropa y a su pelo.

—Es extraño —dice August—. Pero me acabo de dar cuenta de a quién me recuerda Hugo.

—¿A quién?

—A Samuel —dice, y se le arruga la frente como si a él mismo le sorprendieran sus palabras—. Me recuerda a mi hermano.

Thora se queda callada un momento y mira los edificios, los puentes y el río.

—Es por el traje —dice finalmente.

Cogen el metro al aeropuerto. Una parada tras otra. Está bien entrada la tarde, hace calor en el vagón y huele a sudor y a orina. August tiene a Frances en las rodillas. Thora sujeta las maletas para que no se vayan rodando cuando el tren arranque. Frances está inusualmente quieta mirando a la gente que sube y baja. Algunos le sonríen cuando levantan la vista de su móvil o su libro. Una parada tras otra. Una oscuridad prolongada. Al final el tren sale del túnel, sube por encima de los tejados, lejos de los rascacielos. El sol se asoma entre las nubes y entra por las ventanas rayadas. Una corona de luz se forma alrededor del cabello de Frances. Thora mira a August, que tiene los ojos cerrados. Entonces ella también cierra los ojos, escucha el traqueteo de las ruedas contra las vías, los soplos de las puertas al abrirse. En sus

párpados se proyectan figuras amorfas. Negro contra rojo. Puede sentir el sol en la cara. August toma la mano de Thora, la aprieta, y ella sonríe y le devuelve el apretón sin abrir los párpados. Todo se vuelve hermoso por un instante. Un rato más tarde, cuando suelta la mano, todavía puede sentir el calor de la mano de él.

Johanna Hedman
(Estocolmo, 1993) es licenciada en Estudios Literarios y Relaciones Internacionales y tiene un máster en Estudios de Paz y Conflictos por la Universidad de Uppsala. Ha trabajado en el grupo de políticas de seguridad de la delegación sueca en la ONU en Nueva York y ha colaborado con organizaciones de derechos humanos en la India y Suecia. *Trío*, su primera novela, la ha convertido en una de las voces más prometedoras de la literatura sueca, y se ha traducido a más de doce lenguas.

Mundos distintos confluyen en el trío amistoso y sentimental que da título al deslumbrante debut de Johanna Hedman: Thora pertenece a la vieja élite social de Estocolmo, August estudia publicidad pese a sus inquietudes artísticas, y Hugo es un joven de origen humilde que acaba de mudarse a la capital. Thora y August han sido inseparables desde la infancia y ahora son amantes ocasionales, pero su relación empieza a zozobrar cuando Hugo aparece en sus vidas. Este, a su vez, siente una mezcla de fascinación y perplejidad ante los privilegios de un medio social cuyos códigos desconoce. A lo largo de dos años inolvidables, los tres compartirán una amistad plena de intensidad y erotismo, de fiestas en casas de amigos, conversaciones interminables en bares y paseos en bicicleta durante las noches de verano.

Sin embargo, visiones contrapuestas del amor, la clase social y la identidad amenazan con romper el frágil equilibrio del trío, que se sostiene sobre una red de silencios, gestos y anhelos a medio formular. Narrada entre Estocolmo, París, Berlín y Nueva York, *Trío* plasma con gran elegancia y sutileza psicológica el sentimiento de alienación y la sed de afecto que conforman aquellos años de juventud que algún día recordaremos con una aguda conciencia de la irreversibilidad del tiempo.

«Una novela elegíaca y agridulce, bañada por la luz dorada de la nostalgia.»

Otros títulos publicados en Gatopardo

1. Alejandro Magno
Pietro Citati

2. En peligro
Richard Hughes

3. La primavera de los bárbaros
Jonas Lüscher

4. El temperamento español
V. S. Pritchett

5. Mi Londres
Simonetta Agnello Hornby

6. Una vista del puerto
Elizabeth Taylor

6. Una vista del puerto
Elizabeth Taylor

7. Tumbas etruscas
D. H. Lawrence

8. Mis amores y otros animales
Paolo Maurensig

9. Los mejores relatos de
Frank Norris

10. La gente del Abismo
Jack London

11. Mujeres excelentes
Barbara Pym

12. La vida breve de Katherine Mansfield
Pietro Citati

13. Paseano con hombres
Ann Beattie

14. El legado
Sybille Bedford
15. Alejandría
E. M. Forster
16. Unas gotas de aceite
Simonetta Agnello Hornby
17. Dame tu corazón
Joyce Carol Oates
18. Teoría de las sombras
Paolo Maurensig
19. Amor libre
Ali Smith
20. El turista desnudo
Lawrence Osborne
21. El cielo robado
Andrea Camilleri
22. Amor no correspondido
Barbara Pym
23. Sexo y muerte
VV. AA.
24. La muerte de la mariposa
Pietro Citati
25. Vida de Samuel Johnson
Giorgio Manganelli

26. Viginia Woolf. Vida de una escritora Lyndall Gordon
27. La mecanógrafa de Henry James
Michiel Heyns
28. Invierno
Christopher Nicholson

29. Desmembrado
Joyce Carol Oates
30. Río revuelto
Joan Didion
31. Quédate conmigo
Ayòbámi Adébáyò
32. Bangkok
Lawrence Osborne
33. La moneda de Akragas
Andrea Camilleri
34. Un alma cándida
Elizabeth Taylor
36. Palermo es mi ciudad
Simonetta Agnello Hornby
37. Lo que Maisie sabía
Henry James
38. El cuidador de elefantes
Christopher Nicholson
39. El río del tiempo
Jon Swain
40. A la mesa con los reyes
Francesca Sgorbati Bosi
41. Nada que ver conmigo
Janice Galloway
42. María Estuardo
Alexander Dumas
43. Conversaciones con Ian McEwan
Edición de Ryan Roberts
44. Los perezosos
Charles Dickens y Wilkie Collins

45. La vanidad de la caballería
Stefano Malatesta
46. Un asunto del diablo
Paolo Maurensig
47. Fresas silvestres
Angela Thirkell
48. Cazadores en la noche
Lawrence Osborne
49. Extranjeros, bienvenidos
Barbara Pym
50. La escritora vive aquí
Sandra Petrignani
51. Nadie puede volar
Simonetta Agnello Hornby
52. La casa intacta
Willem Frederik Hermans
53. Morir
Cory Taylor
54. Un montón de migajas
Elena Gorokhova
55. En un lugar solitario
Dorothy B. Hughes
56. Cásate conmigo
John Updike
57. Persecución
Joyce Carol Oates

58. Tú también puedes tener un cuerpo como el mío Alexandra Kleeman

59. Los perdonados

Lawrence Osborne

60. El saltador del muro

Peter Schneider

61. El mal camino

Sébastien Japrisot

62. Los que cambiaron y los que murieron

Barbara Comyns

59. Los perdonados

Lawrence Osborne

60. El saltador del muro

Peter Schneider

61. El mal camino

Sébastien Japrisot

62. Los que cambiaron y los que murieron

Barbara Comyns

63. El corazón verdadero

Sylvia Townsend Warner

64. Hielo

Marco Tedesco y Alberto Flores d' Arcais

65. Beber o no beber

Lawrence Osborne

66. Estado del malestar

Nina Lykke

67. Temas de conversación

Miranda Popkey

68. Bienvenidos a América

Linda Boström Knausgår

69. Cuánto oro esconden estas colinas
C Pam Zhang
70. Perversas criaturas
Lawrence Osborne
71. Kalmann
Joachim B. Schmidt
72. Cuarteto de otoño
Barbara Pym
73. Caer es como volar
Manon Uphoff
74. Mía es la venganza
Marie Ndiaye
75. Los inquietos
Linn Ullmann
76. No y mil veces no
Nina Lykke
77. Niña de octubre
Linda Boström Knausgår